



 **La ciudad
de la lluvia** Alfonso
del Río



Lectulandia

En el Bilbao de principios de los años ochenta, tres misteriosas muertes unirán los destinos de varios personajes sin conexión aparente. Alain Lara, un joven y prometedor jugador del Athletic, descubre una vieja fotografía de los años cuarenta que su abuelo Rodrigo había mantenido siempre oculta. De todos los personajes que aparecen en ella Alain reconoce a su abuelo, junto a un también joven Ignacio Aberasturi, el gran empresario bilbaíno y actual candidato a la presidencia del Banco del Norte. La repentina y extraña coincidente desaparición de ambos, junto con otros sucesos, lo llevará a una investigación que se remontará a un pasado oculto.

En un intento por entender lo que sucede, Alain contactará con María, la hija y heredera del imperio Aberasturi, y junto a ella tejerán los hilos del pasado que unieron a sus familias en los años del Berlín nazi, en busca de respuestas. Pero lo que obtendrán serán más preguntas, más dudas, más sospechas.

¿Qué pudo unir hace más de cuarenta años a estos dos hombres cuyas vidas nunca más volvieron a cruzarse? ¿Quiénes son los demás personajes que aparecen retratados junto a ellos? ¿Quién y por qué anda detrás de ellos?

La ciudad de la lluvia es un *thriller* que reúne lo mejor y lo peor que anida en el ser humano. Es una historia sobre el poder magnético de la ambición, el amor y la complicidad entre las personas, y que nos muestra que la cara oculta que todos tenemos no puede permanecer indefinidamente en la sombra.

Lectulandia

Alfonso del Río

La ciudad de la lluvia

ePub r1.0

Karras 24.03.2018

Título original: *La ciudad de la lluvia*

Alfonso del Río, 2018

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi mujer, Ana, y a mis hijos. A mis queridísimos padres.

A Kike y al resto de la familia.

A mis amigos, a los que se preocupan, a los que son fieles.

Nuestros Tercios incluidos.

A los que no critican ni juzgan, porque «construyen»

y nos hacen la vida más amable.

Ya no busco excusas a lo que hice. Creo que era C. S. Lewis quien decía que, si la ley natural no existiese, no necesitaríamos excusarnos determinadas conductas. Yo ya no me excuso. Yo huyo hacia delante con el único y pobre argumento de que siempre ha sido así y así está bien.

El Extranjero

Bilbao, 11 de noviembre de 1970

Es de noche. Una figura, difuminada por una cortina de lluvia, avanza. Camina lentamente, ajena al temporal del que el resto del mundo ha huido. Gabardina larga, traje oscuro, sombrero negro y zapatos italianos. Empapado, el hombre parece disfrutar del paseo a pesar de todo. Su paso es pausado pero constante. Solemne pero decidido. No puede volver la vista porque eso supondría introducir una duda en lo que ha dejado atrás. El pasado no cuenta... no debería contar. Solo puede seguir avanzando.

Siempre ha sido así y así está bien.

Pero no puede evitar que su pasado lo persiga atormentándolo cada día. Esa oscuridad, a pesar suyo, vive en su interior. Tanto es así que, para él, su pasado es presente.

No hay duda de que la suya es una historia de éxito, aunque una historia en la que ha perdido más de lo que ha ganado. Es una historia perfectamente planificada en la que solo ha cometido tres errores. Pero tres errores son demasiados.

Un punto de luz se ilumina cerca de su cara en la oscuridad. Es la última calada al cigarrillo, que deja resbalar de entre sus dedos y cae al suelo mojado. Exhala el humo como quien exhala el alma.

Hay que hacer lo que sea necesario. Y ya está hecho.

Mi vida, 1

Me presento

Soy abogado. Y no uno cualquiera, sino el mejor. Eso sí, no soy uno de esos abogados de las películas, con sus togas prestadas y sus «¡protesto!» o sus «si su señoría me lo permite». Es cierto que alguna vez he tenido que ir a juicio cuando a mis clientes se les han puesto las cosas feas. Pero no, normalmente no soy uno de esos abogados. Estoy especializado en derecho empresarial. Así que, más bien, soy de esos que están detrás de las noticias que salen en la prensa económica. De los que saben cuándo va a haber una fusión o cuándo va a producirse una venta importante. Y siempre lo sé antes de que el público o el mercado lo intuyan.

Durante los dos últimos años, he aparecido en las revistas especializadas como uno de los cien mejores abogados del mundo. Aún no sé por qué no aparezco en primer lugar. Será por mi edad. Aunque ya he cumplido hace tiempo los cuarenta, aún soy demasiado joven. Mejor dicho, aún no soy lo suficientemente viejo.

Pero todo eso ya no importa. Llevo varios días huyendo de la muerte. Recluido en mi escondrijo para que no me encuentren, porque si me encuentran estoy jodido. He sudado como un cerdo y ya ni siquiera me importa haber destrozado un traje que me costó cien mil pesetas.

Así que voy a morir. Y no tengo culpa de nada: no soy más que una víctima. O, al menos, eso creo.

A pesar de mi situación, intento no reprocharme las decisiones que he tomado y que me han llevado a estar como estoy: bien jodido. He aprendido a no tener miedo a equivocarme. Eso es lo que me convirtió en lo que soy. Bueno, en lo que era. Ahora escupo todo este remordimiento en el único consuelo material que me queda:

una vieja máquina de escribir.

Porque ahora mismo lo único que me consuela es saber que, a pesar de todo, sigo siendo abogado. Y no uno cualquiera, sino el mejor.

Esta es mi historia.

La conciencia es como la piel. Al principio, se muestra delicada como la epidermis de un recién nacido. Perfectamente sensible a cualquier estímulo. Pero si se descuida, si se expone, si se desprecia, acaba endurecida, ajada y vieja, como la piel callosa de las manos de un campesino. Incapaz de sentir si tiene una picadura, un corte... o una herida incurable.

El Extranjero

París, octubre de 1939

El hombre de la bata de cuadros escoceses, con su pañuelo de seda anudado al cuello, levanta con delicadeza el brazo del gramófono y coloca cuidadosamente la aguja sobre el disco. La púa hace contacto con la superficie labrada y comienza a escucharse una melodía, el aria «O mio babbino caro» de la ópera Gianni Schicchi. Una ópera joven pero de la que él se había enamorado desde el principio.

Satisfecho, recorre el salón y se dirige al sillón orejero que queda a su derecha para deleitarse más plácidamente con la música que inunda la habitación. Deja volar su pensamiento. Así es como reflexiona mejor.

Está en París, en una casa que tiene alquilada desde hace años para usos ocasionales. Nadie más que él sabe de su existencia. Esta vez solo permanecerá allí dos días. Tiene que reunirse con el ingeniero que ha contratado. La máquina va viento en popa, según parece, pero quiere cerciorarse. Si todo sigue su curso, su plan podrá llevarse a cabo al fin.

Aquí viene la mejor parte de la pieza que escucha... Cierra los ojos, pero el inoportuno sonido del teléfono rompe el hechizo en que comenzaba a sumergirse y le provoca una notable irritación.

—¿Sí, dígame? —responde con hastío. Solo puede ser su casero parisino, que reside en el mismo inmueble.

—¿Qué tal el viaje?

Pero no. El hombre, extrañado, reconoce la voz de su colega el ingeniero. Es de Valencia, aunque emigró por trabajo a Polonia y se vio atrapado en la maraña de la guerra. Se trata de un socio discreto que se ha ganado su confianza y, casi, su amistad. Lo ha trasladado de Polonia a París para que pueda trabajar con las personas que conocen de primera mano las máquinas que usa el Reich.

—¿Cómo me ha localizado? —pregunta.

—Si no lo hubiera hecho, no merecería que gente como usted contratase mis servicios.

El hombre sonrío. Tiene toda la razón del mundo. Si ese ingeniero es ahora su socio es precisamente por eso. No solo por sus conocimientos técnicos y su capacidad para el diseño. Sino también por esa astucia que lo hace adelantarse a los acontecimientos. Tiene claro que en aquella aventura van a ser muy pocos sus acompañantes. Y no necesita que sean solo buenos. Necesita que sean eficaces y

discretos.

—Muy bien, muy bien —admite por fin, con media sonrisa—. Entonces, mañana nos vemos en el lugar acordado para verificar cómo va la máquina.

—Sí, pero no lo llamo por eso.

El hombre se pone en alerta. Su socio tiene otra tarea asignada: encontrar un topo en el bando nazi que pueda hacer posible lo que planean.

—Dígame, ¿se ha enterado de algo que pueda ayudarme? —pregunta sin ocultar la excitación.

—Sí... —El ingeniero hace una pausa, como si estuviese sorprendido por algo—. ¿Eso que escucha es Puccini?

—En efecto —responde satisfecho.

—Muy buena elección.

—Ya. ¿Qué quería decirme?

—He conectado con alguien que puede conseguirnos un contacto próximo en la más alta cúpula del poder nazi...

El hombre tensa la mandíbula y se aprieta el auricular contra el oído.

—¿Cómo dice?

—Prefiero contárselo mañana en persona. Pero ¿me dirá antes para qué quiere esta información? ¿Me puede decir cuál es nuestro objetivo?

—El hecho de no contárselo entra dentro del precio que le pago, ¿no es cierto?

—Por favor... Hemos recorrido ya un largo camino juntos. Creo que mi fidelidad está más que demostrada. Y nunca termina usted de contármelo todo... ¿Siempre es tan desconfiado?

El hombre es consciente de que lo que dice su socio es verdad, pero ser precavido es la única manera de proteger a los que le prestan ayuda y, más importante aún, de proteger su plan.

—Así es —responde—, siempre soy tan desconfiado.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque siempre ha sido así... y así está bien.

Mi vida, 2

Mi entrada en los grandes despachos

—Veo que tienes muy buenas referencias, David. Es impresionante.

David era yo. David Schaffer. Y sigo siéndolo, claro, mientras no consigan matarme. Pero bueno, esa, de momento, es otra historia. A todo llegaremos.

—Schaffer... —dijo él masticando mi apellido—. ¿Tienes algo que ver con los Schaffer de Las Arenas?

El tema de los apellidos es muy importante en Bilbao y sus alrededores. Muy importante. Por eso lo preguntó. En la zona de Las Arenas y de Neguri hay muchas familias con prestigio y muchas familias con dinero. A veces, con ambas cosas. Además, dentro de ellas, abundan los apellidos extranjeros. ¿Por qué? Muchas familias ilustres europeas recalaron aquí, en Bilbao, durante alguno de sus auges industriales y, además, esta siempre ha sido una puerta a Europa. Así que, aunque seguramente mi apellido no tenía mucho que ver con esa familia —yo siempre he vivido en zonas *menos nobles* del Gran Bilbao—, intuí que merecía la pena que se me asociase con esos Schaffer... Solo había, por tanto, una respuesta posible:

—De Las Arenas, sí. No es familia directa, pero por supuesto sé quiénes son.

A tomar por saco.

Por entonces, yo era un joven abogado que ya tenía varios años de experiencia en pequeños despachos locales. En todos ellos había destacado y, por tanto, me había ganado ya el derecho a dar el salto a uno de los grandes bufetes nacionales. Y, en aquel momento, estaba ante una mesa redonda frente a Luis Lorca, fundador y socio director de uno de esos grandes despachos de Bilbao: Lorca & Chapman.

Luis era un hombre de mediana estatura, temprana calvicie, barriga oronda y orejas enormes. Aunque tenía cincuenta y dos años, aparentaba al menos ciento dieciocho. Mientras hablaba, no dejaba de morder la patilla de sus gafas pasadas de moda, como si eso lo convirtiera en un tipo interesante. Pero no necesitaba ese gesto para serlo. Ni siquiera necesitaba ser guapo para resultar atractivo. Su tarjeta de visita y su cuenta corriente hacían ese trabajo por él.

La cuestión es que aquel hombre, como todos los directores de los despachos con los que me había entrevistado, me hizo creer realmente que me necesitaba, que mis ocurrencias le hacían gracia y mis logros lo impresionaban.

—Tienes un gran currículum.

—Trabajo duro, don Luis, eso es todo —respondí altanero antes de dar una calada al cigarrillo que me había ofrecido.

—Eso se nota, muchacho. Por eso creo que, según lo que puedo ver y lo que me cuentan desde Recursos Humanos, serías idóneo para nuestro proyecto.

Mentira.

—Bueno, se lo agradezco. Ya sabe, don Luis, hay otros bufetes que también me gustan y que voy a tener en cuenta, claro. Estoy en otros procesos y... —Me interrumpí. Pausa dramática. Volví a dar una calada y a expulsar el humo con elegancia. Yo quería entrar en Lorca & Chapman como fuera—. Pero reconozco que Lorca & Chapman es una firma que me interesa. Bueno: todo se verá...

—Bien, David, de acuerdo. Alguien de mi equipo te trasladará una oferta y quedaremos a expensas de lo que respondas. No obstante, aquí me tienes para lo que sea. El número de la oficina ya lo conoces. Sabes que puedes llamarme para cualquier pregunta que se te haya quedado en el tintero.

Luego pasamos a los apretones de manos, las sonrisas y un par de comentarios ocurrentes míos que provocaron la carcajada del socio director. Aquel tío se partía de risa conmigo. Eso debía ser causa suficiente para contratarme, ¿no?

Cerré la puerta del portal con mucho ímpetu. Ya en la

calle, me desabroché la chaqueta con aire de suficiencia y comencé a caminar con aplomo. El mundo era mío.

Era tan joven... Me quedaba tanto por aprender...

El caso es que un par de meses después llegó mi primer día de trabajo en el despacho de Lorca & Chapman. Fui caminando por la Alameda de Urquijo con un traje barato con hombreras y una corbata que me había costado media hora anudar, henchido de orgullo. Mientras caminaba, miraba a mi alrededor. Había muchos ejecutivos, con sus maletines rígidos y rectangulares, decenas de coches atrapados en los atascos del centro y un mar de prisas y urgencias.

Bilbao siempre había sido un lugar de prestigio dentro del panorama de los despachos de abogados en España. No solo por la fama de la Facultad de Derecho de la Universidad de Deusto, sino por el reconocimiento que habían logrado los sectores industrial y financiero de Vizcaya y el País Vasco en general. Un ámbito industrial que Franco había sabido valorar desde el principio y, por tanto, se había conservado con cariño a pesar de la poco amigable relación del Régimen con la región.

Por eso, aunque no había demasiada libertad política y muchos lugares de España y Europa sufrían la crisis, en Bilbao las firmas de servicios profesionales siempre tenían mucho negocio. No había democracia, pero había pasta.

Poco antes de las nueve de la mañana, entré en el despacho. Tenía poco más de treinta años y me había costado llegar a la meta, pero entraba por la puerta grande.

Me crucé con los mismos abogados que se habían desternillado con mis ocurrencias durante el proceso de selección. Y con los mismos socios que habían gastado y gastado saliva alabándome. Pero aquel día nadie me devolvía las miradas y mis chistes estaban fuera de lugar: me arrancaron de cuajo los galones que yo creía tener para lanzarlos a los leones del mundo real. Así que yo, a pesar de toda mi experiencia, no tuve otra opción que refugiarme con el resto de compañeros júniores. Los abogados más novatos. Nos juntábamos todos en un lugar apartado del despacho, sufriendo codo con codo lo que nos

caía encima. Y acabamos siendo como glóbulos blancos. Cada vez que alguno de nosotros sufría el golpe desgarrador de uno de los monstruos de los despachos, todos acudíamos a él para paliar las consecuencias de la herida.

Una de las cosas que odiaba era que los abogados más veteranos se acercaran a tu puesto de trabajo para pedirte algo con urgencia. Arrancaban sin tu permiso una hoja de tu bloc de notas, garabateaban en ella con la estilográfica que te quitaban de la mano y terminaban su galimatías de dibujos y palabras técnicas indescifrables con un «y lo quiero para mañana, si es posible».

Y siempre era posible. Básicamente porque, si el trabajo no estaba «para mañana», aquel era el día en que te ibas a la calle.

—David, ¿qué tal? —me dijo un día Alberto, un asociado de tercer año.

—Muy bien, gracias.

«Aunque sé que no te importa una mierda», añadí mentalmente.

El asociado asintió como si el hecho de que yo estuviera bien le hubiese alegrado el día. Tomó con rapidez un cuaderno y una pluma de mi mesa. Yo ya tenía por costumbre dejarlos en la esquina de mi escritorio para evitar que me los quitaran de las manos.

—Oye, ya sabes que Loradius, uno de mis clientes, está a punto de comprar Arizti, la gran cadena de supermercados, ¿verdad?

Esas operaciones solían ser confidenciales, así que ¿por qué iba a saberlo si él no me lo había contado? Gilipollas...

—Sí, algo había oído. —Era importante simular ante los jefes que estabas al tanto de todo aunque nunca te enteraras de nada.

—Bueno, pues una de las posibilidades para la adquisición es constituir *ad hoc* una sociedad vehículo para aprovechar los incentivos fiscales. Pero si luego nos fusionamos para aprovechar los activos del grupo que hemos adquirido, podríamos estar violando ciertos requisitos de mantenimiento de la inversión. Por no hablar del apalancamiento de la compra... ¿me sigues?

—Claro —dije.

«Ni de lejos, cabrón», pensé.

Alberto no dejaba de dibujar organigramas y trazar flechas de un sitio a otro.

—Y todo esto nos puede suponer un problema, claro —concluyó—. Así que necesito que me busques resoluciones y jurisprudencia, a ver si hay pronunciamientos sobre algún caso parecido. Mañana se reúne el Consejo de Loradius para hablar de la compra. Así que si es posible...

—Mañana a primera hora estará en tu mesa, Alberto.

—Perfecto, Daniel.

—Soy David.

—Ay, sí, perdona, siempre os confundo a todos.

—Tranquilo, es normal —dije, aunque pensara lo contrario.

Y, después de asentir, el asociado arrancó la hoja del bloc de notas, la rompió en pedazos y los tiró en una papelerera que encontró en su camino.

Yo me quedé lívido. Con el estómago encogido. No había entendido nada y ni siquiera sabía qué tenía que hacer.

Hasta entonces no me había dado cuenta, pero la sala donde trabajábamos llevaba un rato sumida en un tenso silencio porque todos habían estado pendientes de la conversación; y ahora ese silencio se rompía porque daban gracias al cielo por no haber sido ellos los heridos en el bombardeo. Aunque, conscientes de que al día siguiente podían ser ellos los caídos en combate, no tardaron mucho en ofrecerme ayuda.

—No te preocupes, David —me dijo ella.

Ella.

Claro, de esto no había hablado. Hasta ahora, las bondades que he recordado de mis compañeros júniores tenían que ver con la camaradería, la humildad y la amistad sincera que allí se forjaba entre nosotros.

Pero he de decir que también encontré una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Y esta vez —solo esta vez— no tenía nada que ver con el reconocimiento o el poder.

Me refiero a María. No es que fuera guapa. Era mucho más que guapa. Era... ¿cómo podría decirlo? Si hubiera sido más guapa, sencillamente, no habría sido real. Morena,

ojos verdes... parecía como si alguien hubiera diseñado sus pómulos con escuadra y cartabón. Era bastante más joven que yo —acababa de salir de la universidad—, y tenía una graciosísima nariz respingona.

No podías mirarla sin ruborizarte porque eras consciente de que ella, a su vez, era consciente de lo que pensabas al mirarla: deseabas morir y subir a un cielo que consistiera tan solo en contemplarla. Aunque, bueno, no sé, quizá esté exagerando. El tiempo, a veces, desdibuja los recuerdos.

Pero lo que sí es cierto es que era tan guapa que la gente de los despachos no olvidaba su nombre. Además, gracias a eso —o quizá, al hecho de que fuera hija de uno de los empresarios más importantes del país, quién sabe—, no solía recibir demasiados marrones. Le daban trabajo, claro, pero no de ese que podía hacer que un subordinado deseara la muerte a su jefe. En definitiva, nadie quería quedar mal con María. Y ella, fuera cual fuera el motivo, lo odiaba.

Por esa razón, era siempre la primera en intentar ayudar a los demás. Quería implicarse en una guerra que nunca la tenía a ella como víctima.

—Lo primero que tenemos que saber es si alguien se ha enterado de algo de lo que Alberto ha dicho —dijo ella en voz alta.

Todos negaron con la cabeza.

—Tú, *Daniel* —preguntó resaltando el nombre—, ¿tampoco te has enterado de lo que te ha explicado?

—Soy David.

—Ya lo sé, tonto —dijo ella riéndose.

—No me he enterado de nada.

—Bueno, eso solo nos deja una opción... —apuntó María—. Habrá que reconstruir las instrucciones.

Y, muy resuelta, se quitó los zapatos de tacón, los dejó a un lado y cogió la papelera. Descalza, caminó con ella hasta el centro de la sala y la volcó en el suelo. Después se agachó y se puso a revolver entre los papeles. Todos nos miramos unos a otros, nos encogimos de hombros y nos echamos al suelo junto a María.

Una vez reunidos los trozos, nos dedicamos a la reconstrucción del documento. Había que vernos a todos —

personas supuestamente inteligentes y con brillantes expedientes académicos— con el pegamento y los trozos de papel, como si estuviéramos haciendo juegos de papiroflexia en un parvulario.

Conseguimos reconstruir el papel. Eso fue lo fácil.

Después, fuimos a la biblioteca y rebuscamos en todos los libros de jurisprudencia de los últimos veinte años, desde 1950 en adelante.

A las tres de la mañana, todas las sentencias nos parecían buenas y aplicables a nuestro caso. Redacté el documento yo mismo en una de las máquinas de escribir que tenían las chicas del departamento de mecanografía. No había tiempo de pedirles que me lo transcribieran ellas cuando llegaran por la mañana. Al día siguiente, Alberto tuvo un informe sobre su mesa a primera hora.

Pero resultó que su cliente, Loradius, había decidido aplazar dos semanas la reunión del Consejo de Administración, cosa que Alberto supo un minuto después de abandonar mi mesa pero olvidó comentarme.

En fin, para eso estábamos.

Así que, resumiendo, el horario no era bueno; el ambiente, a veces, hostil; la presión, máxima, y el sueldo, para empezar, bueno... pero no tan extraordinario como para poder permitirme algo que no fuera un piso en Rekalde y ahorrar algunos cientos de pelás al mes.

Pero, entonces, ¿qué hacíamos en Lorca & Chapman? Pues estábamos allí por dos cosas. La primera, porque aquello eran estudios retribuidos. Los temas que llevábamos eran increíbles y aprendíamos a marchas forzadas con sangre y sudor.

Y, por otro lado, estaba la apuesta... esa apuesta que todos hacen al entrar en los grandes despachos. Una apuesta que puede tardar en materializarse entre doce y veinte años. O, lo más habitual, no materializarse nunca. Llegar a ser socio.

- ¿Sabes por qué llegarás a ser mejor jugador de lo que yo fui?
—¿Por qué?
—Porque, entre otras cosas, tú tienes en mí al mentor que yo nunca tuve.

RODRIGO LEZO y ALAIN LARA

Valencia y Bilbao, mayo de 1983

Era la última jornada de Liga. Todo el mundo en el estadio Luis Casanova sabía lo que se jugaba el Valencia Fútbol Club: permanecer en la Primera División. Y ante el Real Madrid, ni más ni menos. Si ganaban, podrían sumar dos puntos y superar a Las Palmas en la clasificación. Así, Las Palmas ocuparía el antepenúltimo puesto y el Valencia se salvaría.

Alain Lara recibió el balón de espaldas y lo protegió con su cuerpo. Lo defendía como nadie era capaz de hacerlo. Lara tenía solo veinticuatro años, pero era muy consciente de lo que la afición del Valencia esperaba de él. Lo veía como el sustituto de Kempes al frente del equipo. Su futuro estandarte.

Pero eso no iba a ser así. La afición ya lo intuía aunque él no pudiera decirlo aún.
—¡Suéltala, Alain! —le grito el míster Aguirre desde la banda.

Años antes de ese partido, en mitad del monte y los bosques que enmarcaban Lezama, la cantera vizcaína de fútbol por excelencia, dos viejos del lugar observaban un partido entre muchachos.

—Ese chaval la protege como nadie —susurró Andoni.

Xabier Mendibe apretó los labios mostrando sus dudas. Ambos miraban al mismo jugador. Uno de pelo claro y ojos azules. Era un joven de cierta altura y constitución delgada. Aun así, tenía la corpulencia necesaria para usar los hombros y los brazos para jugar a fútbol. El rostro anguloso y las cejas casi siempre fruncidas resaltaban el aura de inteligencia que todo el mundo le adjudicaba.

—No sé si lo veo... Muy espigado. Lento, quizá. Además, tiene muy mala leche. A veces me acojona hablar con él a solas —apuntó Xabier, poco convencido. No le gustaba llevarle la contraria a Andoni Etxeandia, que se había pasado toda la vida en Lezama haciendo lo que en aquel momento hacían ambos: observar. Pero ofrecerle al chico dar el salto al primer equipo a esa edad le parecía demasiado.

—Tiene carácter, sí. Es un tipo duro. Y, además, ese crío es más listo que el hambre.

- ¿Ahora hace falta ser listo para jugar al fútbol?
—Hace falta ser listo para jugar al fútbol como él juega.
—No sé si lo veo —repitió Xabier.
—No tienes ni puta idea —repuso Andoni sin mirarlo.
—Tiene dieciocho años.

—Pues, entonces, él tiene dieciocho años y tú no tienes ni puta idea.

Alain llevaba muchos segundos pisando el balón en la frontal del área, a donde habían acudido ya dos defensas que lo presionaban por la espalda. Eso ponía nervioso a Xabier, pero a Andoni le encantaba.

—Sabes que San Mamés no entenderá este tipo de jugadas. Nos va más el arrojito, la fuerza.

Alain hizo un amago hacia la izquierda para simular que chutaría con su pierna buena, la diestra. Pero en lugar de chutar, giró el pie totalmente para realizar un pase hacia la banda contraria, por donde se incorporaba el lateral izquierdo, al que había estado esperando mientras protegía el balón. El lateral recibió el pase totalmente solo. Centro y gol del delantero.

—Pues esto igual sí que lo entienden. —El viejo ojeador sonrió.

Era tarde de transistores. El Real Madrid, de azul, no estaba sabiendo aprovechar las ocasiones. Si lograban un buen resultado allí, serían campeones de Liga por delante del Athletic de Bilbao, que les pisaba los talones y esperaba su fallo, precisamente en el campo de Las Palmas. Si el Athletic ganaba y el Valencia también, ambos lograrían sus correspondientes objetivos: alzarse con la Liga uno y mantenerse en Primera División el otro. Pero aún iban empatados a cero.

—¡Alain! ¡Sal, sal, sal! —gritó Koldo Aguirre desde la banda.

Lara tenía el balón. Se deslizaba con él. Parecía moverse lentamente, pero sus largas piernas conseguían que cada zancada se convirtiera en un paso de baile que hacía avanzar a todo el equipo en el campo. Cuando él llevaba el balón, a pesar de la frialdad de su juego, el estadio entero enmudecía.

Lara y Del Bosque corrieron a la par por la banda. Él protegía el esférico y Del Bosque cargaba hombro contra hombro para desestabilizar al joven jugador vasco. Alain se fue escorando. La presión de Del Bosque surtió efecto y este acabó despejando el balón a córner.

—Bien, chaval, bien —le dijo el jugador salmantino dándole una palmada.

Alain no dijo nada. Estaba acostumbrado a que algunos veteranos le dijeran cosas así. Ni le halagaba ni le impresionaba. Pero lo agradecía.

—¡Muchacho, abre la boca, pues! —le dijo Andoni años atrás. Alain sujetaba una ramita verde con los labios a modo de palillo. La masticaba como si hacerlo le diera una excusa para hablar menos.

—Lo siento —dijo al fin sin inmutarse.

—¿Lo sientes? ¡Matarme, eso es lo que me estás haciendo! Yo he apostado por ti. Y arriba estaban dispuestos a hacerlo. ¿No te das cuenta de que eres...? —Andoni buscaba las palabras—. Eres...

—¿La perla de Lezama? —apuntó Alain con recelo.

—Eso es.

El jugador mordió con fuerza la ramita y negó con la cabeza.

—No me jodas.

—Pero ¿no puedes quedarte en Bilbao? ¿Es obligatorio que acompañes a tu *aitite*?

—No tengo a nadie más. La empresa lo quiere mandar allí y el Valencia está interesado.

—Eres un hombre de muchas palabras, ¿eh?

Lara se encogió de hombros, indiferente. Y siguió masticando la diminuta ramita que tenía entre los labios.

—¿Es imposible que te convenzamos? Tú eres un chaval muy independiente... y tu *aitite* se las sabe lidiar solo. No te hacía tan sentimental. Tú siempre has sido muy frío para todo.

—Puede que me guíe más por la lealtad que por los sentimientos. Y, precisamente por eso, sé que tengo que ser consecuente con mis fidelidades.

No había vuelta de hoja. Si su abuelo se iba a Valencia, él se iba a Valencia.

El técnico lo miró desconcertado. Lara apretó los labios y negó con la cabeza. Jamás dejaría a su abuelo.

—No entiendo lo que has dicho, hijo, pero eres un crío con labia —concluyó Andoni Etxeandia.

Alain miró fijamente al viejo técnico de Lezama. Sabía que Etxeandia había sido el primero en apostar por él. Lo había reclutado y lo había adoctrinado sobre lo que significaba el Athletic y sobre la responsabilidad de llevar sobre el corazón un escudo que pocos podían lucir. También le había enseñado lo que suponía convertirse en futbolista profesional.

Alain vivía con su abuelo, que también había sido jugador mucho tiempo atrás. Sus *aitas* habían muerto hacía años. Quizá todo eso le había dado empaque al chaval. Era parco, tenía garra e inteligencia y era letal en el campo. Andoni se había enamorado al instante.

—Bueno, míster... —dijo Alain tendiéndole la mano al técnico.

—¡*Ama!* Serás puñetero... —El viejo apartó la mano del joven y le dio un fuerte abrazo—. Triunfa en Valencia, hijo. Enséñales de lo que eres capaz.

Alain Lara se dirigió hacia el semicírculo del área. Allí puso los brazos en jarra y esperó. Cuando todos los jugadores se colocaron, su compañero golpeó con maestría y suavidad el esférico. El balón voló desde el banderín de córner. Botubot peinó hacia atrás. El esférico llegó hasta la cabeza de Tendillo, que remató batiendo al portero Agustín. Gol.

La segunda parte fue agónica. El Valencia seguía ganando por un gol a cero, pero ahora el Madrid apretaba. Camacho, Juanito, Del Bosque, Santillana... sabían que el título se les escapaba, pero el balón no acababa de entrar.

El estadio, Valencia y el mundo entero parecieron detenerse a cuatro minutos del

final cuando Pineda, que había entrado en el equipo madrileño en la segunda parte, se quedó solo delante del portero. Primero tiró el balón al cuerpo del cancerbero y después, tras el rechace, recuperó la pelota, pero la mandó al larguero. Si esa no había entrado, ya ninguna lo haría; Alain estaba convencido.

Y así fue. El Valencia no descendería a la Segunda División y el Athletic, que había ganado por cinco goles a uno a Las Palmas, se había llevado la Liga.

—Lo has hecho bien, majo. —Alain oyó una voz grave a sus espaldas mientras sus compañeros, alejados, celebraban el triunfo.

—Gracias, Vicente. Y lo siento. Se os ha escapado la Liga —dijo con sinceridad.

—El fútbol, sencillamente, es así. —Del Bosque se encogió de hombros. Hablaba con resignación, como quien tiene muy pensado su discurso.

El joven Lara miró a su alrededor. Observó a los valencianistas celebrando la victoria por el estadio Luis Casanova y se sintió ajeno a todo aquello.

—Se oye que cambias de aires... Espero que tengas mucha suerte, majo —le deseó el veterano madridista, antes de irse al túnel de vestuarios.

Rodrigo Lezo se probaba la quinta camisa de la mañana. Su nieto lo observaba. Ambos habían hecho las maletas precipitadamente tras el último partido de Liga y ya estaban en su Bilbao natal.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alain a su abuelo.

—Nada, hijo. ¿Pues? —contestó este.

—Andas *kili kolo*, ¿no? —dijo Alain, que se había vestido hacía rato y esperaba en el salón.

Tras mucho tiempo fuera de Bilbao, ya era oficial la contratación de Alain como jugador del Athletic. Y para su abuelo había pocas cosas más grandes que el Athletic y ninguna más importante que su nieto.

—¿Por qué no bajas al California y ahora te alcanzo? —le propuso Rodrigo obviando el comentario previo de Alain.

Su nieto lo miró fijamente. No dijo nada. Por toda respuesta, asintió con la cabeza. Pero lo hizo con cierto recelo: su abuelo estaba inquieto. Aun así, Alain prefirió no preguntar porque sabía que su abuelo, como siempre, preferiría no responder. De todas formas, era normal: volver a Bilbao, la presentación... demasiadas emociones. Rodrigo se metió en el cuarto de baño.

Antes de bajar, Alain salió a la terraza y arrancó una ramita de una de las pocas plantas que habían traído desde Valencia. Se la puso en los labios. Después, cruzó el salón, en el que aún había muchas cajas sin desembalar. Todo era un caos de ropa, libros, cartas y recuerdos. Antes de salir, decidió apilar algunas cajas para que la casa estuviera más despejada. Cuando levantó una de esas cajas, se sorprendió al ver que no pesaba. Miró en su interior y la encontró vacía. Salvo por una fotografía.

La cogió con las dos manos. Era una imagen muy antigua. En blanco y negro. Cinco personas, de pie, estaban en lo que parecía un aeropuerto, detrás de ellos se

veía un pequeño avión de hélice. Se trataba de tres jóvenes que miraban al frente y un crío que no les llegaba casi ni a la cintura. El chiquillo llevaba una gorra y ropas algo harapientas. El quinto, estaba de espaldas mirando el avión.

—Pero qué... —musitó extrañado.

Se acercó más la foto. Uno de los tres jóvenes, que miraba directamente al objetivo, era su abuelo con unos cuarenta años menos. Al principio le costó reconocerlo, pero después tuvo claro que aquel joven fornido con el pelo rubio era Rodrigo Lezo. No fue capaz de reconocer a nadie más.

Estuvo varios minutos observando la imagen. No había nada en ella que pudiera darle pistas sobre dónde estaban, en qué fecha o quiénes eran los que allí aparecían. Solo se veía un trozo del avión y no se apreciaba ningún distintivo reconocible. Del poco fondo de la foto que podía verse, solo vislumbraba un suelo llano, liso y eterno, como podía esperarse de la pista de aterrizaje de un aeropuerto. Los atuendos de aquellas personas eran absolutamente normales: camisas, pantalones de pinza, chaquetas de otra época... Nada extraño. Salvo por las ropas algo gastadas del crío, todo era normal. La indumentaria del hombre que estaba de espaldas era distinta. Parecía que llevara un chaquetón militar, pero bien podía ser una prenda de aviación que Alain no era capaz de reconocer.

De pronto, escuchó la puerta del baño. Decidió dejar la fotografía en su sitio y no preguntar... porque su abuelo preferiría no responder.

Salió del piso y bajó al café restaurante que tenían debajo de casa, en la calle Nicolás Alcorta. Entró en el California y pidió un par de platos combinados. Cogió un periódico y esperó intranquilo. En el diario se hablaba de cómo iban a ser las celebraciones por el título de Liga del Athletic. Pero, tras pasar un par de hojas, tuvo la desagradable sorpresa de ver un artículo sobre él: «Lara, el hijo pródigo más deseado, vuelve a casa», rezaba el titular.

Alain torció el gesto. Todo el mundo en Bilbao hablaba de su fichaje. ¿Y si no estaba a la altura de lo que se esperaba de él? ¿Y si sus mejores años no estaban por llegar sino que ya los había dejado atrás? Se quitó aquel pensamiento de la cabeza. Odiaba perder el tiempo en los asuntos que escapaban a su control.

En ese momento, su abuelo entró en el restaurante.

—¿Has pedido ya?

—*Bai*.

—De acuerdo, tiempo tenemos de sobra. ¿Qué lees? —preguntó mirando el periódico que sujetaba su nieto.

—Nada... —comentó él sin levantar la mirada del diario—. Que el presidente González está con el canciller alemán. Y que todos andan de huelga, según parece. Hay huelga en la banca y va a haber huelga de Ferrocarriles Vascos y, por lo que parece, la del transporte de Vizcaya acabará esta semana.

Miró a su abuelo. Comprendió que no le prestaba atención.

—De verdad, *aitite*, joder, ¿qué te pasa?

—Nada, hijo, inquieto que estoy. Eso es todo.

Alain permaneció en silencio. Sencillamente se dedicó a observar a su abuelo. Cuando vio que se acercaba la camarera con los platos, se quitó la ramita de la boca, y la tiró al suelo con cierto fastidio. Su abuelo se cerraba, como siempre. Pero no se sentía con autoridad para reprocharle nada, puesto que en eso los dos eran iguales.

—¿Debutarás en el Teresa Herrera? —preguntó Rodrigo.

—Ya sabes que no he estado aún con Clemente ni con nadie del equipo técnico. Supongo que sí.

—Dicen que como hemos sido campeones, ha subido nuestro caché por participar en el torneo.

—Ya lo leí, sí —apuntó Lara—. Iban a pagar siete millones de pesetas al Athletic y ahora van a ser nueve. De todos modos, al Madrid le pagan diecisiete kilos por jugarlo.

—No entiendo por qué no te han invitado a ti también a la gabarra. Al fin y al cabo, si desde Valencia no les hubierais echado un cable...

—Sí me han invitado —apuntó Alain con desinterés mientras se llevaba el tenedor a la boca.

—¿Cómo? ¿Y qué narices haces aquí, pues?

—Comer. Y estar contigo. Prefiero estar a este lado de la barrera —respondió serio, quitándole importancia al asunto.

—Pues vamos a subir a casa y llamas ahora mismo. Salen del Marítimo después de comer: estás a tiempo de llegar.

—Vete subiendo, ahora te cojo —apuntó Alain sin levantar la mirada del plato.

—Cabezón eres, joder.

Lara esbozó media sonrisa y siguió comiendo.

Los jugadores del Athletic habían almorzado en el Club Marítimo de Las Arenas y allí mismo se habían montado en la gabarra del equipo. Guisasola casi se cae al agua al saltar del muelle a la embarcación pero, salvo por ese tropiezo, todo empezaba con buen pie. El remolque, a cargo del Amaya, los llevaría hasta Bilbao remontando el Abra y toda la ría.

Ya a la altura de Santurce, la cantidad de botes, gasolinos, balandros y remolcadores que hacían séquito a la gabarra provocaba una sensación de caos controlado y un ruido espectacular. No había nadie en Bilbao que no estuviera asomado, encaramado, subido, apretujado o colgado de cualquier sitio desde donde pudiera verse la comitiva navegante. Con sus banderas, con sus vítores, con sus cánticos.

Todos los puentes del itinerario estaban abarrotados: Rontegui, Deusto, el Arenal... El puente de la Salve, con unas escaleras exteriores que revestían sus fuertes pilares, tenía en sus seis pisos de altura miles de personas agolpadas.

El puente levadizo de Deusto se abría para permitir el paso al gran tráfico

marítimo de la ciudad. Casi noventa años atrás, en la misma fecha, el 3 de mayo de 1894, se jugó el primer partido de *foot-ball* del que se tenía noticia en Vizcaya. En la campa de Santa Engracia, de Las Arenas. Un grupo de marinos británicos que les metieron un saco de goles a los locales, enseñándoles de qué iba aquel deporte.

Y así, de igual manera que por el mar Cantábrico y el Abra aquellos marineros ingleses introdujeron el fútbol un tres de mayo, ahora, en la misma fecha, pero de 1983, celebraba el Athletic su Liga. En el mismo mar y en la misma ría.

Mientras tanto, Rodrigo Lezo y Alain Lara se dirigían al encuentro de la comitiva.

—¿Dónde quieres ir a verlos? —preguntó Alain a su abuelo.

—Pues tiramos por Hurtado de Amézaga y todo recto hasta el puente del ayuntamiento, ¿no?

—Va a estar abarrotado.

—No te me quejes encima, que podrías haberlo vivido en primera persona subido al barquito.

Lara negó con la cabeza. Cogió del brazo a su abuelo y bajaron hacia la plaza Zababuru para enfilarse en dirección a la ría.

Mientras caminaban, se cruzaron con miles de banderas de Bilbao, del Athletic e ikurriñas, legalizadas hacía poco. Miles de aficionados con la camiseta o con la bufanda o con la *txapela* abarrotaban las calles. Muchos de ellos reconocían a Alain Lara. Los más, lo jaleaban. Los menos, le hacían comentarios reticentes por el precio que había costado. Pero Lara no torcía el gesto.

Rodrigo lo miraba con orgullo. Admiraba esa frialdad, ese estoicismo. Ante los éxitos o los reveses, su nieto adoptaba siempre la misma posición: el silencio. Sabía muy bien que se exageraba ese mal genio que algunos le achacaban. Solo salía a relucir cuando ocurría algo que le parecía realmente injusto. Y nunca para sí mismo, sino para los demás.

Alain había heredado de su hija Clara los rasgos angulosos y los ojos azules rasgados. Unos ojos que eran capaces de atravesar a cualquiera. De su yerno, su imponente altura y su constitución. Pero la herencia más importante que se había llevado de ellos había sido la madurez. Una madurez sobrevenida, es cierto, a causa de un accidente en la carretera que dejó huérfano a un crío con suficiente edad como para saber que sus padres nunca volverían a abrazarlo. Desde entonces, abuelo y nieto habían sido inseparables. Juntos se habían ido a Valencia y juntos regresaban a Bilbao.

Rodrigo vivía aquella celebración de una manera especial porque él también había sido jugador del Athletic. Entonces, el fútbol era distinto. Pero la guerra civil española hizo que el equipo se desmembrara. Y se formó esa selección de Euskadi que atravesó el charco y se fue a hacer las Américas para dar a conocer el fútbol y la selección y recaudar fondos para los refugiados vascos.

Pero, al cabo de poco tiempo de llegar al nuevo continente, Rodrigo Lezo tuvo la mala suerte de padecer una lesión que resultó definitiva. Aun así, optó por quedarse

allí algunos años, alejado del balón y de las porterías. En trabajos normales.

—¡*Ama!* No me imaginaba esto —susurró Rodrigo cuando llegaban a la ribera contraria al ayuntamiento.

Las miles y miles de personas agolpadas allí impedían el acceso hasta la barandilla del puente. Abuelo y nieto se quedaron perplejos. Mirando y escuchando. Empapándose de todas aquellas sensaciones.

Los ojos del anciano se volvieron acuosos, y adoptó una expresión melancólica, como si a través de la fina película de sus lágrimas pudiera ver allí congregado el pasado, el presente y el futuro.

—No somos capaces de entender lo que esto significa para nosotros, hijo —dijo por fin—. Somos una sociedad rota. Vivimos una crisis política que esta democracia tan joven aún no ha sido capaz de resolver. Acuérdate de lo del golpe de estado de hace dos años.

»Y aquí, las heridas son más graves. ETA no deja de matar. De ponernos en el puñetero mapa. De hacer que la gente en España tuerza el gesto cuando decimos que somos vascos, joder. Y esto, esta alegría, por muy pasajera que sea...

Además, estaban en un punto de inflexión. Era una sociedad que debía cambiar de identidad. La decadencia industrial vizcaína había ido amontonando a ambos lados de la ría cada vez más cadáveres fabriles, más chimeneas apagadas, más edificios abandonados... Tenían que resurgir de sus cenizas.

Alain no dijo nada. Miró hacia el suelo y asintió levemente con la cabeza.

—El fútbol es solo un deporte, hijo. Pero en muchas ciudades tiene una función casi sagrada porque mantiene unidas a miles de personas que, si no, habrían roto todos sus vínculos. Puede sonar pueblerino, pero un gol hace más por una relación personal que miles de argumentos políticos, sociales o religiosos. Puede sonar pueblerino... pero orgulloso que estoy de formar parte de este pueblo.

»Mira, Alain —añadió mientras extendía sus manos como si abrazara a las miles de personas que había alrededor de la ría—. Mira cómo esta idea de la gabarra provoca que se unan dos orillas, la orilla industrial y la aristocrática... No creo que haya habido ningún sitio en el mundo en el que la diferencia entre clases haya estado tan marcada geográficamente como aquí, en la ría. Y esto, esta celebración, hace que se junten las clases, las ideas, los sentimientos... Las personas, vamos.

Rodrigo se emocionó aunque sin aspavientos. Lara no dijo nada, pero cogió a su abuelo del brazo. Prefería los gestos a las palabras. Estaba preocupado por él. Algo le pasaba. Algo que iba más allá de su vuelta a Bilbao. Más allá del rojo y el blanco.

—Hemos pasado mucho tiempo fuera, hijo. Demasiado.

Finalmente, siguieron avanzando y lograron hacerse un hueco. La gabarra y las decenas de embarcaciones que le hacían la corte, se acercaban y se adivinaban ya al fondo, en dirección hacia Deusto. Ellos permanecieron callados mientras las incontables gargantas que los rodeaban inundaban el silencio.

La gabarra se aproximaba. Ya se distinguía a los jugadores.

—Míralos a todos. Dani con la copa, Sarabia, Rojo... El año que viene... son tus compañeros, ¿no te impresiona un poco?

—No —dijo Lara mientras observaba la escena.

—Horchata en las venas tienes, chaval.

Alain lo miró con media sonrisa. Se llevó la mano al bolsillo y sacó otra ramita.

—En fin. —Negó su abuelo con un gesto—. Mira: Cedrún con la bufanda en la cabeza y Zubizarreta, el de los rizos, es aquel de allí, me parece. Qué planta tiene. No me digas que no es un portero increíble.

—Es bueno —apuntó Lara.

—¿Es bueno? Joder, chaval, yo no sé si es que soy yo que hablo mucho y nunca te he dejado soltarte pero tú, desde luego, no gastas mucha saliva. No es que sea bueno, es que este tío va a ser grande... ¿ya sabes tú la vida de Zubi?

Alain resopló.

—Tenía que haber ido en la gabarra —dijo resignado.

—Pues claro que sí, *kontxo*. Y ahora, apechuga. Resulta que el muchacho es de origen guipuzcoano pero nació en Vitoria, creo. De hecho, lo fichó pronto el Alavés.

—No me gustan los chismes —dijo masticando la ramita.

—Calla. Y el asunto es que toda su familia era de la Real pero él tenía como ídolo a Iríbar, lo del Athletic lo llevaba dentro. —Rodrigo tenía el índice levantado como cada vez que contaba una historia y pegaba golpecitos en el hombro de su nieto como para llamarle la atención de vez en cuando—. Y, además, era un lumbreras. Terminó COU con sobresaliente y empezó Químicas. Pero lo dejó en segundo, creo, claro, por los entrenamientos.

—Él es un lumbreras y yo, cuando te decía que lo dejaba, me decías que era vago...

—Calla, hombre, que tú hiciste Económicas con la gorra. Fue por tu bien. Me agradecerás tener carrera en el futuro.

—*Aitite*, no me jodas, acabé machacado entre los entrenamientos en el Valencia y las clases.

—¡Pero si no ibas a ninguna!

—No podía.

—Ay, tenías que haber ido en la gabarra, tienes razón. ¡Pesado estás! El tema es que Zubi prometía mucho pero nunca llegó a la titularidad en el Alavés. De hecho, fue suplente en la selección española juvenil. No obstante, el Athletic se fijó en él y así vino aquí hace tres años.

—Y al principio no convenció a los aficionados, si no recuerdo mal...

—Ahí voy, hijo. El chaval lo tenía difícil: tenía que sustituir a un Iríbar que se había retirado hacía poco. Y entre que estaba haciendo la mili y demás, no debutó con mucha brillantez. Pero en este Athletic hay algo que otros grandes no tienen...

Lara asintió en silencio mientras miraba hacia la ría.

—El Athletic tiene paciencia —continuó Rodrigo—. Como solo podemos

nutrirnos de jugadores de aquí, el Athletic tiene que tener paciencia. Y eso es lo que se ha tenido con Zubi, paciencia. Eso me tranquiliza.

—¿Te tranquiliza por si a mí me pasa lo mismo?

—Sí —reconoció Rodrigo—. Tienes calidad, pero si no la demuestras en los primeros partidos, has de saber que tendrás más oportunidades.

Lara siguió mirando hacia la ría. La gabarra llegaba. La algarabía se hacía más intensa.

Rodrigo Lezo paseaba su mirada por las masas de gente. Sonreía con un toque de melancolía. Nunca había vivido nada parecido. De pronto, reparó en algo. Una pancarta, a unos cincuenta metros, en una de las riberas. Había cientos de ellas, pero esta era distinta. Llevaba escrita una frase fuera de contexto: BERLÍN 1941. El hombre que la sostenía tenía la barba frondosa y unas gafas de sol de pasta marrones.

Y ese hombre lo miraba directamente a él.

Rodrigo se estremeció. Primero la carta. Y ahora esto. Intentó evitar su mirada pero volvió a fijarse en el hombre al cabo de unos tensos minutos. El hombre de la barba no le quitaba el ojo de encima.

—Ya están aquí, *aitite*, mira —gritó su nieto haciéndose oír por encima del estruendo de la multitud.

Pero Rodrigo Lezo no podía escuchar nada más que un terrible silencio. No podía ver más que unos ojos resguardados tras unas gafas oscuras. Y no podía sentir más que una punzada en su corazón con la forma de una sentencia: «Berlín 1941».

La gabarra terminó de pasar al fin, las banderas dejaron de ondear con tanto entusiasmo, las gargantas amainaron su grito.

—Vámonos a casa, Alain —pidió Rodrigo.

—Después de la ofrenda en Begoña bajarán al ayuntamiento. Pensaba que querías esperarlos.

—No. Hay demasiada gente.

Lara finalmente accedió.

—De acuerdo, vamos subiendo.

—¿Quieres seguir tú un poco hasta San Antón y ver cómo desembarcan?

—No, tranquilo. Me voy contigo.

—*Mutiko*, no seas idiota. Baja con ellos. Yo me tomo por ahí un pisco y te espero en la plaza de España, en La Granja.

El futbolista dudó unos instantes antes de responder.

—En cuanto acabe, subo a La Granja.

—Si no estoy allí, será que habré vuelto casa.

—Perfecto.

Alain Lara tiró la ramita y metió las manos en los bolsillos mientras se perdía entre la marabunta para ver a los campeones.

Rodrigo, por su parte, se volvió para buscar con su mirada al hombre de la pancarta. Pero ya había desaparecido.

Subió cabizbajo hacia el centro de la ciudad. Su equívoco caminar se dibujaba como una nota discordante en aquella melodía de celebración que se respiraba en las calles. Volvió a mirar hacia atrás en un par de ocasiones pero no vio más a aquel hombre.

Llegó al café La Granja. Volvía allí después de mucho tiempo. Miró con satisfacción a su alrededor; los ornamentados techos, las esbeltas columnas, el adoquinado del suelo... Todo seguía igual. Todo en aquel bar seguía desprendiendo ese aire francés, ese aire de tertulia, ese aire artístico. Estar allí lo reconfortó un poco. Acudió a la barra y levantó la mano.

—Aupa, mozo, ¿unas rabas y un *txikito* me pones, por favor?

Una voz a su espalda le arruinó el reencuentro con su cafetería preferida.

—Buenas tardes, señor Lezo.

Rodrigo se volvió y el corazón le dio un vuelco. Ahí estaba el hombre de la barba y las gafas. No reconocía su cara. Jamás la había visto. Aquel hombre debía de medir casi un metro noventa y era tan corpulento como su nieto. Ahora lamentaba haberse separado de Alain. Pero lo había hecho a propósito. Quería protegerlo de todo aquello.

—¿Recibió usted nuestro sobre?

—¿A qué viene esto ahora? Han pasado muchos años. Nuestro silencio está más que probado...

—No me interesa, señor Lezo —lo interrumpió el hombre—. Tengo un cliente que me ha pedido que venga a verlo.

—Ya imagino quién. Pero yo jamás...

—He dicho que no me interesa —repitió el profesional mientras se acercaba al viejo intimidatoriamente—. Mi cliente tiene un mensaje claro para usted. Si hace lo que le decimos, su nieto no correrá peligro.

Rodrigo se estremeció al oír la mención a Alain.

—Lo que sea...

—Perdone mi franqueza pero, dadas las circunstancias, me veo en la obligación de hablarle directamente. Tenemos una lista de nombres que han de ser eliminados. No es que mi cliente quiera discreción. Es que quiere que sea absolutamente imposible que nadie lo relacione, siquiera remotamente, con las muertes.

—¿Y yo... estoy en esa lista?

El hombre barbudo miró a su alrededor. La ingente multitud que ya comenzaba a entrar en el café les proporcionaba la necesaria discreción. Volvió a mirar a Rodrigo Lezo y carraspeó antes de decir:

—Antes de que transcurra el plazo de cuatro meses a partir de ahora, habrá de quitarse usted la vida. Suicidarse. Si no, lo mataremos. A usted y a su nieto.

Los días se suceden. Las semanas pasan. Los años vuelan. Y la rutina es peligrosa. Acorta la sensación del transcurrir del tiempo. Cuando te quieres dar cuenta, las decisiones importantes sobre la dirección que ha de tomar tu vida están caducas. Quizá no puedes tomarlas ya, o no te quedan fuerzas para afrontarlas. O peor... crees que ya no son tan importantes.

El Extranjero

Berlín, enero de 1941

El agudo chirrido de las ruedas del tren que frena su marcha advierte a los pasajeros de la inminente llegada a la estación. Las gotas de lluvia que recorrían la ventana casi horizontalmente debido a la velocidad del tren parecen ahora hacerse eco de la conclusión del viaje y detienen su carrera, dirigiéndose entonces hacia el suelo como un telón que se baja al final de la función, al final del camino.

—Mierda de tiempo —musita el hombre que, ajeno al trajín que empieza a formarse a su alrededor por la gente que recoge ya sus enseres, continúa mirando fijamente por la ventana.

Cuando el tren se detiene totalmente, lanza al aire un largo y perezoso suspiro, como si cayera en la cuenta de que le será imposible prolongar esa calma, allí sentado, y deberá acometer lo que se propone. Aunque quizá sea precisamente eso, lo que ha venido a hacer, lo que le asquea más que tener que levantarse. No lo sabe. O sí lo sabe, pero no lo piensa para no llegar a la conclusión que teme. «Siempre ha sido así y así está bien», piensa. En cualquier caso, a él lo que verdaderamente le importa es la recompensa que obtendrá si todo va bien.

Recoge su maleta y sale al pasillo del vagón. Baja por las escalerillas. Una, dos, ya está. Por fin se encuentra en el corazón de Alemania. Puede respirarse en el ambiente que algo grande está ocurriendo. Se cristaliza la insaciable ambición de un país que quiere convertirse en la segunda Roma. Y es justo su propia e insaciable ambición la que hace que aquel hombre no pueda permanecer ajeno a nada de esto. Tiene que formar parte de ello y, lo que es más importante, salir recompensado. Además de salir vivo, claro.

El andén está ya casi vacío. Ha tardado tanto en levantarse del asiento que ha dado tiempo de sobra a que la mayoría de los pasajeros abandonara la estación.

Solo un hombre, corpulento y con una boina ladeada, baja del tren después que él. No lleva abrigo y parece despreciar el frío berlinés. Al pasar a su lado, le echa una extraña mirada, pero sigue caminando y desaparece al cabo de unos instantes.

El humo asciende desde el tren aún rugiente, como si resoplase por el esfuerzo realizado, y se confunde con el ambiente para crear una atmósfera inquietante. Al final del andén, comienza a dibujarse una silueta.

Los sonoros pasos de unas botas militares preceden a la imagen, más perfilada ya, de un hombre uniformado. Se trata de un miembro de las SS, organización afiliada al

partido de Adolf Hitler, que controla la policía alemana y que, con marcadas ambiciones militares, es ya un cuerpo clave para el régimen.

—Buenas noches. Me envían para recogerlo, señor —dice en alemán el nazi—. ¿Cuál es su nombre?

—«Señor» a secas está bien —responde el interpelado en el mismo idioma, aunque con un ligero acento extranjero.

—Me han pedido que le requiera una identidad. ¿No piensa ni siquiera darse a conocer con un nombre falso, *señor*?

El foráneo saca su pitillera y la lumbre para encenderse un cigarrillo, lo cual lleva a cabo con toda la flema y parsimonia posibles. Una vez dada la primera calada, responde diciendo:

—*Señor* a secas está bien. Comprenderá usted que no quiera dar un nombre, ni falso, ni verdadero.

Tras una breve pausa, el militar alemán le quita la maleta de la mano.

—De acuerdo. Acompañeme al coche si es tan amable... *señor a secas* —dice mientras se da la vuelta y emprende el camino.

El extranjero sonríe y esboza una breve mueca. Después, arroja el cigarro recién encendido a las vías y camina tras él.

La estación proporcionaba cierto resguardo de las bajas temperaturas y las fuertes lluvias, que desaparece una vez que la extraña pareja sale en busca del vehículo del teutón. El crudo invierno alemán ya arrecia con todo su poderío.

El coche está aparcado cerca de la estación. Es el modelo negro de faros redondos que suele emplear la policía de seguridad. La lluvia, irrespetuosa con ambos hombres, marca las prisas al cargar la maleta. El extranjero se sienta detrás a la espera de lo que el militar, que ocupa ya el lugar del conductor, disponga. Este se acomoda ante el volante y cierra la puerta. Antes de arrancar, se detiene, levanta la cabeza y mira hacia delante a través del parabrisas. No oculta su hastío. Hacer de chófer al hombre que lleva detrás no es más que otra de las engorrosas exigencias del guion en que está inmerso involuntariamente.

—El general Marcks ha dispuesto que su encuentro tenga lugar en un enclave distinto a Berlín, por el revuelo que hay en la capital.

—Así sea —responde con desdén el extranjero.

El alemán arranca el coche. Ninguno habla. El pasajero del asiento de atrás vuelve a perder su mirada entre las numerosas gotas de lluvia que perlan las ventanas.

«Marcks es el hombre indicado para este encuentro», piensa. En agosto del año anterior, 1940, a instancias de Adolf Hitler, Marcks había presentado al general Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, el OKH, las primeras líneas de la viabilidad de un ataque contra el gigante ruso. Había sido el primero en diseñar un plan de invasión de la Unión Soviética.

El hombre extranjero ha estado pendiente, durante toda la guerra, de algún movimiento, de alguna acción que, con la antelación necesaria, pudiera servirle de

ayuda para sus fines. La ocasión se ha presentado. Y ya la está aprovechando.

Adolf Hitler siempre ha tenido cierta predilección por la invasión de la URSS. En su libro, *Mein Kampf*, ya podía percibirse ese resentimiento hacia el comunismo y sus máximos valedores, los rusos. Por otro lado, los alemanes dependen en gran parte del abastecimiento de cereales y otros productos de vital importancia por parte de la URSS.

Pero, a pesar de los múltiples pactos entre la Alemania de Hitler y la URSS de Stalin, esta dependencia dista mucho de ser aprobada por el Führer. Y si quiere los recursos de los rusos pero no quiere a los rusos, solo hay una vía para arreglar la ecuación.

Por último, hay otro fin en sus movimientos, en sus decisiones, en sus masacres: la solución de lo que denominan la cuestión judía.

Así que en la invasión a la potencia del Este subyace una determinación absoluta y firme de eliminar tanto una ideología como una raza.

El hombre extranjero llevaba mucho tiempo esperando hasta que se presentara la oportunidad. Para conseguirlo, se ha valido de algo que ya es una costumbre en su vida: saber leer entre líneas los comportamientos de los demás y averiguar sus necesidades. Ha conseguido lo que quería sin importarle cómo. «Siempre ha sido así y así está bien», piensa. Su ópera prima, su macabro y estudiado plan, está a punto de ser representada en el escenario central del teatro del terror en que se ha convertido Europa. Pero debe ser cauteloso o esa será su última actuación.

—Estamos cerca —informa el nazi sin dejar de mirar hacia delante—. Ya llegamos.

—Llegamos... ¿adónde exactamente?

—A Neuruppin. Un lugar discreto, al lado del gran lago Ruppín. El general lo espera en una taberna.

—Ya veo —responde el pasajero con indiferencia.

El nazi conduce el coche con precaución. Ha vuelto a arreciar la lluvia, que golpea violentamente el vehículo y entorpece el trayecto. A través del parabrisas, el camino se desdibuja. Mientras tanto, el hombre extranjero prefiere no pensar en lo que está a punto de hacer.

El coche entra en la ciudad. Tras un breve callejeo en el que se avistan los terraplenes medievales que caracterizan el enclave y rodean el casco de la urbe, se detiene frente a una taberna en una estrechísima calle empedrada.

El alemán abandona el coche dejando solo al extranjero en el interior y entra en la cantina intentando protegerse inútilmente de la lluvia. El hombre espera paciente, sin pensar en nada más que en el constante y tranquilizador repiqueteo de las gotas de lluvia que castigan las ventanas y el techo del automóvil. Al cabo de breves instantes, el miembro de las SS vuelve.

—Puede salir del coche —le dice el alemán abriendo la portezuela.

—De acuerdo, gracias.

En el breve recorrido hasta la taberna, el extranjero se ha empapado. Pero enseguida lo acoge el calor que se derrama por el umbral de la puerta del local. Es una taberna antigua, añeja, con el suelo de madera y pared de piedra caliza.

El militar le indica una mesa en un rincón, protegida por la penumbra. Ante ella se sienta un oficial alemán al que nadie osa mirar. Se acerca oyendo el crujir de las maderas a cada paso que da, a pesar de la algarabía que reverbera en el lugar.

—General —saluda el hombre sonriendo altivamente cuando llega a la mesa.

—Siéntese, por favor —dice el oficial señalándole una silla sin molestarse en levantar la mirada—. Me comentan —prosigue una vez que su interlocutor ha tomado asiento— que no ha querido dar ningún nombre ni apodo por el que pueda dirigirme a usted, caballero.

—Así es, general Marcks. Y no voy a perder un minuto duplicando mis explicaciones.

Arriesgado. Pero el general no se lo tiene en cuenta. Parece interesarle realmente lo que aquel hombre viene a proponerle.

—Muy bien —responde escrutándolo con una dura mirada—. Antes de que me cuente lo que sea que venga a contarme, ¿puedo preguntarle cómo ha hecho llegar hasta el viceführer su petición para encontrarse conmigo? Él mismo me ha pedido que le traslade esta pregunta... no se explica cómo ha podido llegar esa nota a su despacho.

—Usted puede preguntarlo, pero yo no puedo responderle —contesta ágil el extranjero—. Hace un tiempo vislumbré una posible forma de contacto para que esta petición llegara al rango más alto posible y, sencillamente, la aproveché. Debe reconocer que si este requerimiento le hubiese llegado directamente a usted, no le habría prestado atención alguna.

El general considera esas palabras sin abandonar su estática actitud. Aquel extranjero debería poner más de su parte, ya no solo si quiere que sus planes lleguen a buen puerto, sino también si quiere salir con vida de aquella taberna.

—De acuerdo —acepta el alemán finalmente—. Y ¿se puede saber qué quiere usted ofrecernos?

—Primero —responde el interpelado con cierto aire de misterio— le revelaré su necesidad y, luego, le propondré mi solución.

A partir de ese momento el tono de la conversación se vuelve más confidencial y oscuro. La tensión se imprime en cada palabra y en cada gesto, traducándose en una afinadísima observación recíproca, amenazadora y amenazada a la vez.

—Vengo a hablarle de... la Directriz de Guerra del 18 de diciembre de 1940. —El hombre extranjero, después de escupir esas palabras, se queda mirando a su interlocutor inquisitivamente.

Se produce un instante de silencio eterno.

—No sé de qué me habla. —El general miente. Pero miente mal.

—Sí lo sabe. Le estoy hablando de la Directriz número 21. Aquella en que se dice

que la Wehrmacht alemana debe estar preparada para aplastar a la URSS en una campaña rápida, antes incluso de que finalice la guerra contra el Reino Unido. La que recibe como nombre en clave el apelativo con que se conoce al emperador del primer Reich, que dominó Europa en el siglo XII: Barbarroja.

Marcks mira a su alrededor. ¿Cómo sabe eso? ¿Por qué lo sabe? Debe averiguar hasta qué punto conoce la operación y quién más puede tener esa información. Debe escucharlo hasta el final.

—En el plan inicial de invasión que usted mismo diseñó —continúa el extranjero, consciente de la repercusión de sus palabras en su interlocutor— se hablaba de un ataque en tres frentes, sobre todo con dos puntas de lanza hacia Moscú y hacia Kiev. Sé que sus planes han sufrido modificaciones de las que estoy también al tanto. También soy consciente de que el ministro de Propaganda del Reich, el señor Joseph Goebbels, está manejando la situación haciendo creer a la población que lo último que acometería Alemania es una invasión hacia el este. Sé incluso que se están efectuando desplazamientos en falso de tropas hacia el frente del oeste para generar el despiste y que todo el mundo, incluidos sus propios compatriotas, siga pensando que la guerra continúa centrándose en el objetivo de Inglaterra, ¿no es así, general?

Marcks está abatido. A pesar de la penumbra, puede advertirse que le tiembla el labio. No puede permitirse el lujo de que nadie lo sepa. El factor sorpresa es determinante para la victoria en la campaña rusa.

¿Por qué? ¿Por qué le toca justo a él hacerse cargo de la que puede ser la fuga de información más sonada de la historia del Reich? No quiere ni pensar en el estallido de furia de Adolf Hitler cuando se entere de la noticia. Y a él no le haría mucha gracia ser el mensajero.

El extranjero sonrío por dentro al adivinar que sus palabras producen el efecto deseado. Pero hay que tener cuidado. El primer tapón para la fuga de información en que pensarán los alemanes será callarlo a él mismo para siempre. Si no quiere exponer su integridad, debe dulcificar la situación de inmediato.

—No se preocupe. Su secreto está a salvo. Y esto puede solucionarse.

—¿Cómo puedo creerlo? —Más que una pregunta, el alemán formula un ruego.

—No puede. —El hombre se inclina aún más hacia la mesa intentando conferir a sus palabras la mayor credibilidad posible—. Pero es verdad.

—Intente convencerme. —«Por favor», parece continuar en su interior el general.

—En primer lugar, he de advertirle que todo esto tiene que ver con la seguridad de los mensajes cifrados de su gobierno, general Marcks.

—¿A qué se refiere?

—Al cifrado de la máquina Enigma. —El extranjero hace una pequeña parada en su exposición para dar una calada al cigarro que acababa de encender—. Toda Europa está intentando descifrar sus mensajes, general.

—No lo pongo en duda —dice irritado el alemán—, pero es imposible averiguar la clave usada en cada comunicación con el tiempo suficiente para que el mensaje

que hayan descubierto tenga algo de valor y no sea ya inútil saber su contenido. Además —prosigue sincero, como si ya viera absurdo negar la evidencia de que su interlocutor conoce a fondo lo que no debería conocer—, hace un par de años mejoramos la seguridad, y la complejidad de los equipos Enigma aumentó considerablemente.

«Ya está donde yo lo quería», piensa el extranjero. Al general Marcks le acecha la duda. Lo que cuenta el hombre extranjero es absolutamente cierto. Toda Europa está detrás del que sería el mayor avance en aquella guerra: descifrar los mensajes de Enigma.

—Eso es cierto, general Marcks. Como lo es que, hasta ahora, los esfuerzos por descifrar Enigma se han realizado por separado. Polonia, Francia, Inglaterra... Y eso ha restado eficacia al resultado obtenido.

Tres focos de lucha. Tres países con la misma aspiración.

El hombre extranjero continúa su relato matizándolo según sus propios intereses.

—Por eso, lo más grave de todo para su gobierno, general, es que esos tres focos de lucha contra las técnicas de cifrado alemanas se han unificado. Ahora puede decirse que trabajan en común y avanzan más rápidamente en una línea muy amenazadora para ustedes.

—¿Por qué lo dice? —pregunta el alemán dudando de la autoridad de aquel extranjero.

—Por una serie de hitos temporales concatenados —responde él con firmeza—. En 1938, un operario polaco que trabajaba en una fábrica de producción alemana de la maquinaria de Enigma logró hacerse con información relevante sobre las máquinas antes de ser repatriado. Una información que posteriormente distribuyó no solo a uno de los tres focos de lucha contra el cifrado alemán sino, curiosamente, a los tres: Polonia, Francia e Inglaterra. Esto supuso uno de los primeros avances hacia la investigación en común de sus mensajes cifrados.

»Por otro lado, en 1939, a punto de ver su país invadido, los polacos enviaron a sus matemáticos a Francia. Allí trabajaron más eficazmente que en su país. ¿Por qué razón? Porque los franceses disponían de valiosa información sobre las comunicaciones cifradas y los manuales operativos de Enigma.

Todo esto gracias a Hans Thilo Schmidt, un miembro del gobierno alemán cuyos deseos de opulencia no se veían satisfechos por la retribución del Reich.

—Posteriormente —prosiguió el extranjero—, una vez que Francia también se vio amenazada por el avance militar, hubo un desplazamiento de información a Inglaterra. Y ya sabe que el mismo Churchill está encima de todos los progresos que puedan hacerse para descifrar los mensajes... —El hombre hace una pausa para que el general asimile la información y, tras unos instantes, coloca la guinda a su discurso—. En conclusión: gracias a sus invasiones, han conseguido ustedes que la información polaca llegara a Francia y, después, la de ambos países, a Inglaterra. Podría decirse que, por lo menos en este aspecto, han hecho ustedes mismos más

fuerte a su enemigo.

Marcks intenta seguir metido en su ya absurdo papel dominante. No abandona en ningún momento su mutismo. Pretende aparentar un control de la situación que no tiene y una previsión de respuesta que no existe.

—Pero —dice intentando que sus palabras no reflejen el desacompasado ritmo de su corazón— ¿por qué conoce usted todo esto, si puede saberse? ¿Por qué sabe que se ha obtenido clandestinamente información de una fábrica alemana?

El extranjero desliza sus labios hacia una condescendiente sonrisa. Acerca su cigarro a la boca. Da una calada. Expulsa el humo sin quitar los ojos de su interlocutor.

—Porque fui yo mismo quien pagó por obtenerla.

Esta será su apuesta más fuerte de la noche. Es necesario hacerse notar como alguien poderoso pero, por otro lado, conviene no tensar demasiado la cuerda. No esa noche.

—¡No le conviene ser incauto conmigo! —dice el general estallando de ira—. Siga así y morirá usted pronto, le doy mi palabra.

—Espero que cuando le cuente lo que le he venido a contar —repone con dulcificadoras palabras el extranjero— reconsidere su decisión. Hasta ahora solo le he puesto de manifiesto su necesidad para hacerle consciente de que le interesa verdaderamente lo que puedo ofrecerle.

—Lo escucho —concluye el general tras una dura mirada.

—Lo primero que le diría es que averigüé la información que le he trasladado sobre la lucha contra Enigma porque tengo contactos en los altos mandos de Francia e Inglaterra. Contactos e información que obtuve por ofrecerles algo valioso a cambio. —Da una nueva calada a su cigarrillo haciendo una pausa en su indigesto discurso—. Como le he dicho, fui yo quien encargó a ese obrero que anotara la información sobre la máquina Enigma y también quien hizo que la misma llegara a los tres países. En Inglaterra y Francia fue remunerada con otra información a cambio. Por entonces, era lo único que yo quería. Y a Polonia envié esas notas sobre Enigma a uno de los matemáticos que estaba trabajando en el proyecto polaco para descifrar sus comunicaciones cifradas. Y luego lo soborné a cambio de que trabajara para mí. Exclusivamente para mí.

—¿Trabajar para usted en qué? —pregunta indignado el alemán.

—Le puse a su alcance los medios necesarios para que diseñara para mí una máquina de encriptado. Esta nueva máquina debía superar con creces la seguridad de Enigma y, por tanto, sus mensajes serían absolutamente indescifrables. —Hace una larga pausa y sonríe mordazmente—. Y todo ese trabajo lo realizó sobre la base de los estudios que habían estado llevando a cabo para Inglaterra...

—¿Me está diciendo que Inglaterra encargó una máquina de cifrado a los polacos?

—No solo a los polacos. Era un proyecto conjunto entre varios de los países

conjurados contra ustedes. Pero a los matemáticos polacos les tocó el diseño de la parte más técnica y compleja.

—¿Y usted hizo que ese matemático robara los diseños de los ingleses para construir una máquina para usted? —pregunta incrédulo Marcks.

—No solo eso. Además, y al mismo tiempo, le hice estudiar varios mensajes indescifrados que yo había obtenido de los franceses y los ingleses. Y, de algunos resultados que logró y otras informaciones adicionales, saqué la conclusión que ya sospechaba desde hacía mucho tiempo: Alemania estaba planeando la invasión de la URSS.

El hombre finaliza su relato y espera paciente a comprobar la reacción de su interlocutor.

—¿De verdad quiere que le crea? —pregunta finalmente el general.

—¿De verdad cree tener alguna otra alternativa? Cuando comunique a sus superiores que existe alguien que sabe demasiados detalles de la Operación Barbarroja... será a usted a quien le pidan explicaciones. Y alguna deberá de darles —le dice encogiéndose de hombros—. Si estas no le valen, invéntese unas nuevas, pero de mí no obtendrá más que las verdaderas.

En realidad, el hombre extranjero está mintiendo. Es cierto que siempre ha intuido la invasión. Es cierto que contrató al operario de la fábrica donde se producían los rotores y otros componentes de la máquina alemana. Es cierto también que fue él quien distribuyó las anotaciones robadas de Enigma y que lo hizo a cambio de relevante información. Pero esa información, a pesar de su valor, nunca reveló nada sobre Barbarroja. Las revelaciones sobre Barbarroja se las ha proporcionado su inestimable contacto cercano al Reich.

También es verdad que ha contratado a un matemático de reconocido prestigio para que trabaje para él y que este le ha confeccionado una máquina de cifrado de refinado diseño superior a la de Enigma. Pero por supuesto no es absolutamente infalible. Ninguna máquina podría serlo. Pero no será él quien lo reconozca delante de su posible comprador.

—¿Y qué es lo que quiere ofrecernos? ¿Un nuevo código de cifrado? ¡Está loco si piensa que nos fiaremos de algo así! —exclama impaciente Marcks—. Si usted la ha creado, podría desvelar todos los mensajes que emitiéramos con su maldita máquina.

—No —corrige secamente el hombre—. Lo que sí les ofrezco es, como usted ha adivinado, una nueva máquina de cifrado. Y a cambio les pido la suma de dinero que se expresa en este sobre. —Saca de su chaqueta un papel arrugado que coloca en la mesa—. Le ruego que no lo abra hasta que yo me haya marchado. —Alarga la mano y, arrastrando el sobre por la mesa, se lo coloca a su lado—. La maleta que he dejado en el coche que me ha traído hasta aquí contiene una máquina mucho más técnica y elaborada que su Enigma. Yo tengo, no aquí, por supuesto, la llave y las instrucciones para hacerla funcionar, sin las cuales no podrán emitir mensaje alguno. Pero quiero que se lleven la máquina y que sus expertos la examinen el tiempo que sea necesario

hasta que constaten por sí mismos que es prácticamente imposible, dada la múltiple variedad de combinaciones que permite, que se descifren sus mensajes. Una vez que lo comprueben y acepten la suma de dinero que les propongo, les haré llegar la llave necesaria para accionar la máquina y las instrucciones de la misma.

—¿Y no teme que nuestros equipos logren averiguar el funcionamiento de la máquina y puedan crear una llave que la accione sin contar con usted?

—Me he cuidado de eso —responde el extranjero haciendo un gesto de indiferencia con la mano—. Los entresijos de la máquina han sido diseñados por un grupo de expertísimos ingenieros que, además, desconocían el objetivo final del trabajo, puesto que todos los encargos fueron asignados en pequeñas partes y por separado. Y le recuerdo que todo se ha desarrollado siempre bajo las indicaciones de mi socio, uno de los prestigiosos matemáticos del proyecto polaco que ha tenido en jaque durante varios años a su pretendidamente infalible sistema.

El general Marcks permanece en silencio. Todo esto lo supera y lo abruma. Lo que está claro es que el hombre que tiene delante sabe lo que hace. Y, peor aún, sabe lo que el Reich hace. Hasta el último detalle. Que haya averiguado puntos tan concretos sobre la Directriz de Guerra número 21 en tan poco tiempo desde su emisión, le da escalofríos. No va a tener más remedio que aceptar lo que le propone. Se llevará la máquina y pensará sobre lo que han hablado. E informará a sus superiores. Aquel hombre no va a salir de Alemania de momento. Tiene que estar pendiente por si debe acudir a hacer el intercambio del dinero por la llave y los manuales de la máquina. Así que puede decirse que lo tendrán más o menos localizado y que, por supuesto, podrán cogerlo en el momento de cerrar el trato.

—General Marcks —dice el extranjero a modo de despedida mientras se levanta y se pone el abrigo, que había dejado en la silla desocupada de al lado—, sintiéndolo mucho debo irme. Y, si no le importa, renuncio agradecido al vehículo que han dispuesto para mí.

—¿Y cómo le haremos llegar nuestra respuesta? —pregunta el alemán totalmente vencido, sin elevar ni siquiera la vista hacia su interlocutor.

—En el sobre que le he dado, además de fijarse el importe al que ascenderá mi contraprestación, les hago constar una pared concreta de una calle de Berlín. Quiero que alguno de sus hombres trace allí discretamente con tiza una marca vertical en señal de aceptación del trato u horizontal en caso contrario.

El general ya no se sorprende de nada de lo que aquel hombre le dice. Parece tenerlo todo calculado. También es cierto que el extranjero ha tenido tiempo para preparar el golpe y él acaba de recibirlo sin esperarlo. Ha quedado claro que por ahora no se puede hacer nada contra él. Debe dejarlo marchar. Su jugada ha dejado en jaque al Reich gracias a un sencillo pero calculado movimiento. El general Marcks se siente como un simple peón en este juego. Y los alemanes no pueden siquiera mover ficha. Nada. Maldice la situación y maldice ser él quien esté atrapado en ella.

—Una cosa más, caballero —dice, con la humillada urgencia que lo embarga,

antes de que el hombre extranjero se aleje—. ¿Qué ocurre con el matemático que ha diseñado la máquina y con el hombre que robó información de Enigma por orden suya? ¿Me va a decir que también puedo fiarme de su discreción?

—Eso está resuelto, general. Esos hombres están muertos —miente el hombre, consciente de que esa es la respuesta que más tranquiliza a su interlocutor.

Tras una pausa, Marcks sentencia en un último y fútil intento por conservar su dignidad:

—Al igual que usted, si algo de lo que me cuenta es falso.

El hombre extranjero sonríe de nuevo. Da una calada al cigarrillo, ya consumido. Exhala el humo mientras se lleva los dedos índice y medio a la sien y los aleja rápidamente de ella emulando un informal y burlesco saludo militar. Se da la vuelta y, sin dejar de sonreír, abandona la taberna.

Fuera llueve. Diluvia.

Ve al fondo el coche que le ha traído hasta allí. Dentro hay una figura: su amigo de las SS. El hombre renuncia a guarecerse del agua y corre alejándose de aquel coche hacia el otro lado de la calle.

Tras unos minutos caminando, ve otro automóvil que reconoce. Mira hacia los lados y comprueba que nadie lo sigue. Después, hace una señal y el vehículo enciende las luces y avanza hacia él.

El conductor, el mismo hombre de la gorra ladeada que viajaba a pocos metros de él en el tren, le abre la puerta del copiloto. El extranjero, empapado, entra rápido y lanza una sonrisa a otro de sus más fieles colaboradores.

—Parece que han picado el anzuelo —dice triunfal—. Puede que nos hagamos ricos... siempre que no nos maten.

La Coruña, agosto de 1983

Eran las semifinales del trofeo Teresa Herrera. Un amistoso veraniego, en teoría. En la práctica, el primer partido importante de Alain Lara con la camiseta del Athletic. Alain había jugado ya otros partidos de menor calado con la camiseta rojiblanca, y la prensa vizcaína empezaba a emocionarse con su nuevo fichaje. Todo el mundo daba una especial importancia al Teresa Herrera. Además, el Athletic jugaba aquella semifinal frente al Real Madrid, casualmente, el mismo equipo contra el que Lara había jugado, con el Valencia, su último partido oficial.

Alain intentaba atarse las botas con una impericia impropia de un jugador de su experiencia. Sus dedos tropezaban unos con otros y los cordones se le escapaban de las manos.

—Ánimo, chaval, lo vas a hacer bien —dijo alguien poniéndole la mano en el hombro. Era el portero Andoni Zubizarreta, pero Lara no reparó en ello.

A su alrededor, todo era movimiento, concentración, arengas para infundir fuerzas ante el inminente partido. Pero él solo pensaba en no atarse el dedo índice a la bota.

Esa sensación no era habitual en él. Pero era posible que todo aquello —las expectativas, la prensa, los aficionados, que lo habían convertido demasiado rápido en un ídolo— le estuviera afectando.

—Por fin, joder —musitó cuando los cordones estuvieron como debían.

—Vamos, Alain, salimos. —Esta vez sí reparó en su interlocutor. Era Javier Clemente, el míster.

Notó cómo lo cogía por el brazo y lo acompañaba por el pasillo.

—No dejes que te influya, ¿oyes? —le dijo deteniéndose—. Ahora todo son elogios. Yo viví lo mismo. Me convertí en ídolo muy pronto. Me cago en la puta, no había llegado ni a los sesenta partidos en Primera y todos hablaban de mí. Y mira, me partieron la pierna y tuve que dejarlo a los veinte años.

Lara conocía perfectamente la historia del Rubio de Barakaldo. Por eso sabía también que todo lo que lo rodeaba era ilusorio, etéreo, fugaz. Podía desvanecerse tan rápido como se desvaneció la carrera de Clemente. Lara no respondió nada al míster. Sus ojos hablaron por sí mismos. Estaba tranquilo. Podía contar con él. El míster asintió y, cuando volvieron a avanzar hacia la salida del túnel de vestuarios, lo miró de reojo con admiración.

Llegaron donde estaba el resto de jugadores de ambos equipos, preparados para saltar al campo. Más palmadas. Incluso alguna propinada por integrantes del equipo rival, el Real Madrid. Él se limitaba a saludar y a devolver el gesto a todos. Ahí estaban Chendo, Camacho, Juanito, Santillana...

A esas alturas, todos lo conocían.

—Volvemos a vernos, majo.

No necesitó girarse para reconocer la firme voz de Vicente del Bosque.

—Con otros colores y antes de lo esperado, sí —contestó Lara—. ¿Qué tal la gira por Italia?

Del Bosque se encogió de hombros por toda respuesta.

—Se dicen muchas cosas de ti —añadió el veterano madridista.

—Se dicen muchas cosas, sí —repitió Alain.

Del Bosque sonrió. Le puso la mano en el hombro. Después, le dio una palmada en la mejilla y volvió con sus compañeros.

Comenzó a escucharse el murmullo del gentío. Riazor ya cantaba, coreaba y rugía.

Primero salió el Real Madrid. Aplausos y gritos a favor y en contra por parte de miles de personas. Parecieron temblar los cimientos del campo. Después, el Athletic. Vítores y júbilo para recibir al campeón de Liga. Los últimos en salir al campo fueron Zubizarreta y Lara.

La afición recibió al jugador calurosamente. Lara no había estado en la selección absoluta en el pasado mundial de España 82 pero la gente ya veía en él al futuro volante del combinado nacional.

Y comenzó el partido.

El Athletic, como siempre, jugó los primeros minutos al máximo. Cada vez era más importante el entrenamiento intensivo para practicar el *pressing* al contrario. Y eso lo había entendido bien Clemente, años atrás, en un curso en Gran Bretaña, donde esa idea del fútbol, así como la de reducción del número de delanteros, era ya una realidad desde hacía tiempo.

El esférico rodaba hacia Alain. El primer balón que iba a tocar. El joven se extrañó al percibir que algo que había hecho desde niño con tanta naturalidad como recibir un balón, ahora representase un mundo para él. La presión de estar en el Athletic, lo que la prensa prometía de él, lo que los aficionados esperaban... Contó los segundos y los centímetros que separaban su bota del cuero. La pelota se acercaba como a cámara lenta. El estadio parecía expectante y mudo ante la inminente participación de Alain Lara.

Y por fin llegó a sus pies. Todo volvió a la normalidad. Escuchó de nuevo al estadio, los movimientos adquirieron su velocidad normal y sus nervios se calmaron. Ahora, con el balón en su poder, estaba en su hábitat natural.

Alain recibió de espaldas notando el aliento de Chendo, defensa del Madrid. Amagó una media vuelta hacia su derecha, pero tocó con el tacón el esférico para cambiar la dirección hacia la izquierda. Su oponente se quedó clavado en el suelo y Lara avanzó hacia la meta rival. El estadio de Riazor emitió un «ooh» de admiración.

En la grada había un espectador especial que estaba más emocionado que nadie.

Rodrigo Lezo solo veía a un jugador entre los veintidós que corrían por el campo. Todo estaba ocurriendo muy rápido alrededor de su nieto. Y él no lo llevaba bien. Temía que todo aquello pudiera pasarle factura. Pero a Alain nada parecía afectarle.

Rodrigo habría dado todo lo que tenía por saber qué pasaba por la cabeza de su nieto. Siempre lo había tenido a su lado pero nunca había podido cuidar de él. Alain le había arrebatado ese privilegio al demostrar que podía valerse por sí mismo. Rodrigo jamás pudo adivinar si había sido la muerte de sus padres lo que lo condujo a una irremediable indiferencia hacia todo en la vida. Si su soledad era una máscara o una obligación. No sabía si su nieto encontraría a alguien que pudiera comprenderlo cuando él no estuviera. Cuando él no estuviera...

Había pasado ya un tiempo desde que aquel desconocido lo amenazara. El transcurrir de las semanas sin noticias lo había calmado un poco. Aunque, si detrás de todo aquello estaba quien él sospechaba, sabía que no se detendría hasta cumplir su objetivo de verlo muerto.

Pero no tenía intención de suicidarse. Al menos, no por el momento.

Ya en la segunda parte, Liceranzu robó el balón a Camacho pero, antes de que pudiera montar el contraataque, recibió una durísima entrada del corpulento Vidic. Una agresión totalmente innecesaria y muy peligrosa. El defensor rojiblanco se retorció de dolor en el suelo.

Alain no pudo contenerse. Corrió hacia el jugador yugoslavo, que se hacía el despistado caminando en otra dirección por el campo.

—¡Eh, tú! ¿Estás loco? Podías haberle partido la puta pierna.

El enorme madridista se dio la vuelta y se le encaró. Le sacaba media cabeza.

—¿Te pasa algo, niñoato? —dijo con acento extranjero mientras se aproximaba amenazadoramente.

Lara no perdió el control y se quedó inmóvil pero desafiante. Y cuando su oponente estuvo a escasos centímetros, se acercó a su oído y le espetó:

—Vuelve a hacer una entrada así y te rompo la cara, grandullón.

Mientras tanto, compañeros de ambos equipos llegaron e interrumpieron el careo y se llevaron a Alain lejos de allí.

El lance le costó una amarilla a cada uno. Alain aceptó la amonestación, consciente de que se había dejado llevar. Chasqueó la lengua y maldijo por lo bajo. Se disculpó con el árbitro y con los jugadores contrarios. Miró hacia su entrenador y pidió perdón con la mirada. Javier Clemente lo aceptó. Podía permitirle algún desliz.

Segundos después, con el juego reanudado, el Athletic adelantaba líneas para buscar un centro al área. Y Lara vio claramente un hueco. Una rotura en el sistema defensivo. Se frenó a diez metros de la frontal y le pidió el balón a Goikoetxea, quien lo conducía hacia la portería madridista para ponerlo en el área.

—¡No, Goiko! ¡Dámelo a mí! —le gritó con seguridad.

Su compañero levantó la cabeza sorprendido y, ante ese aplomo, no tuvo más remedio que pasárselo en lugar de centrar al área.

Lara recibió el balón. Los defensas del Madrid se volvieron hacia él, pero ya era tarde. Vieron al imponente jugador del Athletic con una mirada determinada e infinita, como si los traspasara y solo viera la portería que tenían detrás. Se dirigieron hacia él. Y Lara corrió hacia ellos.

Primero, amagó el tiro. Y se zafó de Metgod. Después, recortó hacia su pierna mala. Y se zafó de Chendo. Avanzó con el balón pegado al pie. Sus compañeros ya no existían. Ahora no. Por el bien del equipo, debía ser él quien tuviera la pelota. Cortó la defensa como un cuchillo atraviesa la mantequilla caliente. Y chutó. Gol. Corría el minuto 55. Riazor explotó.

Alain Lara corrió hacia el banderín de córner y señaló, como siempre, hacia el cielo en memoria de sus padres.

Rodrigo se llevó las manos al rostro. Amaba a su nieto más que a nada en el mundo. En medio de aquellos vítores, de los aplausos... rompió a llorar discretamente.

—Tome, caballero, le vendrá bien. —Alguien le tendió un pañuelo immaculado por encima del hombro.

Él se estremeció un poco pero tomó el pañuelo y se secó las lágrimas con urgencia. Cuando se volvió hacia atrás para agradecer el gesto, halló el asiento vacío.

Todo el mundo a su alrededor seguía celebrando el gol pero él estaba inmóvil. Había vuelto a mirar el pañuelo y, al desplegarlo, vio que había un número bordado.

El 67.

El partido proseguía. Alain se sentía cómodo en el campo. En un lance del juego, Lara robó un balón a Santillana. Lo protegió dando tiempo a sus extremos a que avanzaran y se giró sobre sí mismo para librarse de su oponente y tener un pase claro. Golpeó el balón con la pierna derecha y lo lanzó por el cielo coruñés en un pase de treinta metros hacia la banda. Pero, en ese momento, el lateral madrileño Vidic, como si hubiera estado esperando una oportunidad de venganza, se abalanzó como una bestia hacia Lara y alcanzó de lleno su pie de apoyo con los tacos de la bota.

Alain notó cómo su tobillo crujía. Cayó al suelo fulminado.

La mitad de su equipo corrió a atenderlo y la otra mitad arremetió contra la locura que había acabado de cometer el lateral yugoslavo. El estadio enmudeció. El entrenador Clemente se llevó las manos a la cara.

Lara sentía un dolor inconcebible. Apretó la mandíbula y cerró los ojos. Sintió cómo se desvanecía. Era el minuto 67.

Rodrigo estaba de pie como todos los aficionados del Athletic que había a su alrededor en aquella zona del campo. También los seguidores del Madrid protestaban contra la dureza de su propio jugador.

—Señor Lezo, buenas de nuevo —dijo una voz dolorosamente reconocible.

El hombre de barba y gafas oscuras tomó asiento detrás de Rodrigo.

—¿Cómo lleva lo que le propusimos?

Él no respondió. Volvió a mirar el pañuelo con el número 67 bordado.

—Esto es una mera prueba de lo que se juega usted aquí. Se lo dejamos bien claro. O se suicida o usted y su nieto morirán. Es bien sencillo. Retorcido, pero sencillo —matizó con desinterés mirando hacia el campo de juego.

—Pero no lo entiendo.

—No hay nada que entender. Ya le digo que es muy sencillo.

Rodrigo levantó el pañuelo hacia su interlocutor.

—Pero ¿cómo habéis conseguido que ese tal Vidic...? —preguntó negando con la cabeza.

El defensa del Madrid que había lesionado a Lara había sido fichado recientemente en Yugoslavia.

—Todo el mundo tiene un precio o un talón de Aquiles. No le culpe a ese pobre jugador. No tenía otra alternativa que hacer lo que ha hecho.

El hombre de la barba se levantó. Se adecentó la camisa con tranquilidad y miró su reloj, como si de pronto hubiera recordado que debía marcharse.

—Lo dicho, señor Lezo. El plazo avanza, y ya ha consumido mucho tiempo. Quítese la vida, por favor. Y hágalo creíble.

Mi vida, 3

Mis amores y mis odios

Transcurrió un año y medio. Yo seguía viviendo en Rekalde. Recuerdo aquel apartamento con cariño. Tenía unas bonitas vistas al monte Pagasarri, que dominaba el horizonte. Desde mi ventana también se veían barrios grises, no demasiado agradables, y casas viejas. Pero si se elevaba la vista, se podía disfrutar de las magníficas montañas que circundaban la ciudad.

Y yo siempre elevaba la vista.

Por otro lado, en el despacho seguíamos trabajando duro. Pero era diferente. Yo ya entendía los garabatos que los jefes hacían en mi bloc de notas y casi todos los abogados séniores sabían mi nombre o, al menos, lo acertaban a la segunda. La gente comenzaba a intuir que yo era bueno y pasaba ya más tiempo ayudando que siendo ayudado. Por aquel entonces, la generosidad aún era un activo.

Además, empezaba a hablar directamente con los clientes. Aprovechaba esas llamadas que normalmente eran para menudencias –y en las que mis jefes no se inmiscuían – para deshacerme en amabilidad y aparentar ser un tío con grandes conocimientos, cosa que a aquellas alturas era verdad solo a medias.

Había que tener cuidado con esa situación. Por un lado, podía revalorizarte pero, por otro, si topabas con algún superior celoso de su facturación y de sus clientes, podías verte en problemas. Eso es lo que me pasó con un tal Roberto Panera, abogado sénior de bastante experiencia. Es lo malo de estar abajo en la cadena de mando: que tienes muchos jefes. Jefes de todo tipo. Buenos y malos.

Por otro lado, María seguía paseando su perfección por

el despacho. Y paseaba descalza. Siempre hacía lo mismo: llegaba a la sala donde trabajaban los asociados júniores y, si no había jefes o clientes al acecho, lo primero que hacía era quitarse sus preciosos zapatos. Era ese tipo de gestos que bailan entre lo extraño y lo genuino. Yo lo tenía bastante claro. La niña era espectacular y aquello me parecía genial. Todos lo pensábamos así. ¿Que si hubiera sido fea habríamos dicho que era rara de cojones? Seguramente. En cualquier caso, María también mejoraba y pasó a ser una referencia no solo por su belleza, sino también por su nivel técnico.

Por aquel entonces, ambos compartíamos las mismas áreas de trabajo y eso provocaba que participáramos juntos en algún proyecto. Yo tenía bastantes más años de experiencia profesional que ella así que me tomé muy en serio su formación. Le enseñé a enfocar los problemas pensando en el cliente. Le enseñé a valorar los problemas en su conjunto, yendo más allá de las meras consultas técnicas que nos hacían. Creo que yo la ayudé a que se convirtiera en una buena abogada. Al menos, eso quiero pensar.

Pero, a pesar de esa complicidad entre colegas, para mí seguía siendo una estatua a la que solo cabía admirar. Me costaba concentrarme a su lado. No era capaz de invitarla a tomar una cerveza después de trabajar. Ni siquiera me atreví a averiguar si tenía novio por lo mal que hubiera encajado la respuesta no deseada.

Quien no parecía compartir mi temor reverencial hacia ella era ese colega del que antes he hablado, Roberto Panera. Siempre estaba que si «María, tenemos reunión», que si «María, tenemos una *conference call*» o «María, ven a comentar esto...». Capullo.

Y lo peor era que Roberto parecía jactarse de aquella relación profesional tan estrecha que tenía con ella. La paseaba por todo el despacho y, cuando llegaba a mi altura, me lanzaba indefectiblemente una mirada de vencedor. La gente, mis colegas cercanos, me decían que estaba sacando las cosas de quicio, que Roberto no estaba intentando nada con María y que mucho menos me restregaba por la cara su relación con ella... No tenían ni puta idea.

Pero un día me decidí.

Escuché, por casualidad, una conversación telefónica de María con una compañera de procesal que trabajaba también en Lorca & Chapman pero en otra planta del edificio. Habían quedado media hora después en un bar cercano, el Drugstore, para tomar un zurito.

Esperé a que María se pusiera de nuevo sus zapatos de tacón y, cuando ella se marchó, yo me levanté y me acerqué a Nicolás Urrutia.

—Nico, campeón.

—¿Qué quieres, David? —Conociéndome como me conocía, sabía que algo pasaba por mi cabeza.

—Coge la chaqueta. Nos vamos a tomar una cerveza.

—Ahora no puedo, tío, tengo mucho trabajo.

—Perdón, pero creo que has percibido un matiz de interrogación en mi frase cuando lo que estoy haciendo es una afirmación: coge la chaqueta. Nos vamos a tomar una cerveza.

—¿María?

—Exacto.

—Pero luego será como siempre. Te quedarás pasmado y no le dirás nada.

—Eso ya no es asunto tuyo. Tu obligación, como gran amigo mío que eres, ha de ser acompañarme. Si yo luego hago el imbécil, es mi problema.

Y Urrutia suspiró, se levantó, cogió su chaqueta y me acompañó. Porque era un gran tipo.

Ya en el Drugstore, me hice el desinteresado, pero miré hacia dentro hasta que con el rabillo del ojo detecté a María y a su amiga Sara a través de la cortina de humo del bar. Estaban tomando algo en la mesa del fondo. El local tenía un par de alturas. Arriba había un restaurante que por entonces no estaba al alcance de mi bolsillo. Yo solía conformarme con los estupendos sándwiches a la plancha que ponían en la planta baja, donde ahora estábamos. Era un local con mucho ambiente. Como todos los de aquella calle.

Nosotros nos quedamos en la barra, haciendo que no las habíamos visto. Imité a la gente de mi alrededor y yo también me encendí un pitillo. Creo que lo tiré al cabo de cuatro caladas y me volví a encender otro.

—Un zurito, por favor, y... ¿tú qué tomas? —me preguntó

Nico, que hablaba con el barman.

—No lo sé, otra cerveza, por ejemplo —le dije con desinterés. Se me comenzaba a contraer la boca del estómago, como siempre—. Creo que no voy a poder acercarme, Nico. No has tenido una buena idea.

—Ha sido idea tuya, mamón.

—No me lées.

—¡Perdona! —Urrutia llamó al camarero—. Olvídate de los zuritos y tráenos pacharán.

Después se volvió hacia mí pero no dijo nada.

Definitivamente, Urrutia era un gran tipo.

Una hora más tarde y dos pacharanes después, yo ya lo veía todo con mucha más claridad.

El Drugstore se había llenado de la gente que trabajaba en los alrededores. Todos en pie, con la copa en una mano y el cigarro en la otra, comentando el día. Me tambaleaba de adelante hacia atrás como si mi pie no estuviese dispuesto a dar el primer paso. Nico, una vez más sin decir nada, tomó la iniciativa. Se dirigió hacia la mesa del fondo sorteando a toda la gente. Vi que saludaba efusivamente a Sara y a María, que le devolvieron la mejor de sus sonrisas. Urrutia caía bien a todo el mundo.

Algo hizo porque Sara se levantó de la mesa y lo acompañó. Mientras se acercaban a la barra, Nico me lanzó una mirada: «Como no vayas ahora, te mato».

Y así lo hice. Fui. «Hola, María, ¿no te importa que me sienta?, vaya día más largo...» y todo eso.

Y pocos segundos después, de pronto, escuché unas palabras a mi espalda en forma de puñal.

—Hombre, David, menos mal que te encuentro.

Mierda, la voz de Roberto Panera.

—Me habían dicho que estarías aquí. Hola, María.

—Hola, Roberto —respondió ella con media sonrisa.

—David, me han llamado de Siroko y mañana a primera hora tenemos una reunión en el despacho. Necesito que me mires unos papeles que te he dejado encima de la mesa.

—¿Ahora? Son las diez de la noche. —Yo jamás habría hecho esa pregunta. Mi reacción habitual habría sido una gozosa afirmación aceptando el encargo. Pero se trataba de Roberto.

—Cuando quieras. Mientras esté para mañana a primera hora...

Apreté los labios. No me atreví a mirar a María. Me levanté y fui hacia el despacho.

No me hizo falta volverme para saber que Roberto se había sentado en el sitio que yo debería haber ocupado y que, como siempre, tendría esa maldita sonrisa.

Una sonrisa que me juré a mí mismo que algún día le borraría de su cara asquerosa.

He liderado a miles de personas. Y he aprendido algo: al principio, uno está siempre a expensas de sus superiores. Pero cuando ya estás arriba... entonces has de estar a expensas de todo el mundo. En la medida en que respetes o no esto, marcarás tu liderazgo con la autoridad, o con la tiranía.

IGNACIO ABERASTURI

Bilbao, agosto de 1983

El paraninfo de la Universidad de Deusto estaba abarrotado. La institución tenía mucha solera en España, en carreras como la de Derecho, desde que se había inaugurado a finales del siglo anterior. Su creación, así como la de la Escuela de Ingenieros, había sido una respuesta lógica a las necesidades de Vizcaya. En una sociedad en la que la siderurgia, la construcción naval, las infraestructuras y el sector financiero tiraban de la economía vasca, se necesitaba gente preparada en el ámbito legal y técnico.

Había mucha expectación en lo que se estaba hablando en aquella mesa de debate: uno de los dos participantes, Ignacio Aberasturi o Isabella Bécker —ambos antiguos alumnos de aquella insigne institución—, sería el próximo presidente del Banco del Norte, la entidad financiera más importante de España y una de las de mayor relevancia de Europa.

Josu Ganuza, profesor de la facultad, moderaba el debate, titulado «El futuro del sector financiero en la nueva democracia», que había levantado interés también entre la prensa escrita.

A la derecha del profesor estaba Ignacio, un hombre entrado en años pero de esbelta constitución, pelo grisáceo y mirada transparente. A la izquierda, una bella mujer que rayaba los cuarenta, teñida de rubio platino, cuyos ojos negros traslucían tanta autoridad como mal genio. Un mal genio que le sería necesario si quería hacerse con el apoyo del Consejo de Administración y convertirse en la primera mujer que accediera a la presidencia del Banco del Norte.

—Solo digo que hay que dejar de mirarse el ombligo —defendía Isabella Bécker—. Ya tenemos un Bilbao consolidado, el ensanche dispone de poca proyección adicional. No vamos a necesitar mucho más capital en infraestructuras o urbanismo.

»Y, en el ámbito político, tras la Transición y con el Estatuto de Gernika, que es aún joven pero se muestra estable, es momento de salir. Y creo que el sector financiero es lo que demanda: adquisición de bancos locales extranjeros, abrir oficinas no solo operativas sino también de representación en cada capital importante. Ganar negocio fuera. En suma, asumir la vía de la internacionalización.

Isabella terminó su discurso. Esperaba expectante la réplica. En sus apariciones públicas intentaba dar un mensaje alejado del ámbito local. Por dos razones: primero, porque sabía que la mayoría de los apoyos importantes del Consejo eran de familias no nacionalistas, al contrario que su principal oponente, y, segundo, porque

sencillamente creía a pies juntillas en la internacionalización.

El moderador cedió la palabra a Aberasturi con un simple movimiento de cabeza.

—Qué puedo decir, señor Ganuza, estoy totalmente de acuerdo con Isabella.

La mujer maldijo para sus adentros. Ignacio rehuía la confrontación porque no le merecía la pena.

Él era el candidato más apetecible desde un punto de vista social. Sus hándicaps, quizá políticos o de menor experiencia financiera, no pesarían sobre su candidatura salvo que entrara en un careo con ella. Careo que parecía rechazar porque lo que a Aberasturi le sobraba era señorío. Ignacio tenía un perfil nacionalista que no era del agrado del Consejo, pero su nacionalismo sin estridencias no hería demasiado las sensibilidades de nadie y, en las altas esferas españolas, no habría revuelo por su nombramiento.

Pero ella era una mujer.

Tenía más experiencia y, además, ya ocupaba un puesto de responsabilidad en el Banco del Norte, pero era una *rara avis* en el mundo profesional. Su padre, Diego Bécker, tenía un porcentaje en el capital de la entidad que, aun sin llegar al uno por ciento, se consideraba muy significativo. Y que ella hubiera accedido a los puestos de dirección que hasta entonces había ocupado, no era sino por empeño expreso de su padre, que tenía una gran influencia tanto entre los miembros del Consejo de Administración como entre los de la más reducida y selecta Comisión Ejecutiva del Banco del Norte. Así que, a pesar de haber obtenido con brillantez su licenciatura en Ingeniería y un MBA en Harvard, su principal hándicap para alcanzar la presidencia era el de ser mujer.

Y si, siendo mujer, su puesto de dirección en la entidad era considerado aún por la sociedad como extravagante, el hecho de postularse a la presidencia entraba ya en el ámbito de la ciencia ficción. Pero su padre estaba ejerciendo presión y, además, el presidente saliente, José María Bergaz, no tenía claro a qué candidato respaldar.

Normalmente durante aquellos años, y salvo circunstancias excepcionales de crisis o reestructuraciones, siempre había sido el presidente que dejaba el cargo quien designaba a su sucesor.

Pero en esta ocasión se planteaba una disyuntiva. El presidente saliente tenía, por un lado, a su amigo personal, Ignacio Aberasturi, que también tenía participación en el capital y que había demostrado ser un gran empresario. Y, por el otro, a una de sus mejores y más fieles empleadas, Bécker, una persona excepcionalmente cualificada para el puesto. Eso, para José María Bergaz, había supuesto un quebradero de cabeza. Un quebradero de cabeza que había preferido dejar en manos de su Consejo. Él apoyaba a los dos. No se decantaba por ninguno. Era la situación más insólita que jamás se había vivido en una sucesión en el Banco del Norte.

—Y yo añadiría —prosiguió Ignacio Aberasturi— que, además de eso, mirando puertas adentro, también quedan cosas por hacer. La crisis del petróleo de hace diez años nos tocó especialmente. Porque hizo sufrir a la siderurgia y al sector naval, que

siempre han sido nuestro motor. Creció la inflación, el paro, cerramos empresas... Pero poco a poco nos hemos ido recuperando. Y de eso le puedo hablar con conocimiento de causa: lo vivido durante esa crisis debería hacernos reparar en que nuestros sectores históricos, los industriales, han de mantenerse y revitalizarse, sí, pero también hemos de invertir en un nuevo futuro para nuestra tierra. El sector de los servicios ha quedado un poco abandonado por la vorágine del crecimiento empresarial histórico en Vizcaya, y ahora habríamos de ocuparnos de él también. Así que, además de salir al extranjero, todavía necesitamos capital aquí, para reforzar la industria y para generar un sector de servicios, aún incipiente, es cierto, pero que puede ser, por extraño que parezca, la base de nuestro futuro.

Josu Ganuza asintió con la cabeza agradeciendo la intervención y cambió de tercio para ir acabando el debate.

—Es evidente e innegable por qué estamos hoy todos aquí. Aunque sea de un modo no oficial, ustedes dos son los candidatos a la presidencia, ni más ni menos, del Banco del Norte, una entidad financiera de renombre internacional y con origen en esta ciudad. Iré directo al grano, Ignacio. Usted formó uno de los grupos empresariales siderúrgicos más importantes del país y, hace ya años, asumió la dirección de una caja de ahorros, la Kantauriko Kutxa, que no es lo mismo que un banco: perdone el atrevimiento, pero ¿no cree que su posible salto a la presidencia del Banco del Norte, más que una cuestión de idoneidad, podría deberse a su apellido, a su fama y a su... amistad con el actual presidente?

Isabella sonrió para sus adentros. Su asesor personal había hecho su trabajo con aquel moderador. Externamente no varió su semblante.

—Lo comprendo, señor Ganuza. Comprendo la inquietud. Y es verdad, no voy a negar que se está especulando mucho con nuestro eventual posicionamiento para la presidencia del Banco. Mire, llevo muchos años en el mundo empresarial. Y aunque está mal que lo diga, he estado a tan alto nivel que las barreras entre la política y la economía se han desdibujado para mí en muchos momentos. Todo el mundo sabe la experiencia que tengo y las credenciales de alcance internacional que me avalan.

Ignacio Aberasturi miró al moderador. Después, se dirigió al público como si en realidad hablase para todo Vizcaya.

—Si he tomado esta decisión, si me presento a la presidencia... es porque realmente creo que tengo algo que aportar. Winston Churchill decía que el gran problema de nuestra época es que los hombres no quieren ser útiles... sino importantes. Yo no busco fama ni poder. Eso ya lo traigo de casa. Ya he alcanzado todas las metas que me puse en mi vida. Esto es otra cosa. Quiero ser presidente de uno de los bancos más importantes del mundo para aportar algo. Para ser útil.

Josu Ganuza se quedó algo descolocado pero mantuvo la compostura con una sonrisa conciliadora.

—Por alusiones, me gustaría añadir algo —dijo Isabella. Si acababa ahí el asunto, estaría dejando en bandeja el debate a Ignacio—. Si el señor Aberasturi, con todo el

derecho del mundo, hace una apología de su candidatura saliéndose un poco del ámbito de esta tertulia, a mí me gustaría hacer lo propio.

—Adelante, claro —contestó el moderador.

Isabella asintió satisfecha. Sabía que la prensa estaba presente, y su opinión podía ejercer presión en un Consejo de Administración dubitativo y todavía muy dividido.

—Quiero decir que, aunque el señor Aberasturi goce de mucha experiencia y se complazca de ella, yo tengo mucho que aportar en una época cambiante como esta. Tal y como reza el título que la universidad ha dado al presente debate, estamos en una democracia joven, débil. Y tenemos de telón de fondo la posible futura integración en una Comunidad Económica Europea cada vez más atractiva y rica en matices. Todo esto es muy complicado. Al estar en un período así, necesitamos una presidencia preparada técnicamente y con visos de futuro. Sé que es difícil ver a una mujer en un puesto como este, pero creo que ha llegado el momento de dejar atrás los prejuicios y no decantarse por una mera elección de consenso que haga el menor ruido posible.

Isabella escupió las palabras trasluciendo en ellas cierto tono de indignación. Era difícil contener su carácter. Pero sabía que tenía que dejar claro su mensaje. Su padre, fundador y propietario del grupo empresarial Laminados y Estructuras Bécker, siempre le había dicho que un líder es quien puede transformar y un gestor es quien solo sabe administrar.

Josu Ganuza asintió en silencio y volvió a agradecer a los dos conferenciantes su presencia aquella noche concediendo a sus palabras un tono de cierre y despedida.

—Bueno, pues creo que ha sido una gran conferencia. Muchas gracias a ambos, de verdad, por venir a la universidad y compartir con nosotros sus inquietudes.

Pero, lejos de acabar, Ganuza volvió a la carga.

—Su rivalidad por la presidencia del Banco del Norte, más allá de su propia enemistad, puede tener incidencia también en otras áreas empresariales. Al fin y al cabo, Grupo Aberasturi y Laminados y Estructuras Bécker, la empresa de su padre —dijo señalando a Isabella—, son competidores en el mercado siderúrgico. ¿Cómo van a gestionar eso?

Ganuza había hablado como si supiera más de lo que estuviera explicitando. Ignacio Aberasturi se apresuró a contestar.

—Para eso está el Consejo de Administración del Grupo Aberasturi —observó Ignacio—. En sus manos dejo todo lo que concierne a la empresa que fundé. Yo me dedicaría al Banco en cuerpo y alma. A mi edad, en lo último en lo que pienso es en estar pluriempleado.

El público rio la gracia.

—En mi caso —dijo Isabella—, es aún más sencillo porque he intentado no implicarme nunca en la empresa de mi padre. Y confirmo desde ya que ninguna decisión que pudiera tomar en el Banco del Norte se vería influida por ese aspecto.

Josu asintió satisfecho. Pero, cuando estaba a punto de dar por terminado el

debate, intervino de nuevo Ignacio.

—De todos modos, Josu, recuerda que aunque podamos estar postulándonos para un puesto así, justo lo que nos une es lo más importante —matizó con afabilidad—. Ambos somos vizcaínos. Ambos conocemos nuestro mercado y las oportunidades que existen en el mundo financiero. Así que, sea quien sea quien acabe siendo presidente, todo el mundo ha de quedarse tranquilo porque, según creo, ambos lucharemos por hacer lo mejor para nuestra sociedad y para el banco.

—Exacto —confirmó Isabella, con una falsa sonrisa, mientras interiormente maldecía la buena salida de su oponente.

—¡Me alegro de oír eso! —zanjó el moderador viendo que se les acababa el tiempo—. Muchas gracias de nuevo y, sobre todo, mucha suerte. *Eskerrik asko*.

Después se despidió del público, los asistentes aplaudieron y comenzaron a levantarse. Ruido, despedidas y alboroto.

Isabella Bécker se alzó airada. Lo primero que hizo fue recogerse nerviosamente su despampanante melena rubia en una coleta perfectamente simétrica. Sus asesores de imagen le habían dicho que debía ir con el pelo suelto para no sé qué narices... Ella no estaba cómoda así. Y las modas de llevar la permanente o el pelo rizado y abultado la espeluznaban.

Miró a su oponente, que hablaba con el moderador. Ajena ya a micrófonos y miradas, chasqueó la lengua. Ella había sido certera, había hablado con perspicacia, como no cabía esperar otra cosa. En eso superaba a su oponente. Pero Ignacio les había dado al interlocutor y al público lo que esperaban. Era un perro viejo. Le había pateado el culo bien pateado.

Se despidió poco efusivamente de ambos y se marchó taconeando con fuerza hacia una sala en el claustro que le habían facilitado para dejar sus cosas y prepararse antes de la conferencia.

Allí encontró a Pablo Zamanillo, que fumaba un pitillo mientras perdía su mirada por la ventana. Negaba con la cabeza. Era consciente de que en aquel debate informal el claro ganador había sido Ignacio Aberasturi.

—Deja de darle vueltas, Pablo. Me han dado en toda la boca —dijo Isabella Bécker mientras ponía la mano en el hombro de su asesor y se dirigía después a la mesa a ponerse un café.

—Tienes demasiado mal carácter —se aventuró a decir Zamanillo antes de dar una calada.

Isabella se volvió hacia él con esa mirada negra. A su empleado casi se le atragantó el humo del cigarro.

—Entiéndeme bien —dijo él—. Eres muy buena. Y tus respuestas siempre son perfectas. Tienes una gran capacidad política y sabes que por eso estoy aquí.

—Estás aquí porque te pago una pasta. Hasta que deje de pagártela. A Ignacio Aberasturi le han conseguido una entrevista en *Informe Semanal* dentro de nada. Él va a salir en el programa de más audiencia y yo aquí haciendo la idiota. Quizá debería

despedirte a ti y hacerle una oferta a sus asesores.

—Isabella, por favor... Si llevan a Ignacio Aberasturi a *Informe Semanal* es por su experiencia empresarial y en la Kutxa. Piensa que lleva mil años en el candelero empresarial internacional. Lo tenían muy fácil para conseguirlo.

—A eso voy. ¿Y yo dónde aparezco, Pablo? ¿Qué tengo que hacer para llamar la atención? ¿Me desnudo y que me saquen en *Interviú*?

Pablo pensó que un desnudo de Isabella sería muy apreciado por el gran público pero prefirió callárselo y seguir con su discurso formal.

—¿Lo ves? —prosiguió Zamanillo conciliador—. Ese tipo de comentarios... Es tu único punto débil. No tienes el temple necesario. Ni carisma.

—¿Carisma?, ¿es eso lo que se necesita para dirigir un maldito banco? De verdad, ¿por qué no dejas de decir chorradas de una vez?

—Muy bien. Dirás lo que quieras, pero ¿ves? —dijo señalando hacia el exterior de la puerta—. Aunque tus respuestas hayan sido más acertadas y tus proyectos de futuro sean, sencillamente, mejores. Aberasturi se ha llevado el gato al agua porque ha conectado con la gente.

Isabella puso los ojos en blanco y, en silencio, se volvió a girar hacia la mesa para servirse el café. Sabía que Zamanillo tenía razón, pero no lo admitiría por nada del mundo.

Al cabo de unos segundos, Pablo se levantó del sofá donde estaba y se dirigió hacia una mesilla donde había dos pequeños montoncitos de folios, escritos a máquina, exquisitamente apilados. Estaban separados por no más de cinco centímetros. Eran los dos posibles discursos de Bécker tras la charla. El discurso de la victoria y el de la derrota. La distancia física entre las hojas era bien distinta de la distancia cualitativa entre ambas redacciones. Cinco centímetros y un mundo.

Dio la última calada al cigarro y lo aplastó en el cenicero.

—Te hemos redactado esto. Tienes que soltarlo la próxima vez que hables con la prensa sobre el banco. Hay que ir calando entre los miembros del Consejo. Es el discurso que habíamos preparado por si perdíamos este primer asalto.

—No me atosigues, Pablo. Queda mucho tiempo hasta la elección.

—No tanto.

—También tengo un trabajo que sacar adelante como directiva del banco. No puedo estar siempre haciendo campaña.

—Deberías empezar a establecer tus prioridades.

—¡Joder! —se desesperó Isabella—. ¡Largo de aquí! Espérame fuera y que vayan trayendo el coche.

El asesor recogió sus papeles y se marchó silenciosamente como si ya estuviera acostumbrado a aquellos desplantes.

Isabella se quedó de pie sujetando la taza de café y negando con la cabeza. Sacó una pitillera de su bolso y tomó entre sus dedos un cigarrillo sin encenderlo. Su mirada vagó por la sala. Era una antigua sala de profesores con una ventana

minúscula hacia la ría. Le vinieron a la cabeza varios fogonazos de su debate con Ignacio Aberasturi. El muy perro no había entrado a ninguna de sus provocaciones.

—Joder —volvió a decir sacudiendo la cabeza.

Dejó el café en la mesa y se abalanzó sobre un teléfono que había en la entrada de la salita. Lo descolgó y comprobó que había señal. Marcó un número y, mientras se encendía el cigarro que aún sujetaba, esperó.

—Soy yo. ¿Está nuestro padre en casa? —preguntó mientras esperaba que su hermano respondiera—. Ya, pues vete perdiendo el culo para que se ponga, por favor.

Aguardó con el teléfono en una mano y el cigarrillo humeante en la otra. Definitivamente, había de reconocer que muy buen carácter no tenía, desde luego. Pero su hermano era un gilipollas, eso también estaba claro.

Oyó que su padre se ponía al otro lado del auricular.

—Ya te han contado mi éxito de hoy, ¿no? Joder, te tomo la palabra, padre, hay que hacer algo.

Dio una ansiosa calada y expulsó el humo.

—Y hay que hacerlo ya.

—No todo el mundo piensa que ganar es lo importante.
—Tienes toda la razón, futbolista. Eso solo lo pensamos los que ganamos.

DAVID SCHAFFER y ALAIN LARA

Bilbao, último fin de semana de agosto de 1983

El cielo era un infierno. Llovía como si se fuera a acabar el mundo. Una bolsa de aire frío en las capas altas de la atmósfera se había conjugado con una intensa tasa de evaporación del agua del mar Cantábrico por la acción del sol veraniego. La lucha entre los aires fríos y los aires calientes, por sus diferentes pesos, y la contención de nubes por parte de las altas montañas, habían desembocado en el temido fenómeno conocido como la gota fría.

Era la Semana Grande de fiestas de Bilbao, que hasta ese momento la lluvia no había logrado arruinar. Sería por poco tiempo.

Rodrigo Lezo y su nieto, Alain Lara, comían en el Rimbombín, una marisquería clásica de Bilbao, mientras afuera llovía a mares. Era uno de aquellos locales típicos de la ciudad, en Hurtado de Amézaga, donde la gente se saludaba por el nombre y donde los habituales del lugar podían alargar el aperitivo hasta la cena como si no existiera el reloj. En el restaurante había una gran pecera llena de langostas y cangrejos para que el comensal pudiera escoger qué pieza quería llevar del agua al plato en cuestión de poco tiempo. No obstante, cada vez que Alain llevaba a su abuelo a aquel restaurante siempre acababan tomando los langostinos a la plancha con la famosa salsa Rimbombín. Una salsa que Rodrigo había intentado mil veces preparar en casa, pero que nunca había conseguido replicar ni de lejos.

—¿Querrás unas rabas como piscolabis antes de los langostinos o qué? —le preguntó Alain a su abuelo.

—Deja. Estoy un poco *larri*. Langostinos y fuera.

Alain no dijo nada. Seguía preocupado por él. Al entrar en el Rimbombín, Rodrigo había lanzado sonrisas y saludos a diestro y siniestro. Pero, en cuanto se habían quedado a solas, se había mostrado taciturno. Cuando se sentía ajeno a las miradas, se apagaba.

Comieron casi todo el rato en silencio. Alain intentaba sacar temas de conversación pero Rodrigo replicaba con monosílabos.

Por fin terminaron y, después de pagar la cuenta, se despidieron de la gente que se apelotonaba dentro del local. La lluvia no había conseguido desmotivar a casi ningún bilbaíno para salir al *hamaiketako*.

En el camino a casa, se resguardaron bajo el paraguas de Alain, que arrimó a su abuelo con el brazo. Sus esfuerzos por no mojarse resultaron inútiles y, apenas cinco minutos después, entraron en casa totalmente empapados.

Rodrigo, sin decir nada, dejó la gabardina calada en el gabanero y se derrumbó en

un sillón para mirar la tormenta a través de la ventana.

—Hoy es viernes, tengo partida con la cuadrilla —anunció por fin, con voz firme, a su nieto.

Alain, en silencio, descolgó la gabardina de su abuelo para llevarla al tendedero. Dejó allí también el paraguas y su propia chaqueta. Después, regresó cojeando hasta el salón para sentarse cerca del abuelo.

—No deberías ir —le advirtió—. Mira la que está cayendo. Guipúzcoa está inundada y la Ertzaintza dice que viene hacia aquí.

—No he faltado ni una vez a la partida de los viernes en la Sociedad Bilbaína. Solo cuando estuve en Valencia. Cuatro gotas de este *xirimiri* no van a cambiar eso. Me llevo la chamarra larga y punto. Además, si la cosa se pone fea, tranquilo que cojo una de las habitaciones y me quedo allí a dormir.

—¿*Xirimiri*? Anda. Esta mañana he pasado por la plaza de Carlos VII y en el museo me he tenido que dar la vuelta. El Campo Volantín y la terminal de contenedores de Renfe están ya inundados. La ría baja con una fuerza espectacular.

—¿Y qué andabas tú buscando por allí abajo?

—Ya te lo dije ayer. Hoy me veía el médico aunque sea fiesta.

Rodrigo Lezo asintió en silencio con los ojos cerrados. Nunca se habría olvidado de algo así. No podía pensar en otra cosa: quitarse la vida o ver morir a su nieto y morir después. Sobre todo, detestaba la idea de hacerlo parecer un suicidio.

Llevaba dos semanas dándole vueltas para buscar otras soluciones. No comía ni dormía. Sus únicos esfuerzos se centraban en que Alain no se diera cuenta de que algo le pasaba. Sin éxito, por supuesto.

—Perdona, es verdad. ¿Qué te ha dicho del tobillo?

—No lo ve claro. No ha mejorado mucho en estas dos semanas. Me da que quiere operarme —dijo como si hablara del problema de otra persona.

—Y eso, ¿cuánto tiempo supone?

—Hasta que vuelva a jugar... quizá seis meses.

Rodrigo negó con la cabeza y se mordió el labio inferior. Aquello era por su culpa. Habían lesionado a su nieto por él, para hacerle sentir que aquellas amenazas eran absolutamente reales.

Pero todo aquello iba a acabar pronto.

—Oye, y ¿por qué no vuelves a ir al médico de la otra vez? Vete a Alemania, con el doctor Fryderyck Berlin. Allí te fue bien.

—Fui una vez y hace mucho tiempo, *aitite*.

—Ya, pero el Athletic acertó a la primera al mandarte allí. Te arregló lo del gemelo rápidamente. Lo hablas con el club y no te pondrán pegas. Es un doctor reconocido.

—Un berlinés que se apellida Berlin —apuntó Alain intentando quitar hierro a lo que su abuelo parecía estar dando demasiada importancia.

—Jobar, también hay bilbaínos que se apellidan Bilbao, ¿no? Tú vas a verle y

punto. Seguro que encuentra una alternativa a la operación.

Alain no replicó. Y Rodrigo se levantó del sofá resuelto.

—Me voy a la Bilbaína.

—Deja que te lleve, al menos.

—Ni se te ocurra. Llevo paraguas y está a cinco minutos.

Lara no quiso discutir.

Rodrigo se le acercó y le dio un abrazo. Ese tipo de gestos era algo poco habitual entre ellos. Alain seguía sin reconocer a su abuelo en los últimos meses. Se mostraba esquivo y reacio a contarle qué le ocurría. Aun así, no quiso preguntar porque sabía que Rodrigo preferiría no responder.

—Prométeme que vas a pedir al Athletic que cojan cita con el doctor Berlin... —pidió su abuelo—. Y prométeme que te vas a curar pronto... y a triunfar.

Lara hizo un mohín de desconcierto.

—Puedo prometerte lo primero, pero no lo segundo.

Rodrigo apretó los labios y sus ojos comenzaron a humedecerse. En un rápido movimiento, dio una sentida palmada en el hombro a su nieto y se volvió hacia el recibidor para que Alain no lo viera llorar.

—Agur, hijo —dijo, y cerró la puerta sin dar tiempo a su nieto para que le respondiera.

Lara se quedó mirando unos instantes hacia la entrada.

—Agur —susurró.

Alrededor de las siete de la tarde sonó el teléfono. Fuera seguía cayendo agua y más agua.

—¿Sí, dígame? —dijo Alain al coger el auricular.

—¿Está Alain, por favor?

—Jaimito, soy yo —contestó él mientras reconocía al instante la voz de su amigo.

—Tío, ¿qué haces en casa?

—No mojarme, supongo. ¿Tú dónde estás, que se oye tanto ruido?

—Estoy con Josete y con Iñaki, en una cabina cerca del puente de la Salve. ¿Has visto cómo baja la ría? Está arrastrando troncos, bidones... de todo. Tienes que venir a ver esto.

—Pero ¿se ha desbordado? —preguntó preocupado por Rodrigo.

—Aquí aún no, pero intuimos que allá por la zona del casco viejo...

—Perdona, Jaime, te tengo que dejar. Mi *aitite* está en la Bilbaína y quiero ir a ver cómo está esa zona.

—Vale, no te preocupes. Ya hablamos.

Alain colgó con urgencia. Se puso encima una gabardina y cogió el paraguas del tendedero.

Ya en la calle, el espectáculo era tremendo. Desde su domicilio, que daba al monte Pagasarri, no se había podido hacer una idea de lo que estaba ocurriendo. En la avenida Juan de Garay, una carretera de salida de la ciudad, había un atasco de coches

increíble. No había ningún peatón pero sí cientos de automóviles. Muchos eran extranjeros que habían sido desviados desde Guipúzcoa hacia Bilbao por las inundaciones de allí. Ahora, cuando la gota fría había colapsado también la ciudad vizcaína, todos estaban atrapados en sus coches sin poder avanzar ni retroceder.

Lara siguió caminando con su perenne cojera y con el corazón encogido. En la calle no había nadie. El paraguas de poco le valía ya. Estaba empapado y solo había andado unos cien metros. Todo aquello le traía el recuerdo de las inundaciones que había sufrido en Valencia el año anterior.

La zona donde se encontraba era de las más altas de Bilbao y era imposible que se encharcara, pero desde las montañas bajaban auténticas riadas que anegaban la carretera.

Vio a lo lejos cómo en la plaza saltaba una alcantarilla y cómo salía por ella una columna de agua de varios metros.

Pasó delante de la estación de trenes. Por entre los huecos de la verja que separaba las vías de la calle Hurtado de Amézaga caía el agua como una cascada, con gran virulencia.

Llegó hasta la calle Navarra, donde se encontraba la sede de la Sociedad Bilbaína. La Policía Nacional le dio el alto pero, cuando se acercó y vieron que era Alain Lara, el famoso jugador de fútbol, le explicaron con más detalle la situación.

—Mire, es mejor no pasar. Ahora mismo, el agua baja por la ría a una velocidad tremenda. Es incontrolable.

La curva del cauce en la Ribera parecía increíble. El agua lanzaba miles de objetos contra los bajos de los rascacielos de Bailén.

—Ya, pero quiero ver a mi *aitite*. Está en la Bilbaína —les cortó Alain con aplomo.

Los policías se miraron. Era Alain Lara y querían dejarlo pasar pero, por otro lado, era Alain Lara, y como le pasase algo al jugador estrella del Athletic por su culpa...

Finalmente, resolvieron permitirle el paso.

Él lo agradeció y continuó con tanta urgencia como le permitió su cojera. De pronto, se detuvo y se giró:

—Por cierto, vengo de Juan de Garay. Allí hay cientos de coches con gente de fuera de la ciudad que no puede moverse y que no sabe qué hacer... y creo que necesitarían provisiones y agua.

—Por supuesto, ahora damos el aviso. No se preocupe.

Alain lo agradeció. A veces era productivo ser reconocido.

Prosiguió su camino y, a la altura de la Bilbaína, comprobó lo que la temprana noche de aquel día no le había permitido ver desde arriba. La ría estaba pasando por encima del puente del Arenal.

Al otro lado, el casco viejo estaba absolutamente inundado. Todo, los bajos, las cafeterías, los comercios... estaba debajo del agua. Invisible. Ahogado.

El agua orillaba en aquel momento la entrada de la sede social, donde debía de estar su abuelo.

—Señor Lara, buenas tardes —lo saludó el portero, a quien Alain no recordaba.

—Buenas, por decir algo —le contestó, haciendo esfuerzos por ser afable—. Perdone, no sabrá si mi *aitite*, Rodrigo Lezo, está aquí, ¿verdad?

—Sí, claro. El señor Lezo está arriba con la cuadrilla echando la partida.

—La verdad es que no sé si subir y decirle que se venga a casa —pensó en voz alta.

—Déjeles, no se preocupe. Yo creo que algunos ya han reservado habitación para quedarse aquí si esto sigue así.

El portero tenía razón. Además, su abuelo ya era mayorcito.

La Bilbaína era un club social al más puro estilo inglés que se había constituido casi ciento cincuenta años atrás. Allí se concentraba la alta sociedad bilbaína para pasar el rato, comer, fumar, tomar una copa, jugar a cartas, disfrutar de la biblioteca... Su abuelo había sido socio desde que él alcanzaba a recordar. Uno de los viejos del lugar. Y desde que habían vuelto de Valencia había pasado muchos ratos allí hablando, tomando vinos... y presumiendo de que su nieto era jugador de fútbol. Alain, consciente de ello, no se prodigaba demasiado por la Bilbaína.

—Bueno, pues pásele una nota, por favor. Dígale que me llame cuando terminen y que me diga lo que va a hacer. Si se queda o si viene a casa. En este caso vendré yo a buscarle se ponga como se ponga.

—De acuerdo, señor Lara, no se preocupe. Váyase tranquilo. Además, seguro que amaina pronto...

Pero no amainó.

Un rato más tarde, ya en casa, Alain lamentaba no haber subido a por su abuelo. Seguía lloviendo y los transformadores de Iberduero estaban fallando. La mayoría de las casas de la ciudad se habían quedado sin agua potable y no había luz ni teléfono.

No podía llamar a la Bilbaína y tampoco veía claro si salir de nuevo a la calle. Llovía a mares. Encendió un transistor de pilas y escuchó los avisos y las noticias. Decían que los niveles del agua no bajarían hasta las doce de la noche aproximadamente.

Aun así, se tranquilizó pensando que su abuelo estaría durmiendo ya plácidamente en una de las habitaciones del club, sin peligro alguno. A pesar de ello, se fue a la cama con un sabor amargo y tardó en quedarse dormido.

A la mañana siguiente, Lara se despertó temprano y se preparó con rapidez para salir. Mientras se arreglaba, escuchó en la radio que ya se estaban encontrando las primeras víctimas mortales. Decían que durante el sábado llovería a ratos, que los niveles del agua ya habían bajado y la ría había vuelto a su cauce. Pero recomendaban mucha precaución e, incluso, no salir de casa si no era necesario.

Lara apagó el transistor. Seguía sin haber línea telefónica. Salió a la calle en dirección a la Bilbaína. El panorama fuera seguía siendo desolador. El barro atestaba

las calles, y los pocos coches que circulaban lo esparcían por toda la ciudad. El agua seguía bajando desde los montes, de Larraskitu, de Autonomía... y se formaban riachuelos y arroyos en cada rellano. La gran fuente de Zabalburu estaba llena de gente con cubos para recoger agua. Caras desencajadas. Gente deambulando sin rumbo y sin ánimo.

Aceleró como pudo el paso hacia la Bilbaína. Lo azuzaba la urgencia de ver a su abuelo, así que llegó en pocos minutos. Se cruzó con el mismo portero del día anterior. Su cara era un poema. Alain le preguntó cómo había ido la noche.

—El agua ha invadido los sótanos y la bodega —respondió el botones—. Y la planta baja también ha quedado hecha un guiñapo. El lodo ha destrozado la recepción, el bar inglés...

Siguió lamentándose un buen rato. Finalmente, Alain pudo zafarse de él y entrar al club para buscar a su abuelo.

Subió por la escalera de caracol hasta la segunda planta y se acercó a un hombre ataviado con una elegante levita. Era uno de los miembros de la plantilla.

—Perdón, ¿sabría usted dónde puedo encontrar a Rodrigo Lezo?

—Señor Lara —dijo él—. ¿Se refiere a alguno de los socios que ha pasado aquí la noche?

—Eso espero.

—Entonces voy a buscar a alguien que pueda informarle. —El empleado pareció dudar antes de preguntar—. Y... ¿qué tal va ese tobillo?

—Va mejor, gracias —respondió esquivo.

—Me alegro. Espere aquí, que ahora vengo con el responsable.

Y se marchó. Él esperó en la gran sala que hacía de zona de paso, cuyos pasillos laterales conectaban los salones comedores. Aguardó en la barandilla con la mirada perdida en dirección hacia la sala de la chimenea, en el piso inferior. De pronto, vio a uno de los amigos de su abuelo. Llevaba un periódico en la mano.

—¡Señor Garteiz! —le gritó.

El anciano se volvió extrañado y, levantando la vista, reparó en él.

—Hombre, Alain, aúpa ahí. ¿Qué pasa, hijo?

—Estoy buscando a mi *aitite* —le dijo elevando la voz para que lo escuchara en la distancia.

—Aquí estuvo ayer, sí, con la cuadrilla. Echamos la partida de cartas.

—Pero, ha dormido aquí, ¿no?

—Yo creía que había cogido habitación pero cuando ya era tarde dijo que se iba. Y que quería bajar al casco viejo para ver cómo andaba el tema. Lo intentamos convencer de mil maneras, pero tu abuelo está como una cabra.

A Alain le dio un vuelco el corazón. Su abuelo no había pasado allí la noche. Y tampoco en casa. Se dio la vuelta y dejó al señor Garteiz con la palabra en la boca.

En ese momento llegaba otro empleado de la Bilbaína con unos papeles en la mano. Cuando avistó a Lara, empezó a hablarle mientras ojeaba una lista.

—Buenos días, señor Lara. Aquí no consta que don Rodrigo Lezo reservara habitación alguna.

Pero Alain ya no lo escuchaba. Salió corriendo como pudo a la calle. No sabía qué hacer ni dónde buscar. Desde la entrada, miró hacia su derecha y vio la ría ya en su cauce y, al fondo, el casco viejo de Bilbao sucio y embarrado, herido de muerte.

Pensó en dirigirse hacia allí. Si su abuelo había logrado atravesar algún puente, cosa que dudaba, quizá habría tenido que quedarse a pasar la noche en algún hotel de la zona.

Cruzó a la otra orilla.

Todo era caos, tristeza y lodo. Había coches empotrados en mitad de las calles y lugares aún inundados. Los frigoríficos, troncos y estanterías de los maltrechos comercios parecían formar parte del mobiliario urbano. Le advirtieron que anduviera con cuidado. Debajo de la capa de barro podía haber alguna alcantarilla abierta. Había gente de pie llorando frente a lo que había sido su negocio. Otros comenzaban a arremangarse y a usar palas para sacar el agua y el lodo de sus casas o tiendas.

—¡Eh! ¡Me ha robado! ¡Que alguien lo coja! —gritó un hombre que salía desesperado de una joyería en la esquina de Correo con Sombrerería. En ese momento, el ladrón salía a través del escaparate roto con un puñado de joyas en las manos.

Alain, a pesar de su maltrecha pierna, dio un par de zancadas y agarró al ladrón por la solapa. Lo arrinconó violentamente contra una pared llena de barro.

—¿De verdad quieres aprovecharte de esta pobre gente, hijo de puta? —le espetó con una mirada oscura.

Después le dio un puñetazo en el estómago y le quitó las joyas. El joyero se acercó y recuperó la mercancía de manos de Alain. El jugador echó una última mirada de odio al ladrón, que seguía contra la pared, aturdido. Lara negó con la cabeza, apretó los dientes y, en un movimiento repentino, le asestó un fuerte empujón que tiró al ladrón al suelo.

—Largo de aquí —lo amenazó.

El joyero le agradeció su actuación aunque con poca efusividad. Tenía que volver al drama de su tienda destrozada.

Cuando la gente se fue apartando y se quedó solo, Alain miró al suelo algo arrepentido. Se había dejado llevar empujado por la desesperación de no saber qué le había ocurrido a su abuelo. Echó una última mirada a su alrededor y se fue de allí cojeando y cabizbajo.

Pasó el resto de la mañana buscando en todos los hoteles y hostales que pudo, preguntando si un tal Rodrigo Lezo había pasado allí la noche. Pero no tuvo suerte en ningún sitio.

Aún no había comido nada cuando se dirigió hacia uno de los numerosos puestos de policía que abarrotaban Bilbao. Les explicó su situación. Por muy Alain Lara que se llamase, el problema que les presentaba habría de ponerse a la cola, como todos los

demás.

—No podemos dar a tanta gente por desaparecida. Habría que esperar cuarenta y ocho horas hasta que pudiéramos tramitar algo.

—Lo comprendo —admitió Lara—. Muchas gracias.

—Si realmente cree que algo le puede haber pasado a su abuelo, puede ir a los hospitales a preguntar allí.

—Eso haré, gracias de nuevo —contestó Lara.

El policía asintió. Lo miró entonces con una sonrisa y le preguntó:

—Y ¿qué tal va su pie?, ¿lo veremos pronto jugando otra vez?

—Eso espero. Gracias —respondió él intentando sonreír sin conseguirlo.

Horas más tarde, salía del hospital de Basurto. Allí la situación no era tan desastrosa como Lara había esperado. No tenían ni agua ni fluido eléctrico pero con un aljibe de Protección Civil y un par de generadores externos parecían controlar la situación. Y se esperaba para aquella noche un camión repleto de botellas de agua potable procedente de San Sebastián.

No obstante, en lo que a su abuelo concernía, no habían podido ayudarlo. No constaba en ningún registro aunque, con un panorama caótico como aquel, la información no tenía por qué ser absolutamente fiable. Desde luego, en urgencias no había estado, y ninguno de los responsables con los que había podido cruzar unas palabras sabía nada de Rodrigo Lezo.

Alain se desplazó hasta la ciudad sanitaria de Cruces, aunque era consciente de que allí serían menores las posibilidades de encontrar a su abuelo.

De nuevo, ser conocido le valió para acceder a algunos responsables del hospital. Ellos lo remitieron a uno de los máximos jefes de sanidad, el responsable del nuevo Servicio Vasco de Salud, Osakidetza.

Era un hombre corpulento, de porte elegante, con gafas y un abultado bigote. Parecía afable.

—Hola, soy Iñaki Azkuna. Me cuentan que no das con tu *aitite*.

—Sí. Yo soy Alain —respondió él estrechando la mano de Azkuna.

—Ya sé quién eres, hombre. Tu abuelo se llama Rodrigo Lezo, ¿verdad?

—Así es.

—He pedido que comprueben todos los registros pero, por ahora, nada —le dijo compasivo.

—Ya... no se preocupe.

—Trátame de tú, no me pongas años encima.

—Hecho —dijo Alain—. No sé qué hacer ya. Empiezo a estar preocupado.

—Es lógico —se compadeció Azkuna. Seguidamente, cogió del brazo al jugador y lo instó a que lo acompañara.

Lara caminaba cojeando a su vera. Parecía que aquel hombre se preocupaba verdaderamente por su problema, y no porque fuera un jugador famoso. No le había preguntado por el fútbol ni por su lesión. Debía de ser consciente de que, en aquellos

momentos, a Alain le costaba pensar en otra cosa que no fuera su abuelo.

—Mira, ahora estamos todos descolocados. Tengo a todos los equipos médicos desbordados. Muchos de ellos —caminaban por uno de los pasillos de Cruces e Iñaki iba señalando a gente de bata blanca— no han dormido nada. Me cuentan incluso que varios de mis colegas que trabajan por su cuenta están pegados a los transistores para escuchar si hay algún aviso de alguien necesitado en su domicilio y allí que van a atenderlo. Sin que nadie les vaya a dar por ello más que las gracias. Imagínate... ¡Buscan pacientes por la radio! No podemos hacer más, estamos incomunicados.

—Lo sé —dijo Lara—. Pero mi abuelo salió a la calle por la noche, justo cuando las inundaciones estaban en su apogeo y se fue al casco viejo. O eso dijo, al menos. Y no ha pasado la noche en casa. Creo que tengo motivos más que suficientes para estar intranquilo.

Iñaki Azkuna se detuvo y lo miró unos segundos. Quiso ser sincero. Aquel joven llevaba todo el día escuchando palabras de ánimo tan inútiles como inconsistentes. Su problema era real.

—Tienes razones para estar preocupado, Alain, esa es la puñetera verdad. Es lógico que contemples el peor de los escenarios. Pero también lo es que sigas esperando encontrarlo sano y salvo ya que, como digo, hoy es imposible comunicarse con nadie, y bien podría aparecer en vuestra casa esta misma noche. Si Dios quiere...

Pero Dios no quiso. Aquella noche, Alain volvió con las manos vacías a su casa. Y allí se quedó, solo. Sin comida, sin luz, sin teléfono. Sin su abuelo.

El domingo por la mañana, la radio empezaba a informar de la remisión inminente de las lluvias y de la ayuda que estaba recibiendo la ciudad. Varios convoyes del ejército, dos destructores y una fragata de la Armada habían sido fletados cargados de alimentos básicos. Aquel mismo día se intentaría comenzar a producir pan en la ciudad. Se estimaba que el agua potable no llegaría a bombearse de nuevo con normalidad hasta mediados de la siguiente semana.

Se hablaba de miles de millones de pesetas en pérdidas. De cientos de empresas y negocios que jamás abrirían de nuevo sus puertas. El lehendakari Garaikoetxea y el recientemente elegido presidente González habían mantenido reuniones de urgencia. Los reyes aterrizarían aquel día en Foronda para visitar las zonas siniestradas. E incluso el papa Juan Pablo II había mostrado su solidaridad con las víctimas.

Alain miraba por la ventana mientras oía todas esas noticias de fondo. Estaba serio. Había buscado por donde había podido. Si su abuelo estaba vivo, aparecería pronto o tendría señales de él cuando volvieran las líneas telefónicas. Si estaba muerto, nada más podía hacer; solo podía esperar a que la tormenta pasara y pudiera recuperarse el cuerpo.

Por su parte, no tenía nada que hacer. Las actividades con el Athletic estaban suspendidas. A Lezama solo iba para hacer sus ejercicios de recuperación. Pero, además, ahora se suponía que debía dejarlos para decidir si tenía que operarse o no.

Precisamente de eso había hablado con su abuelo en su última conversación. Chasqueó la lengua al recordarlo.

Decidió no pensar y salió de casa de inmediato. Optó por ir a Murguía en busca de comida. Le habían dicho que allí se habían librado del desastre y las tiendas podían abrir. Alain debía de ser de los pocos bilbaínos que podían desplazarse fuera de la ciudad ya que, aunque las gasolineras no funcionaban, por suerte su Ford Sierra tenía combustible de sobra.

Cuando llegó a Murguía acudió a un ultramarinos que tenía un poco de todo. Allí le contaron que no eran pocos los que estaban haciendo el esfuerzo de ir hasta allí a por alimentos. Y que había gente en muchos sitios aprovechándose de la situación y revendiendo comida a precios astronómicos. Le dijeron que en algunos pueblos se estaban vendiendo barras de pan por trescientas pesetas.

Pocas horas después, Lara estaba de vuelta en Bilbao con víveres suficientes.

Pasó con el coche por la Gran Vía, que se había convertido en un lodazal. Poco después, cerca de Escolapios. Allí, entre el barro y los escombros, una novia de un blanco immaculado se dirigía a la capilla del colegio para celebrar su boda. Una imagen casi onírica. La dignidad de aquella mujer logró que Lara esbozara la primera sonrisa en varios días.

Tras largos atascos, llegó a casa. Comió, esperó y salió de nuevo a intentar contactar con algunos hoteles para encontrar a su abuelo. Nada. Segundo día sin noticias de él.

Al día siguiente, algunas cosas, no todas, comenzaban a volver a la normalidad. Alain pudo comprar el periódico, que durante los dos días anteriores no había podido lanzar a la calle ninguna edición. Pagó cuarenta pesetas por él y lo cogió con incertidumbre. El titular de *El Correo* rezaba «Los muertos pueden pasar de cincuenta». Suspiró. Acudió con urgencia a la página donde se indicaban las víctimas que ya habían sido identificadas. El nombre de su abuelo no estaba allí.

Regresó a casa. Allí siguió pendiente de las noticias. Volvería a salir más tarde. De pronto, sonó el timbre. Al abrir la puerta, vio la amable figura de Iñaki Azkuna con expresión consternada.

Alain no dijo nada. Su intensa mirada atravesó al médico. Sabía que aquello solo podía significar una cosa.

—Hola, Alain —dijo Iñaki—. Me he enterado por uno de mis colegas en el gobierno de que... Bueno, quería venir a contártelo en persona...

—Puedes decirlo, tranquilo.

Azkuna suspiró.

—Han encontrado el cuerpo de tu abuelo.

Lara no pareció inmutarse. Siguió mirando fijamente al funesto mensajero, pero su rostro adoptó un gesto de resignación.

—Muchas gracias. Gracias por ayudarme. Y gracias por encontrarlo.

—Ahora te dejo. Mañana ya te llamaremos para ver cómo organizar la entrega del

cuerpo para el entierro y demás... Tranquilo, yo me ocupo.

Lara sonrió apretando los labios. Asintió de nuevo en señal de agradecimiento. El médico, sin decir nada, le dio una palmada en el hombro y se marchó.

Alain cerró la puerta y se dirigió hacia la ventana. Miró a lo lejos. Más lejos de lo que podía mirar desde aquella ventana. Estaba allí, en casa, solo, ajeno a las miradas de la gente que siempre lo rodeaba, y notó cómo todo el pesar que había podido contener durante aquellos días lo embargaba de repente. Fue como si una presa quebrara... Y una valiente lágrima resquebrajó aquella armadura de frialdad, abandonó la mirada perdida de Alain y surcó solitariamente su rostro.

Cuando tienes que elegir entre tu propia vida o la de otros, y escoges entregarte voluntariamente a la muerte, por muy mal que pinte tu historia... sabes que algo has tenido que hacer bien en esta vida.

JAVIER ALBA

Bilbao, agosto de 1983

Era ya noche cerrada cuando Javier Alba salió del edificio Albia, el rascacielos de veinte plantas donde estaba su oficina. Llovía y la temperatura era algo fresca para ser verano. Después de la gota fría, era de esperar.

Javier llevaba su maletín debajo del brazo y lo agarraba como si tuviera miedo de que se lo quitaran. Cargaba con más peso que de costumbre. Estaba nervioso. Sudaba. Aquel era su último día de trabajo, aunque en la empresa pensarán que tan solo se cogía unas merecidas vacaciones.

Llevaba puestos los auriculares de su *walkman* para intentar evadirse pero, como caminaba a trompicones, la casete no se oía bien. Las violentas interrupciones en la melodía le dejaban una sensación de desazón. Llevaba desabrochada la gabardina y la chaqueta, dejando entrever así su abultado estómago. La presión lo hacía engordar o, al menos, eso pensaba él. Se largaría a Suiza, y allí comenzaría una nueva vida.

Atravesó los jardines de la plaza de San Vicente con paso vivo hasta su Volkswagen Escarabajo. Metió la llave en la cerradura para abrir la puerta y arrojó el maletín al asiento del copiloto. Se quitó el *walkman*, lo tiró detrás y luego encendió el motor para sumergirse en el tráfico de la ciudad. Se dirigió hacia el norte por el ensanche y después tomó la Gran Vía. No podía tardar mucho en llegar a casa.

Sin embargo, un buen rato después, aún seguía en el vehículo. Llevaba ya varios minutos parado. Supuso que algún destrozo aún no reparado de las inundaciones estaba provocando el atasco. Tenía una hilera de unos diez o quince coches totalmente quietos delante de él. No había otra explicación para aquel tráfico, sobre todo teniendo en cuenta la hora que era.

—¡Joder, venga, venga! —musitó Javier, que de continuar apretando el volante con tanta fuerza acabaría por arrancarlo de cuajo.

De repente, notó algo raro. Se sintió observado.

Reparó en que el conductor del vehículo que estaba a su izquierda no le quitaba el ojo de encima. Era un tipo joven con un extraño atuendo: una fina chaqueta con los cuellos subidos y una gorra oscura bien calada, que ocultaba vagamente su rostro. Una llamativa vestimenta que solo parecía tener como objetivo esconder sus facciones. Decidió mirar a otro lado. Tragó saliva y siguió sudando. Cada vez más.

—¡Vamos, por favor! —suplicaba inútilmente.

Pero los coches no se movieron. El ocupante del otro vehículo seguía mirándolo y él no paraba de sudar.

—¡A la mierda! —gritó Javier, que giró su Escarabajo y lo subió torpemente a la acera haciendo temblar el chasis del vehículo. Con la ciudad patas arriba aún por las inundaciones, dejar allí el coche no tendría mayor importancia. Cogió el maletín y activó las luces de emergencia.

Salió del coche, lo cerró y se largó caminando. Pero el hombre de la gorra hizo lo mismo y lo siguió a poca distancia con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Pero qué...? —dijo Javier entre dientes. Miró a su alrededor y pensó en sus opciones.

Decidió echar a correr hacia el parque de Doña Casilda. No le gustaba meterse en el parque, que a esas horas de la noche estaba poco iluminado, pero era el único sitio donde podría esquivar a su perseguidor. Atravesaría el parque y saldría por el otro lado, por la plaza del Museo. Allí podría coger un autobús hasta su casa. Luego, recogería las maletas y se largaría al aeropuerto, donde un avión, de madrugada, lo llevaría lejos de aquella pesadilla de vida.

No dejaba de lloviznar. Corría como alma que lleva el diablo, sujetando el maletín debajo del brazo y con la gabardina ondeando a sus espaldas. Dejó a su izquierda el gran estanque de los patos y se adentró en los solitarios y oscuros caminos del parque.

Jadeaba y comenzaba a dolerle el costado. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Estaba solo. Parecía haber dejado atrás a aquel tipo. Bajó el ritmo de su desgarrada carrera. Al hacerlo, se percató de que casi podía escuchar el latido de su corazón. Palpó el bolsillo interior de la chaqueta. Le reconfortó notar el pesado objeto que allí guardaba. Había que ser precavido.

De pronto, escuchó un sonido a su espalda. Algo similar al crujido de una rama rota por la pisada de alguien. Se dio la vuelta con el alma en vilo y vio, a través de la fina capa de lluvia, un hombre con una gorra oscura que lo seguía a una distancia de treinta o cuarenta metros. Casi le entraron ganas de llorar.

Supo lo que tenía que hacer. Volvió a dirigir la mano derecha hasta el bolsillo interior y de allí sacó un arma: un revólver de cañón corto. Apuntó a lo lejos y disparó dos veces. Jamás había usado una pistola. El brazo se desplazó violentamente hacia atrás y casi lo hizo trastabillar. Fuera como fuese, parecía haber acertado. El hombre había sido abatido.

—¡Joder! —volvió a proferir por enésima vez aquel día. Javier esperó unos segundos para comprobar si su víctima se movía. Después, guardó el arma y echó a correr de nuevo olvidándose del dolor de costado.

Una vez superado el tropiezo, Javier siguió corriendo con torpes zancadas, ahora con más confianza en sus posibilidades. Había sido un acierto coger la pistola que heredó de su padre.

Por fin salió del parque y se dirigió hacia una parada de autobús. Ya faltaba menos...

—Aquí está —murmuró triunfalista, al ver que llegaba el vehículo.

Subió y pagó el billete. Solo había dos personas más en el autobús. Tomó asiento pero sin apoyar la espalda y empezó a balancearse una y otra vez. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente. Casi podría haberlo escurrido. No podía distinguir si era lluvia o sudor.

Se encendió un cigarro y le dio profundas caladas para intentar calmarse. Expulsaba el humo exageradamente despacio, pero su corazón seguía desbocado. Aunque daba igual, ya se tranquilizaría cuando estuviese en el avión volando hacia la felicidad.

Poco después llegó a su parada, bajó del vehículo y caminó hasta su casa. Ya no llovía. Ya no sudaba.

Entró en la vivienda. Tenía las maletas preparadas en el recibidor y el billete de avión en la mesilla de la entrada. Cerró la puerta con una sensación de alivio. Ya nadie lo seguía. Ya no veía sombras. Todavía a oscuras, se dirigió hacia el salón.

—Desnúdese, señor Alba —dijo una voz a su espalda.

Javier se quedó helado y soltó el maletín. Era la primera vez que se despegaba de la cartera desde que había abandonado el coche. Empezó a sollozar como un niño.

—¿Quién eres, joder? ¿Qué quieres de mí? —logró balbucear.

Hubo un silencio. Nadie contestó. Pero tampoco hacía falta. Estaba claro que detrás de Javier había una chaqueta y una gorra.

—Desnúdese, señor Alba —volvió a escucharse.

Y Javier no tuvo más remedio que obedecer al notar cómo un bulto, que él identificó como el cañón de una pistola, se hendía entre sus omoplatos. Se quitó la gabardina, la chaqueta y los pantalones. La camisa casi tuvo que despegarla del cuerpo. Se quedó en ropa interior.

—Completamente —matizó la voz del hombre.

—¿Cómo? —preguntó Javier.

—Que se desnude del todo.

Alba acató la orden. Seguía llorando.

—Ahora doble la ropa y recójala como hubiese hecho cualquier día normal, por favor.

Aquel era el «por favor» más vacío de contenido que había oído nunca. Javier colgó su traje en el armario y dejó el resto de la ropa extendida sobre la cama.

—Le he preparado un baño, señor Alba. Le vendrá bien después de la carrera que se ha dado.

Se dirigieron hacia el cuarto de aseo. Tal y como había afirmado aquel hombre, la bañera estaba llena de agua. Le hizo una indicación a Javier y este metió dentro una pierna, luego la otra. Seguía aterrado y lloraba. Tal vez fuera preferible que, lo que tuviera que ocurrir, ocurriera rápido.

El hombre, con sus guantes de piel, cogió un secador de pelo que había en el armario, peló una parte del cable con una navaja y lo enchufó. Comprobó la reacción eléctrica al contacto de los filamentos y tendió el aparato a Javier.

—Sujételo —le ordenó.

Él hizo lo que le pedía, tembloroso. Cogió el secador y lo alzó todo lo que pudo para que no tocara el agua.

Después, el hombre de los guantes se arrodilló ante la bañera.

—¿Qué pensaba hacer, señor Alba? —preguntó fríamente—. ¿Escapar a Suiza?

—Yo... quería empezar una nueva vida —logró decir Javier para justificarse—. Quería huir de la empresa.

—Justo cuando recibe nuestra carta, decide cambiar de vida. Qué casualidad.

—No comprendo.

—Sí, sí lo comprende.

Volvió a hacerse el silencio. Alba seguía desnudo en la bañera y el desconocido estaba inclinado hacia él.

—Quiero saber si tiene algo sobre lo que ocurrió en Berlín.

—Todo aquello quedó enterrado, no existe —alegó en tono de súplica.

El hombre de la gorra apretó los labios.

—¿Seguro? —insistió—. ¿No le suena de nada un documento...?

Javier casi no podía escucharlo. El labio inferior le temblaba.

—¡Le juro que no...! —gritó—. No hay nada y yo nunca hablaré. Nadie lo hará, de verdad —dijo entre jadeos.

El hombre suspiró y se incorporó lentamente. Miró a Javier con desprecio.

—Para ser tan listo, no se entera de nada —le dijo—. Yo me voy, señor Alba. Sabe lo que tiene que hacer. O se quita la vida o haremos lo que le dijimos en la carta: mataremos a su hermano y a su madre. Sabemos dónde viven.

Javier lloró. No podía más. Sentía pinchazos y contracciones en los hombros. No podría mantener esa posición mucho más tiempo, sujetando el aparato eléctrico lejos del agua.

—Usted verá. Me marcharé ahora mismo de aquí. No voy a hacer nada más con usted. Puede tirar ese secador fuera de la bañera y esperar a ver lo que sucede en los próximos días o afrontar su destino y morir con la conciencia tranquila. Como le dijimos, si usted muere, tiene que parecer un accidente. Cualquier indicio que deje y que pueda implicarnos tendrá funestas consecuencias para su familia.

El hombre de la gorra le lanzó un saludo y se marchó del cuarto de baño.

Poco después de salir del apartamento, pudo escuchar a lo lejos una descarga eléctrica y los últimos gemidos de un hombre que había decidido morir.

Que había decidido bajar los brazos.

El hombre de la gorra caminaba por la calle en busca de una cabina. No había querido usar el teléfono de la residencia del señor Alba. Vio una enseguida. Sacó unas monedas, las echó en la ranura y marcó un número.

—¿Sí?

—Soy yo. Ya está hecho. No tenía nada.

—De acuerdo. ¿Quería escapar realmente?

—Sí. Quería volar hacia Suiza —indicó el hombre de la gorra.

—Absurdo. ¿Cómo ha sido?

—Ha sido él. Yo no he intervenido. Un accidente doméstico.

—Hoy en día uno no está seguro ni en su propia casa —ironizó el interlocutor al otro lado del teléfono—. Y todo ha quedado limpio, ¿verdad?

—Ropa ordenada y todo en su sitio —afirmó el hombre—. Tan solo se daba un baño y un aparato eléctrico en mal estado cayó al agua.

—Las prisas del viaje...

—Eso es.

—Bien. Informaré a nuestro pagador.

—Parece que basas tu felicidad en el éxito. Entonces ¿cómo afrontas los fracasos? Siempre los hay.

—Los éxitos de hoy son los fracasos de ayer. Mi ambición se nutre de olvidar pronto el fracaso... y olvidar aún más rápido mi último éxito, ¿lo entiendes, Alain?

—Entiendo que deleitarte en un éxito presente es asegurarte un fracaso futuro...

—Exacto. Para dar patadas a un balón, no eres tan idiota como pensé al principio.

DAVID SCHAFFER y ALAIN LARA

Bilbao, agosto de 1983

Días después, Alain regresó a casa del funeral por su abuelo, que se había celebrado en la iglesia de San Francisco de Asís, conocida como la Quinta Parroquia porque fue la primera en denominarse así, tras las cuatro originarias e históricas del casco viejo. Era la iglesia donde Alain había sido bautizado y donde se habían casado sus padres. Al funeral habían asistido todos: la primera plantilla, el equipo técnico, los directivos... Mucha gente, muchos abrazos, muchas condolencias. Él, como siempre, había mantenido el tipo. La presencia de periodistas había sido escasa, tal vez a causa de la cercanía de las inundaciones. No obstante, Lara se mostró comprensivo con el par de fotógrafos que se encontró a la salida de la iglesia. Era consciente de que aquello era noticia.

Caminaba por la casa, dolorosamente vacía, con su sempiterna cojera. Sujetaba entre sus labios una ramita aún verde de una de sus plantas. Se detuvo a la altura de la televisión, que se le antojó como la alternativa perfecta. En la autonómica daban un documental. En la dos, una película antigua. Demasiado antigua.

Solo tenía tres canales, así que presionó en el aparato el último botón posible y se quedó medianamente satisfecho con lo que daban. La primera cadena emitía *Informe Semanal*. Retomó su andar cansino hasta el sofá y se derrumbó en él.

En aquel momento, la presentadora, Mari Carmen García Vela, morena, con pelo corto y una chaqueta con hombreras, daba paso a una entrevista con un reconocido empresario vasco, un tal Ignacio Aberasturi, que tenía intención de presentarse a la presidencia del Banco del Norte.

Alain hizo rodar el palillo en su boca y decidió conformarse con ese programa a falta de otra cosa.

—... entrevistamos a uno de los personajes más interesantes del país, Ignacio Aberasturi —anunció la entrevistadora, tras una breve presentación de su acompañante—. Bienvenido, señor Aberasturi.

—Muchas gracias, Luisa... Pero puedes llamarme Ignacio.

Ella sonrió.

—De acuerdo. Ignacio, sin ánimo de ofender, pero ¿cómo sabrán los accionistas

del banco si están ante el candidato ideal o solo ante un hombre demasiado mayor al que le ha apetecido afrontar un nuevo reto en su ya brillante carrera?

—Bueno, tengo setenta y tres años, pero seguro que estoy más en forma que la mayoría. Soy de Bilbao, no sé si se ha dado cuenta.

La mujer sonrió por el comentario. Alain, en su sofá, también.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Luisa Ferrer con humor—. Se conocen muchas cosas sobre su trayectoria profesional. Pero ahora querríamos saber algo más sobre usted. Sobre su vida. Usted nació, como dice, en Bilbao, en el seno de una familia muy pobre...

—Humilde.

—¿Perdón?

—Humilde, no pobre. El que es pobre en Vizcaya, quizá no lo sea en otra zona más deprimida. La verdadera pobreza, entonces, era la que acechaba a muchas familias de Europa.

—Se refiere a los estragos de la primera guerra mundial... —apuntó ella con gesto serio.

—Los estragos de las guerras. Nosotros vivimos las guerras carlistas y la guerra civil, también. Y también en Europa, con la Gran Guerra... Asesinaron en Sarajevo a aquel archiduque —aclaró Ignacio— y ahí comenzó todo. No sabíamos por entonces que aquella guerra sería solo la primera... tampoco se sabía que todavía quedaba por vivir lo peor.

—En cualquier caso, y retomando la primera pregunta, usted no vivió en la abundancia.

—Cierto que no viví en la abundancia, pero... Yo era hijo único y mis padres lo dieron todo por mí. No voy a decir que fuera un mar de rosas pero, dentro de la austeridad, vivíamos decentemente. Tampoco hay que dramatizar.

—Por supuesto —apuntó Luisa Ferrer—. Cuénteme algo de sus padres.

—Mis padres... —Juntó las manos, entrelazó los dedos y perdió su mirada—. Mi padre, Guillermo, vino de Galicia a buscar trabajo en Vizcaya. Encontró trabajo pero también una buena moza bilbaína, doña Carmen, mi madre. Era la época de Alfonso XII y la Restauración.

—Su padre encontró trabajo en el sector siderúrgico.

—Así es. Para que se haga a la idea, creo que en Vizcaya se producía el noventa por ciento del acero de toda España, más o menos. Si me permite la exageración, todo el mundo aquí trabajaba en la siderurgia.

—Y, según mis informaciones, usted ayudaba a su padre en la fábrica, ¿verdad?

—Sí, me dejaban echar una mano en algunas cosas a cambio de unos céntimos y comida... me llamaba mucho la atención el mundo de la fábrica pero, sobre todo, lo hacía por necesidad. En casa se necesitaba ese dinero.

—Es admirable —añadió la entrevistadora.

—Si usted lo dice... De todos modos, fue así como empezó todo... Fue ahí donde

empezó a gestarse la Aberasturi como grupo empresarial.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que ya entonces me dedicaba a pensar en formas para agilizar los procesos en la fábrica. Intentaba desarrollar métodos de trabajo, mejorar herramientas o inventar mecanismos que pudieran incrementar la productividad. Tal vez entonces yo no fuera consciente de ello ni, por supuesto, hubiera utilizado esa terminología, pero así era. Y todo eso se convirtió en mi pasatiempo favorito. Empecé a leer libros de mecánica, ingeniería y materias técnicas.

—¿No fue de hecho esa afición la que lo unió a su amigo de la infancia, Jon Korta?

Por cómo se revolvió en el asiento la entrevistadora al formular la pregunta, Lara intuyó que aquel era un tema escabroso. Comenzaba a resultarle interesante aquella entrevista, después de todo.

—Sí —contestó Ignacio—. Sus padres conocían a mis abuelos por parte de madre, y así nos hicimos amigos. Jon era un año mayor que yo y vivía a dos manzanas de nuestra casa en Sestao. —Se puso serio y volvió a perder la mirada en su pasado—. Jon... Jon Korta. Éramos como hermanos. De hecho, muchos en el barrio pensaban que lo éramos, porque nos parecíamos mucho físicamente y siempre andábamos juntos, enredando. Era muy espabilado, y también se interesaba por los temas técnicos, sí. Pronto caímos en la cuenta de que lo que hacíamos, nuestros experimentos y nuestras máquinas, podían ser de utilidad para más gente. Por ejemplo, para la fábrica en la que trabajaba mi padre y para las otras.

—Y así comenzó su historia empresarial en común... —apuntó ella.

—Así es, Luisa. Comenzamos con pequeñas ventas de maquinaria. Sobre todo para las acerías, pero también para astilleros. Y cada vez vendíamos más y más. E íbamos innovando con nuevas máquinas y nuevos diseños, no nos quedábamos estancados.

—Eran ustedes buenos en lo que hacían, ¿verdad?

—Éramos buenos, sí. Pero lo más importante es que, además, lo parecíamos —apuntó Ignacio sin matiz de sorna—. Nuestra fama se fue extendiendo. No mucho tiempo después, ya éramos indispensables para muchas empresas en la zona.

El veterano empresario siguió relatando su historia. A pesar de los matices empresariales, que a veces se le escapaban a Alain, la voz de aquel hombre y su mirada honesta habían logrado atraer al jugador, que seguía atentamente sus palabras.

Ignacio explicó cómo los dos jóvenes tuvieron cada vez más trabajo, más personas contratadas para ayudarlos, más ingresos... Aberasturi tuvo la capacidad suficiente como para vislumbrar que si él y su amigo querían hacer prosperar lo que había comenzado como un sencillo negocio, debían abordar el mundo empresarial constituyendo una sociedad con la que darse a conocer más allá del ámbito local. Y así lo hicieron. Instigados por la intuición de Ignacio y la ambición de Jon, se dispusieron a aportar a una sociedad de nueva creación la totalidad de los activos y

pasivos que su negocio había generado hasta entonces a cambio de participaciones en la misma. Así fue como, a principios de los años treinta —a una edad insultantemente joven—, se convirtieron en socios al cincuenta por ciento de la nueva compañía, que respondía al nombre de Aberasturi & Korta.

—Con el tiempo, el objeto social de la empresa fue especializándose —continuó Ignacio—, y la actividad de A & K, como acabaría siendo conocida años más tarde, se fue reconduciendo hacia el diseño y la construcción de piezas metálicas para sectores tan diversos como los de los astilleros, la automoción y la aeronáutica, además de algún otro tipo de maquinaria pesada. Diversificar. Eso fue parte de nuestro éxito.

Seguidamente, Luisa Ferrer y Aberasturi hablaron sobre los años de la guerra civil y su influencia en el negocio. Fueron años difíciles. Los empresarios tenían veintitantos años cuando, en un día soleado de julio, los aviones de los sublevados lanzaron miles y miles de papeletas al cielo de Bilbao pidiendo la rendición, recordó Ignacio. Por entonces no supieron si aquello sería real o no. Pronto, los bombardeos, ataques y migraciones masivas les harían conscientes de la seriedad de aquella contienda. Durante la guerra el negocio quedó paralizado. Pero luego, cuando acabó todo, llegó la gran expansión, la internacionalización. El propio Aberasturi se estableció en Estados Unidos durante varios años.

—Así es que Aberasturi & Korta pronto se erigió como una obligada referencia en su ramo, ¿no es así?

—Sí —asintió Ignacio indiferente—. Se puede decir que ocupamos un lugar medianamente importante en la reconstrucción de diversas economías de la posguerra europea tras la segunda guerra mundial. Y, después, en España, durante el desarrollismo. Hubo un momento en que decidimos constituir nuevas sociedades, siempre alrededor de A & K como casa madre, para diversificar las distintas actividades de la empresa: diseños, materiales para el sector de la aeronáutica, para la automoción y el transporte, maquinaria pesada, etcétera. Esta estructura era más ágil para acometer nuevos negocios y entrar en nuevos mercados. Y allí donde íbamos replicábamos la estructura societaria de *holding* y dependientes.

Cuando terminó la última frase, quedó en silencio mirando a su interlocutora. Luisa Ferrer, por su parte, miró hacia sus papeles donde tenía apuntado el guion de la entrevista. Pareció dudar, lo cual hizo que Lara intuyera que la próxima pregunta resultaría algo incómoda.

—Y, como siempre, Ignacio, usted ponía su visión empresarial y su socio el aspecto más comercial del negocio... digamos que él se divertía y a usted le dejaba, por decirlo así, la parte más engorrosa.

Ignacio Aberasturi suspiró pero no dijo nada. Ante el silencio de su invitado, la entrevistadora insistió.

—Es algo muy comentado, señor Aberasturi. La historia de los dos magnates, amigos de la infancia, que se tuvieron que separar por la mala vida de uno de ellos.

Jon Korta se hizo su hueco en el famoseo español de los años sesenta gracias a las fiestas que organizaba, a sus escándalos...

—Yo no lo veo así —repuso él cortante—. Mi socio, Jon Korta, se esforzó siempre por entablar amistades y contactos que pudieran ser valiosos para el negocio. —Ignacio se negaba a dar pie a las habladurías—. Era un empresario magnífico, un gran comunicador. Sabía estar en el lugar idóneo, en el momento justo, y pronunciar las palabras exactas para entablar una conversación, estrechar una relación o conseguir algún acuerdo comercial. Él era así —confesó haciendo una pequeña pausa—. Jon aportaba mucho al negocio, con lo que jamás tuve nada que objetarle.

—Jamás, hasta que se lo objetó —le corrigió ella.

—Jamás hasta que se lo objeté, efectivamente. —Ignacio miró fijamente a su interlocutora durante unos instantes—. Creo, Luisa, que busca en mi boca palabras de reproche hacia Jon... pero ha de saber desde ahora que no las encontrará.

—Yo no...

—No, tranquila. No quiero sonar descortés. De lo que no le voy a privar es de la verdad. Y la verdad, aunque me duela, es que, a pesar de que A & K era ya una empresa multinacional reconocida internacionalmente, a Jon parecía no resultarle suficiente. No sentaba la cabeza. Se echaba a perder cada vez más, y cada vez pagaba más caros sus excesos.

—De hecho, señor Aberasturi, uno de esos excesos tuvo como resultado el nacimiento de su único hijo, Xabier.

—Así es —corroboró Ignacio con indiferencia.

—Y fue fruto de una relación algo extravagante con Ane Anguisola, de la reconocida y adinerada familia Anguisola, de Llodio.

—Bueno, al menos después se casó con ella. Los tiempos van cambiando, tuvieron el niño y... bueno...

—Sí, pero siempre se ha dicho que aquello fue pretendido por Jon, más que nada por emparentar con la familia Anguisola y sacar provecho de aquel contratiempo.

—Un hijo tampoco puede ser calificado de contratiempo.

Ignacio lanzó una mirada fría a su interlocutora.

—Pero es verdad que Jon se cansó rápido de Ane y se divorció.

—Y yo lo sentí mucho por ella y por su hijo Xabier.

—Por cierto, que ahora es precisamente Xabier Korta, hijo de su antiguo socio, uno de sus máximos competidores.

—Cierto —apuntó secamente.

—Bueno —se recondujo Luisa, viendo la actitud de su entrevistado—, pero volvamos a las desavenencias con su socio. Usted tomó la decisión unilateral de separarse y abandonarlo, ¿no es así?

—No. No es así. No lo abandoné. Sí es cierto que nos separamos. Además, a mí me habían ofrecido presidir la Kantauriko Kutxa y dejé un poco de lado el área industrial para meterme en el mundo financiero.

Aberasturi planificó con minuciosa pulcritud una escisión absoluta del coloso empresarial y dividió la estructura societaria en dos partes casi idénticas. Así nacieron el Grupo Aberasturi y Siderurgia Korta.

Pero Jon, su socio, no encajó bien la escisión y se hundió en una espiral de desesperación y de alcohol, y decidió terminar con todo en 1970.

—Jon Korta se quitó la vida en el puente del Arenal, ¿verdad, señor Aberasturi? Según la reconstrucción de la historia facilitada por las autoridades, se subió a la barandilla del puente, se pegó un tiro en la sien y cayó al vacío ya sin vida.

—No voy a hablar de eso —dijo Ignacio firmemente.

—De acuerdo, lo siento —se disculpó ella—. Lo que está claro es que la tragedia provocó gran consternación en el mundo empresarial, en el que era bien conocido, y entre sus amigos.

—Entre los que yo me contaba, créame, a pesar de los pesares.

—Pero nadie se extrañó por lo ocurrido —se atrevió a decir la señorita Ferrer.

—Nadie se extrañó. Lloré su pérdida... amargamente. Pero, según yo lo veía, Jon se había ido quitando la vida poco a poco desde hacía ya demasiado tiempo.

—Y así fue como Xabier Korta heredó el grupo de su padre, que aún dirige.

La entrevistadora pareció dar el tema por terminado. Sabía que no sacaría más de Ignacio. Con lo que cambió de tercio y dejó de revolver en los trapos sucios de Jon Korta para hacerlo entonces en los de Ignacio Aberasturi.

—Por otro lado, en cuanto a su propia situación personal, señor Aberasturi, sentó tarde la cabeza, ¿verdad?

—Me casé ya talludito, sí —aseveró él con nostalgia.

—Y tuvo tres hijos...

—Sí. Fui padre por primera vez con más de cuarenta años.

—Y su hijo mayor...

—Tomás, sí. Murió en un atentado... —apuntó escueto. Hasta allí llegarían sus comentarios sobre su hijo.

—ETA hizo estallar un artefacto en una reunión de la patronal y hubo tres víctimas mortales, entre las que estuvo su hijo. Al respecto, y sin ánimo de ofender, es indudable que la posición a la que usted opta tiene un alto componente político, por decirlo así, y hay quien dice que sus asesores están exprimiendo esa circunstancia en su candidatura a presidir el Banco del Norte.

—Hay quien dice muchas idioteces.

—Pero es innegable que ese triste acontecimiento podría despertar afinidades entre familias que son importantes accionistas de la entidad y que conocen de cerca lo que es la extorsión... Familias que igual no tienen la sensibilidad nacionalista que a usted, perdone el atrevimiento, a veces se le atribuye. En definitiva, podría ganar sus votos en el Consejo de Administración.

—No quiero esos votos. Quiero a mi hijo vivo... Pero no lo está.

Se hizo el silencio. Ferrer lo interrumpió dejando una pregunta en el aire:

—En cuanto a sus otros dos hijos...

—El pequeño se dedica a la preservación del medio ambiente. Vive en Alaska y, la verdad, lo veo menos de lo que quisiera. Y mi hija trabaja conmigo, en la empresa. Y, por lo demás, no tuve más hijos porque mi mujer murió poco después del atentado.

—Y nunca volvió a casarse —continuó la entrevistadora, aliviada por cambiar de tema.

—Nunca. Me casaré con el Banco del Norte y sus clientes, si soy elegido.

A Alain Lara, desde su sofá, se le escapó una sonrisa por la forzada cuña política. Al fin y al cabo, pensó el deportista, era por lo que aquel hombre había ido al programa.

—Bueno, y para eso tiene delante a una competidora feroz. La atractiva Isabella Bécker. La Rubia de Acero, la llaman.

—Hoy se pone motes a todo el mundo, no lo comprendo. Quizá sea el miedo que tiene la gente a llamar a las cosas por su nombre. Por lo que a mí respecta, la señorita Bécker es una mujer, efectivamente, de gran belleza pero, sobre todo, es una grandísima profesional y una buena banquera. Recuerde usted que podríamos estar ante la primera mujer que llega a ser presidenta del Banco del Norte, una entidad financiera internacional. Eso sería algo extraordinario y muy raro en nuestra sociedad. El mero hecho de que sea candidata, para este país en el que vivimos, es algo muy bueno y deberíamos felicitarnos por que exista esa posibilidad.

—En Estados Unidos tienen por presidente a un actor de Hollywood —ironizó Luisa Ferrer en referencia a Ronald Reagan—, así que parece que vamos dando pasos y quitándonos tabúes de encima.

Ignacio rio con sinceridad.

De pronto, se cortó la emisión de la entrevista, emitida en diferido, para dar de nuevo paso al plató de *Informe Semanal*. Lara chasqueó la lengua. Le había resultado muy agradable escuchar a aquel hombre y le molestaba que hubiera terminado.

La presentadora pareció ordenar unos papeles antes de mirar directamente a la cámara. Tenía el gesto serio.

—Esta fue, como les decíamos, la última aparición pública de Ignacio Aberasturi. Poco después, perdería la vida en el funesto incendio de una planta de la sede de la Kantauriko Kutxa, en el casco viejo, por lo que parece que fue un cortocircuito en unos cables en mal estado a causa de las inundaciones de días atrás.

Lara frunció el ceño. ¿Muerto...?

—La muerte del famoso candidato a la presidencia del Banco del Norte, y uno de los empresarios más importantes de Europa, ha sacudido no solo a la ciudad de Bilbao, sino a toda España —siguió informando la presentadora—. Además, hace poco salió a la luz una información según la cual el Grupo Aberasturi pensaba dar un golpe de efecto en el mercado mediante la adquisición de su principal competidor, Siderurgia Korta. Tal y como han podido escuchar en la entrevista, ese grupo es propiedad del hijo de su antiguo socio, Jon Korta. Esa operación convertiría al Grupo

Aberasturi en líder del mercado, pero también tendría repercusiones en la prensa amarilla...

Mientras García Vela hablaba, fueron emitiendo imágenes antiguas que repasaban la vida del empresario. Imágenes de los edificios de la empresa, de sus fábricas y del propio Aberasturi hablando en público, inaugurando instalaciones... Y, de pronto, una imagen antigua de un joven Ignacio Aberasturi en sus comienzos empresariales ocupó la pantalla.

Alain Lara abrió la boca, dejando caer al suelo la ramita que sostenía. Se levantó del sofá como un resorte. No podía ser. Era imposible. Buscó con urgencia entre las cajas de su abuelo la extraña foto que había encontrado meses atrás, aquella en la que Rodrigo Lezo posaba con otras cuatro personas frente a un avión. Y, sí, efectivamente, quien estaba al lado de su abuelo en aquella imagen era Ignacio Aberasturi, el gran empresario y candidato a la presidencia del Banco del Norte.

Y también estaba muerto.

Mi vida, 4

Cómo me convertí en socio

Habían pasado dos años y todo seguía igual, solo que ahora era yo quien arrancaba un papel y cogía una estilográfica a los abogados júniores y garabateaba. Casi disfrutaba haciendo que no entendieran nada.

Ya había dejado mi piso en Rekalde y ahora vivía en Ercilla. Cuarenta y cinco metros cuadrados, sí. Pero en el centro. Y me sobraba el dinero para poder vivir bien.

No tenía familia, creo que ya lo había dicho. La poca que me quedaba era lejana y había decidido hacía mucho tiempo dejarla atrás. Así que no tenía ataduras y podía permitirme disfrutar de la vida. Disfrutar de la noche. Disfrutar del dinero.

Ella también seguía allí, sí: María.

Y el cabronazo de Roberto Panera continuaba flirteando con ella. Yo solo lo intentaba. Había rumores en el despacho sobre si María jugaba con los dos. También se decía que yo era quien le gustaba pero no quería decepcionar a alguien importante como Roberto. O que Roberto Panera no quería nada con ella pero el hecho de que fuera la hija de un importante empresario hacía que estuviera todo el tiempo adulándola. Otros no decían nada. Todos estaban equivocados. Yo sabía lo que pasaba. Roberto me odiaba, y por eso quería quitarme a María. Para joderme. Además, ella estaba enamorada de mí. Solo que todavía no se había dado cuenta. Bueno, al menos esto es lo que yo pensaba entonces.

Lo bueno era que el negocio crecía y a las altas esferas del despacho esa guerrilla entre dos de sus mejores abogados —el mejor y el segundo mejor, a mi entender— no les molestaba demasiado. Cuando los números acompañan todo es de color de rosa.

Esto me recuerda que de las oficinas, como tales, no he hablado hasta ahora. Éramos del orden de treinta y cinco personas en la sede de Bilbao. No era de las firmas más grandes de España pero sí una de las más prestigiosas: una especie de *boutique* del derecho. Ese era nuestro rasgo distintivo. Lorca & Chapman no era un despacho que intentase brillar por su facturación global sino por su rentabilidad.

Ocupábamos dos plantas en un edificio en Hurtado de Amézaga, cerca de la estación. Una de las plantas era exclusiva para clientes. Salas de reuniones espectaculares, con madera y cristal por todas partes. Y una cocina bien preparada para cuando organizábamos reuniones con comida. En la otra planta estábamos todos: los abogados por un lado y los socios por otro.

Pero me he ido por las ramas.

La cuestión es que ese año se decidía mi promoción. Podía pasar a ser un abogado sénior con mi propio despacho.

Pero es que, a su vez, Roberto Panera se estaba jugando su paso a ser socio *equity*. Con participación en el capital y el resto de honores. Vamos, que por mucho que yo ascendiese, a este tío no me lo iba a quitar de la chepa.

—¿Has oído lo de la Castellanos? —me preguntó mi buen amigo Urrutia.

Había escuchado esa pregunta del orden de un millón de veces aquella mañana en el despacho.

La sociedad Castellanos Trading era un vehículo de inversión relacionado con el lujo. Solo adquiriría obras de arte, joyas antiguas, a veces, pequeños museos.. Era uno de los mejores clientes del despacho.

Jorge Castellanos, hijo del fundador, ya fallecido, había entrado a primera hora en nuestra sede de Madrid para decir a Luis Lorca, nuestro socio director —el otro, Kevin Chapman, vivía en Londres—, que quería que el mejor equipo de Bilbao se encargara de la adquisición de la Luxart, una empresa vasca con un objeto social parecido pero no idéntico.

La Luxart se dedicaba a gestionar colecciones privadas de millonarios. No todo su patrimonio sino,

exclusivamente, sus colecciones de arte. A veces era complicado llevar la administración de un patrimonio de esas características. Luxart solía constituir sociedades *ad hoc* para encargarse individualmente de las colecciones de cada uno de sus clientes y participaba parcialmente en ellas, dejando el resto del capital al millonario de turno cuyo patrimonio gestionaba. Luxart prestaba servicios a cada filial compartida con sus clientes, ayudando a la gestión contable, de explotación, de seguros... Y ahora, la Castellanos quería adquirir Luxart, y por tanto hacerse dueña parcial de muchas de las colecciones privadas de arte de Europa.

Se rumoreaba que los honorarios por nuestra ayuda en la adquisición podían ascender a varias decenas de millones de pesetas.

Yo estaba convencido de que tenía que estar en ese equipo.

Nuestros jefazos tenían por delante aquel día innumerables reuniones de urgencia, la preparación de la propuesta de honorarios, la fijación del calendario... y, mientras tanto, el resto de los mortales nos agolpábamos tras las puertas, mirábamos de reojo a través de los cristales de las salas y nos pasábamos los rumores unos a otros.

Lo cierto era que todos tenían claro que yo iba a estar en el equipo. Lo malo es que yo sabía quién estaría también.

De pronto, un pitido interrumpió la algarabía que reinaba en la planta. Era el interfono por donde nos daban los avisos.

—David Schaffer, acuda a la sala tres de la cuarta planta, por favor —dijo la distorsionada voz de Lorena, una de las secretarías de recepción.

Nadie dijo nada. Yo tampoco. Todos me miraron. Con envidia, unos; con alivio, otros, por haberse librado de aquel papelón y, también —los menos, seguramente—, con admiración.

Cogí mi pluma, me puse la chaqueta y salí hacia los ascensores. Tenía meridianamente claro a quiénes me encontraría en la sala tres de la cuarta planta.

—Buenos días, David.

Acababa de abrir la puerta de la sala de reuniones y me topé con el mismísimo Luis Lorca. Lorca presidía una alargada mesa de caoba. Una mesa a la que también estaban sentados el director de nuestra sede en Bilbao y, como era de esperar, Roberto Panera, el segundo mejor abogado de la firma.

—... así pues, habéis sido elegidos para llevar a cabo el trabajo —concluyó Lorca, tras la introducción y las explicaciones iniciales que nos sobraban a todos—. Roberto, tú serás el líder y responsable. Actuarás como socio a todos los efectos. Y tú, David, serás el responsable del equipo, reportando a Roberto en todo momento. Entre los dos tendréis que escoger al resto de personal: mercantil, laboral, administrativo..

—¿Entonces, estamos ante una *due diligence* al uso? —pregunté.

—Así es —afirmó Luis—. La Luxart ha habilitado en su sede varias salas con toda la documentación financiera y legal de los últimos años para que llevemos allí nuestro equipo. Pondrán máquinas de mecanografiado y dos fotocopadoras a nuestra disposición. Tendremos que tener un informe con todo lo que hayamos visto del grupo: sus posibles contingencias, sus puntos fuertes, etcétera, para que nuestro cliente, la Castellanos, pueda cerrar el trato.

—¿Y la parte financiera del análisis? —preguntó el imbécil de Roberto. Pero lo hizo con criterio, ya que necesitaríamos concluir si los estados financieros que nos pasasen eran fiables para poder hacer nuestro análisis legal.

—Subcontrataremos a alguna empresa de auditoría con sede aquí y que sea de reconocido prestigio. Pásanos tres opciones que sean de tu agrado y entre esas decidiremos nosotros.

—¿Y después? —añadí yo—. ¿Quién cerrará el acuerdo?

—Nosotros también. Una vez tengamos el informe y hagamos saber a nuestro cliente lo que está comprando, podremos negociar el precio final. Lógicamente, será la empresa auditora que contratemos quien nos dé la horquilla de un precio justo para nuestro cliente.

Después, hubo unos segundos de silencio. Roberto y yo

nos mirábamos de reojo. Luis y el director de nuestra oficina, Iñaki, se miraron también, como si compartieran las reticencias que provocaba el hecho de meternos a los dos en un mismo equipo. Pero era un trabajo importante y nos necesitaban. Luis Lorca deslizó una cuartilla mecanografiada en la que aparecían unos nombres y unos números de teléfono.

—Aquí tenéis los contactos que Luxart ha dado a nuestro cliente para que nos ayuden con el informe. Lógicamente, son pocos. La operación es confidencial.

Me fui a acercarme a la mesa pero Roberto Panera se adelantó y tomó el papel. Quería marcar el territorio.

—Bueno, pues si no tenéis más preguntas... —concluyó Luis.

Roberto y yo ya nos marchábamos cuando Lorca dijo:

—Solo una cosa más.

Yo me volví y Roberto, mi archienemigo, hizo lo propio.

Nuestros superiores parecieron dibujar media sonrisa en sus ajados rostros. Iñaki García suspiró y dijo:

—Os hemos dicho que escojáis para el equipo a quien queráis entre todos los profesionales del despacho. Podéis escoger a quien queráis... salvo a una persona, cuyo nombre ya os imagináis.

María...

Tres meses después, yo ya me había mimetizado con el cuartucho de mierda de la Luxart en el que estábamos metidos unos doce abogados, otros tantos auditores y dos chicas de mecanografía. El sonido de las teclas de las máquinas de escribir, el ruido incesante de la fotocopidora y la cortina de humo de nuestros cigarrillos se habían convertido en mi contexto diario durante cada uno de los días de esos meses, fines de semana incluidos.

Pero por fin teníamos un informe. Unas conclusiones. Ahora me tocaba defenderlo ante Roberto Panera, que había pasado unas dos veces por nuestro cuartel de trabajo.

Yo había escogido a Nicolás Urrutia para que estuviera entre mi equipo. Lo cierto es que, aunque parezca que describo este trabajo como una jungla llena de hijos de puta, había también mucha gente buena, como Urrutia. No

solo júniores, sino también socios y abogados de mucha experiencia que se preocupaban por los demás. Es solo que mis anécdotas con gente como Roberto son las más divertidas y, por tanto, las más suculentas para meter en estas... ¿memorias?, o lo que demonios sea esto que estoy escribiendo.

La cuestión es que Nicolás intentaba siempre tranquilizarme y excusaba el hecho de que Roberto no apareciese por allí diciendo que un socio no tiene que implicarse siempre en el trabajo de campo. Pero yo sabía que si nunca pasaba por allí era por dos razones: la primera, que estaba yo y la segunda, que no estaba María. Quedándose en el despacho sin mi presencia, tenía todo despejado para ligar con la mujer más bella del mundo. Esa era mi opinión, pero ya digo que yo nunca he sido demasiado objetivo.

La cuestión era que, tras tres meses y a falta de una semana para entregar las conclusiones del trabajo a nuestro cliente, Jorge Castellanos, yo debía volver a nuestro despacho para defender ante mi socio favorito el informe.

Salí de mi casa en Ercilla, donde había podido dormir unas tres horas, para ir caminando hasta el despacho. Iba con tiempo para poder pasear con calma antes de llegar. Necesitaba airearme.

Me había tomado un café asqueroso que tenía en casa hecho del día anterior y, para quitarme el sabor, me fumé un cigarro durante mi trayecto. Traté de disfrutar del pitillo y de mi caminata.

Pasear por Bilbao a solas me encantaba. Por muy gris que mucha gente lo viera, a mí me parecía una ciudad íntima, discreta... y preciosa. Sobre todo a aquellas horas, cuando el cielo amenazaba con amanecer. Los nobles edificios incólumes, apagados y mudos, haciéndose eco solo de los reflejos y las luces. Las calles, vacías y desahogadas.

Compré un periódico. Ojeé la portada con desgana. Se hablaba de lo de siempre. De la paz entre Egipto e Israel acordada en Camp David. De Etiopía y su guerra. Y, por supuesto, en el ámbito nacional, de la nueva Constitución en ciernes que se quería gestar, por la que peleaba

Adolfo Suárez. Me encendí otro cigarro e intenté perder mi pensamiento entre los entretenimientos vacuos de las calles bilbaínas. Tenía por delante otro día infernal y solo quería que mi cabeza vagara por cosas superficiales.

Caminando por la Alameda de San Mamés, pasé por los locales del cine Ideal. Estaban muertos a aquellas horas: sin luces, sin publicidades y sin colas frente a sus puertas.

Todavía recordaba lo mucho que había disfrutado con *La guerra de las galaxias* varios meses atrás en ese mismo cine. Lástima que no me acompañase María, finalmente. Quizá si hubiera reunido el valor para invitarla...

Poco después, pasé por una de mis pastelerías favoritas, y me permití el lujo de comprar un bollo de mantequilla y saborearlo por el camino.

Disfrutaba de aquellos paseos como de nada en el mundo. Una pena que ya se acabase. Una pena que ya vislumbrara las puertas de aquel edificio. Y que ya distinguiera las grandes letras que anunciaban el bufete de Lorca & Chapman. Como siempre, antes de cruzar aquellas puertas, suspiré con fuerza.

Había llegado muy temprano. Serían las ocho de la mañana cuando atravesé la recepción, y allí no había un alma. Había pedido a los equipos que llevaran al despacho la documentación acumulada la noche anterior, pero el informe de más de cincuenta páginas lo llevaba yo en una carpeta que guardaba como mi vida.

Llegué a mi mesa y dejé el informe para ir a la cocina a ponerme otro café. Y entonces me encontré con algo que me dejó marcado para siempre. Aún hoy, a punto de morir como estoy, me recorre un escalofrío cuando me viene la imagen a la mente.

Al fondo del pasillo, vi cómo se abría la puerta del despacho de Roberto Panera —que debería haber estado vacío, como todos a esas horas— y cómo salía una mujer desencajada y ruborizada.

Sí, María. Salió de allí y lo primero que hizo fue quitarse los zapatos con rabia y cogerlos con los dedos. Luego desapareció por el pasillo a toda prisa.

No podía ser. ¿Realmente había sucumbido a Roberto?

Me quedé temblando. Me olvidé del café. No necesitaba

ningún estimulante ya. Necesitaba a alguien como Nico a mi lado, pero no estaba. Volví a mi mesa.

Al cabo de unos minutos, que se me hicieron eternos, oí unos pasos que rompían el sepulcral silencio del despacho. Pedí al cielo que no fuera María.

—Ah, Schaffer, estás ya aquí. —No era María, pero era la segunda peor opción—. Podemos mirar ese informe ya, si quieres. Ya os ha costado terminarlo, de todos modos, ¿no?

—En absoluto —repuse yo incautamente.

Roberto esperó a que continuara con mi respuesta, pero no lo hice.

—¿Vienes a mi despacho o...?

Me levanté, cogí la carpeta y mi pluma y fui al lugar de donde había visto salir a María como un alma que escapara del infierno.

Estuvimos en su despacho unas tres horas comentando cada uno de los aspectos de la *due diligence*. Yo ya le había pasado un resumen unos días atrás con los puntos clave del análisis. En líneas generales, Luxart era un conglomerado empresarial muy limpio.

Pero de entre las distintas contingencias, más bien pequeñas, que habíamos detectado, había una que sí me preocupaba. Años atrás, en un ejercicio aún abierto a la posible inspección por parte de la administración tributaria, Luxart había adquirido un patrimonio ruso, con el que existía cierta vinculación, y yo entendía que se habían inflado los valores de adquisición porque el vendedor iba a tributar poco. Era un patrimonio que generaba unas rentas muy altas, y el hecho de dar esos valores de adquisición tan elevados permitía a la sociedad gestora dar pérdidas vía depreciación, que compensaban los rendimientos positivos reduciendo sensiblemente, de ese modo, la tributación por pagar a hacienda.

—Eso es una estupidez, David —repuso Roberto cuando le expuse mi inquietud.

—Creo sinceramente que esa operación no se valoró correctamente —espeté guardándome mis pensamientos.

—No estoy de acuerdo.

—No estás de acuerdo porque estás equivocado —dije con

aplomo.

Mi comentario provocó un tenso silencio. Le pilló desprevenido a él... y a mí mismo, que fui consciente demasiado tarde de lo que decían mis labios.

—No te voy a tener en cuenta esa salida de tono — continuó Roberto—. Y como aquí mando yo, no resaltaremos la contingencia. Así de sencillo. Puedes argumentar, razonar y todo lo que quieras, David. Soy el jefe y tú haces lo que yo te diga.

—Pero...

—No hay «peros», David —me dijo con toda la condescendencia del mundo—. Mira, eres joven aún. No llevas tanto tiempo en esto como yo y no tienes aún el instinto que yo puedo tener para estas cosas.

—¿Instinto? Pensaba que nos ceñíamos a analizar la normativa.

—Te queda mucho por aprender, Schaffer, de verdad. No dudo de que eres muy buen profesional pero hazme caso...

Siguió hablando, aunque lo demás no lo recuerdo porque el odio que bullía dentro de mí provocó que dejara de oírlo.

Ese tío era un imbécil. Pero, además de imbécil, era mi jefe. Con lo que el informe final no recogió la contingencia que, a mi juicio, pudo haber sido de varios millones.

Dos semanas después, con todas las bendiciones, se producía la reunión entre nuestro cliente, Jorge Castellanos, y el director de nuestra oficina. Roberto Panera y yo también asistimos al encuentro.

—El trabajo es espectacular —alabó Jorge—. Pero ¿estamos seguros de que no hay nada más? No querría pagar un dineral por la empresa y después tener que hacer frente económicamente a contingencias que no hayamos detectado.

Esa era la clave. Normalmente, en los contratos de adquisición de empresas se solía establecer una cláusula que indicaba que el vendedor se haría cargo de cuantas contingencias económicas aflorasen a futuro siempre que hubieran sido generadas bajo su gestión. Pero, en este caso, la Luxart se había negado a causa de la especial composición de su accionariado. Se había pactado que el

precio de adquisición se redujera exclusivamente en función de las contingencias que los abogados del adquirente detectasen antes de la compra. De ahí que fuera tan importante que el informe fuera exhaustivo. Y, en mi opinión, no lo era.

Entendía la posición de mi archienemigo. Haber recogido ese punto en el informe habría hecho saltar chispas. Supuse que Roberto no quería meterse en una guerra con los asesores habituales de Luxart, otro gran despacho, a no ser que fuera un error muy claro. Lo comprendía. Pero no compartía su posición. Me parecía una cobardía por su parte.

—Estamos seguros, señor Castellanos —respondió Roberto.

—Bien, pues entonces, esto es todo. La semana que viene cerraremos la negociación con el precio definitivo. Espero contar con ustedes, no quiero ser yo quien hable de números.

—Por supuesto.

No abrí la maldita boca.

Y continué así durante los siguientes días. Estaba de morros por lo de la contingencia que habíamos ocultado y, sobre todo, por lo de María. Procuré no encontrarme con ella en el despacho. Y resultó sencillo. Creo que María también me había estado evitando.

Mi resquemor hacia Roberto Panera iba creciendo en una espiral tan vertiginosa como imprudente. Hasta que fue tan grande que no pude evitar hacer lo que hice.

Recuerdo aquel día. Cómo no iba a hacerlo. Yo estaba delante de un aparato de alta tecnología que ahora, en pleno 1983, es más fácil de ver en todas las grandes oficinas: una máquina facsímil, un fax. Nosotros, hasta hacía poco, habíamos usado el télex, pero aquello de mandar imágenes con el fax nos parecía ciencia ficción. Estaba a punto de enviar un documento a un cliente, y vi que en la bandeja de entrada había una notificación remitida por la secretaria personal de Jorge Castellanos. En ella se decía que la negociación con el consejero delegado de la Luxart tendría lugar, al día siguiente, en una de las salas del hotel Carlton, por aquello de la confidencialidad. Para gustos, los colores.

Recuerdo haber sujetado aquel fax entre mis manos temblorosas. Un sudor frío me recorrió la espalda.

Y, como empujado por un resorte, salí de aquel cuarto y me fui disparado hacia la mesa de la secretaria de Roberto Panera.

—Hola, guapa —le dije como si no pasara nada. Le imprimí a ese «guapa» todo mi encanto personal.

—Hola, David, buenos días —respondió Laura sonriendo con cierta coquetería. Buena señal.

—Oye, me dijo Roberto que me pasaras cualquier contacto que hubiera por parte de la Castellanos.

—¡Ah! Precisamente iba a llamar a nuestra oficina de Madrid y a su hotel para dejar una nota. Ya sabes que está trabajando allí unos días. Han llamado preguntando por él, y me han dicho que era muy urgente —susurró esto último en tono de confidencia.

—Claro, claro. Por eso te lo digo. Ya sabes lo importante que es el cliente para el despacho y lo importante que es esta operación. Me dijo que estuviera al tanto y que te pidiera a ti la información.

—Es raro que no me dijera nada —apuntó Laura sin mucha convicción pero como si quisiera creerme. Yo jugaba con ventaja.

—¿Sinceramente? —Yo también bajé en esta ocasión mi tono de voz y me acerqué a su oído. Ella se turbó ligeramente. Bien—. Roberto va de tío ocupado y considera que no tiene que tener informado al resto de la gente. Además, es un machista. No te valora, y hay veces que...

Me detuve ahí, con las palabras suspendidas, para que ella continuara mentalmente la frase como mejor le viniera. Como mejor me viniera. La miré a los ojos, apreté los labios y negué suavemente con la cabeza para darle a entender que lo desaprobaba.

—Si todos trataran a las mujeres como tú, David —dijo ella airada mientras agarraba la nota que había preparado para su jefe y me la tendía por encima de la mesa.

Yo la cogí con dos dedos y le eché una ojeada. No me interesaba el contenido, ya lo había leído en el fax. Lo único importante era que ni el fax ni la nota de Laura llegaran a Roberto Panera.

—Gracias, guapa. Por esto y por tu cumplido. Ya me

encargo yo de localizar a Roberto. —Le guiñé el ojo y salí pitando de allí.

Me paré delante de la primera papelera que vi, rompí el fax y la nota en mil pedazos y los tiré. Todavía temblaba. Era plenamente consciente de que aquello me iba a costar el puesto. Pero si en mi caída arrastraba a Roberto Panera conmigo, merecería la pena.

Aquella noche no pegué ojo. Pero no tenía que notarse. Por la mañana, fui caminando hasta la plaza Moyúa dando el mayor rodeo que pude. Me puse los cascos del *walkman* y, sin concentrarme demasiado en el sonido de la casete de Hombres G que ya había escuchado mil veces, anduve sin rumbo para hacer tiempo. Repasé por última vez lo que había ensayado mentalmente mil veces desde el día anterior.

Todo mi futuro dependía de aquella reunión. Así que aparecí de punta en blanco, engominado y con una sonrisa en los labios en el recibidor del hotel Carlton, donde Jorge Castellanos y el director ejecutivo de la empresa ya esperaban. Yo llevaba en la cartera varios de los documentos que había utilizado durante nuestra *due diligence*. Aunque no me habrían hecho falta: me los sabía de memoria.

—Pero ¿dónde está Roberto Panera? —preguntó airado Castellanos mirando su reloj.

Esa ya la esperaba. Y, por supuesto, la llevaba preparada.

—En transacciones importantes a veces planteamos la estrategia así, señor Castellanos. Viene el jefe de equipo que ha estado metido en los papeles y comienza la negociación. Así, si todo va bien, así se queda. Pero, si la cosa se tuerce, siempre hay posibilidad de que el socio intervenga para ofrecer unos nuevos términos en el trato. Entre usted y yo, echando un poco la culpa a la falta de experiencia del jefe de equipo. Así, la contraparte no tiene tantas reticencias para retomar la negociación. Roberto se lo iba a decir, pero está en Madrid, como ya sabe, y no ha podido localizarle.

Empleado y jefe se miraron sorprendidos. Yo aproveché el momento de indecisión por su parte para tomar del brazo a Castellanos y aseverarle que todo saldría bien

con una seguridad aplastante. Y me lo fui llevando hacia el ascensor. La sala donde tenía que celebrarse la reunión estaba en la primera planta.

En el ascensor, volví a hablar:

—Señor Castellanos, sabe perfectamente que la reunión va a ser muy tensa. Y, antes de que comience, quería preguntarle lo siguiente: ¿tiene usted interés en que la relación con la Luxart se mantenga en términos amistosos, o prefiere usted optimizar esta operación aun a costa de esa relación?

Jorge Castellanos me miró con el aplomo que le confería ser uno de los empresarios más poderosos del País Vasco.

—Mire, señor Schaffer. Vamos a reunirnos con Ricardo Ibaizábal y va a negociar usted directamente con él porque no quiere que sus abogados intervengan. Ibaizábal es uno de los mayores idiotas que he conocido en mi vida. Así que si no puedo volver a cruzar una palabra con él nunca más, no lo lamentaré..

—Entendido entonces —afirmé yo mirando de nuevo al frente—. En ese caso, les pido que, pase lo que pase ahí dentro, me sigan la corriente y confíen en mí.

Ninguno añadió nada, pero casi podía oír el murmullo de sus pensamientos. Salimos del ascensor y, en un tenso silencio, entramos en la sala donde nos esperaba la gente de la Luxart.

En el centro de la mesa estaba el famoso Ricardo Ibaizábal con dos acólitos —que debían de ser miembros del Consejo de Administración— a cada lado. Detrás, y en un segundo plano, otros cuatro caballeros sentados, pero no a la mesa, sino en asientos pegados a la pared. Posiblemente, sus asesores.

Delante del señor Ibaizábal, y al otro lado de la mesa, había tres sillas vacías. Yo me senté en la de en medio. Tenía que apostar fuerte. Hubo un instante de confusión y los presentes, tanto mi cliente como los representantes de Luxart, cruzaron algunas miradas. Pero fue un momento. Enseguida, tras las oportunas presentaciones, entramos de lleno en la negociación del precio.

—Bueno, Jorge —dijo Ibaizábal mientras se encendía un

cigarro—, ya hemos visto el informe de tus abogados. Como era de esperar, no hay nada que ocultar en nuestro grupo, con lo que entiendo que esta reunión será corta. Creo que podemos atenernos al precio que en su día hablamos.

Jorge Castellanos permaneció callado. Él también se encendió un pitillo y, después, me miró inquisitivamente. Era mi turno.

—Novecientos veinticinco millones son un precio excesivo, señor Ibaizábal —lancé.

Ricardo Ibaizábal se quedó un poco desconcertado.

—No es eso lo que pensamos, ni nosotros ni nuestros máximos accionistas.

—Es un precio excesivo. Creo que el precio real debería rondar los seiscientos cincuenta.

—¿Perdón? —gritó Ibaizábal mirando directamente a Jorge Castellanos—. ¿Este tío está loco? Jorge, joder, hablemos entre nosotros, ¿a quién has traído?

Noté cómo mi cliente dudaba. Pero se contuvo.

—Señor Ibaizábal, aquí soy yo el que negocia —dije con aplomo—. Seiscientos cincuenta millones. Es nuestra oferta final después de haberlo hablado a fondo.

Haberlo hablado yo conmigo mismo, claro.

—Escúcheme bien, señor Schaffer. Ese precio es irrisorio, insultante.

Yo ni me inmuté. Me encogí de hombros.

—De acuerdo, señor Ibaizábal, no se preocupe —dije mientras me levantaba. Mis clientes me miraban estupefactos. Pero los invité a levantarse y, como me habían prometido, me siguieron la corriente—. Muchas gracias por su tiempo. Lamentamos profundamente haberles molestado durante estos meses con nuestro trabajo y, sobre todo, lamentamos no responder a sus expectativas.

Una vez dicho esto, comencé a caminar hacia la salida en medio de un silencio tan denso que se podía cortar.

—Pero ¡un momento! —pidió Ricardo Ibaizábal—. ¿No va usted ni siquiera a negociar?

Me detuve en seco. ¿Negociar? ¿Y qué creía el señor Ibaizábal que estaba haciendo?

—No lo sé, dígamelo usted —repliqué mientras me volvía.

—Siéntense, por favor —dijo Ricardo en tono

conciliador.

Así lo hicimos. Mis clientes parecieron recuperar la respiración.

—Puedo bajar el precio a ochocientos cincuenta millones, pero dese cuenta de que ya estaríamos haciendo un gran esfuerzo.

—El precio son seiscientos cincuenta.

—Ochocientos millones es lo mínimo que estamos dispuestos a recibir —dijo el dirigente de la Luxart, irritado, pronunciando las palabras como si las masticara—. No estoy habilitado para reducir más el precio. Ya puede ponerse la medalla de haber ahorrado cien millones de pesetas a su cliente, señor Schaffer.

—Perdone, no me he debido explicar bien —repuse con una parsimonia casi insultante—. Esto no es un bazar. Es una operación exhaustivamente analizada por mi equipo y por mí. El precio real, teniendo en cuenta nuestros estudios y las contingencias detectadas, es de seiscientos cuarenta y tres millones. Considere los otros siete millones una propina.

—¿Contingencias? Nos hemos leído su informe de arriba abajo y no se dice nada reseñable sobre...

—Sobre lo que usted y yo sabemos que no viene ahí —le corté en seco.

Aquella era mi última apuesta del día. Si la operación de compra en Rusia había sido limpia, yo estaba vendido. Pero mi intuición me decía que allí había algo.

—No sé de qué me habla —dijo Ricardo sin convicción.

—Compra de activos. Rusia. Hace dos años y medio.

Silencio. Miradas en la otra parte de la mesa. Susurros. Caras de preocupación.

Había dado en el clavo. Ya los tenía.

—Pero, si han detectado una contingencia, ¿por qué no...? —El máximo ejecutivo del imperio empresarial Luxart dudaba ante mí.

—No quisimos ponerlo en el informe por discreción —mentí.

Ricardo Ibaizábal suspiró. Pareció rearmarse dispuesto a su última embestida. Pobre...

—De acuerdo, joder —concluyó mirándome a los ojos—. Pero ese asunto puede ser unos cien millones como máximo

si contamos las penalizaciones correspondientes. Le ofrecemos esa rebaja adicional y cerramos esto de una vez: setecientos millones.

Después, como para dar por terminada la reunión, aplastó la colilla en el cenicero, expulsó el humo de su última calada y se levantó de la mesa.

Tendió ceremoniosamente su mano hacia mí. No hacia el todopoderoso Jorge Castellanos, sino hacia mí, David Schaffer, el inminente mejor abogado del mundo. Pero yo no me levanté ni le estreché la mano.

—Seiscientos cincuenta —dije por enésima vez con tranquilidad.

Jorge Castellanos me pegó una patada por debajo de la mesa, pero yo mantuve mi cara de póker.

—No hablamos de cien millones —continué yo—, sino de que esta compra se produzca o no se produzca. Si ustedes bajan su precio a seiscientos cincuenta, hay operación. Si no lo hacen, no la hay y, además, de una manera u otra se hará pública esa contingencia con los rusos. La confianza en su empresa caerá de manera tan drástica que los cien millones de los que me habla le parecerán calderilla en comparación con las pérdidas que provocará el escándalo.

Y fue entonces cuando sí me levanté y le tendí la mano a Ibaizábal con la mirada más fría del mundo en mis ojos. Sabiéndome ganador. Sabiéndolos derrotados.

—Usted gana, hijo de puta —susurró Ibaizábal obviando mi ofrecimiento de estrecharle la mano, como si eso hiciera su derrota menos indigna—. Nuestros abogados les mandarán la primera propuesta de contrato.

Y se fue de la sala seguido por sus acólitos y sus asesores. Mis clientes y yo nos quedamos solos. Yo me derrumbé en el asiento y me encendí un cigarro. Nadie se atrevía a romper el silencio. Como ellos no hablaban, lo hice yo.

—Lo que acaban de ver no ha estado bien. No he jugado limpio con ustedes —admití—. Les he mentado, señor Castellanos: Roberto Panera no sabía que hoy vendría yo aquí. Pero créame que lo he hecho por ustedes.

—¿Cómo dice?

—La operación de compra de activos en Rusia no era

limpia y Panera lo intuía, señor Castellanos. Pero no quería líos y por eso no se recogió la contingencia en el informe, porque es un cobarde.

Jorge Castellanos estaba confuso, pero no parecía ofendido. Me estaba ganando su confianza.

—Yo sabía que recoger la contingencia podía implicar reducir mucho el precio de compra —continué—. Así que me planteé la siguiente disyuntiva: o bien respetar la jerarquía de mando, o bien dar el mejor servicio a mi cliente. Yo soy abogado y tengo claro qué implica eso. —Y entonces, el culmen final. El anzuelo. La red que podría salvarme el culo, después de todo—. Señor Castellanos —dije mirándolo a los ojos con franqueza—, sé que mi comportamiento ha sido poco ortodoxo y que me echarán de Lorca & Chapman por esto. Pero yo me tomo mi profesión muy en serio, y acabo de ahorrarle casi trescientos millones de pesetas.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde la reunión en el Carlton cuando todo explotó. Jorge Castellanos alzó una queja contra el despacho por su actuación en aquel asunto. Si no hubiera sido por mi arrojito, la operación habría resultado un fracaso. Los socios directores nos habían llamado a filas a Roberto Panera y a mí. Nos despidieron. A los dos. A la puñetera calle. A mí, por mi actuación impropia; a él, por petición expresa del cliente a causa de su incompetencia. Eso perseguiría para siempre a Panera.

Los rumores sobre lo que había pasado saltaron pronto de Lorca & Chapman a prácticamente todo el mundo financiero en Vizcaya. Y eso era, exactamente, lo que yo había buscado.

—¿Por qué lo has hecho, David? —me preguntó por fin Roberto Panera desolado.

—Está claro —respondí con frialdad—. Lo hice para destrozarte.

—Todo esto no será por María, ¿verdad?

—La vi saliendo de tu despacho —dije simulando indiferencia.

—¡Estás ciego, Schaffer! No sé lo que viste pero, desde luego, no es lo que crees. Ella siempre te ha preferido.

Era la primera vez que hablábamos de esto directamente. Como si, tras tantos años peleando por algo etéreo, todos nuestros sentimientos cristalizaran ahora.

—¿Tanto significa ella para ti? —continuó.

—María ya no significa nada para mí. Es solo mi primer fracaso... Y quiero que sea el último.

—No lo entiendo. Si quieres, es tuya. Además, ahora se va también del despacho...

Yo di un respingo.

—¿No lo sabías? Estaba cantado. Se va a la empresa de su padre. Se dice que es por ti...

—Me da igual, Roberto. Esto no lo hago por ella. María me ha hecho darme cuenta de que las distracciones solo entorpecen mi carrera. Y no voy a permitir que me ocurra otra vez. Todo esto no lo preparé por ella, ya te lo he dicho. Lo hice para destrozarte. Eres un mal profesional y una peor persona.

—Pero haciéndolo también te has inmolado tú.

—No estés tan seguro, Roberto.

—¿Qué insinúas? Estás tan en la calle como yo.

—La diferencia es que, según dicen, a ti te han despedido porque no fuiste buen profesional. Y a mí, porque me arrogué unos galones que no me correspondían... pero también fui capaz de ahorrar trescientos millones a un cliente.

—¿Y por qué crees que eso nos diferencia? No te sigo, Schaffer.

—Nunca lo has hecho. Ahora mismo soy capaz de ofrecer a quien me contrate la confianza y la gratitud de un gran cliente.

—La Castellanos Trading... —musitó él mirándome con irritación.

—Exacto. Parece que Jorge Castellanos no está muy contento con mi despido. Le hace desconfiar de Lorca & Chapman... y así me lo ha hecho saber expresamente. Yo, sencillamente, le he ofrecido la posibilidad de irse con uno de los mejores despachos del país, Mulligan Lawyers. Y no parece casualidad que ellos, a su vez, me lo agradezcan...

—¿Vas a trabajar en Mulligan Lawyers? —preguntó con la boca abierta.

Sonreí, saqué un cigarrillo y lo encendí mientras miraba a mi alrededor. Sería mi último día en aquel edificio, así que dejé la pregunta suspendida unos segundos más. Y, cuando sentí que me había regodeado lo suficiente, le dije al expulsar el humo de la primera calada:

—No voy a ser empleado de nadie, Roberto. Voy a ser socio.

Después me largué de allí. Aquel día, en el Drugstore, me juré que borraría de una vez su asquerosa sonrisa de su asquerosa cara. Pues es lo que hice.

Ese habría sido el apoteósico final de aquella historia si no fuera por lo que ocurrió justo después, cuando estaba a punto de salir del despacho.

—Epa ahí, ¿te ibas sin despedirte o qué? —Urrutia me esperaba en la puerta de recepción. Estaba serio y llevaba algo en la mano.

—No seas idiota. Sabes que nos vamos a seguir viendo — le dije con media sonrisa.

Él no dijo nada, pero me entregó un sobre. Después me dio un sentido abrazo. Sus abrazos duraban varios segundos. No he recibido otros más sinceros que los suyos. Luego, se marchó. Me dejó solo con aquella carta. Urrutia sabía que eso era lo que debía hacer.

La carta era de María. La leí allí mismo.

Y desde entonces la he leído mil veces. Qué tonto fui. Aquella primera vez lloré como un niño. Y me odié. Hice una bola con la carta y la tiré al suelo. Pero la volví a coger. Aún la conservo, y creo que siempre lo haré.

Querido David:

Quería decirte adiós. Me largo y, cuando leas esto, ya no estaré en el bufete. Te escribo esta carta para que tengas otro punto de vista, el mío, sobre nuestra historia. Nunca lo hemos llegado a hablar, nunca le hemos puesto nombre a lo nuestro, y me he cansado de esperarte. Esta relación inexistente me ha agotado. No sé, creo que nunca diste los pasos que tenías que dar conmigo. Me has adorado desde lejos como a una estatua, y yo... no soy una estatua.

Cuando te conocí, enseguida me di cuenta de que me mirabas de reojo; me mirabas mucho. Pero, por mucho que dijeras que estabas loco por mí, tu afán por ascender siempre fue más importante para ti. Tal vez estuvieras loco por mí, pero nunca llegaste a hacérmelo creer.

Reconozco que me encantaba que fueras tan tímido conmigo a pesar de que te mostraras tan seguro con los demás. Y nunca entendiste que lo que más me gustaba de ti era justamente eso. Yo nunca he querido un caballero de brillante armadura, David, no lo necesito.

Reconozco que contigo he aprendido mucho. Eres el único que no se ha fijado en mí por mi apellido. Y supongo que por todo eso, como ya intuyes, al final me enamoré de ti. Pero tú nunca has estado dispuesto a dar ningún paso; te puede la ambición. Por mucho que pienses que me quieres y por mucho que me idealices, para ti, tu carrera profesional es lo más importante. Creo que por eso, precisamente, te has escudado siempre en que Roberto se interponía entre nosotros: para no tener que renunciar a tu inevitable cita con el éxito profesional. ¿De verdad piensas que él tenía alguna posibilidad conmigo?

Así que, después de pensarlo mucho, creo que me he hartado de ti, David; me he cansado de esperarte, me voy a Madrid. Quiero poner tierra de por medio, alejarme de ti y ver qué pasa. Es una pena, porque creo que lo nuestro podría haber funcionado. Quizá hubiéramos sido felices, no lo sé. Me entristece que no te hayas atrevido ni siquiera a intentarlo. ¿No te das cuenta de que tus sueños profesionales no te van a dar la felicidad? Si sigues obcecado en cumplirlos solo conseguirás tener que reemplazarlos por otros sueños, cuando estos se vayan cumpliendo: esa carrera no terminará nunca. David, o encuentras la felicidad en tu día a día o no la encontrarás nunca.

De lo que estoy casi convencida es de que no la encontrarás junto a mí. Tú verás. Espero no echarte demasiado de menos, aunque me temo que lo voy a tener complicado.

Te quiero. María.

Bilbao, septiembre de 1983

«Treinta y ocho, treinta y nueve y cuarenta». Lucas Bieda había contado en silencio el número de repeticiones. Soltó sobre los postes de sujeción las pesas de barra y se levantó del banco de ejercicios. Por hoy ya era suficiente.

Fue al cuarto de baño para darse una ducha. Estaba machacado. Cada vez le costaba más estar en forma, lo cual —pensaba él— no tenía absolutamente nada que ver con estar aproximándose a la cincuentena.

Aún sudoroso y jadeante, entró en la ducha, giró el grifo del agua fría y contuvo la respiración al sentir el agua. Levantó la cabeza hacia el chorro. Se llevó las manos a la cara y recorrió con las yemas la cicatriz que le atravesaba la cara desde el párpado izquierdo hasta prácticamente la comisura de los labios. Aquella marca le había acompañado desde el principio de su vida, así que no había nada traumático en ella. Sí lo había, en cambio, en el resto de cicatrices, cuyas hendiduras remarcaba ahora el agua fría que recorría su cuerpo.

Dos de ellas eran consecuencia de su trabajo como policía. Un navajazo limpio en un atraco en el conflictivo barrio de Bilbao la Vieja y un tiroteo con dos etarras en un atentado frustrado en Abando. Estuvo dos meses hospitalizado por lo del tiroteo. Heridas de guerra. A veces le hacían plantearse por qué narices continuaba aún en el servicio activo. Y, por último, aquella lesión de rodilla de cuando era jugador de *rugby* que, puntualmente, cada invierno, rebrotaba cuando la ciudad daba la bienvenida a la maldita humedad.

Pero no se podía quejar. Todavía conservaba cierta agilidad y, sobre todo, era útil en la calle. Lucas Bieda lo sabía. Todo el mundo en las comisarías de Vizcaya lo sabía. La única razón por la que no llegaba al rango de leyenda era porque no estaba muerto. Las leyendas se forjan cuando uno ya no está, así que Bieda no tenía ni maldita gana de que se lo considerara así.

Había cambiado los galones por la calle. Pero no lo había hecho por idealismo ni por vanidad. Sencillamente, no valía para dirigir, solo para actuar. Y eso estaba peor remunerado. Pero es que no sabía hacer otra cosa. Y así era como debía ser.

Se vistió y fue a la cocina, donde le esperaba la otra batalla de su vida, en la que sí era una leyenda y un héroe. Para aquellas cinco bestias que devoraban el desayuno, su padre era el héroe más carismático de todos. Miró a su mujer, Paz, que hacía rato que se movía entre tazas, cuencos y cucharillas.

—¡Buenos días, buenos días, buenos días! —saludó.

Ellos siguieron con su alboroto. Bieda sonrió y se acercó a la cafetera para echarse en la taza el café que había dejado preparado Paz. Su mujer, que tenía un

cigarrillo entre los labios, le metió un bocadillo y algo de fruta en una pequeña maletita de metal con ágiles movimientos.

Lucas le quitó el cigarrillo a su mujer y le dio un par de caladas antes de beberse el café.

—Buenos días, cariño —le dijo ella—. Devuélveme ese pitillo cuanto antes.

—Si no me dejas fumar puros en casa, es lo menos que puedo hacer, robarte tus cigarros.

Ella sonrió.

—Perdona que no te haga mucho caso, pero otra vez llego tarde.

Lucas miró el reloj. Su mujer tenía razón.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó ella—. No tienes buena cara.

—Muchas gracias —dijo él bromeando mientras le devolvía el cigarro—. Tú tampoco estás en plan *Miss Mundo* a estas horas de la mañana, ¿lo sabías?

—¿Ah, no? —preguntó ella con una sonrisa pícara mientras se acariciaba el pelo sobreactuando.

—Ya le gustaría a *Miss Mundo*... —dijo él sonriendo—. Y sí, he dormido bien —aseguró.

Lo primero lo dijo con sinceridad. Lo segundo, no. Lo cierto era que aquella mañana Bieda necesitaba ese café que ahora se tomaba mucho más que de costumbre. No había podido pegar ojo en toda la noche. La maldita nota que había recibido le estaba quitando el sueño. No entendía qué pintaba él en todo aquello. El caso del incendio en el que había muerto aquel magnate ya había sido investigado en profundidad. Aunque, si lo que decía esa extraña nota era cierto...

Imanol reconoció el ruido que llegaba desde la calle, el de los acelerones de la moto de su jefe. Poco después, pudo también oír sus contundentes pasos mientras se acercaba por el pasillo de la comisaría. La imponente figura del detective Bieda, que medía uno noventa y dos, se presentó ante él con su pelo rapado, su barba de dos días, y aquellos tirantes que solía llevar por encima de la camiseta negra. Aún no se había quitado la gabardina, algo desgastada. Su mirada perdida y esa cicatriz que surcaba su rostro amilanaban a cualquiera.

—*Egunon*, chavalote. Quiero el expediente del incendio de la Kantauriko Kutxa en mi mesa ya —apuntó con urgencia según pasaba por su lado y le daba una palmadita en la espalda.

—Pero... —dudó Imanol—. Ese caso no es nuestro, señor. Y se supone que está cerrado. No sé qué me dirán si...

—Espera que piense si me importa lo que nos digan... —lo interrumpió Bieda poniendo un exagerado gesto reflexivo—. No, definitivamente, me importa una mierda. Ve a por el maldito expediente.

—Muy bien, señor.

Lucas Bieda entró en su despacho y cerró, dejando tras de sí aquella endeble

puerta de madera, que tenía en el centro un panel de cristal granulado con su nombre impreso. Dejó el casco de la moto y la maleta con el almuerzo sobre una pequeña mesa accesoria y se derrumbó en su silla. Aquel día iba a ser largo.

Tomó un puro y se lo encendió con cortas caladas. Se recostó en el respaldo con el puro entre los dientes. Comenzó a estirar y dejar ir sus tirantes. Era un gesto inconsciente al que acudía cada vez que necesitaba pensar.

Lanzó una mirada furtiva al primer cajón de la mesa, el único que estaba cerrado con llave. Suspiró y, con desgana, lo abrió. Sacó el sobre rojo para volver a leer la nota, aunque podría haberla recitado de memoria:

El señor Aberasturi no murió por accidente. Policía comprada. Si nos demuestra que quiere llegar hasta el final de este caso, estaremos dispuestos a ayudarlo. Deberá hacerlo con discreción, no comparta sus sospechas con nadie. Quien está detrás de esto puede ser peligroso.

Casi nada.

La investigación de aquel caso había sido rutinaria. El caos de las inundaciones. Un incendio desafortunado provocado por una chispa en el cuadro eléctrico. Un muerto. Fin de la historia. Que la víctima fuera un importante empresario y futuro candidato a presidente del Banco del Norte no había hecho sino magnificar la repercusión de aquella rocambolesca catástrofe.

Y, además, el asunto se había estudiado con más detalle de lo necesario porque, aparte de tratarse de alguien importante, la propia hija de Ignacio Aberasturi había pedido expresamente que se investigara la posible relación entre esa muerte y la del financiero de la empresa, Javier Alba. Pero si lo del incendio había sido una desafortunada desgracia, lo del señor Alba fue un accidente doméstico de libro. Una bañera y un aparato eléctrico en mal estado. Mala suerte. Aunque, si lo que decía esa nota era cierto y la investigación no había sido todo lo diligente que hubiera cabido esperar...

—Joder —bufó Lucas. Echó el humo de su puro con un resoplido cargado de consternación.

Pero ¿por qué él? No le hacía mucha gracia comerse un marrón así. Bieda tenía fama de perro viejo incorruptible. Sería por eso. «Una empresa peligrosa», decía la nota. Le advertían de que tenía que llevar a cabo sus pesquisas en secreto. De lo contrario, su integridad podría verse amenazada. Ahí lo tenían complicado. La discreción no era una de sus virtudes.

Alguien llamó a la puerta y lo sacó de sus cavilaciones. Imanol se disculpó y entró con una montaña de papeles.

—Gracias, Imanol. Cierra la puerta al salir.

Aquellas carpetas estaban llenas de fotos. Cada rincón de la planta del edificio había sido fotografiado en aquellas imágenes. Allí estaban los cables en mal estado

que podrían haber provocado el incendio. También ojeó algún informe del equipo de recolección de pruebas. Los primeros en aparecer cuando pasaba algo.

La policía científica no descartaba otras posibilidades, pero sí apuntaba a la del accidente como la más factible... Pero para él no era suficiente porque, ahora, aquella maldita nota condicionaba sus juicios. Lo cierto era que ni en el edificio de la caja de ahorros ni en la casa del señor Alba se había encontrado absolutamente nada que desdijera que ambas muertes habían sido accidentales. Ni huellas, ni nada fuera de su sitio, ni signos de acción de terceros.

Pasó una hora leyendo los informes acerca del caso. Llegó a la conclusión de que para ver si todo aquello lo llevaba a algo debía descartar el accidente como principal hipótesis y trabajar a partir de ahí. Tomó su cuaderno de notas y apuntó: «Incendio provocado».

El siguiente paso, antes de elucubrar acerca de quién podía estar detrás del asesinato, era descubrir el móvil. ¿Tal vez arruinar la operación de compra de participaciones de la Korta por parte del Grupo Aberasturi? También debía considerar el asunto de la candidatura a la presidencia del Banco del Norte... pero, en ese caso, la muerte del financiero de la empresa perdía su sentido. No obstante, no podía descartarlo. En ese aspecto, no podía haber sido ETA. No tenía sentido, si no había reclamado su autoría. Eso había sido descartado por todo el mundo. Y por él también. Los sospechosos podían conformar una lista eterna. Personal de su propia empresa, empleados de la Siderurgia Korta, otros competidores, políticos...

Soltó la pluma y los papeles que sujetaba y dio una última calada a su puro, ya casi consumido. Después, lo apagó en el cenicero y se llevó las manos a la cara. Estuvo así unos instantes, con la mirada perdida.

Adelante, lo haría. Investigaría el caso.

Y lo haría a su manera. Aquel caso era como una cacharrería y él era un viejo elefante que estaba dispuesto a entrar haciendo ruido.

Era evidente que la discreción no era lo suyo. Pero lo que sí se le daba bien era llegar hasta el final. Removería la mierda que hiciera falta. Y resolvería el caso. Al menos, en ese sentido, quienes estuvieran detrás del envío de la nota podían estar tranquilos. Habían elegido al policía adecuado.

Mi vida, 5

Cómo me convertí en el jefe

Casi todas las mañanas eran parecidas. Bajaba con mi maletín de trabajo, me subía al Mercedes negro que me esperaba en la puerta y hojeaba, mientras llegaba al despacho o al lugar donde hubiera quedado con algún cliente, los periódicos que el chófer había dejado en la parte de atrás.

Mientras me llevaban de lado a lado, de cliente a cliente, podía ir trabajando e informándome de las noticias a la vez. Me gustaba aprovechar el tiempo sin dejar de visitar a mis clientes. Los negocios y las relaciones se hacían cara a cara, eso lo tenía claro.

Cambiando de tema, por entonces yo ya era rico.

Tenía un par de coches, una pequeña casa en el paseo del muelle de Las Arenas y un barco en el que salía a navegar. Vivía frente al mar, que siempre había sido mi sueño. Bueno, en realidad, hasta hacía poco, mi sueño había sido vivir en el centro de Bilbao. Pero lo cierto es que, cada vez que consigo cumplir un sueño, ya no me parece tan importante haberlo conseguido, y me pongo a buscar uno nuevo. Me tengo que buscar uno nuevo.

En fin, hablando de cosas más importantes... mi casa era un adosado, un dúplex de seiscientos metros cuadrados con una terraza espectacular que daba a la bahía del Abra. Una auténtica maravilla. Aún recuerdo cada una de las magníficas cenas que organicé allí: langosta, caviar, champán del caro... Esa casa se amoldaba perfectamente a mis pretensiones. Algo sencillo, sin lujos, vamos...

Como he dicho, me había convertido en socio de Mulligan Lawyers, un despacho más internacional que Lorca & Chapman y que tenía mucho más volumen de negocio. Menos cariz de *boutique* pero mayores ingresos. Tenía oficinas

en la mayoría de los países de Europa y una significativa presencia tanto en España como en el Reino Unido, de donde era originario su fundador, William Mulligan, que había muerto hacía no muchos años.

Era curioso. Tenía una buena posición profesional y ganaba suficiente dinero como para no tener que odiar el sonido irritante del despertador cada mañana. Así que podría haberme relajado y haber disfrutado de aquella vida. Seguir con mis clientes, con mis reuniones, con mis trabajos... Pero no. Cada vez que ascendía un peldaño me apetecía más subir al siguiente. Y siempre que pensaba que estaba a punto de alcanzar el rellano aparecía un nuevo tramo de escalones. Nunca estaba satisfecho. Y eso me hacía pensar que, quizá, la felicidad no estuviera al final de ninguna escalera. Tal vez fuera cierto lo que María me dijo una vez sobre que nuestros sueños, normalmente, no tienen nada que ver con nuestra felicidad.

Bueno, en cualquier caso, lo que sí tenía claro era cuál quería que fuese mi siguiente peldaño. El socio director vigente, que residía en Madrid, se jubilaba, y la votación para elegir a su sustituto se realizaría en una convención de todos los socios, a nivel mundial, que se celebraría en Londres dentro de unos meses. Ese era mi nuevo objetivo: quería ser el nuevo presidente de Mulligan Lawyers.

Así que mi visita al Banco de Castilla, prevista para aquellos días, se había convertido en algo realmente importante. Tanto que podía hacer decantar la elección del socio director a mi favor. El Banco de Castilla quería cambiar de abogados, y sabíamos que estaban haciendo una especie de *beauty parade*, una presentación de los distintos despachos relevantes del país para llevarles una propuesta de honorarios y darles a conocer cada bufete. El despacho me había seleccionado a mí para representar a Mulligan Lawyers. Era lógico. Yo tenía mucha experiencia en el asesoramiento en el sector financiero, había realizado operaciones muy importantes y ya era una referencia en el terreno nacional. El sector financiero era uno de mis fuertes.

En fin, como el Banco de Castilla tenía su sede en

Madrid, aquel día mi chófer hizo un viaje más largo del habitual, hasta la capital, porque yo había preferido el coche al avión.

El chófer aparcó frente a la sede del banco. Dejé allí mi maletín y todos los papeles y le ordené que me esperase por los alrededores hasta que bajara de la reunión. No pensaba subir a la reunión ningún documento. Ninguna presentación. Ya había estudiado todo lo que tenía que estudiar. Patricia, una abogada de sexto año que trabajaba en la oficina de Madrid, había dirigido un equipo para prepararme varios expedientes que yo había solicitado. No solo información de la empresa, sino también de la persona con la que iba a reunirme, Ernesto Girbau.

Lloviznaba pero no me puse ni la gabardina. Salí del coche y disfruté de mi reflejo en las puertas oscuras de la entrada del edificio. Estaba espléndido: afeitado perfecto, zapatos brillantes, pelo engominado y peinado con una línea más recta que el meridiano de Greenwich... Me encantaba cómo me sentaban aquel traje cruzado gris oscuro y aquella corbata de colores sobrios. Detestaba a la gente que, siguiendo la moda de la época, llevaba corbatas vistosas como si...

En fin, tal vez estos detalles carezcan de importancia cuando uno sabe que lo van a matar. No debería perder el tiempo en nimiedades si quiero escribir toda mi historia.

Entré en el edificio, di mi nombre y me subieron a la sala de espera. Habían citado a todos los competidores el mismo día. Cuando entré, todos los presentes se volvieron: sabían quién era yo. Oí algún murmullo, «ese es David Schaffer, ¿no?», «lo hacía más alto», «lo hacía más bajo» y ese tipo de cosas mientras me dirigía con toda la tranquilidad del mundo hasta uno de los sofás desocupados.

Sobre todo, lo que más les debió de extrañar fue que, mientras todos ellos llevaban en la mano un maletín o grandes portapapeles con diagramas y diapositivas para la presentación, yo me presenté con una mano en el bolsillo y en la otra sujetaba un cigarro. No llevaba absolutamente nada.

Venía yo mismo, y ya era suficiente.

Varios minutos después, anunciaron mi turno.

—Señor Girbau —saludé en cuanto entré en la sala.

—Hola, señor Schaffer —replicó Girbau con corrección pero sin excesiva afabilidad.

Pronto reparó en que había acudido a la reunión solo y sin ningún tipo de apoyo documental para mi presentación aunque no dijo nada, tal como yo había previsto.

Ernesto Girbau era el presidente del grupo y uno de los accionistas con más peso. ¿Eso qué implicaba? Implicaba precisamente que yo no tuviera que llevar papeles ni acólitos a la reunión. La experiencia me decía que, cuando el perfil de los interlocutores en una reunión era más técnico —por ejemplo, directores financieros o directores de áreas de asesoría—, ahí sí importaban más las cualificaciones, los diagramas y los gráficos. Pero cuando tu interlocutor era el presidente y uno de los mayores accionistas de la empresa, es decir, alguien con el suficiente peso como para tomar la decisión de quiénes serían a partir de entonces sus asesores, ya se entraba en el terreno de lo personal. En el terreno de la confianza.

Por esa razón, sabía que era importante alargar el trámite de la conversación inicial. Tenía que buscar nexos de unión con él, aunque debía actuar con cuidado, tampoco podía disponer libremente del tiempo de gente de ese nivel.

—Suponemos que no necesitará el caballete ni el proyector... —dijo el señor Girbau indicando a los dos empleados que lo acompañaban que los retirasen.

—No, no los vamos a necesitar —dije yo con seguridad. Encendí un Marlboro y le tendí el paquete a mi interlocutor—. ¿Quiere uno?

Él accedió a la invitación y se reclinó en su asiento.

—Gracias, fumo lo mismo, además —apuntó sin interés.

—Primero, siento el retraso. Con esta lluvia, la ciudad se pone insoportable.

—El tráfico está imposible en días así —concedió él mientras expulsaba el humo de la primera calada.

—Solo espero que no se alargue hasta el fin de semana y me chafe el esquí —dije por lo bajo—. Bueno, señor Girbau, ¿entramos en materia?

—¿Esquía usted, señor Schaffer? —se interesó él desoyendo mi pregunta.

—Sí, claro —contesté con cierta expresión de alegría por la coincidencia.

—Nosotros intentamos ir todos los fines de semana en temporada.

—Yo también, aunque... si hace muy muy bueno, aunque sea temporada de esquí, me quedo en Bilbao o vengo aquí, a Madrid, para jugar a golf. Hay que aprovechar. Eso no lo perdono.

—¿También juega a golf? ¡Eso sí que es una coincidencia! —dijo Girbau dando una fuerte palmada sobre la mesa.

Estuvimos charlando un rato más sobre esquí y golf. Fueron unos agradables minutos bien aprovechados.

—Y bien, señor Schaffer... —Tras un buen rato de conversación, el señor Girbau recordó con cierto fastidio que teníamos que hablar de negocios—. Su reputación lo precede. Pero ahí fuera hay varios abogados de gran nivel. Todos han venido con sus deberes hechos. ¿Qué nos viene a contar?

—Antes de contestarle, quiero preguntarle yo algo. ¿Qué le han traído el resto de mis competidores a usted?

—¿Perdone?

—¿Qué le han explicado? ¿Qué le han aportado?

—Bueno... —farfulló él confundido—. Han hecho muy buenas exposiciones y han presentado sus firmas, han hablado de nuestro sector financiero... —El empresario hizo una pausa como si dudara—. Y lo cierto es que también se han dedicado a desprestigiar al resto de los abogados con los que compartían la sala minutos antes. Eso lo han hecho todos.

—Pues yo voy a ser la excepción. Odio las críticas —dije sinceramente—. No me malinterprete, no soy ningún santo. Hay mucha gente a la que no soporto. Pero creo que intentar ganar posiciones menospreciando a los demás en lugar de escalar por méritos propios solo demuestra dos cosas: o estás muy poco seguro de ti mismo o eres estúpido. Para ese tipo de gente resulta mucho más fácil menospreciar a los demás que valorarse a sí mismo.

—No sé si eso lo dice sinceramente o es solo

palabrería, señor Schaffer. Pero estoy de acuerdo, se lo aseguro.

—Reconozco que hay grandes bufetes y grandes abogados ahí fuera. Es la verdad. Si le dijera que todos los que hoy pasarán por aquí, salvo yo, son unos inútiles... le estaría llamando inútil a usted por haberlos convocado.

—No había caído en eso. De pronto, me siento insultado por el resto de su competencia... Es usted bueno, señor Schaffer. —Sonrió el señor Girbau.

—Y no ha visto nada. Por otro lado, en cuanto a lo de hablar de mi bufete o de su propio negocio de la banca, yo no voy a hacer eso —le anuncié cortante antes de intercalar una estudiada pausa que me sirvió para darle una calada al cigarrillo—. Por tres razones. La primera, y excúseme si sueno pretencioso, es porque yo no necesito ser presentado, tal y como usted mismo ha reconocido. La segunda, porque no me veo capaz de explicarle a usted cómo enfocar su propio negocio. Yo soy abogado y usted empresario, y su sector lo conoce usted mejor que nadie. Y la tercera y última razón: porque no estoy aquí para hablarle de mí. Estoy aquí para escucharle hablar sobre lo que busca su empresa, sobre la dirección que quiere tomar, sobre sus sueños... Y a partir de ahí, ya hablaremos de cómo Mulligan Lawyers puede acompañarlo en ese viaje.

Me incorporé ligeramente en mi asiento acercándome un poco a mi interlocutor. Adopté un tono más confidencial.

—Nosotros no queremos ser sus abogados. Queremos ser sus confidentes. Queremos ser las primeras personas a las que llame cuando algo vaya mal. Las primeras personas con las que quiera celebrar que algo haya salido bien. Ese es el tipo de abogacía en la que creemos, señor Girbau.

—Eso me gusta —confesó él—. Y puede llamarme Ernesto.

A partir de ahí, sabía que la conversación, a pesar de lo que he dicho anteriormente, sí derivaría a perfiles más técnicos. Primero me había ganado su confianza, pero ahora tenía que darle argumentos reales para que él defendiera ante su Consejo de Administración mi candidatura.

Hablamos de su sector que yo, al igual que mis competidores, también conocía a fondo. Pero me dediqué exclusivamente a complementar sus ideas, a terminar sus

frases y respaldar sus pretensiones. Le di mil razones por las que Mulligan podía ayudarlos: nuestra especialización, nuestro reconocimiento, nuestra presencia internacional... gracias al expediente de Patricia y su equipo, lo sabía todo. Solo hubo un fallo.

—Lo comprendo, Ernesto. De hecho, entiendo que por eso se abandonó el negocio financiero en Brasil —apunté en un determinado momento.

—No, no... seguimos con Brasil —dijo él, extrañado—. En la prensa se especuló con que salíamos del país pero no fue así. De hecho, estamos muy ilusionados con Sudamérica.

Patricia había cometido un gran error: en el expediente constaba claramente que las operaciones de salida se habían llevado a cabo. Pero no había que alarmarse.

—¿Así que no salimos al final del país? —pregunté sinceramente y sin darle importancia—. Habrá sido error mío, creo que mi equipo me lo hizo constar en el expediente. Me alegra oír lo de Sudamérica, cuénteme más sobre sus expectativas allí...

Problema resuelto. Errar es humano. He conocido muchos compañeros de profesión espectaculares y más cualificados que nadie cuyo único y fatal error ha sido... tener miedo al error. Eso encorseta, te vuelve inseguro... y nadie puede ser un asesor eficaz, ni imaginativo, ni nada, si no trabaja con libertad.

Nuestra reunión se alargó más de los cuarenta y cinco minutos asignados a cada despacho. Estuvimos juntos una hora y cuarto. Yo hablé muy poco. Dejé que el señor Girbau se explayara. Era un hombre que vivía con intensidad su banco y se notaba. Yo había sacado una pequeña agenda de bolsillo e iba anotando todo lo que me contaba. Y, al final de la reunión, ¿le había presentado yo a Mulligan Lawyers?, ¿le había explicado con todo detalle nuestro conocimiento de su sector y de sus competidores? La verdad es que no.

Pero había conseguido lo más importante. Ernesto Girbau había sentido que podía contarme sus preocupaciones, sus aspiraciones y sus ambiciones para el futuro. Tal y como le había dicho, eso era lo más

relevante.

—Bueno —dijo mirando su reloj—, perdone que me haya alargado.

—No se preocupe, Ernesto. Para esto quería venir precisamente hoy. Para empaparme de lo que el Banco de Castilla necesita, más allá de lo que dicen sus cuentas o la prensa. Ahora ya lo tenemos claro.

—La verdad es que ha sido un rato agradable.

Me levanté sonriendo y le tendí la mano, que él estrechó sentidamente.

—Por cierto. Después de este rato hablando y de conocerle un poco, no quería dejar de decirle que, en el bufete, tenemos algunos alojamientos muy agradables en estaciones de esquí para ir con nuestros clientes o para reuniones internas. Se lo digo de corazón, Ernesto, creo que deberíamos ir algún día a pasar un buen fin de semana... con independencia del resultado de este proceso y de quién sea su asesor finalmente.

—Qué interesante... ¿tienen alguna en Sierra Nevada?

—Yo estaba pensando más bien en algo más ambicioso y lejano... Más allá de los Pirineos.

—No estará hablando de los Alpes suizos.

—Justo.

Ernesto Girbau se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y me ofreció una tarjeta.

—Ahí viene mi teléfono directo. El próximo mes lo tengo bastante libre. Creo que podríamos ir a esquiar y... sin perjuicio de mi decisión, creo que también podríamos hablar de nuestros futuros negocios juntos.

Y así era un día de trabajo en mi vida.

Minutos más tarde, el chófer me dejaba en nuestra sede de Madrid, donde yo también tenía un despacho. Si quería estar en el meollo, tenía que repartir mi tiempo entre Bilbao y la capital.

—Señor Schaffer —me dijo una secretaria nada más subir—, le espera el señor Romaña en su despacho.

Le dejé mi maletín y mi gabardina.

—Dígale que espere. Primero tengo que ver a Patricia —repuse con urgencia—. ¿Dónde está?

—Creo que está en esta planta, justo allí detrás.

Patricia vio cómo me acercaba a ella con rapidez.

Sabía que había tenido la reunión. En realidad, todo el despacho lo sabía. Escudriñó mi cara para ver si me acercaba satisfecho o no. Yo noté cómo se amilanaba.

—Hola, Patricia —la saludé—. Oye, lo primero, quería comentarte una cosa. Parece que no han salido de Brasil.

Ella se puso pálida.

—Yo... Pensábamos que...

—No pasa nada —la tranquilicé poniéndole la mano en el hombro—. Sencillamente, hay que corregirlo para tener el expediente al día y ya está. Te lo digo ahora porque, si no, luego se me olvida. Quería felicitaros por el trabajo porque era un informe muy completo. Ha sido una buena reunión.

Percibí en la palma de mi mano cómo todos sus músculos se relajaban.

—Gracias, David.

—Gracias a vosotros, Patricia. Ah, y ya lo celebraremos porque creo que este cliente nos lo llevamos —dije mientras me marchaba.

Patricia era de las pocas mujeres que había en el despacho. De hecho, era de las pocas que había en el mundo de la abogacía por entonces. Yo había sido el responsable de que ella estuviera con nosotros. Era muy buena en lo suyo y se lo merecía. Como también se había merecido que yo fuera comprensivo y dejara pasar el error que su equipo había cometido. Digo esto para demostrar que yo no era un cabrón. Al menos, no siempre, quiero decir.

Entré en mi despacho. Sabía que Romaña estaría allí.

—Señor Schaffer, buenos días —dijo.

Yo no dije nada. Fui hacia el ventanal y me dediqué a contemplar las magníficas vistas de la Castellana. Tenía allí un carrito con bebidas. Tomé un vaso, cogí unos hielos y me serví un *whisky*.

—Yo no tomaré nada, gracias —apuntó con sorna el señor Romaña, que había pasado un buen rato esperándome sentado en uno de mis sofás.

—Tampoco se lo he ofrecido —maticé secamente—. Le dije que no quiero que se presente aquí. Pero ya es igual...

Abrí el cajón de mi mesa, cogí un sobre y se lo di al detective privado.

Romaña se levantó con pereza y lo cogió. Ni siquiera lo abrió para contar el dinero que había dentro. Llevaba mucho tiempo trabajando para mí y ya no había lugar para las desconfianzas.

—Entonces ¿le ha resultado útil la información, aunque fuera poca?

—Ya le dije que no necesitaba más.

—Todo correcto, entiendo: no tiene hijos, fuma Marlboro, le gusta el esquí y los Alpes, adora el golf..

—Todo perfecto —le corté.

Él sonrió con sarcasmo y negó con la cabeza.

—Vale, vale, ya me voy.

Me acerqué de nuevo hacia el ventanal sin mirar siquiera cómo se marchaba el detective privado. Cuando por fin me dejó solo, dejé ir la mirada sobre Madrid mientras me entretenía haciendo que los hielos girasen en mi vaso.

Pensé en el señor Girbau y en la reunión. Sonreí. Yo solo había hecho mi trabajo. Y, además, la conexión que se había creado entre nosotros había sido sincera. Por mucha información que tengas de alguien, si no conectas realmente, no hay nada que hacer. El señor Girbau era encantador y nos habíamos caído bien. Eso era todo. Que yo hubiera forzado un poco el punto de partida era lo de menos. Además, todo el mundo matiza sus gustos en función de con quién se encuentre. Yo sencillamente lo llevé al extremo. ¿Fumo? Depende de dónde esté. ¿Soy nacionalista? No sé, soy lo que diga mi cliente que sea. ¿Soy del Athletic o del Real Madrid? A veces de uno y otras de otro.

No intento justificarme. Sé que lo que hacía no estaba del todo bien. Y sé que no todo el mundo es como yo. Pero tengo claro que actuar así me ha hecho llegar a lo más alto más rápido que los demás. No mejor, pero sí más rápido que los demás.

Aunque, pensándolo bien, quizá sea por cosas como esta por las que a otros no los persiguen para matarlos.

Y a mí, sí.

Yo creo que las banderas han traído muchos problemas en este mundo. Y las banderas, en general, han sido motivo de confrontación más que de unión. Por tanto, si de mí dependiera, yo no pondría ninguna. Así de claro. Yo tengo la mía, pero es personal. ¿Que bajo una bandera se ha unido gente? Sí, pero enfrentándose a otros.

IÑAKI AZKUNA

Bilbao, agosto de 1983

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte en casa o qué? —Lara escuchó las palabras de su amigo, al otro lado del auricular, con cierta desidia.

—No lo sé, Kaki —respondió—. Bueno, sí lo sé, para qué nos vamos a engañar. Me voy a quedar en casa y luego leeré un buen libro en la cama. Ese es mi plan.

—Leer un buen libro... La letra está muerta. Deja de hacer el imbécil y sal con nosotros hoy.

—Me duele mucho el tobillo. Sigo dolorido por las inyecciones.

—Alain... desde que murió tu abuelo estás encerrado. En serio, tienes que salir. Haz el esfuerzo. Le digo al Vázquez que vaya a buscarte.

Alain suspiró exageradamente antes de seguir hablando.

—Kaki...

—Que estoy molestando, ¿verdad?

—Eres más listo de lo que tú mismo crees.

—Y mañana, ¿saldrías? La verdad es que todo esto no lo hago por ti, sino por mí. Tengo más éxito con las mujeres cuando llevo a mi lado un jugador de fútbol famoso. Sobre todo cuando es más feo que yo.

—Mañana... Mañana volveríamos a tener la misma discusión o, al menos, una muy parecida.

—Eres idiota. Vázquez te va a matar. Ala, descansa. *Agures*.

Su amigo colgó. Y Alain dibujó media sonrisa.

Tenían razón. Aunque no sabían toda la verdad. Había perdido a su abuelo hacía muy pocos días, era cierto, pero también lo era que la foto del avión estaba quitándole el sueño. ¿Qué hacía su abuelo con Aberasturi en una imagen tan antigua? ¿De qué se conocían? Además, habían muerto los dos casi al mismo tiempo... ¿Por qué estaba su abuelo muerto?

Sonó de nuevo el teléfono. Él suspiró con fastidio.

—Os he dicho que no voy a salir —soltó Alain en cuanto descolgó—. Mañana, prometo pensarlo.

—Mañana sales, efectivamente. De hecho, se supone que vas a Alemania, chaval. Alain se mordió el labio inferior.

—Perdón, pensaba que era otra persona... ¿Quién eres?

—Ya me lo he imaginado. Soy Iñaki Azkuna, ¿tienes un segundo?

—Aúpa, Iñaki, perdona. Claro, dime —asintió el jugador.

—Mañana te recibe el doctor Berlin en Alemania, ¿verdad?

—Así es.

—¿Lo tienes todo preparado? —se interesó Azkuna.

—Claro. El club me ha cogido la cita. Y esta misma mañana me han traído los billetes de avión a casa. Ah, y me acompañarán los médicos de aquí, claro. También me han dicho que allí nos esperará un coche en el aeropuerto para llevarnos y traernos.

—Ah, vale, perfecto. Te llamo para que sepas que me he encargado personalmente de que mandasen todo el expediente médico a la consulta del doctor Berlin en Berlín... Quiero decir... al doctor de... Bueno, ya me entiendes.

Alain sonrió en silencio.

—Sí, te entiendo. Muchas gracias.

—Y lo que tenemos de tu abuelo te lo mandarán a casa esta misma semana. La autopsia y demás.

Alain borró la sonrisa.

—Mi más sincero pésame otra vez —prosiguió Iñaki ante el silencio de Lara—. Y para lo que quieras, aquí estamos.

—Muchas gracias, Iñaki. Gracias por todo —dijo sinceramente.

Y colgó.

Se quedó mirando el teléfono durante un buen rato. Pensó en su viaje a Alemania. La cabezonería de su abuelo funcionaba incluso desde la tumba. Uno de sus últimos deseos había sido que fuera a Alemania para buscar una segunda opinión e intentar eludir la operación, y así lo iba a hacer. Desde luego, en aquel momento, lo que menos le preocupaba era la lesión. No obstante, tenía que ser profesional. Y, sobre todo, tenía que mirar hacia delante. Recordó que otra de las cosas que le pidió en aquel último día juntos fue que triunfara.

Suspiró. Miró a su alrededor y resolvió abandonar su inactividad. Todavía quedaban muchas cosas por ordenar y arreglar en aquella casa para que resultara habitable. Al fin y al cabo, habían regresado hacía poco. Y se puso a ello. Mantenerse ocupado con algo mecánico hacía que todo se detuviera, como cuando jugaba a fútbol. Allí todo era mecánico para él. Todo era intuición. Todo era conocido. Las piezas encajaban. No había familiares muertos ni hogares vacíos. Allí se sentía completo.

Horas después, la noche sorprendió a Alain a través de las ventanas que daban al monte Pagasarri. El tiempo era desapacible. Decidió acostarse pronto e intentar recuperar las horas que las pesadillas, las sombras y los recuerdos le habían robado. Estaba agotado, exhausto, y se sentía vacío.

El sol se coló por la ventana de la habitación. Alain estaba boca abajo con la cara totalmente pegada al colchón. Hizo el esfuerzo de levantar la cabeza y se acercó el reloj a los ojos, que aún no enfocaban bien. Las diez de la mañana. Casi era la hora.

Volvió a dejar caer la cara en el colchón.

—Mierda... —masculló amortiguadamente con la boca hundida en la cama.

Se permitió unos segundos más allí y después se levantó como un resorte para ducharse y prepararlo todo para el viaje.

Varias horas después —tras aviones, tráfico y paseos— llegaba a la clínica privada del doctor Fryderyck Berlin. Lo acompañaba uno de los médicos del Athletic. La consulta estaba en el centro de la ciudad, al norte del río Spree, en el lado occidental del Muro. Allí lo sometieron a más pruebas antes de que lo recibiera el doctor.

—Señor Lara, puede pasar —le dijo en inglés una enfermera.

Él entendía el idioma muy bien y lo agradeció con un gesto antes de dirigirse hacia el interior de la consulta. Un hombre de bata blanca, con el pelo negro y canas en las sienes, se dirigió hacia él. Su rostro enjuto y unas gafas redondas daban a Berlin un aire muy intelectual.

—Hola, Alain —saludó en un rudimentario castellano tendiéndole la mano—. Me han contado en tu club lo de tu abuelo. Lo siento mucho.

—Gracias —dijo Lara en un tono seco estrechándole la mano.

—Hacía mucho que no te veía en mi consulta.

—Aún no había debutado en Primera... Ya han pasado años.

—Por lo del encogimiento de gemelos, veo aquí, ¿verdad? —preguntó retóricamente mientras hojeaba el expediente del jugador.

—Sí. Eso ya está superado.

El médico lo invitó a sentarse y él hizo lo propio. El alemán cogió el historial médico del tobillo que había mandado el Athletic a su clínica. Lo contrastó con las pruebas que le acababan de realizar a Alain, allí mismo, antes de pasar a la consulta.

—De acuerdo, quítate el calzado y tumbate ahí, por favor —dijo el alemán por fin señalando una camilla.

Lara se levantó e hizo lo que le había dicho.

El médico comenzó a palparle el tobillo. Lo giraba y lo manipulaba con cuidado pero con resolución. De vez en cuando, consultaba de nuevo los resultados de las últimas pruebas.

—Tu abuelo estuvo en América, ¿no? —preguntó retóricamente el doctor Berlin para romper el silencio. A Lara no le inquietaba el silencio en absoluto.

—Cuando comenzó la guerra civil en España —contestó con desinterés— muchos jugadores vascos se fueron a América para dar a conocer el fútbol y a la selección de Euskadi.

—Pero lo dejó pronto por una lesión, ¿no? Y se quedó a vivir allí unos años, creo...

—Así es... —respondió Alain con cierto recelo.

—¿Te duele cuando te giro el tobillo así? —preguntó Berlin.

Alain Lara negó con la cabeza.

—Y... ¿sabes algo de lo que hizo allí durante esos años?

—La verdad es que no mucho...

El doctor seguía manipulando el pie del jugador como si estuviera centrado en su trabajo y tan solo lanzase preguntas mecánicas pero no prestara mucha atención a lo que Alain respondiera.

—Y así, ¿notas algo? —dijo presionando con su dedo pulgar un punto del pie.

—Ahí sí.

—Ya me lo imaginaba —dijo asintiendo—. Me dijeron en tu club cómo... falleció. Es terrible. Se fue hacia el centro de las inundaciones en plena noche..., pobre... ¿Estaba bien? Quiero decir...

Alain comenzó a sentirse incómodo. ¿Qué le importaba a aquel hombre todo eso?

—No —respondió contrariado—, no estaba bien. No sé qué demonios le pasaba... Pero, con el debido respeto, tampoco sé por qué puede interesarle a mi club o a usted nada sobre mi abuelo.

—Tienes razón, lo siento.

Fryderyck Berlin permaneció en silencio unos segundos mientras seguía manipulando el tobillo de Lara, que seguía tumbado, totalmente indiferente a sus exploraciones.

El doctor Berlin soltó el tobillo del jugador casi de un modo brusco, lo que hizo que Alain sintiera una pequeña punzada de dolor. Apretó los labios pero se contuvo y no dijo nada.

El alemán se acercó a la mesa y, después de abrir el historial de Lara, se puso a anotar algo. Alain no sabía si el doctor se había molestado por su brusco comentario. Pero le importaba bien poco. No estaba de humor para que le tocaran las narices.

—Bueno, creo que vamos a poder esquivar la operación —dijo el doctor con otro tono de voz.

—Eso está bien.

—Sí. Pero tengo que ponerte unas inyecciones de antiinflamatorios en los puntos que hemos detectado. Y después te pondremos un vendaje semirrígido. Tendrás que andar con una muleta durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo es «un tiempo»? —preguntó con una dura mirada.

—Un mes, quizá algo menos, en función del dolor. Podemos ir hablando por teléfono. Pero si no te duele después de ese plazo, la recuperación será rápida. Otro mes de fisioterapia y ejercicios y a volver a competir.

—¿Y si me siguiera doliendo?

—Operación y cinco meses de baja.

—De acuerdo —se resignó Alain. En el mejor de los casos, no debutaría con el Athletic en competición oficial hasta casi noviembre. Fryderyck Berlin cerró el historial y se dirigió hacia el jugador, que seguía sentado en la camilla. Le tendió la mano y el jugador se la estrechó de mala gana.

—Puedes esperar fuera, Alain. Me alegro de haberte visto. Mi equipo te pondrá

las inyecciones y el vendaje. También te proporcionaremos una muleta. Mucha suerte. Y podéis llamarnos tú o el club cuando queráis.

—De acuerdo, gracias.

Alain se puso de nuevo el calzado, echó un último vistazo al médico y salió cojeando de la consulta.

En cuanto se cerró la puerta, el doctor Berlin se llevó la mano a la boca y perdió la mirada en el infinito. Se dejó llevar hacia el pasado, cuarenta años atrás. Tenía bien claro que Rodrigo Lezo había sido asesinado... ¿Hasta cuándo los perseguiría lo que hicieron en la guerra?

Y quizá la inteligencia haya de someterse de vez en cuando. Como cuando quieres tener fe en algo o en alguien. Como cuando das la razón a quien amas, aunque no la tenga. Creo que si la inteligencia no es sometida... si se le da siempre rienda suelta, puede convertirse en una extraña compañera de viaje. Puede hacerte escéptico e intransigente. Puede provocar el encierro en ti mismo. Puede hacerte perder lo bueno que los demás, a quienes acabas por considerar menos inteligentes, podrían aportarte. Puede llevarte a la soledad.

El Extranjero

Berlín, enero de 1941

El hombre extranjero se afeita ante aquel viejo espejo como cada asquerosa mañana desde que está en Berlín. Con la toalla ceñida a la cintura y el torso desnudo, de pie en aquel cuarto de baño de pequeñas baldosas amarillas, lleva a cabo la operación de rasurado con el minucioso cuidado que su piel requiere.

Poco a poco, con ágiles movimientos de cuchilla, va retirando la espuma, que le cubre la mitad de la cara. Se mira fijamente en el espejo y no se reconoce. Evidentemente, es él; no está tan loco. Pero siente que, de alguna manera, ya no puede reconocerse en esa imagen. Se siente traicionado por ese reflejo. No es él. No puede serlo. Él no habría llegado tan lejos. Quizá se haya dejado arrastrar por su vanidosa inteligencia hasta allí, hasta esa cochambrosa habitación berlinesa en la que aguarda a que algún soldado alemán trace con tiza una línea que marque su futuro y, tal vez, el futuro de mucha otra gente.

Pero ¿de qué vale pensarlo ahora? Está lejos de su casa y ya no tiene remedio. Debe seguir. Ya pensará en lo que ha sacrificado para llegar hasta allí cuando llegue el momento, como de costumbre. «Siempre ha sido así y así está bien», piensa.

El Extranjero malvive en una habitación con un pequeño cuarto de aseo que ha alquilado en un sucio inmueble al sur de Berlín, en Kreuzberg. Ha pagado lo suficiente para que la casera no haga preguntas ni pida nombres. Sabe que hasta ahora no lo han seguido. Si todo va bien, una marca de tiza vertical le indicará que debe encontrarse de nuevo con los nazis, esta vez para realizar la transacción que él mismo les ha propuesto. Y entonces será inevitable que le sigan el rastro. O, al menos, que lo intenten, puesto que entre sus planes no entra ponérselo fácil. Cambiará de piso sucesivamente tantas veces como haga falta, tomará direcciones erróneas para despistar y mil cosas más que tiene bien aprendidas.

Pero por ahora no debe preocuparse. Han pasado cuatro días desde su encuentro con Marcks, y ese tiempo no es suficiente para impacientarse. Allí, en esa habitación dejada de la mano de Dios, está tranquilo. Por supuesto, no guarda ni las llaves especiales ni las instrucciones de la máquina que les ha ofrecido a los alemanes en aquel cuchitril. De eso se ocupa su socio, que lo ha acompañado a Berlín.

Sale del aseo y pasea por la habitación. Abre las puertas del armario. Observa el

interior. Sus camisas y sus pantalones, toda su ropa, están apilados con una exquisita pulcritud. Elige una camisa blanca y unos pantalones. Se abotona la camisa poco a poco, reflexivo. Termina de vestirse, se pone su grueso abrigo y coge el sombrero. Echa un último vistazo a la habitación. Todo en orden. Abre la puerta, sale y cierra cuidadosamente con llave. Baja la escalera hasta el portal y se detiene en el umbral. Respira profundamente y, al soltar el aire, esparce una nubecilla de vaho alrededor de su cara, que poco a poco se diluye en el frío berlinés. Eso le recuerda que puede ser el momento idóneo para el primer cigarrillo del día. Lo enciende protegiendo la cerilla con la palma de la mano y da la primera calada. Aún en el portal, mira detenidamente hacia ambos lados de la calle. Comienza a caminar. Cada uno de sus movimientos parece concebido tras una calculada reflexión. Pausados, exactos, pulcros.

Se dirige hacia el centro. Como cada día, pasará por una de las calles más temidas de la capital alemana: la Prinz-Albrecht-Strasse. En aquella manzana se ubican las sedes de las SS y de la Gestapo. Pero a él eso no le importa. Cuanto más cerca de su enemigo, mejor.

Media hora más tarde, llega al lugar de siempre. Como cada día, saca unas lentes de aumento dispuestas a modo de pequeño catalejo que se acerca discretamente a su ojo. Apunta hacia una pared. Está lejos. No quiere acercarse demasiado a un punto que sabe que estará muy vigilado. Nada. No hay ninguna marca. Se encoge de hombros sin cambiar su expresión. Guarda el catalejo, entorna los ojos y aprieta los labios conteniendo su muda decepción. «En fin, todavía es pronto», se dice.

Se acerca a un puesto de periódicos atendido por un muchacho y coge un diario. Echa una ojeada a la portada. Qué distinto el punto de vista que tienen allí sobre la guerra y sobre el resto de Europa. Alarga la mano al chico —que ya lo mira inquisitivamente, como si no le fuera a pagar— y le deja el dinero en sus ávidas y pequeñas manos, ennegrecidas por la tinta de los periódicos.

El hombre mira al niño como si, de pronto, reparara en él. Rondará los ocho años de edad.

—Chico, ¿cómo te llamas? —le pregunta en un perfecto alemán.

—¿Por qué quiere saberlo? —pregunta el niño extrañado.

El hombre sonrío. Aquel crío vive en la calle y en mitad de una guerra. Debe de haber aprendido alguna cosa que otra. Debe de haber aprendido a no confiar en nadie.

—¿Querrías ganarte unas monedas?

El crío deja el taco de periódicos en el suelo, se cala la gorra de tela y se queda mirando al hombre fijamente. Mueve extrañamente la nariz y se la frota con el dorso de su mano oscurecida. No contesta, pero no es necesario.

El hombre vuelve a sonreír. Mira a su alrededor para cerciorarse de que nadie, aparte de su fiel socio, que se encuentra a unos cincuenta metros, los observa. Le hace un gesto y su colega asiente levemente antes de darse la vuelta y desaparecer por una de las callejuelas.

Se acerca al niño y le dice algo al oído.

Después, se despide del muchacho y se dirige hacia una tienda para comprar algo para comer. Una vez dentro, echa una ojeada al reloj. Son las once de la mañana. Será mejor volver a la habitación. Le gustaría preparar algunos detalles que debe discutir con su socio y con su discreto contacto alemán, con el que intentará hablar por teléfono al día siguiente.

Compra una especie de bollo de pan y sale de la tienda con la bolsa de papel en una mano y el periódico en la otra. Antes de cruzar definitivamente el umbral, barre las calles con su sempiterno cuidado y vuelve a echar a andar.

Pero, un momento... mientras camina, oye a sus espaldas unas cortas y rápidas zancadas. Él ya sabe de quien son. No se vuelve a mirar. Sencillamente, continúa caminando. Al cabo de unos segundos, un chiquillo con gorra que lleva unos periódicos debajo del brazo lo adelanta.

—Es vertical —susurra el crío sin mirarlo y pasando de largo.

El hombre asiente imperceptiblemente, mientras observa cómo se aleja el chico, que ha empezado a correr.

En la pared hay una marca de tiza y, como le ha dicho su nuevo compinche, es vertical. Aceptan el trato.

No hay ningún rastro de sorpresa en su rostro. Continúa caminando tranquilamente con el panecillo aún caliente en la bolsa de papel y el periódico debajo del brazo. Tranquilo. Sereno. Lúcido. El mero hecho de observar sus relajados movimientos inspira paz y sosiego.

Al menos, eso es lo que piensa Hans, el tosco soldado alemán de pelo castaño que lo observa protegido tras una de las esquinas que desembocan en la calle que recorre el hombre extranjero. Desde allí, hace una señal a un hombre muy alto y corpulento, de pelo rubio y lacio. Es Jürgen, el soldado que, hace unos minutos, ha dibujado la marca de tiza en la pared y que ahora se acerca discretamente hacia su colega. Se miran. Ambos están de acuerdo. Coincide con la descripción proporcionada y ha mirado con aire escrutador hacia el muro en un par de ocasiones. Es él, el Extranjero.

Así es como comienza a apodarlo el reducido círculo de personas del aparato nazi que sabe de la existencia de ese hombre.

Lo seguirán por separado. Uno por cada acera y guardando distancia. Hay que averiguar dónde vive, qué lugares frecuenta, con quién se relaciona... Deben descubrir todo lo posible y remitir los pertinentes informes a su superior. Hans piensa que es una tarea fácil. Demasiado fácil. Están siguiendo a una persona que no tiene formación militar ni es un espía. No entiende por qué han enviado a dos destacados soldados como ellos para seguir al Extranjero.

Continúan paseando a gran distancia. Hans y Jürgen no necesitan dirigirse miradas para saber qué debe hacer cada uno en cada momento. Lo siguen hasta la fonda. Poco después, se enciende una luz en el segundo piso. Jürgen repara en que hay una pequeña y destartada escalera de incendios de metal negro que llega justo a la ventana contigua a la que acaba de ser iluminada: sin duda alguna será el cuarto de

baño de la habitación.

Dentro, el hombre comprueba que todo está en orden. Los papeles están en el mismo punto de la mesa, paralelos a la pequeña muesca en la madera que él mismo ha hecho; el cajón, abierto justo un centímetro; las puertas del armario, cerradas. Todo correcto. Se sienta a la mesa. Sobre ella, están sus papeles y una pluma. Sin quitarse los guantes, comienza a escribir. Redacta una nota para que su contacto, de nuevo, la haga llegar al mismísimo despacho del viceführer y todo comience a disponerse para el intercambio.

Escribir le ayuda a pensar. Y a no pensar.

En la nota cita lugares, horas, condiciones... todo. Así transcurre el día, ocupado en esa tarea. Escribe la nota con una paciencia infinita, recreándose en cada palabra. Únicamente interrumpe su tarea para una frugal comida —la casera ha preparado un gran puchero para los inquilinos— y para realizar un par de llamadas telefónicas. Anochece pronto en Berlín: es invierno. La noche lo sorprende imbuido aún en su tarea. De todas maneras, no tardará en acostarse.

Fuera, hace mucho frío. Hans, harto ya de aquella misión, se reúne con Jürgen.

—¿No piensa moverse en todo el día? —pregunta cuando llega a la vera de su compañero.

—Eso parece —contesta, como siempre escueto y monótono, Jürgen—. Eso parece.

Esa misma conversación, en distintos términos pero con idéntico contenido, se repite cada día durante una semana entera. Es imposible seguirlo a ningún sitio o registrar su habitación. Sus vigilantes se desesperan. Sobre todo Hans, que, cada día, a la misma hora, debe informar a su superior de que, básicamente, no pueden informarle de nada. Pero esa noche va a ser distinta.

Hans, que ha abandonado su puesto de observación dejando solo a Jürgen, llama a su superior para insistirle en que los deje entrar en acción. Minutos más tarde, Jürgen ve a su compañero acercarse en la oscuridad. Parece animado.

—Finalmente ha decidido entrar en razón y accede a mi petición —anuncia Hans mientras se acerca.

—¿Cuáles son las órdenes? —pregunta Jürgen interesado.

—Podemos entrar —explica su compañero—. Mientras él duerme, nos colamos sigilosamente, le suministramos el somnífero y registramos la habitación. Mañana, solo recordará que ha tenido un sueño pesado y que le duele mucho la cabeza. Y nosotros ya tendremos algo que llevar a nuestros superiores.

—De acuerdo —concluye Jürgen parcamente.

—Sí —prosigue Hans—. Estoy ya cansado de esta misión.

Dentro del edificio, el Extranjero tiene un cigarrillo a punto de consumirse entre los dedos que, a su vez, apoya en su sien para sujetarse la cabeza. Mientras, con la otra mano, hace deslizar ágilmente la pluma, plasmando sobre el papel todos sus planes. Última calada. Entorna los ojos mientras exhala el humo y apaga la colilla.

Cierra meticulosamente la estilográfica, se levanta perezoso y arrastra estruendosamente la silla por el suelo de madera. Está cansado. Ha sido otro día de trabajo, de contactos y de esfuerzo mental. Por ello, su duro catre se vuelve más apetecible que de costumbre.

Los soldados, desde fuera, ven cómo la luz de aquella ventana del segundo piso se apaga. Deciden esperar dos horas antes de subir para que el Extranjero esté profundamente dormido.

—Ya está —exclama Hans, una vez transcurrido el plazo.

—Entremos —corroborra Jürgen.

—Yo iré por la escalera de incendios —comienza a explicar el primero— y tú sube directamente por la puerta principal, para cubrir las dos salidas. Si baja a abrirte la casera y te pone pegas, te identificas y le pides discreción y silencio. Supongo que tú llegarás antes, así que ponle el somnífero y espera a que yo llegue para empezar a registrar la habitación. Yo también llevaré el sedante por si soy el primero en entrar. Es posible que tenga un arma. Las órdenes son que, si intenta algo o nos vemos en peligro, no dudemos en disparar. Aunque, por supuesto, es preferible que entremos, registremos la habitación y mañana él no pueda acordarse de nada. Así podremos seguir vigilándolo para averiguar hasta dónde llegan sus contactos dentro del Reich, ¿entendido?

Su compañero asiente y se dispone a cruzar. No se ve un alma por la calle. Jürgen llega a la fonda. Saca unas ganzúas y comienza a maniobrar en la cerradura. Clac. Un chasquido que delata que la puerta está abierta. El soldado entra y cierra con sigilo. Dentro, todo es quietud y oscuridad. Frente a él, pegada a la pared, está la escalera de madera. A su izquierda, una amplia estancia que podría ser el comedor.

Jürgen sube los escalones con sumo cuidado, midiendo cada movimiento. Con una mano agarra la débil barandilla y, con la otra, se apoya en la pared. A pesar de ello, no puede evitar los leves crujidos de la madera, como si se quejara del peso que debe soportar. Llega al segundo piso. Al fondo, a la derecha, está la puerta de la habitación del Extranjero. Se acerca silenciosamente. Agradece que la casera haya tenido a bien colocar, en aquel pasillo, una vieja alfombra que amortigua los pasos. Llega a la altura de la habitación y coloca la mano en el pomo, sin girarlo aún, al tiempo que se acerca a la puerta para escuchar si hay movimiento en el interior. Nada. Todo parece estar en orden. Hans estará al llegar, pero él debe entrar primero. Presiona el pomo lentamente haciéndolo girar milímetro a milímetro. Otro pequeño chasquido, más débil que el de la puerta de entrada, avisa al soldado nazi de que la puerta se ha abierto. Entra. Avanza unos pasos, mira a su derecha y allí puede ver, junto a una ventana, una mesa con unas hojas perfectamente apiladas y dos sillas a los lados. Y frente a ella, en la pared contraria a la ventana, un gran espejo colgado, debajo del cual está la cama donde duerme plácidamente un hombre, ajeno a lo que se le viene encima.

Se coloca junto a la mesa sin perder de vista al hombre extranjero, cuya

respiración es acompasada y tranquila. En cuanto oiga a Hans encaramarse por la ventana del baño, aplicará el somnífero al hombre. Levanta la mirada. Ahora, en el espejo colgado encima del catre, puede contemplar el reflejo de su propia silueta recortada por la luz que entra a través de la ventana. Desenfunda su pistola y, con la mano libre, coge, con la poca luz que entra, el documento de la mesa para leer, con la poca luz que entra, las primeras líneas. Así hará tiempo hasta que su compañero Hans llegue a la habitación:

Estimados señores:

Días atrás, pude comprobar la marca realizada por ustedes en la pared que les indiqué. Una marca de tiza vertical que determina su aceptación de las condiciones establecidas en la conversación con el general Marcks.

Ahora quedan por fijar —se hará en las líneas siguientes— las circunstancias de tiempo, lugar y modo para la entrega de las claves de la máquina y de mi contraprestación dineraria.

A este respecto, he de decir que me debo permitir introducir ligeros cambios en mi precio. Según verán en las páginas siguientes, deseo que mi retribución se incremente en un treinta por ciento respecto a la inicialmente pactada.

La razón de esto no es otra que la provocada por ustedes. El hecho de haber enviado dos soldados a espiar mi rutina me ha supuesto innumerables contrariedades, y terminar con tal situación ha resultado harto desagradable para mi sensibilidad, herida ya previamente por su muestra de desconfianza.

Hallarán los cuerpos de sus dos soldados en la dirección que abajo les indico...

«No puede ser —piensa Jürgen—, ¿qué significa todo esto?». Un sudor frío comienza a recorrerle la espalda. Su ritmo cardíaco se acelera. «¿“Los cuerpos de sus dos soldados”?». Se acerca precipitadamente a la cama del Extranjero y, con un violento movimiento, le quita, con una mano, las mantas de encima para dejarlo al descubierto. Con la otra mano, mantiene el cañón de la pistola apuntando a la cabeza.

Pero comprueba, aterrorizado, que quien está en la cama, boca arriba, durmiendo profundamente bajo los efectos de su propio somnífero, no es otro que Hans, que tiene una fuerte contusión en la cara y el labio partido.

Eso significa que el Extranjero ha huido o... peor... Levanta la vista aterrado, mira al espejo, encima de la cama, y lo paraliza un fuerte escalofrío. El reflejo le devuelve otra figura, detrás de él, que se recorta también en la luz que entra por la ventana. No puede distinguirlo, solo puede adivinar unos ojos peligrosos e intensos, de una frialdad infinita, pero sabe quién es.

—Estoy jodido —susurra con los labios temblorosos.

—Exacto —responde la voz, grave e insondable, del Extranjero.

Jürgen no se da la vuelta. Mantiene la mirada fija en el espejo. Sabe lo que le va a pasar. Han subestimado al Extranjero y van a pagar un alto precio por ese error.

Resulta cruelmente irónico haber leído su propio final en la nota de la mesa unos segundos antes de que ocurra. Observa impotente cómo esos ojos tenebrosos no varían un ápice su expresión mientras un cañón de pistola se eleva junto a su espalda.

Será lo último que Jürgen vea.

Discreción, prudencia... Sé que son virtudes. Pero son virtudes que yo no poseo. Ha llegado un momento en mi vida en el que no tengo tiempo para andarme con indirectas, con medias verdades, con suposiciones. Quiero hablar claro y que me hablen claro. Es la única manera de hacerme entender rápido y de darme yo por enterado. Soy más de sinceridad que de prudencia.

LUCAS BIEDA

Bilbao, septiembre de 1983

El único sonido que rompía la tensa atmósfera era el suave chirrido de los ejes de la silla de ruedas que avanzaba por el pasillo. Sergio Bécker empujaba a su padre hacia el despacho principal. Diego Bécker, mientras tanto, hojeaba una revista con visible regocijo. A su lado iba caminando su otro hijo, Bruno, también sumido en el más absoluto mutismo para no molestar a su padre.

Diego Bécker tenía setenta y cinco años bastante mal llevados. Estaba absolutamente calvo y tenía una cara de gesto duro e inundada de arrugas, a las que ahora añadía la retorcida mueca de su enorme sonrisa de satisfacción. Era el presidente del imperio que un día comenzara su padre y que él mismo llevaría hasta la cumbre. Pero ya se había exprimido toda la sangre en aquella empresa. Pensaba que no le quedaba nada por ver en el mundo. Había luchado en la guerra, había levantado un coloso empresarial, se había casado y había tenido tres hijos. Después, se había divorciado y se había vuelto a emparejar con una chica muy guapa y mucho más joven que, seguramente, además de por amor, se casó con él por razones prácticas. Contaba con ello y no le importaba. En definitiva, pensaba que ya no había nada que pudiera volver a despertar su instinto de tiburón. Pero durante aquellos días había constatado que todavía le quedaba alguna batalla que librar. Y eso era lo que provocaba que no borrara la sonrisa de su boca.

Llegaron al suntuoso despacho del dirigente de Laminados y Estructuras Bécker. Enseguida repararon en la figura de una mujer recortada en la luz que entraba por el ventanal. Estaba inmóvil, como si aquella silueta hubiera sido esculpida. Se trataba de Isabella Bécker, la candidata con más posibilidades para alcanzar la presidencia del Banco del Norte tras la muerte de Ignacio Aberasturi.

Era la digna sucesora de su padre, con su melena de color rubio platino — recogida, como siempre, en una coleta absolutamente simétrica— y sus ojos negros de mirada peligrosa. Ella simbolizaba el poder en la sombra, la mano de hierro de la familia. Y era, además, el ojito derecho de Diego Bécker, su padre, en detrimento de sus hermanos mayores. Sergio y Bruno, además de sus limitaciones, habían preferido dedicarse a disfrutar de la vida. Tenían dinero, juventud, la vida resuelta y las ventajas de cierta fama otorgada por su apellido.

Isabella, aunque era más joven, había desdeñado siempre esa actitud de sus hermanos. Ella sí había resultado útil a su padre. Alejada de la empresa familiar,

aunque con una participación en su capital significativa, se había forjado una brillante carrera en el mundo financiero durante los últimos años.

Cuando la silla de ruedas llegó cerca de la mesa, Diego lanzó la revista sobre ella para que su hija viera la portada. La foto era impresionante: el histórico edificio de la Kantauriko Kutxa consumiéndose en llamas en medio de un casco viejo que aún era un lodazal. Parecía una colosal tea encendida iluminando la noche bilbaína.

—Ya leí el reportaje del incendio, padre —dijo Isabella.

—Ya sé que lo leíste. Parece que todo está yendo sobre ruedas, ¿no crees?

—Sí. Eso parece.

—¿Qué va sobre ruedas? —preguntó Sergio ignorante de la situación, como su hermano Bruno.

—Yo soy el que va sobre ruedas, hijo mío —ironizó Diego Bécker señalando la silla.

—Esto no os interesa —añadió cortante Isabella—. ¿Por qué no salís un rato y nos dejáis trabajar a los mayores?

Nadie dijo nada, pero los hermanos obedecieron y abandonaron la estancia, no sin antes lanzar una mirada de odio a Isabella. Después, cerraron la puerta tras ellos y dejaron a solas a padre e hija.

—Ya sabes que no me gusta que hablemos de estas cosas delante de ellos —apuntó ella.

—Dales un respiro, mujer. Son tus hermanos.

—Ya. ¿Cuál es el siguiente paso?

—¿A qué te refieres?

—Supongo que deberíamos lanzar balones fuera.

—¿Y cómo quieres hacer eso, Isabella?

—Deberíamos llamar a los perjudicados —indicó ella sentándose en el sillón de su padre y cruzando las piernas en actitud resuelta—. Hacerlo es lo que no esperan que hagamos.

—¿Llamarlos? ¿A Xabier Korta y al Grupo Aberasturi? Han pasado ya unos días como para hacerlo ahora... ¿no te parece?

Ella no dijo nada. Sabía que era una pregunta retórica. Se miraron unos instantes. Diego Bécker suspiró y empujó las ruedas de su silla hasta el teléfono.

—Llamamos primero al vasquito, si te parece, hija.

Ella puso los ojos en blanco en señal de desaprobación. Xabier Korta, al contrario que su padre, era un empresario sin el glamur de los trajes caros o las oficinas lujosas. Siempre había querido desmarcarse de la etiqueta de *gentleman* mujeriego que había rodeado a su progenitor. Él se *arremangó* para levantar la empresa que su padre había quebrado y se había convertido en un hombre más de fábrica que de oficina. Muy de pelear en el barro. Y había acabado por ser un empresario implacable y temible por su dureza y su austeridad. Por todo eso, a Isabella le daba una pereza terrible tener que hablar con él. No tenían el mismo estilo.

Su padre, por fin, descolgó y ordenó a su secretaria que los comunicara con Xabier Korta. Al cabo de un minuto, sonó la llamada. Isabella se dirigió hacia otro teléfono que había en la biblioteca del mismo despacho. Tomó el auricular a la vez que su padre y dijo:

—¿Señor Korta?

—¡Señorita Bécker, *egunon!* —La poderosa voz de Xabier inundó el auricular—. ¿Qué significa esta llamada, pues? ¿Haciendo leña del árbol caído?

—Señor Korta —intervino el anciano Diego—, le llamamos para expresarle nuestras más sinceras condolencias. Estaban ustedes en medio de una operación y ahora seguramente se frenará. He querido que mi hija estuviera en la llamada porque ya sabe que, aunque no trabaja con nosotros, es mi más fiel consejera profesional y personal. Sobre todo, queremos mostrarle nuestro apoyo y quizá reabrir opciones futuras de colaboración, ahora que ha cambiado el escenario.

—Señor Korta, mi padre, en definitiva, quiere ofrecerle ayuda en lo que sea que necesite —añadió su hija Isabella con simulada franqueza.

—Ya... —Xabier parecía estar riendo para sus adentros—. *Eskerrik asko*, de verdad. Sé que lo dicen ustedes de corazón... Pero hoy no tengo yo el cuerpo como para que me toquen los cojones, ¿saben?

—¿A qué se refiere, señor Korta? —preguntó Diego Bécker intentando sonar inocente—. Es evidente que la unión de nuestra competencia no nos venía bien, pero tampoco iba a ser determinante para nuestro mercado. Muy al contrario: como es lógico, ya teníamos diseñada una estrategia de comunicación para contrarrestarla. Esta llamada es sincera. Hay cosas que están por encima de la competencia y del negocio. Y además, quién sabe si a partir de ahora podríamos ayudarnos mutuamente.

—¡*Ama!* ¿El pelo me toman o qué? —le cortó Xabier casi divertido—. Por favor... no me gustan los politiqueos y el quedar bien con palabras bonitas, ¿eh? Sean consecuentes. Aprovechen la situación y cierren la puta boca. Porque no se engañen... es lo que yo haría. Si veo que mi competidor tropieza, no seré yo quien le tienda la mano. Saquen su tajada de todo esto. Si no, me defraudarían.

—Señor Korta, ha fallecido una persona y una importante operación peligra —repuso el anciano—. Evidentemente, y en estrictos términos empresariales, que esa operación no se produzca puede ser bueno para nosotros pero...

—Pues dejen de negar que esto no es una gran noticia, coño, y celébralo como se merece.

—¡Efectivamente lo es! —le cortó Isabella Bécker, que había perdido la escasísima paciencia que de por sí solía tener—. ¡Y le confirmo que, efectivamente, mi padre aprovechará la situación!

—Muy bien, *txiki*, así está mejor, ¿ve? —rio Xabier Korta con su voz poderosa—. Usted nunca decepciona. Tan bonita como implacable. ¡Así, sí! Tómese algo a mi salud y celébrelo. Sobre todo, ahora, que ya tiene libre su camino hacia la presidencia del Banco. ¡*Zorionak!*

Y colgó.

Padre e hija se miraron mientras resonaba en sus oídos el pitido intermitente de la línea cortada. Isabella oprimió el botón de colgar mientras mantenía el auricular en la mano.

—¿Jamás aprenderás a controlarte, Isabella?

—Lo intento, padre. Pero no soy como tú. No soy de hielo.

—Ser como soy me ha salvado la vida muchas veces, hija mía.

—Lo que hiciste en la guerra no tiene nada que ver con esto.

—Yo no estaría tan seguro —apuntó tranquilamente mientras desplazaba su silla de ruedas hasta el ventanal.

Estuvieron unos minutos sin decir nada. Isabella estaba enojada y Diego Bécker sabía que debía esperar unos instantes hasta que su hija volviera a pensar con cordura. Al cabo de unos segundos, giró la silla hacia su hija y le dirigió su glauca mirada.

—Antes, las cosas se arreglaban de otra manera —dijo con nostalgia—. Más rápido, con más eficacia.

—Vuelvo a repetirte, padre, que esto no es la guerra.

—Sí lo es —apuntó él escuetamente—. Sí lo es.

Su hija sonrió.

—¿Y si ese idiota tiene razón? —preguntó—. Llevarme la presidencia a costa de esto, ¿no pesará en mi fama profesional?

Diego entornó los ojos. No añadió nada.

—Bueno... —prosiguió Isabella—. Supongo que ahora toca llamar a la Aberasturi...

—Sí. Pero procura disimular un poco mejor con ellos, hija mía.

De pronto, llamaron a la puerta.

Sin esperar respuesta, entró la secretaria con cara de circunstancias.

—Perdonen que interrumpa, pero es que se ha presentado aquí un policía. Quiere hablar con usted, señor Bécker... Y con la señorita, también.

Isabella chasqueó la lengua.

—Dígale que pase.

Poco después, entraba en el despacho un hombre extraordinariamente corpulento, con el pelo rapado y una cicatriz escalofriante surcándole el rostro. Iba embutido en una gabardina empapada y llevaba un casco de moto debajo del brazo.

Padre e hija se miraron extrañados. Después, dirigieron la vista a la ventana. Afuera llovía, pero aquel hombre parecía haber salido directamente de la ría.

—Buenos días, gracias por recibirme —anunció por fin el policía mientras se quitaba aceleradamente la gabardina y la dejaba, junto con el casco, en uno de los sillones—. Soy Lucas Bieda. No quiero molestarles mucho.

El sillón quedó calado en cuestión de segundos.

—Así de primeras, no ha empezado con buen pie —apuntó por lo bajo Isabella, que volvía a sentarse en el sillón presidencial, detrás de la mesa.

El policía hizo oídos sordos al comentario. Las faltas de respeto le resbalaban. Se llevó la mano al bolsillo, se sacó un puro y lo encendió.

—Preferiríamos que no fumara eso aquí. Es apestoso —dijo la mujer señalando el cigarro.

El investigador puso una burlona expresión de extrañeza.

—No se preocupe. Este no deja olor, es mentolado —mintió absurdamente mientras seguía fumando—. Quería hacerles unas preguntas relacionadas con el reciente incendio de la caja de ahorros y la muerte del señor Aberasturi. Estoy en el caso y queríamos dejar todo atado.

—Eso no es cierto, señor Bieda... —apuntó la afable pero dura voz de Diego—. Tengo la información exacta de quiénes fueron asignados a ese caso y usted no figuraba entre ellos.

Lucas maldijo por lo bajo. Realmente, la discreción no era lo suyo.

Pero el comentario le encendió una alerta mental. El hecho de que los Bécker supieran con exactitud quiénes estaban asignados al caso, le sonaba raro. Le vino a la cabeza algo que la nota anónima del sobre rojo mencionaba: que podía haber existido un soborno.

—No tienen de qué preocuparse, solo vengo a ver si me pueden ayudar dándome alguna luz. De todos modos, el caso puede reabrirse fácilmente. Tengo todo el derecho del mundo a hacerles unas preguntas.

—Y nosotros todo el derecho a no contestarlas —añadió Isabella, que se encendía con parsimonia un cigarrillo.

Bieda suspiró. Masticó su puro y lo llevó con pericia de un lado a otro de la boca sin usar las manos. Aquello estaba yendo a las mil maravillas.

—Necesito información. Es evidente que ustedes están en una posición privilegiada para decirme si hay algo de todo esto que no les encaja. Un accidente así, en el que pierde la vida alguien como el señor Aberasturi, precisamente ahora, cuando se jugaba tanto...

—Y usted ha pensado, señor Bieda, que si nos cargábamos al señor Aberasturi teníamos nuestra jugada maestra: nos librábamos de una operación empresarial que nos perjudicaba y dejábamos la carrera profesional de mi hija despejada.

—No es eso. —Bieda se rascó la cabeza y se lo pensó mejor—. O sí, quién sabe. ¿Qué hacían ustedes aquel día, a eso de las diez de la noche? —preguntó con mala intención.

—Déjeme que haga memoria, señor Bieda... —respondió Isabella ofendida—. ¡Ah, sí! ¡Yo en ese momento me encontraba en el casco viejo, quemando un puñetero edificio! ¿Y tú, padre, qué hacías?

—Leer una buena novela, seguramente —contestó él tranquilo.

Lucas Bieda apretó los labios y asintió con la cabeza. Dejó que se hiciera el silencio y no añadió nada.

Se levantó y dejó el puro sobre uno de los ceniceros. Pero no lo apagó a

propósito, para que siguiera humeando. Después, cogió su gabardina del sillón. Todavía estaba empapada. Con todo el estrépito que le fue posible, la sacudió un par de veces para quitarle algo de agua y salpicó deliberadamente todo el mobiliario del despacho.

—Vaya, lo siento —mintió.

Ante el asombro de padre e hija, cogió el casco y se puso la gabardina con parsimonia y echó una última mirada a sus anfitriones mientras dejaba una tarjeta suya sobre la mesa.

—Si recuerdan algo que pueda servirme de ayuda...

Y se fue hacia la puerta.

—Si realmente cree que detrás de la muerte de Ignacio hay alguien, señor Bieda, debería usted andarse con cuidado —dijo Diego Bécker.

El detective sonrió y abandonó el despacho sin añadir nada.

Ya le habían advertido sobre la discreción debida. Pero a él no se le daba muy bien la discreción.

Mi vida, 6

Un día redondo

No quiero extenderme aquí, pero este es el relato del que fue, posiblemente, uno de los mejores días de mi vida. Yo ya era el presidente del bufete y viajaba mucho. Hay que pensar que dirigía todas las filiales europeas de Mulligan Lawyers. Por cierto, que el nombre de nuestra firma no terminaba de convencerme pero no es este el capítulo para hablar de eso.

En aquella ocasión viajábamos en tren desde Francia a España. Había sido un viaje de ida y vuelta rápido. Acababa de cerrar la contratación de uno de los mejores abogados de París, que había sido –hasta entonces– el socio estrella de nuestro competidor en el país vecino.

Habíamos reservado dos compartimentos privados del tren para que viniera conmigo un séquito de mis compañeros. Aunque varios de ellos no tenían nada que ver con el asunto de París, les ofrecí que me acompañaran porque necesitaban mi visto bueno para una operación que teníamos que cerrar aquel mismo día. Sabían que era muy rara la ocasión de tener mi atención plena y allí recluidos, sin que yo pudiera abandonar el vagón, podían aprovecharlo: se venían conmigo en el viaje y, durante la ida y la vuelta, despachábamos los asuntos pendientes.

Después de media hora trabajando en unas pequeñas mesillas, entre miles de papeles y ceniceros inundados de colillas, di por buena la operación y firmé donde había que firmar. Así que me estiré en mi asiento mientras los demás, satisfechos, recogían todos los papeles. Intentaría echar una cabezada antes de llegar.

Pero, en ese momento, apareció uno de mis más estrechos colaboradores en el bufete, Jaime Reguero, que se encargaba del ámbito institucional y de comunicación

de la firma. Del *marketing*, como lo llaman ahora. Llevaba dos copas de champán en una mano y una revista en la otra.

Yo lo miré extrañado.

—Quería esperar a que terminarais... —dijo mientras me mostraba la revista.

Era una famosa revista inglesa. Aparecían en la portada varios rostros conocidos del mundo de la abogacía. Una de esas caras era la mía. Yo no había posado para ninguna foto; supuse que el propio Jaime se la habría facilitado. El título de la portada decía: «Los cien mejores abogados del mundo».

Sonreí.

Lo había estado esperando durante mucho tiempo. Sabía que era joven para entrar en aquella lista. De los más jóvenes en formar parte de ella, seguramente. No solo me habían metido en la selección, sino que mi cara había sido una de las diez escogidas para ocupar la portada. Eso significaba mucho para mí.

Me levanté, cogí el champán y le di un abrazo a Jaime.

—Servid champán a todos —pedí con alegría—. Y, en cuanto lleguemos, gestiona que la semana que viene se regale una botella de buen vino a cada uno de nuestros compañeros en la sede de Bilbao y en la de Madrid, que son los dos sitios donde más me tenéis que soportar. Este premio es para todos.

Así era. Para poder llegar a ser la punta del iceberg, tenía que haber un iceberg. Y mis compañeros lo eran. Me aguantaban, me apoyaban y me ayudaban a ser mejor. Estaba emocionado.

Después de varios brindis, volví a la intimidad de mi sillón, ahora con la revista entre las manos. Aquella era de las cosas que más ilusión podían hacerme. Reconocimiento y fama.

Porque la verdad, eso de ganar dinero, para mí era secundario. No me malinterpretéis. Mi sueldo era astronómico. Además, había sabido invertir en el mercado inmobiliario, en el del arte, en el bursátil... Y eso me había hecho ganar muchos cientos de millones de pesetas. En relación con el dinero, me daba igual el «cuánto»... solo me importaba el «más».

Si una operación me salía mal y perdía, no me importaba; de verdad. Para mí, era tan solo un juego.

Pero aquello... aquello era distinto. Ver el nombre de David Schaffer destacado en el olimpo de los dioses de la abogacía... eso sí era importante. Para eso había trabajado duro toda mi vida.

Y aún faltaba la guinda de aquel día.

—David, tienes una nota importante: ha debido de llamar un posible cliente a la oficina de Bilbao mientras estábamos en París —me dijeron de pronto, sacándome de mis fantasías.

Tomé el papel y leí las pocas palabras que había en la nota. Parecía como si todo lo hubiera planeado yo mismo. La persona que me había llamado, el motivo por el cual me había llamado, la operación que me ofrecían... No me lo podía creer.

Aunque todo en mi vida, de un modo más o menos consciente, estaba planeado.

Aunque mi plan no tuviese ningún efecto colateral... aunque solo supusiese mi lucro y no dañase a nadie, siempre sabré que no está bien. Algo dentro de mí me lo dice. Creo realmente que existe la ley natural. El sentimiento de rechazo que a veces tengo no me lo ha inculcado un contexto moral, o una sociedad de principios tradicionales... Lo llevo dentro. Sé que algunos principios varían en función de la cultura en que una persona se haya desarrollado. Pero en ninguna sociedad de ninguna época, por muy distinta que fuera su cultura de la nuestra, se ha considerado admisible la traición, la cobardía, la mentira. ¿Y eso por qué si nadie nos lo ha enseñado por igual a todos? Porque lo llevamos impreso. Dolorosamente impreso.

El Extranjero

Berlín, febrero de 1941

El jefe del Estado Mayor operativo de la Wehrmacht, Alfred Jodl, espera sentado en un sofá del estudio del Führer, sin apoyar la espalda en el respaldo y tamborileando nerviosamente con sus dedos en la madera que decora todo el reposabrazos. Su gran porte, su cara señorial de marcados rasgos y de nariz puntiaguda, parecen perder su fuerza cuando comparte estancia con el hombre más temido del mundo.

Al otro extremo del sofá se sienta el viceführer, Rudolf Hess, bastante más tranquilo. Su cara redonda le confiere un aire inocente, con sus grandes cejas, sus ojos caídos y, sobre todo, con el permanente gesto de su boca con el minúsculo labio superior graciosamente montado sobre el inferior.

Sostiene en su mano unos papeles arrugados, que miran de soslayo de vez en cuando tanto él como Jodl desde el otro extremo del sofá. Es el nuevo mensaje que el Extranjero les envía y que, de nuevo e inexplicablemente, alguien ha hecho llegar hasta el despacho personal de Hess.

Ninguno de los dos dice nada: no quieren molestarlo. Él está detrás de ellos, de pie, delante de los ventanales que quedan a uno de los lados de la gran estancia. Se encuentran en el gran despacho de la Cancillería del Reich. La figura de Adolf Hitler, con las manos a la espalda e imbuido en sus pensamientos, permanece muda e incólume.

Esperan a Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda del Tercer Reich.

De pronto, se abre uno de los portones del fondo. Rudolf Hess y Alfred Jodl se vuelven hacia la entrada. El Führer no se inmuta. Goebbels entra aceleradamente, después de dirigir una ojeada a Hitler. Camina con su sempiterna cojera y sin hacer demasiado ruido, hasta los asientos donde se encuentran los otros dos convocados. Su cara delgada trasluce un gesto consternado: es consciente de la gravedad de la situación. Ha sido puesto al corriente de todo por el general Jodl.

Se sienta en uno de los sillones que se encuentran a los lados del sofá que ocupa el general y el viceführer. Adopta una pose elegante, cruzando las piernas y poniendo cara de circunstancia. Como siempre, lleva el pelo peinado hacia atrás dejando libre

su amplia frente. Sus ojos penetrantes y su larga nariz imprimen a su cara un gesto extraño pero respetable.

De nuevo, el silencio.

El Führer, consciente de que ya están presentes todos los convocados, no varía un ápice su posición. Rudolf Hess, con profundo enojo, había acudido ante Adolf Hitler, indignado por que hubieran colado en su despacho otra misiva de aquel hombre que los tenía en jaque. El Führer se había hecho eco del enfado de su segundo y había procedido a organizar aquella reunión.

Los tres hombres sentados esperan. Y, pasados unos segundos para enmarcar sus palabras con la solemnidad debida, procede a iniciar el debate.

—¿Por qué lo sabe? —pregunta con rabia contenida.

—No sabemos cómo puede conocer nada sobre Barbarroja, mi Führer —se adelanta a contestar Goebbels—. Pero parece que, después de todo, debemos tenerlo en cuenta. Recordemos que ha acabado con la vida de dos de nuestros soldados.

—El ámbito de personas que conocen la operación es reducido —apunta Hitler.

—Efectivamente: pocos saben de la invasión de la URSS y, por eso, quizá habría que darle una oportunidad a la versión que ese extranjero dio a Marcks cuando le dijo que había averiguado esos datos a partir del descifrado de nuestros mensajes —dice Goebbels sin mucha convicción—. Aunque las probabilidades de que eso sea así entiendo que son muy escasas.

—Son inexistentes —matiza Jodl, que sabe de lo que habla.

—Una fuga de información... Me parece increíble —apunta Rudolf Hess.

Todos tienen en mente el secretismo que ha caracterizado toda la operación. La Operación Barbarroja es una joya para guardar entre los algodones de la discreción.

Pero, a pesar de todos sus cuidados, alguien lo sabe. Un extranjero. Adolf Hitler, que continúa dirigiendo su mirada a través de los ventanales, cierra los ojos y se lleva el pulgar y el índice de la mano derecha hasta los párpados.

Goebbels lo conoce bien. Sabe que no sobreactúa. Está dolido, herido en su descomunal orgullo. Ha aparecido un hombre que conoce todos los detalles de la operación, que dice que sabe cómo descifrar los mensajes de Enigma, que ha matado a dos soldados nazis, y que pide una ingente suma de dinero por una nueva máquina que, por otro lado, puede valer su precio.

Aquel extranjero ha apuntado directamente al corazón del Führer y parece haberlo tocado.

—Esto no va a cambiar nada en la operación —dice por fin, sin mutar su postura y con los ojos aún cerrados.

—¿Está diciéndonos que no alteremos el plan, señor? —pregunta Jodl con todo el respeto posible—. Quizá deberíamos plantearnos un retraso hasta que hayamos resuelto el asunto con el Extranjero: saber lo que sabe y por qué o por quién lo sabe. El factor sorpresa es fundamental.

Todos los que están en la habitación saben de la casi enfermiza fijación que tiene

el Führer con la invasión de la URSS. Por mucho que se escude en argumentos económicos, políticos o estratégicos, lo cierto es que es un objetivo que siempre ha estado presente en sus cavilaciones acerca de la guerra. Su odio hacia la ideología judeo-bolchevique trasciende cualquier límite marcado por la razón o la lógica. Quiere conquistar la URSS y quiere hacerlo ya.

—Yo también creo que debemos darle la importancia que tiene, señor —continúa Goebbels—. Ese hombre ha matado a dos soldados preparados y parece saber lo que hace. Además, debemos decidir qué hacemos con la máquina.

—¿Seguro que es tan perfecta? —pregunta el Führer.

—No hay duda alguna —responde firme Jodl—. Según nuestros técnicos, cuando ese extranjero nos dé las piezas clave restantes, será insuperable.

—Paguémosle —ordena.

—De acuerdo. Pero ¿incluido el aumento de última hora?

—Le pagamos todo y obtenemos la máquina —se adelanta a contestar Goebbels que sabe de las intenciones del Führer—. Después, lo seguimos con mil hombres si hace falta, nos enteramos de quiénes, además de él, están al corriente de Barbarroja, los matamos y recobramos el dinero.

Alfred Jodl y Rudolf Hess, después de escuchar la resolutiva opinión de Goebbels, no dicen nada. Tan solo dirigen su atención a Adolf Hitler. Él cambia de postura y dirige la mirada hacia ellos, seria y penetrante. Tan solo realiza un leve movimiento de cabeza en señal de confirmación. Secunda lo expuesto por su ministro de Propaganda.

Es curioso, piensa Jodl, cómo ese leve asentimiento tiene tanta fuerza. Con el Führer, una mera opinión emitida por casualidad o una simple reflexión lanzada al aire pueden llevar implícita una orden capaz de mover a todo el imperio alemán.

Nadie dice nada. Todos saben qué deben hacer.

Se levantan y se disponen a abandonar la habitación del modo más discreto posible. Una vez cierran la puerta tras de sí, se miran los tres. Saben que será Alfred Jodl quien confeccione el plan de pago para el Extranjero así como el posterior seguimiento del hombre. Así lo hablan y así lo disponen. Jodl los mantendrá informados a ambos.

Joseph Goebbels se disculpa y se marcha con urgencia alegando que tiene mucho trabajo por hacer. Jodl y Hess se quedan solos. El primero mira a su viceführer con el ceño fruncido.

—Perdone, señor, pero ¿no le parece extraño que haya habido una fuga de información? Somos tan pocos los que sabemos los detalles de la operación... No sé. Quizá no debemos mirar muy lejos para encontrar al responsable.

—¿A qué se refiere, general?

—Bueno, todos llevamos una vida austera, militar, disciplinada. Pero alguno de nosotros tiene sus aficiones particulares quizá algo alejadas de la filosofía castrense. Aficiones que pueden provocar que se hable más de la cuenta...

—General, no estará dudando de la bondad del señor Goebbels, ¿verdad?

Es muy conocida la afición del ministro de Propaganda de frecuentar ambientes de ocio e intentar flirtear con bellas señoritas relacionadas con el mundo del cine o del teatro. No es el único, pero sí del que más se habla.

La historia de Goebbels con la actriz checa Lida Baarova, a espaldas de su esposa Magda Quant, una mujer entregada al Régimen, se hizo un hueco en todos los corrillos de Alemania. Hitler tuvo que intervenir y poner orden.

Y la actriz había abandonado el país. Y Goebbels había quedado marcado para siempre. Desde entonces, al igual que antes, ha habido más mujeres, más actrices. Pero también más discreción.

—No pongo en duda en absoluto al señor Goebbels. Lo conocemos bien. El Führer lo conoce bien. Lo que digo es que puede que alguna chica esté intentando sacarle algo. Sería la mejor manera que se me ocurre para llegar a la información privilegiada de lo más alto, ¿no le parece?

Hess se queda mirándolo. Parece comprender y ver cierto sentido a lo que Jodl le dice. Tiene lógica. Es muy fácil poner a una chica guapa relacionada con el espectáculo cerca de Goebbels. Podría ser.

—¿Y sabe si ahora mismo está con alguien? —decide preguntar.

—Sí, está con una chica. Pero desconozco quién es. Lo sé porque he oído a gente decir que lo ha visto con una mujer rubia, frecuentando las tabernas típicas del mundo de la farándula. Lo que propongo es únicamente verificar si esa mujer puede ser motivo de nuestra preocupación. A la vez que sigamos a ese extranjero, también podemos dedicar algún esfuerzo en averiguar si la fuga ha podido venir por este otro lado. Es posible que no tengamos nada de qué preocuparnos pero tampoco perdemos nada y nos quedamos más tranquilos.

—De acuerdo —concluye Hess—. Yo me encargo de esto. Usted céntrese en ese maldito extranjero.

No conseguirán encerrarme en un despacho. No conseguirán hacerme besar ningún culo. Por muchos honores que me prometan. Me crie en la calle, trabajo en la calle y moriré en la calle.

LUCAS BIEDA

Bilbao, septiembre de 1983

Xabier Korta estaba de pie frente al ventanal de su despacho, ubicado en la tercera planta de un pabellón industrial en Erandio. Desde ahí dominaba unas vistas del final de la ría, pocos kilómetros antes de que se fundiera con el Cantábrico.

Él no tenía un despacho elegante en el centro de Bilbao o en Las Arenas. Podría haberse permitido uno, pero todas esas pijerías le resbalaban... Él quería estar cerca de su negocio, de sus trabajadores, de su producto.

Sus cuarenta y cinco años no habían sino avivado el brillo de su mirada, respetada por aliados y enemigos. Xabier era corpulento. Tenía una silueta digna de un buen comedor y un mejor bebedor; digna de un vasco, como a él le gustaba pensar. Llevaba una camisa de cuadros y una chaqueta de punto sin abrochar. Su espesa barba, entre castaña y pelirroja, no conseguía ocultar sus mejillas sonrosadas y sus fuertes mandíbulas.

Se había criado con la familia de su madre, pero su padre nunca lo había desatendido económicamente. Muchos de los que conocieron a su padre no se extrañaron de que Ane Anguisola huyera de su lado. Aunque lo que realmente ocurrió fue que su madre fue abandonada por el idiota de su padre.

A Xabier, lo que pensara la gente, lo traía sin cuidado. No le importaba demasiado su pobre madre que, con una prematura demencia senil, estaba ingresada desde hacía tiempo en una residencia. Y, menos aún, le importaba su padre, Jon Korta, que había muerto hacía muchos años. Su única conexión con él era el negocio que había heredado. Lo guiaba con aplomo y de un modo agresivamente eficaz. Por ello era odiado por muchos y temido por todos. Sabía lo que se decía de él. Poco bueno. Pero nada de todo aquello le importaba en absoluto.

—Poco le puedo decir yo, señor Bieda —dijo por fin. Xabier tenía esa erre fuertemente pronunciada, típica del hablar de muchos de sus paisanos.

Bieda se revolvió en su asiento. Estaba siendo una mañana muy fructífera.

—Pero, dígame —continuó el empresario—. Si usted no está en el caso, ¿para qué quiere removerlo, pues?

«Perfecto», pensó Bieda. No debía de quedar nadie en la ciudad que no supiera que estaba investigando un caso ya cerrado con el que no tenía nada que ver.

Definitivamente, la discreción no era lo suyo.

—¿Se queda satisfecho si le digo que es pura curiosidad?

—Me quedo indiferente, me diga lo que me diga.

—En ese caso, me ahorraré las explicaciones.

—Me parece bien.

Lucas Bieda suspiró con fuerza y se llevó la mano al bolsillo. Cogió un puro que tenía a medias y lo encendió con rapidez. Supuso que, como a todo el mundo, a su interlocutor le molestaría que fumara en su despacho.

—¿Qué pasa? —se indignó Xabier—. El puro se fuma siempre acompañado, ¿no? ¿No ofrece o qué?

El policía asintió, sin sonreír, y sacó otro habano, intacto, para el señor Korta. Después prosiguió con su infructuoso interrogatorio.

—¿Seguro que no hubo nada en todo aquello que le chirriara? ¿Soy el único imbécil que piensa que es mucha casualidad que alguien como el señor Aberasturi muera justo ahora?

—No, *txiki*, no... Es usted el único imbécil que, pensándolo, es tan imprudente como para ir aireando sus sospechas.

—Ya me habían hecho esa advertencia antes, gracias. Que tenga cuidado y todo eso.

—¿Qué busca, señor Bieda? ¿Sospechosos?

—Busco culpables. Si los hay, claro. Sospechosos, tengo muchos. Los tengo a todos. Precisamente, vengo de visitar a la familia Bécker.

—Acabo de hablar con ellos yo también.

—¿Y le parecen trigo limpio?

—Limpios o sucios, no sé... Que son unos hijos de puta y que no les cabe un palo por el culo, eso sí... A mí, sencillamente, me han jodido, señor Bieda. No digo que hayan sido ellos, ¿eh? Sin más, esta operación me iba a hacer pasar de ser millonario a multimillonario. Alguien me ha jodido... pero no sé quién lo ha hecho. De todos modos, además de los Bécker, hay más intereses detrás de todo esto.

—¿Está pensando en alguien en concreto?

—Hoy precisamente me reúno con alguien que siempre ha tenido su propia agenda en este asunto.

—¿Quién?

—Ande, haga su trabajo, no me joda. Ha dicho que era usted detective, ¿no? Y ahora, si no le importa, tengo mucho por hacer...

Bieda suspiró abatido. Primer día de investigación, primeras complicaciones. Se levantó con pereza. No había conseguido nada. Y gracias a la petición de los expedientes y a las dos visitas que había hecho, medio Vizcaya sabía ya que un detective andaba husmeando en la muerte de Ignacio Aberasturi.

Miró a Xabier Korta y levantó el mentón hacia él. No tenía ganas ni de hablar. Poco después, desapareció por la puerta.

Xabier Korta se quedó solo en su despacho. Aquello no era bueno. No era bueno en absoluto. Ese tal Lucas Bieda no parecía ser de los que se rindiera fácilmente. Ni corrompible.

—No hay nada peor que un tonto con determinación —dijo por lo bajo.

Estuvo unos instantes más sin moverse hasta que sonó el teléfono. Pausadamente, se dirigió a su gran mesa de trabajo. Tomó el auricular y presionó la tecla roja que parpadeaba en el aparato.

—Dime, Susana —respondió mientras se dirigía de nuevo hacia el gran ventanal, con una mano sujetando el teléfono y la otra jugueteando con el cable.

—Ya están aquí la señorita Aberasturi y el señor De la Serna.

—Que pasen —ordenó antes de colgar.

Se abrió la puerta del despacho pero él siguió mirando por el ventanal, sin atender a sus visitantes. Las buenas maneras no eran lo suyo.

Casi lo hacía a propósito.

Susana invitó entrar a la señorita Aberasturi y a Germán de la Serna, que pasaron casi sin mirar a su anfitrión. Eran muy conscientes de su actitud poco amigable hacia cualquiera que viniera de empresas del Grupo Aberasturi. Se sentaron ante una pequeña mesa de reuniones y esperaron. Korta seguía de espaldas frente al ventanal.

La secretaria abandonó el despacho. Solo cuando oyó el portazo, Xabier se dio la vuelta y les dirigió la mirada. Ahí estaban los dos. Por primera vez, desde que aquel proceso de compra comenzara, los tenía a sus expensas. La muerte de Aberasturi había sido un punto de inflexión en aquella operación.

La mujer, morena y de ojos verdes, era muy bella. No era una belleza explosiva. Era algo distinto, más profundo. Una belleza antigua y norteña. María, la hija de Ignacio Aberasturi, llevaba la dirección de la asesoría jurídica del grupo en el ámbito global y, por lo que Xabier había oído, su apellido solo podía hacer que se perdiera de vista su calidad técnica y la capacidad de dirección que estaba mostrando en el cargo. Pero se había ido a vivir a Madrid y se había llevado allí el departamento legal. No quería vivir en Bilbao, donde estaba aún la sede principal del grupo. Xabier desconocía los motivos. Pero vivir allí la alejaba de la dirección efectiva. María había viajado desde Madrid para acompañar a su jefe a ese encuentro, así que estaba claro que consideraban vital intentar convencer a Xabier de algo de lo que no lo convencerían en absoluto.

Por otro lado, Germán de la Serna era ahora la cabeza visible del grupo. Él tomaba la última decisión en la Aberasturi. Sobre todo ahora, que no estaba Ignacio. Estaba totalmente calvo y llevaba una perilla bien recortada. Además, era muy delgado y tenía unas facciones duras; desde luego, aparentaba más edad de la que tenía.

Xabier sabía que era peligroso. No estaba en ese puesto por su cara bonita. Básicamente, porque no tenía cara bonita.

El señor Korta sonrió falsamente. Había tirado ya el puro que le había dado el policía hacía un rato. Se cansaba rápido de las cosas.

Tomó un cigarro del paquete que había sobre el escritorio y se acercó hacia la mesa de reuniones mientras se lo encendía. Ofreció la cajetilla a sus dos invitados con

un gesto. La mujer aceptó. De la Serna negó con la cabeza.

—No fumo —dijo.

—¿Puedo ofreceros alguna bebida? —preguntó Xabier casi lamentando haberlo hecho. Estaba perdiendo sus malas maneras.

—Tampoco bebo —informó Germán.

«Claro que no, porque, aparte de feo, eres aburrido», pensó el señor Korta.

—*Mutiko*, así estás, que parece que estás enfermo... ¿Seguro que no quieres un pajarán o un algo para entrar en calor? Tan poca grasa, te me vas a quedar pajarito...

—Yo sí que tomaré algo... —dijo con determinación María, que se acababa de encender su cigarro—. Y deje en paz a Germán, si le parece, que no está el horno para bollos.

—¡Muy bien dicho, *txiki*! ¿Ves, Germán? Una chica de Bilbao...

Mientras Xabier servía dos copitas de coñac, el silencio se apoderó del despacho de Korta. Las caladas de María a su pitillo y el movimiento nervioso de las manos de Germán fueron lo único que, durante unos segundos, rompieron el inmovilismo de la escena. Aquel día no habría conversaciones vacías para romper el hielo. Iban a ir al grano. No había tiempo para tonterías.

—Tenemos que parar la operación —soltó por fin María.

Xabier Korta se reclinó en su respaldo, se llevó el cigarro a la boca y expulsó el humo por la nariz. Sonreía mientras negaba levemente con la cabeza.

—No es posible seguir con ella en estos momentos. Como mínimo, deberíamos aplazarla... indefinidamente —añadió De la Serna.

—Ni de puta coña —dijo Xabier con la sonrisa aún en la cara.

—Pero... no podemos seguir ahora, nuestro presidente ha muerto.

—Nunca has querido hacer esta operación, Germán.

—No sé de lo que habla, señor Korta.

—Tu posición de nuevo presidente se vería en entredicho al integraros con Siderurgia Korta. Se demostraría que tenemos puestos de mando ejecutivos tanto o más capaces que tú, y el nuevo Consejo de Administración tendría claro que debería ser otro el presidente. Pero sin operación, la sucesión la tienes clara.

—Eso es una estupidez —dijo la señorita Aberasturi en defensa de Germán.

—Mira, *txiki*. Tú, casualmente, serías la opción ideal. Supongo que lo único que haces, al no tomar el mando, es respetar la voluntad de tu *aita*, pero es evidente que serías el relevo perfecto. Al menos eso piensa el mercado. Y el mercado manda. De ahí los reparos de... aquí, tu amigo.

—No voy a entrar en disquisiciones absurdas, señor Korta —apuntó De la Serna—. Es clara su enconada posición contra nuestro grupo y contra mí. Eso no me pilla por sorpresa. Pero es evidente que esto no va a seguir adelante. El señor Aberasturi ha muerto. Y ahora, como dice usted, los responsables serán otros. Sea yo, el Consejo o los accionistas. Pero las reglas del juego han cambiado. Son otros ahora los que

tienen que marcar si esta operación va en la dirección adecuada para nuestra compañía.

—Pero si era la voluntad del difunto señor Aberasturi, a quien tanto debes, Germán —dijo sonriente Xabier mientras daba una intensa calada a su cigarro—. Con perdón de su hija, aquí presente, pero ¿no está aún frío el cadáver y ya estamos intentando deshacer todo lo que hizo?

—Imbécil... —dijo por lo bajo María mientras expulsaba el humo con gesto grácil.

—Sin el señor Aberasturi, esto es distinto —prosiguió De la Serna, que se rascaba la perilla como siempre que algo lo irritaba.

—Por tu puesto temes, Germán, no me jodas...

—Me da igual su opinión.

—Y siempre has pensado que el precio que se me pagaría por mis acciones es muy alto.

—Es exagerado, pero ese no es el asunto ahora.

Korta volvió a reír. Se levantó de la mesa y dio un breve paseo mientras se encendía un segundo cigarro. Volvió hacia la mesa. Sus invitados guardaban silencio. Apoyó las manos en la silla donde había estado sentado. Continuó la conversación de pie.

—Tenemos acuerdos de intenciones y varios contratos firmados. La *due diligence* se cerró y los borradores ya no lo son tanto. La operación sigue adelante. Lo que pactamos Ignacio Aberasturi y yo está por encima de vosotros. No queráis inmiscuirlos en un juego que os sobrepasa. Sobre todo a ti, Germán. Puedes ser todo lo técnico y disciplinado que quieras, pero no eres un presidente. Eres un gran número dos, pero un imposible número uno. La venta se hará, creedme. Por el bien de la Aberasturi.

—En esos acuerdos hay cláusulas de fuerza mayor que podrían detener la operación —repuso De la Serna impassible, como si la perorata de Korta no fuera con él.

María se llevó la mano a la frente al escuchar el comentario de su jefe y Xabier sonrió al verlo.

—Mis abogados no van a opinar lo mismo. La fuerza mayor es un concepto jurídico indeterminado. Discutible, por tanto. Y al ser discutible, siempre tendrá menos fuerza ante un juez que miles de papeles y acuerdos firmados por ambas partes. El fallecimiento en el incendio de Ignacio Aberasturi no es más que un incidente lamentable sin ninguna influencia en esta operación.

—Lo tendremos que hablar con nuestros abogados —objetó Germán de la Serna.

María se lo había advertido: no debía invocar la fuerza mayor. Aquella debía ser una reunión amigable porque la posición jurídica de fuerza era del señor Korta. Pero su director ejecutivo había desoído sus consejos. Un gran error que enquistaría la conversación.

—¿Vuestros abogados? Tienes aquí a tu responsable jurídica, por el amor de Dios. María, díselo. No se puede acoger uno a la cláusula de fuerza mayor y dejar en papel mojado meses y meses de trabajo. Venga ya...

María Aberasturi, por toda respuesta, expulsó el humo de su última calada y apagó el cigarro con cierta violencia en el cenicero.

—Estoy rodeada de imbéciles... —musitó casi imperceptiblemente. Casi.

Xabier Korta la miró sonriendo con admiración antes de volver a dirigirse a De la Serna.

—Podemos pelearlo si quieres, Germán. Serán meses en los tribunales. Y la opinión pública, mientras tanto, dando que pensar a la Bolsa. Y vuestras acciones bajando. Sabes, o deberías saber, que una operación de compra se hace rápido, como una ejecución en la guillotina. Si no, aparece la incertidumbre: «¿el comprador puede permitirse la adquisición?». Y el mercado la castiga. Al contrario de lo que ocurriría en mi caso. Mis acciones subirían. Cuando todo se resuelva, puede que os den la razón, pero vuestra posición no tendrá ya tanta fuerza y quizá sea yo quien os compre... o puede que me la den a mí y me debáis pagar un precio más alto del que ahora hemos fijado.

Xabier Korta sonrió de nuevo. Soltó el respaldo de la silla y apagó también su colilla en el cenicero. La conversación había terminado.

De la Serna iba a decir algo para continuar la discusión, pero María lo cogió del brazo con autoridad y le lanzó una mirada ordenándole que se callase. Germán se levantó airado.

María, por el contrario, permaneció sentada con la mirada perdida. Dio un trago al coñac que le había servido Korta. Había algo que la tenía en vilo y que no la dejaba dormir.

—Lo de mi padre... puede que no fuera un accidente... —dijo por fin, con un tono casi de indiferencia. Pero no era indiferencia lo que sentía—. Señor Korta, le exijo... le pido... que reconsidere su posición. Denos tiempo. Deme tiempo, hombre.

El despacho se inundó de un silencio tenso.

Germán de la Serna se llevó la mano a la nuca.

—María, por favor... —dijo por lo bajo.

—No, hombre, déjala hablar —apuntó Xabier con su media sonrisa impresa en el rostro—. Puede tener razón. Podría haber alguien interesado en abortar esta operación que quizá decidiera tomar medidas drásticas y mandara matar a su *aita* como sospecha, aquí, la señorita. Por lo que veo es una opinión que se está extendiendo como la pólvora. ¿Se te ocurre alguien que pudiera estar en contra de esta operación, Germán? ¿Alguien con un móvil suficiente?

El dirigente de las empresas Aberasturi le lanzó una mirada de odio. Xabier, por su parte, sin dejar de sonreír, se quedó observando fijamente a María.

La mujer entrecerró los ojos y miró a ambos hombres con dureza. Pero no abrió la boca. Recogió su bolso, se levantó de la mesa con elegancia y se dirigió hacia la

salida del despacho. Pero se detuvo a escasos centímetros de su jefe. Se acercó a su oído, para que nadie más la oyera, y le susurró:

—La próxima vez que discutas asuntos jurídicos en contra de mi criterio, me largo, ¿entiendes? Vengo desde Madrid para tratar un asunto tan delicado como este y tú la cagas metiéndote en temas legales de los que no tienes ni puta idea.

Después, se alejó de él ante la indignación de Germán y la mirada de admiración de Xabier. La mujer salió del despacho sin decir nada. El director ejecutivo de la Aberasturi la siguió después de lanzar un lacónico saludo a Xabier Korta.

El máximo dirigente de Siderurgia Korta volvió a quedarse solo en su despacho. Sonreía con la mirada perdida en dirección a la puerta. En sus oídos resonaban las palabras de María.

—Cuidado, señorita Aberasturi... —dijo por lo bajo—. Mucho cuidado con lo que sospechas.

—Alain, hazme caso. Nunca discutas con un imbécil. Te llevará a su terreno y, allí, te ganará por experiencia.

DAVID SCHAFFER

Madrid, septiembre de 1983

Lara había viajado en autobús a Madrid. No sabía muy bien lo que le esperaba allí, pero sí tenía claro que aquella foto de su abuelo delante de un avión antiguo lo perseguía. Por el día y de noche. Sobre todo, de noche. Aquellas caras, aquellas sonrisas, aquel niño, aquel hombre misterioso de espaldas. Conocía ya hasta el último gesto de sus rostros. Y aquella sensación... Alain había tenido que esperar a que muriera su abuelo para descubrir que era un desconocido para él.

Ahora sabía que su abuelo había conocido a Ignacio Aberasturi, un hombre de negocios importante que se había presentado a la presidencia del Banco del Norte y que él solo conocía de oídas. ¿Por qué su abuelo no lo había mencionado nunca? ¿Fueron amigos o solo coincidieron en una foto por casualidad? Merecía la pena averiguarlo.

Lara había logrado contactar con la sede del Grupo Aberasturi en Madrid, donde, según la entrevista televisiva, trabajaba la hija del empresario. Había pedido una reunión con ella, pero en la centralita de la Aberasturi no le habían prometido nada. Más bien, le habían dado largas.

Lara sabía que, con aquel viaje, podía no averiguar nada de la historia de su abuelo. Volverse con las manos vacías. Pero también tenía claro que en Bilbao no habría estado tranquilo.

Por la mañana, desayunó en el hotel Los Galgos, en el que se había alojado a su llegada, y, poco después, salió a la calle. Se acercó a un árbol de copa baja y arrancó una pequeña ramita para sujetarla entre los labios. Tomó un taxi hasta la sede madrileña de las empresas Aberasturi, en Hermosilla. Cuando llegaron, pagó al taxista la carrera y salió cojeando en dirección a la recepción del edificio.

—He venido a ver a la señorita Aberasturi —dijo apoyado en su muleta. En su tono había el mismo aplomo que usaba dando órdenes en el campo.

La recepcionista se fijó en aquel joven alto, rubio y de ojos azules cuyo acento delataba su origen vasco. La mujer consideró muy atractivo el modo en el que sujetaba aquel pequeño palillo en la comisura de sus labios.

—¿Tenía usted una cita? —preguntó mientras se tocaba el pelo con coquetería.

—Sí, claro. Habíamos quedado ahora mismo —mintió él mirando su reloj.

—¿Su nombre?

—Alain Lara —dijo él pronunciando despacio el nombre para que la mujer lo buscase en su agenda. Una agenda donde sería imposible encontrarlo.

—Es curioso, pero no lo encuentro aquí. Ahora mismo acaba de salir de una

reunión, pero no tiene apuntada ninguna visita...

La señorita Aberasturi estaba, por tanto, en su despacho. Agradeció el golpe de suerte.

—Vaya —dijo por fin a la recepcionista—. Me aseguraron... Pues he venido desde muy lejos para verla.

—Déjeme que llame a su secretaria y que le diga que ha venido usted. ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Soy un antiguo amigo de su padre.

Ella asintió y le regaló una sonrisa con un matiz de flirteo. Alain la desdenó con su gesto serio.

La recepcionista, algo azorada, bajó la cabeza y llamó a la secretaria de la señorita Aberasturi y habló con ella en voz baja. Después colgó e intentó retomar la conversación con Lara.

—Disculpe, señor Lara, pero ahora mismo... —dijo antes de interrumpirse al ver que ya no había nadie frente a la recepción—. Pero ¿dónde...?

Para entonces, Alain ya subía en el ascensor hasta la planta que otra persona en el *lobby* le había indicado. Se detuvo en la octava. Cruzó uno de los pasillos y llegó cojeando ante la secretaria de María Aberasturi.

—Ya he dicho a recepción que la señorita Aberasturi no podía atenderle.

Él cambió la ramita de una comisura de los labios a la otra y miró fijamente a la secretaria.

—Hagamos una cosa. Un último intento. Dígale que he subido hasta aquí, que no tengo pinta de delincuente y que tengo algo que ver con su padre. A ver qué dice ella.

El tono usado por Alain no dejó alternativa a la mujer. Ella se levantó y fue hasta el despacho de su jefa. Poco después, volvió a salir sin cerrar la puerta.

—Es usted muy convincente. Puede pasar.

Él sonrió y se dirigió hacia el umbral del despacho de la hija de Ignacio Aberasturi.

Abrió la puerta con recelo y le sorprendió toparse de inmediato con unos zapatos rojos, con unos tacones de vértigo, perfectamente colocados a la entrada de la sala. Después, levantó la mirada y la vio. Una mujer con blusa blanca y pantalón de traje que, sobre una rudimentaria máquina de remo, estiraba y contraía con elegancia las barras del aparato.

Ella detuvo su suave ejercicio y se levantó. Ambos se quedaron observándose un buen rato. Ella se asombró al ver a alguien tan joven y tan atlético, a pesar de la muleta. La ramita le daba un aire de tipo duro. Torció un poco el gesto al comprender que aquel hombre no tenía muchas posibilidades de haber sido amigo de su padre tal y como él había asegurado.

Lara, por su parte, también había esperado a una mujer mayor, pero la señorita que tenía delante debía de rebasar por poco la treintena. Fue entonces cuando recordó, por la entrevista, que Aberasturi había sido padre tardío. Se sorprendió al

descubrirse admirando tan descaradamente a la mujer que tenía delante y que acababa de ver... haciendo ejercicio en una máquina de remo. Iba descalza. Era morena, tenía unos ojos verdes intensos y rasgos angulosos.

Después de aquellos tensos segundos de calibración mutua, la empresaria rompió el hielo.

—¿Quién es usted y por qué ha mentado para verme?

Alain esbozó media sonrisa y entornó los ojos. Una cosa estaba clara: a aquella mujer no le gustaba el fútbol.

—Soy Alain Lara —dijo mientras cruzaba el despacho y le ofrecía la mano en un gesto conciliador. Ella la aceptó.

—Encantada.

—Lo primero, mi más sincero pésame por la muerte de su padre —dijo con seriedad—. He venido aquí porque soy nieto de Rodrigo Lezo. ¿Le dice algo ese nombre?

—No.

Lara frunció el ceño. La primera en la frente.

—Sé que su padre y mi *aitite* se conocían. Lo que no sé es cómo ni por qué. Mi *aitite* también acaba de morir. He venido aquí desde Bilbao a buscar información sobre su pasado. Solo sé que ambos acaban de morir y que se conocieron. Quizá alguien de su familia pueda saber algo sobre él...

—¿Me dice usted que ha recorrido cuatrocientos kilómetros para plantarse aquí en mi despacho y averiguar, sencillamente, si yo o mi familia sabemos algo de su abuelo? ¿Y cómo puedo saber yo si es usted de fiar? ¿Quién es usted?

—Sé que no me conoce, pero soy... jugador de fútbol, del Athletic de Bilbao —dijo esperando a ver la reacción de su interlocutora.

Pero su interlocutora no tuvo reacción alguna.

—Usted es de Bilbao —continuó él intentando explicarse—, y ya sabe lo importante...

—Ya sé la importancia que le dan al Athletic en nuestra querida ciudad, gracias.

Alain reparó en que había cierto tono amargo en María al hablar de Bilbao.

—Pues resulta que soy futbolista... y soy conocido allí. Bueno, y, en general, en toda España por cualquiera que siga el fútbol. Ahora estoy lesionado —aclaró señalando su pierna— y estoy de baja. Todo esto se lo digo porque, si busca información sobre mí, podrá ver quién soy.

Lara tenía un tono de voz firme y, detrás de su gesto duro, había una mirada limpia que logró resquebrajar el muro de desconfianza de la mujer.

—¿Y cómo quiere que busque información sobre usted? ¿Pongo la televisión a ver si le mencionan por casualidad? Si no recuerdo mal, pueden dar un partido a la semana, como mucho. Y si encima usted ahora no juega... ¿Voy a un quiosco a comprar un periódico deportivo o un almanaque a ver si sale su foto? —Aquella batería de preguntas irónicas no lograron descomponer a Alain.

El jugador no replicó nada. Dejó que el silencio irrumpiera en la conversación. Sin turbarse lo más mínimo, cojeó apoyado en su muleta hasta un sofá cercano. Buscó con su mirada la aprobación de la mujer para sentarse. Ella asintió con la cabeza y él se derrumbó en el asiento.

—Usted intuye que digo la verdad —dijo tomando la ramita de sus labios y esgrimiéndola ante ella—. Y seguro que, dada su posición, puede averiguar que soy de fiar. Ahora, dígame quién es usted. No sé ni su nombre. Solo sé que vi a Ignacio Aberasturi en una entrevista y me gustó. Cuénteme...

Dicho eso, apoyó su espalda en el asiento expectante y volvió a ponerse la ramita en la boca con ese aire duro tan huraño como sincero.

La mujer, segura de sí misma, no se descolocó en absoluto. Se paseó descalza por el suelo enmoquetado del despacho y también se sentó. Parecía haber dado por buenos sus argumentos. Eran tan peregrinos que lo mejor que podía hacer era dejar de ponerlos en duda. Había algo en aquel hombre que la impulsaba a confiar en él. A partir de ese momento, la conversación se distendió ligeramente.

—Me llamo María, María Aberasturi —apuntó con calma—. Soy abogada y dirijo la asesoría jurídica del grupo. Mi padre dirigía la empresa junto al director ejecutivo, Germán de la Serna. Pero, sobre todo, su tiempo se lo dedicaba a la Kantauriko Kutxa. Eso le hizo postularse a la presidencia del Banco del Norte. No sé si todo esto te suena... Y te tuteo porque si alguien se cuele en mi despacho y se sienta en mi maldito sofá, supongo que yo me puedo permitir la licencia...

Alain se encogió de hombros aceptando la premisa.

—De acuerdo. Y sí, me suena la historia.

—Y sí, es cierto, mi padre murió hace unos días. Hubo un incendio en las oficinas de la caja de ahorros. Ardió una planta entera. Era bastante de noche ya y... casualidad, se incendió aquella planta. Y, también casualidad, mi padre estaba aquella noche en el edificio. No sé por qué.

Alain se despegó del respaldo y se puso en el borde del asiento. Frunció el ceño.

—Lo dices como si no hubiera sido un accidente.

María apretó los labios. ¿Le iba a contar a aquel chaval tan guapo que masticaba un palillo, igual que Clint Eastwood en las películas del Oeste, lo que no había compartido ni siquiera con su hermano?

Pues tal vez sí. Necesitaba contarle. Era fuerte y tenía un carácter tranquilo pero... habían matado a su padre. O eso sospechaba ella. Y aquella duda la estaba destrozando. De acuerdo, se había escapado a Madrid huyendo precisamente del apellido de su padre. Y sí, era cierto que su padre tampoco había tenido nunca mucho tiempo para dedicárselo a ella. Pero sabía que, a pesar de todo... ella había sido su niña del alma.

¿Y sus hermanos? Habían sido un poco como su padre: fríos. Buenos tíos y todo eso, pero fríos. ¿A quién se lo iba a contar? En Madrid tampoco tenía a nadie. Durante aquellos cinco años no había dejado que nada, aparte del trabajo, ocupara su

atención. Su vida estaba en Bilbao, y ella la había dejado allí aparcada y se había largado. En su ciudad quedaron un padre ausente, un amor imposible y un hermano asesinado por los terroristas. Demasiadas heridas. Demasiados vacíos que no había tratado de llenar de nuevo. Nada de amistades ni de relaciones. Después de lo de David Schaffer, no. Pero necesitaba contar lo que tenía dentro, y David iba a su bola y su hermano Richi estaba en Alaska. En cambio, Alain Lara estaba allí, en su sofá. Interesado en escucharla.

—No lo sé —dijo ella colocándose un mechón de pelo tras la oreja. Miraba al suelo. Una mirada áspera, la suya—. A ver... mi padre no es el típico tío que se muere en un incendio que le pilla desprevenido. Ya sé que parece una tontería, pero es así. La policía asegura que todo fue por un chispazo eléctrico en unos cables defectuosos tras las inundaciones. Y puede ser. Pero es que, además, resulta que el director financiero del grupo también ha fallecido.

—¿También en el incendio?

—No. Accidente doméstico. Se electrocutó en la bañera hace no mucho.

—¿Y la policía lo ha investigado también?

—Ahí han tardado mucho menos en concluir lo mismo que con mi padre: un accidente. Pero ya es coincidencia la muerte de dos personas importantes de la empresa justo en un momento tan crucial como este.

—¿Piensas que ha sido ETA?

—No. No han reclamado la autoría. Y tampoco es su *modus operandi*.

—Entonces, crees que está relacionado con la operación de compra, supongo. No recuerdo el nombre del grupo, pero sí recuerdo que era del antiguo socio de tu padre.

—La Siderurgia Korta, sí. Lo que dice la prensa es cierto. Acabábamos de cerrar la *due diligence*...

María le explicó a Alain que se trataba de un proceso en el que se analizaba la empresa que se pretendía adquirir para comprobar si había algún elemento que pudiera reducir el precio de adquisición o, incluso, abortar la compra. Alain asintió casi imperceptiblemente con la cabeza y estuvo unos instantes sin decir nada.

María también calló. Sonrió con melancolía, como riéndose de su maldita suerte. Sacó un pitillo de una caja plateada que había sobre la mesa frente al sofá. Se lo encendió con parsimonia y elegancia.

Aquello la estaba machacando. La sospecha de que su padre pudiera haber sido asesinado la estaba desgarrando por dentro. No había noche que no fuera asaltada por esos demonios. Quería que aquellas sospechas se alejasen de su cabeza y creerse lo que el resto del mundo creía. Que, sencillamente, un desafortunado incendio se había llevado la vida de su padre, Ignacio Aberasturi.

—Difícil para ti, tener esos celos, ¿no? —apuntó Lara como si le hubiera leído el pensamiento—. Saber, no sé mucho. Seguro que no alcanzo a entender la importancia de tu padre en el mundo de la empresa o todo ese rollo de la presidencia del Banco del Norte, pero me da que abrir la sospecha de que lo hayan podido

asesinar es algo que puede no gustar en según qué sitios...

—¿Tú crees? —dijo ella con sarcasmo mientras expulsaba el humo del cigarro—. Es tan impactante que se lo he planteado a la policía con muchas reservas. Sé que, si me toman en serio y lo investigan como un asesinato, sería algo muy fuerte. Algo que saldría en toda la prensa y nos estallaría en la cara a toda la familia y a las empresas del Grupo Aberasturi en general.

—Entonces ¿ya se lo has dicho a la policía?

—Sí, les he dejado caer la posibilidad. Date cuenta de que mi padre era un empresario muy conocido que, por un lado, iba a cerrar una de las operaciones de compra más relevantes de los últimos treinta años y, por el otro, iba a postularse a la presidencia del banco más grande de España. No cabrían en este edificio todas las personas con intereses en contra de alguna de esas dos cosas. Eso hace que su muerte, por accidental que parezca, tenga que ponerse por lo menos en entredicho, ¿no?

—Pero la policía lo ha desechado —dijo Lara.

—Así es.

—¿Y eso dónde deja tus sospechas? ¿Qué puedes hacer?

—Ni idea.

María se levantó del sofá y se dirigió a una estantería de su despacho. Abrió una pequeña portezuela y accedió a un minibar bien surtido. Cogió un vaso con hielo y se sirvió dos dedos de ginebra. Después se volvió hacia Alain.

—No sé si un deportista puede...

Lara no dijo nada. Tan solo levantó la palma de su mano declinando el ofrecimiento. María cerró la puerta y dio un sorbo.

—No suelo beber a estas horas, es tan solo que... Quiero decir, que no te pienses que... —Se entrecortaba como si no estuviese acostumbrada a dar explicaciones de sus actos—. ¿Sabes qué? Piensa lo que te salga de las narices.

Alain tampoco dijo nada. Solo dibujó media sonrisa. Y llevó la ramita que masticaba de una comisura a otra.

María siguió hablando.

—Hasta ahora, solo he comentado esto con una persona que también estaba metida en la operación de compra. Es alguien con quien tengo mucha relación... Bueno, ahora ya sois dos los que lo sabéis —apuntó en un tono de voz más suave.

Alain asintió. Él tampoco se esperaba oír todo aquello. Había ido allí sin ninguna motivación más que la de perfilar el desdibujado recuerdo que tenía del pasado de su abuelo. María continuó hablando.

—Pero bueno, Alain, tú venías por otra cosa y no quería...

—Está bien —zanjó él levantándose. Tomó su muleta y atravesó el despacho para acercarse a ella.

—Esa cojera no tiene muy buena pinta.

—Me queda poco tiempo con la muleta —informó él con indiferencia.

Ella hizo girar sus hielos en la copa y miró en el fondo de su vaso. Maldijo su

situación. Pero no le gustaba darse pena a sí misma.

—Así que eres jugador de fútbol —dijo sin muchas ganas—. Serás rico y famoso. ¿Debería pedirte un autógrafo o algo?

Alain hizo un amago de sonrisa. Y negó con la cabeza.

—Sabes que, en cuanto salgas por esa puerta, voy a hacer que averigüen si eres de verdad y todo eso, ¿no? —añadió ella.

—Eso espero. Así quizá me tomes en serio. Si he venido desde Bilbao, no es para perder el tiempo. Es por un motivo importante. Para mí, vamos.

—Información sobre tu abuelo.

Alain asintió.

—Y, si me permites la pregunta, ¿por qué estás ahora tan preocupado por el pasado de tu abuelo? Dices que ha fallecido, pero...

—Él fue quien me crio. Mis padres murieron siendo yo un niño —dijo sin rastro de emoción en la voz—. Él se ocupó de mi carrera futbolística, de que sacara adelante los estudios... de todo. Lo cierto es que, últimamente, cuidábamos el uno del otro. Pero, al morir él, me he dado cuenta de que nunca he sabido demasiado de su vida. Jugó en el Athletic él también, en los años treinta. Después, tuvo que emigrar a América por la guerra civil. Allí tuvo que dejar el fútbol. Después volvió y tuvo una hija. Mi madre. Esa es la línea general pero hay muchos huecos que tengo que rellenar. Estoy seguro de que tuvo una vida apasionante.

Lara hizo una pausa y se dirigió hacia el borde de una mesa. Dejó la muleta allí y él mismo se apoyó sobre la mesa. Se llevó la mano al bolsillo para buscar la fotografía que había significado el punto de partida de su investigación.

—La razón por la que sé que tu padre y mi *aitite* se conocían es esta foto. —Se la tendió para que ella se acercara—. Esa gente que está ahí con él es totalmente desconocida para mí. Y el contexto, el avión y todo lo demás... todo eso me hizo darme cuenta de que nunca conocí verdaderamente a mi *aitite*. A Ignacio Aberasturi lo reconocí de casualidad cuando, en *Informe Semanal*, se habló de su fallecimiento.

María tomó la fotografía. La miró fijamente. Su expresión cambió ostensiblemente. Se le cayó el vaso de ginebra al suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lara alertado.

—Este... —dijo María señalando con el dedo a uno de los rostros de la foto—. Este es Javier Alba. El financiero...

—¿El que ha muerto en el accidente de la bañera?

—No sé qué opinas tú, pero ahora me reafirmo en que no ha sido un accidente.

Alain perdió la mirada en el infinito. En aquella foto aparecían cuatro adultos y un niño. Salvo el hombre que estaba de espaldas y el niño, los otros tres estaban muertos. Y habían muerto en un intervalo de pocos días.

María chasqueó la lengua con rabia. «Joder», musitó mientras se acercaba al interfono de su mesa sin tener cuidado de la ginebra que se derramaba en la alfombra. Presionó el botón del aparato y se escuchó la voz de su secretaria.

—Dígame, señorita Aberasturi.

—Cógenos un par de billetes de avión a Bilbao para hoy —lo dijo arrastrando las palabras. No le gustaba tener que ir a Bilbao. Allí tendría que retomar su vida donde la dejó cinco años atrás.

—De acuerdo, necesitaré los datos de su acompañante. ¿Necesitará un hotel para alojarse?

Ella dudó. Suspiró con fuerza. Siempre intentaba evitar pasar la noche en Bilbao. No deseaba ese tipo de reencuentro. Pero sabía que ahora era inevitable. Volvía a casa, a sus orígenes. Regresar era el único punto de partida posible para averiguar por qué habían matado a su padre.

—No... Dormiré en casa.

—¿En su casa, señorita Aberasturi? —dudó la secretaria extrañada—. De acuerdo. Daré aviso al servicio para que preparen su llegada.

María soltó un «gracias» desganado y dejó de presionar el interfono. Miró a Alain, que había tenido el buen gusto de guardarse los interrogantes que, a buen seguro, él también se planteaba.

—Parece que... después de todo —dijo María—, sí que voy a ayudarte a averiguar algo sobre el pasado de tu abuelo.

El problema es que, para cuando te entran dudas, ves el éxito tan cerca que te dices a ti mismo que debes aguantar sin quitarte la venda un poco más. Y ese razonamiento de «solo un poco más» lo conviertes en aplicable, misteriosamente, hasta el final de tu vida... casi sin enterarte.

El Extranjero

Berlín, febrero de 1941

—¿Sabes cómo lo llaman? —pregunta Goebbels visiblemente alterado por la bebida.

—No, cariño —responde, con una sonrisa nerviosa y juguetona, la belleza rubia que se sienta a su lado y no deja de acariciarlo—. ¿Cómo, Joseph? ¿Cómo lo llaman?

—El Lobo.

—¿El Lobo? —se sorprende ella sin dejar de abrazarlo.

Él asiente perdiendo su acuosa mirada en la botella que tiene delante. El ambiente del bar está cargado de humo y confiere a la escena un aire decadente. Goebbels y su última conquista, Maruska Dvorák, están sentados en una mesa ubicada en un rincón.

Maruska es una voluptuosa mujer que trabaja en el mundo del espectáculo, como todas. Como Lida Baarova... que, además, también era checa. Eso era lo primero que le había llamado la atención a él: Maruska era compatriota de Lida. Aunque, para ser sincero consigo mismo, eran sobre todo las imponentes curvas de la mujer las que habían llamado su atención.

Cabellos largos y dorados que parecen reflejar toda la luminosidad del mundo; tez pálida, noble y perfecta; labios pintados de un rojo intenso; mirada castaña y penetrante; piernas infinitas... la había conocido en una fiesta en la que, por determinadas coincidencias, se habían dejado ver muchas figuras relacionadas con la industria cinematográfica alemana, la UFA, y también importantes personalidades del teatro. Lo cual, evidentemente, Goebbels sabía de antemano. Y allí estaba ella. No era la más famosa de las personalidades de la fiesta, pero sí la más bella.

Hasta entonces solo había actuado en dos películas de poco renombre y, últimamente, hacía sus pinitos en el teatro. Ella le había dicho que le gustaba escribir, que quería ser guionista, pero esto, a Goebbels, no le interesa en absoluto... aunque nunca permitirá que se le note.

—Sí, el Lobo —continúa él—. No le disgusta que lo llamen así. Hitler se identifica con ese nombre, y yo lo identifico con ese nombre. Inspira temor y respeto.

—Asusta un poco.

—Si lo conocieras, lo entenderías —dice con tono lúgubre mientras eleva sus ojos rojos hasta los de Maruska.

—Entonces mejor no conocerlo —apunta ella con un gesto de su mano que quiere aparentar indiferencia—. Oye, ¿cuándo me vas a llevar a tu casa del norte, Joseph? Era tu nidito de amor con las otras... Y siempre me dices que yo soy distinta. ¿Cuándo organizaremos allí una velada romántica? —pregunta melosa, deslizándose su

dedo índice desde la mandíbula del hombre hasta su barbilla.

—Pronto, Maruska. Te lo prometo. Ahora estoy con asuntos muy serios y no tengo mucho tiempo, ya lo sabes.

—¿Es por lo de ese extranjero? —pregunta ella de sopetón poniendo ojos de víctima.

Él pega un pequeño respingo y se queda mirando a la mujer un poco sorprendido.

—¿Y qué sabes tú del Extranjero? —pregunta frunciendo el ceño. Tono peligroso. Maruska decide dulcificar su discurso.

—Nada. Sencillamente, lo mencionaste el otro día, cariño. No sé a qué te referías, pero soltaste algo de un «maldito extranjero». Si no recuerdo mal, claro —añade haciendo gala de una inocencia adorable.

«“Si no recuerdo mal...” parece recordarlo perfectamente», piensa Goebbels. Él no es indiscreto con los asuntos del Reich. Bebe mucho, de acuerdo... y flirtea con mujeres. Pero vive de la comunicación. Del secreto. Esa mujer no puede saber nada del Extranjero. Que lo mencionase es probable. Pero le sorprende que Maruska se quede con esas cosas. O es más lista de lo que parece o le interesan temas que no deben interesarle. No está seguro.

De lo que está seguro es de que esa mujer está como un cañón.

—Maruska, será mejor que olvides lo del Extranjero.

—¿Ah, sí? —pregunta airada—. ¿Ahora ya no me cuentas nada? ¡Seguro que no eras así con las otras! —lo increpa alejando sensiblemente su cuerpo del de Goebbels—. Si solo estoy para divertirte, no creo que esta relación tenga mucho futuro, Joseph. Lo siento, pero empiezo a no encontrarme bien —añade mientras recoge su bolso—. No creo que sea adecuado que nos sigamos viendo esta noche.

Joseph no puede creer que también aquella noche vaya a verse privado de estar con ella. Todas las mujeres tienen un sexto sentido para saber cómo lograr lo que quieren de los hombres. Y la checa lo tiene desarrollado de un modo péfido. Sabe exactamente qué hacer para conseguir lo que quiere de él.

—Está bien, mujer, no te vayas. No es un secreto. Es solo que hay que ser discretos al respecto.

—¿Qué ocurre? ¿No confías en mí? —pregunta ella astutamente. Por un momento, deja de recoger sus cosas para indicar indirectamente a su acompañante que puede salvar todavía la situación.

Goebbels suspira. Sabe que últimamente no le está haciendo mucho caso. Tiene demasiados quebraderos de cabeza. Y uno de ellos es, en efecto, el Extranjero. Ahora, lamentablemente, parece que Maruska quiere sentirse más valorada. En realidad, no importa demasiado que aquella mujer sepa datos inconexos sobre aquel extranjero. Tampoco es un secreto de guerra. Y además, ella no es nadie. No conoce a gente importante. Le puede relatar sesgadamente algunas anécdotas y punto. Eso no tiene por qué hacerle daño a nadie.

Mira a ambos lados, escudriñando la taberna con ostensibles gestos de secretismo

que den a entender a la chica que lo que le va a contar es importante, aunque no lo sea en absoluto. Nadie parece mirarlos o prestarles atención.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero, por favor, esto es alto secreto y no debes contárselo a nadie —le miente con todo el teatro que le es posible.

Maruska se sienta de nuevo junto a él. Goebbels continúa hablando.

—Resulta que hace unas semanas llegó a Berlín aquel extranjero del que me oíste hablar.

—Ajá —confirma la mujer, que vuelve a adoptar su actitud melosa.

—Nadie sabía quién era ni cómo había llegado a contactar con el más alto rango del Reich. Y, de hecho, nadie lo sabe aún.

—¿Por qué no ponéis a alguien para que le siga los pasos?

—Sí, esa sería una buena idea —dice él condescendiente, mintiendo para que Maruska no se sienta despreciada y recordando el desafortunado destino de Hans y Jürgen—. Pero bueno, por ahora, así están las cosas.

—¿Y su máquina? —suelta ella a bocajarro.

—¿Qué sabes de eso? —pregunta el ministro incrédulo.

—Aquella noche dijiste que te estaban llevando de cabeza «ese maldito extranjero y su estúpida máquina».

—Vaya... —pronuncia por lo bajo, maldiciéndose—. Bueno, es una máquina de cifrado que nos ofrece a cambio de mucho dinero.

—¿Y cómo demonios tiene él una máquina de cifrado? —sigue indagando ella.

—No lo sé...

Maruska recoge su bolso.

El ministro tiembla.

—¡Está bien! —Goebbels la sujeta del brazo—. La ha creado él con ayuda de... de gente, supongo. Y quiere vendérmola, nada más.

—Si os la ofrece es porque sabe que vuestra máquina flojea... o porque tiene información privilegiada.

«A ver si va a ser verdad que detrás de ese cuerpo de escándalo la señorita va a tener un cerebro», piensa Goebbels.

—Puede ser.

—Así que supongo que el Lobo estará contrariado, ¿no? —pregunta ella encantadora, ingenua y con un tono de voz que al ministro le parece demasiado alto.

Goebbels suspira. Eso de llevarse actrices guapas a la cama se está poniendo cada vez más caro.

—Bueno, tampoco hay que exagerar —dice él en un tono casi imperceptible.

Pero ella nota que miente.

Ernst Boelcke, el ocupante de la mesa de al lado, no puede creérselo. Solo ha tenido que seguir a aquella pareja de tortolitos tres veces y ya se ha llevado el premio gordo. Una confesión en toda regla. Los ha cogido in fraganti. Aquella mujer puede ser perfectamente la vía de fuga de información que tanto han estado buscando y que

el viceföhrer le ha encomendado que encuentre.

Aunque es cierto que Goebbels, en esencia, no ha dicho nada demasiado concreto. No ha dado detalles del Extranjero. Y ni siquiera ha mencionado la Operación Barbarroja. Pero esa mujer parece poder sonsacar a su amante con facilidad y, si se le propusiera, en tan solo unos días podría averiguar la talla de las botas del Föhrer.

Pero ¿realmente es esa la procedencia de fuga de información? Puede que la mujer lo único que quiera sea un poco de atención. Quizá tan solo quiera participar de la vida de su amante. Maruska Dvorák tampoco tiene pinta de ser una espía. La ha seguido durante algunos días y no hace nada extraño. Se dedica al teatro y a temas relacionados con el mundo del espectáculo. Pero nunca se sabe.

Boelcke se queda un rato más a la escucha, pero la conversación de los dos tortolitos ya ha derivado hacia asuntos más románticos. Nada interesante. El hombre apura el vaso de cerveza y se levanta sin hacer ruido. Ya ha oído bastante. Por hoy, abandonará el seguimiento de la señorita Dvorák. Ya ha recopilado información suficiente para trasladar a Rudolf Hess. Le contará que, en efecto, deben considerar —aunque sea remotamente— que la chica pueda ser la fuga de información que están buscando. Esa mujer sabe que hay un extranjero y una máquina. Suficiente. Demasiado.

Horas más tarde, Maruska Dvorák abandona a su pareja con el pretexto de un dolor de cabeza o una urgencia de última hora.

—¡No me lo puedo creer! Si hemos hablado de muchas cosas... No te vayas — implora Goebbels con humillante desesperación.

—Y estoy encantada, cariño, de verdad. Debes seguir así conmigo si quieres obtener lo que deseas. Pero hoy, no —dice ella melosa—. Además, otros días eres tú el que me dejas tirada, ¿recuerdas?

—Por favor...

Por favor o sin favor, el ministro de Propaganda no pasará esa noche con Maruska. Ni siquiera le permite que la acompañe hasta su casa.

Minutos más tarde, la señorita Dvorák pasea fumando un cigarrillo orgullosa. Sabe que dejarlo así es más productivo. Son pocos los días en los que esos pequeños éxitos le hacen abandonar momentáneamente la amargura en la que está sumergida desde que llegó a Berlín. Es infeliz. Hace lo que hace porque debe hacerlo. Pero es consciente de que está vendiendo su cuerpo. Tal vez mucho más que eso. Pero ha sufrido tanto que ya no le importa. Se resigna. Lo único que quiere ahora es cobrar el precio de su rendición y poder así ayudar a su familia. Cada vez que piensa en ellos, llora. Llora hasta la extenuación. El dolor que siente es incluso más agudo que aquel odio hacia sí misma. Solo cabe seguir adelante. Camina deprisa. Cuando llega a su casa, sube las escaleras ansiosa. Abre la puerta y se dirige directamente a su escritorio, donde reposa una máquina de escribir.

Desea transmitir la sensación que la embarga a esa vieja máquina. Y así lo hace. La máquina parece cobrar vida con el constante repiqueteo de las teclas. Maruska se

deja llevar, como si escribiendo se sacara de dentro esa inquietud que la atormenta.

Aquella máquina de escribir está transcribiendo las páginas más importantes que jamás saldrán de ella.

Mi vida, 7

Se empiezan a complicar las cosas

Nos vamos acercando al final de esta historia. Hace unos días, estaba jugando al golf con Germán de la Serna, el ya máximo dirigente del Grupo Aberasturi. Estábamos en uno de los clubes deportivos más prestigiosos de Vizcaya. Yo, embutido en un muy corto pantalón beis, con chaleco de pico azul y un polo ajustado, no hacía más que moverme por el verde destrozando la hierba con mis hierros. Porque eso era lo único que hacía. Hacer polvo el césped.

Estaba desesperado intentando no quedar en ridículo ante Germán de la Serna. Pero, por mucho que me empeñara, lo que yo tenía no podía llamarse *swing*. Como mucho, podía llamarse «hachazo». Estaba dejando tantos agujeros que parecía que, más que jugar a golf, estaba buscando un tesoro. Mi oponente me pegó una paliza de escándalo.

El bufete se estaba encargando de la operación de compra de la Siderurgia Korta por parte de Aberasturi. Yo me había enterado de que habíamos sido los elegidos para asesorar la operación aquel magnífico día en el tren. Dados los honorarios que nos estaban pagando, no tenía argumentos para declinar su invitación para jugar al golf y comer luego en el restaurante del club. Por muy mala espina que aquel tipo me diera, no podía negarme.

—No sabía si eras miembro o no del club, David —me dijo en el vestuario mientras se secaba con la toalla después de la ducha—. Pero, por si acaso, he dejado dicho en el comedor que llevaría un invitado.

Sonreí condescendiente ante lo condescendiente de su comentario. Yo ya me había puesto mi traje de nuevo y estaba frente al espejo anudándome la corbata.

—Gracias, Germán.

Observé de nuevo mi reflejo. Con mi traje cruzado y

con el pelo exquisitamente repeinado, volvía a sentirme yo mismo. Volvía a mi terreno.

Ya en el comedor, y en mitad del segundo plato, me relató cómo él y su directora jurídica se habían reunido con Xabier Korta —otro angelito— en sus oficinas de Korta.

Bajó su tono de voz y miró a nuestro alrededor.

Yo hice lo propio. Lógicamente, nadie nos podía oír. Aunque he de decir que vi a un tipo que me llamó la atención. Un hombre de gafas grandes y abultado bigote. Comía solo en una mesa próxima a la nuestra. Y si me fijé en él fue porque lo había visto cerca de nosotros ya en el vestuario. No obstante, no le presté mayor atención.

—El asunto es que Xabier Korta hizo oídos sordos. Quiere ir a muerte con la operación. Hay algo detrás, David. En esta operación hay algo extraño. El precio es excesivo, ¿no te parece?

Sí me lo parecía pero no lo admití. Además, con alguien como Xabier Korta, había que tener cuidado. Guardé silencio y él continuó hablando.

—Xabier no va a ceder por las buenas. Cree que nos tiene cogidos por los huevos.

—Lo cree porque es así —dije tranquilamente mientras me llevaba un trozo de solomillo a la boca.

La frente calva de Germán de la Serna se contrajo.

—Creo que os pagamos para que nos busquéis soluciones.

—Nos pagáis para que analicemos vuestra compra y, después, os ayudemos a llevarla a cabo. Y eso hemos hecho. Hoy día, está demasiado avanzada. Las cautelas que se han expresado en los contratos que ya se han firmado son de cierto calado... No creo que ningún juez estime como fuerza mayor que uno de los dueños, que ya estaba medio retirado de la empresa, haya muerto.

—Estaba retirado solo oficialmente, lo del banco...

—Eso es justo lo que a un juez y a la ley en general les importa. Lo oficial.

Seguí comiendo. Germán, no.

Dejó sus cubiertos y puso cara de pocos amigos. Su cara habitual, supongo, porque no creo que tuviera muchos. Amigos, digo.

—No sé si en esto eres imparcial, David. Te juegas

muchos honorarios adicionales si sale la compra.

«No sé si tú eres imparcial, tampoco», pensé. Pero solo lo pensé, claro. Porque, como De la Serna me dijo, me jugaba mucha pasta y él era ahora el máximo responsable de que me la dieran.

Pero lo cierto es que pensaba que había gato encerrado. Germán de la Serna nunca estuvo a favor de la operación. Lo del precio elevado era cierto, pero no parecía razón suficiente. Seguía siendo una compra rentable. Quizá fuera por el temor a perder su posición de fuerza en la dirección. Pero yo intuía que había algo más y, además, aquel tipo no me caía nada bien, no podía evitarlo.

Finalmente, no dije nada.

Terminamos de comer entre conversaciones más triviales y nos dirigimos a la zona del bar a tomar una copa antes de irnos. Si lo hicimos fue porque así lo establecía la costumbre, ya que ninguno de los dos tenía muchas ganas de seguir pasando el rato con el otro. Además de que el espartano Germán de la Serna ni bebía ni fumaba, lo que hacía aún más ridícula la situación. Pero ya fumaba y bebía yo por él.

—En relación con lo anterior, Germán —dije mientras me encendía un cigarro—, puedo poner a gente del equipo a mirar jurisprudencia para buscar si algún caso parecido ha servido para invocar una cláusula eximente para las obligaciones de uno de los contratantes y poder desistir del contrato. Pero ya te digo que está difícil. Y no voy a discutirte el hecho de que mi juicio pueda estar viciado por los posibles honorarios que me vaya a dar la operación. Si no voy a hacerlo, es porque sé que ni tú mismo lo piensas. Sabes perfectamente que voy a daros siempre mi mejor asesoramiento con la máxima objetividad.

La dura mirada de De la Serna se relajó un poco. Le gustó que le dijera que íbamos a estudiarlo. Aunque yo tenía claro que no íbamos a hacerlo porque no había nada que estudiar.

Terminamos mis copas, mis cigarros y nuestra conversación. Y cuando él se dispuso a pagar la cuenta de la comida en la barra, el camarero me miró a mí, después miró al señor De la Serna y negó con la cabeza.

—Paga la casa, caballero.

Germán se extrañó, pero no hizo ascos a la invitación ni preguntó las razones. Porque era un maldito cutre.

Mientras salíamos, reparé en que el hombre de bigote y gafas grandes también abandonaba el club a pocos pasos de nosotros. Cuando cruzamos la puerta de salida, el recepcionista me saludó.

—Hasta pronto, señor Schaffer —dijo afable.

Yo le respondí con una sonrisa y Germán de la Serna me miró con cierto asombro.

—Creía que no eras socio del club...

Yo sonreí mirando hacia el aparcamiento. Estábamos en mitad del monte, hacía buen tiempo y la estampa del paisaje era espectacular.

—Mira, Germán: ves ese terreno que hay allí a la derecha, ¿verdad?

—Sí —respondió extrañado por mi pregunta—. Desde hace no muchos años es parte del club también. Ahí están ahora la nueva piscina cubierta y las salas de recreo. Lo conozco perfectamente.

—Correcto. Hace pocos años, cuando yo ya empezaba a ganar mucho dinero pero no era aún un abogado famoso, intenté entrar en este club. Pero la gente como tú, dicho sea *sin* el debido respeto, se cerró en banda a la entrada de nuevos socios que no tuvieran un apellido ilustre o vinieran con enchufe —dije en un tono entre serio y jocoso.

—Espero que no me estés intentando insultar, Schaffer...

—La cuestión —continué obviando su comentario— es que sabía que durante aquella temporada se estaba estudiando la ampliación de las instalaciones del club por parte de la Junta. Supe que los anexos que pretendía comprar el club al otro lado del valle eran propiedad de una sociedad que jamás los soltaría. Así que este terreno contiguo que ahora miramos sería la única opción. Negocié con cada uno de los propietarios y conseguí obtener la finca entera. Lo compré todo por pocos cientos de miles de pesetas. Para cuando el club quiso interesarse por el terreno, ya era mío. Y, conociendo la necesidad del club de tenerlo, su precio se incrementó en unos diez millones más o menos...

—¿Estás diciendo que les vendiste el edificio y como condición pusiste tu entrada como socio? Eso es comprar tu membresía, Schaffer, yo no estaría orgulloso.

Yo me reí mientras me encendía otro cigarrillo. Tras la primera calada, maticé:

—Lo llamamos club social, pero sabemos que no es más que una sociedad privada que era propiedad de un par de antiguas familias de Neguri. *Era...* —remarqué dando una nueva calada al pitillo—. No compré mi condición de socio, Germán... Compré el maldito club. Soy el socio mayoritario. Así que gracias por venir.

El señor De la Serna tenía demasiadas guerras a sus espaldas como para mostrarse impresionado. Sencillamente, sonrió con ironía, me ofreció la mano y yo se la estreché.

—Un placer, Germán, como siempre —le dije.

—El placer ha sido todo tuyo. Seguiremos en contacto.

Y se marchó con su aire peligroso y seguro de sí mismo.

Yo me quedé satisfecho, fumando y disfrutando del paisaje que tenía ante mí. Le había dado un repaso al señor De la Serna. Cierto que tal vez me había jugado unos milloncitos de pesetas en honorarios que él podía quitarme de un plumazo. Pero ya dije antes que esto no iba de dinero. El dinero me daba igual. Si podía ganar más, jamás iba a rechazarlo. Pero todo aquello iba de poder, de nombre y de fama. Y acababa de enseñarle al todopoderoso director ejecutivo del Grupo Aberasturi con quién se las veía. Yo ya sabía que él era muy peligroso. Tan solo quería que supiera que yo podía serlo también.

De pronto, volví a ver al hombre de las gafas y del gran bigote que habíamos tenido de violinista durante la velada. Cruzó el aparcamiento del club en dirección a una gran motocicleta negra que lo esperaba en el otro extremo. Sobre ella, se sentaba un motorista enorme que llevaba una vieja gabardina y un casco de cristal tintado.

El hombre de bigote y gafas avanzaba con rapidez. Llevaba unas pequeñas notas, que parecían manuscritas. Cuando alcanzó al motorista, este se subió la visera del casco. Pude distinguir sus rasgos duros, un rostro

cansado y una gran cicatriz que surcaba su cara.

El motorista alargó la mano y tomó las notas que su esbirro de bigote le ofreció. Después, desde lo lejos, me echó una larga mirada. Una mirada cargada de advertencias.

—Mírate. Con tu altura, tu frialdad, tu ascetismo. Te pavoneas de ello, aunque sea inconscientemente. Y luego soy yo el vanidoso.
—Si tanto te importa lo que piense... deja de decir estupideces siempre que estés con ella.
—¿Y cómo se hace eso?
—Piensa dos veces lo que vas a decir. Así te callarás la mitad de las veces.

DAVID SCHAFFER y ALAIN LARA

Bilbao, septiembre de 1983

Amanecía. La neblina de madrugada espesaba el ambiente con un augurio engañoso. El sol iría cobrando protagonismo y terminaría por ofrecer un cielo claro a toda la costa del norte. Había marea alta. La ría estaba casi inmóvil, como si hubiera querido parar sus corrientes y reverberaciones para poder ser el único testigo de aquel espectáculo: el de una mujer solitaria remando a aquellas horas intempestivas, como si la persiguieran los demonios.

Su embarcación, individual y estrecha, cortaba el centro de la ría dibujando con su estela una línea perfecta en la mitad de las dos orillas. María contraía sus músculos una y otra vez, llevando los remos hacia delante con suavidad y tirando después con fuerza de ellos para arrastrar una gran masa de agua. Llevaba un chándal gris ajustado de dos piezas y la cabeza cubierta con la capucha. Sudaba y resoplaba con ímpetu a cada esfuerzo.

Huía de sus fantasmas. Del recuerdo de un hermano asesinado con el que había navegado demasiadas veces como para olvidarlo. Y también huía del desamor. Huía y, por primera vez, lo hacía con éxito. ¿Por qué? Porque remaba... Porque estaba en su mar y había vuelto a su ciudad.

Lo notaba. Aunque había regresado a Bilbao muchas veces, por ejemplo para reunirse con Xabier Korta días atrás, siempre había sido de un modo circunstancial. Esta vez era distinto. Había pasado la noche, por primera vez en cinco años, en la casa que la había visto nacer. No había reunido el valor suficiente para entrar en la antigua habitación de su hermano Tomás, pero había recorrido el resto de las estancias saboreando la sensación de estar en su hogar. Lourdes y su familia, que llevaban en el servicio de la mansión desde que podía recordar, se habían deshecho en atenciones para acoger de nuevo a su niña. Había vuelto a casa la hija perdida. Se había reencontrado con su tierra. Lo advirtió desde el momento en que inspiró con fuerza el olor a mar la noche anterior. Inspiró dejando, de una vez por todas, que ese olor le devolviera sus recuerdos.

De Madrid, en cambio, apenas guardaba recuerdos. Solo vacío.

Pasó por debajo del puente colgante y, pocos minutos después, dobló el saliente de Churruca para entrar en el muelle.

Se reencontraba con ella misma. Con la versión más pura de ella misma.

Remando no pensaba. Remando, solo remaba.

Había disfrutado de su mejor momento en años. Según llegaba a puerto, supo que también terminaba el tiempo de esconderse. Llevaba demasiado tiempo oculta en Madrid, huyendo de su apellido, de su padre y de David Schaffer. Ya era hora de retomar su vida.

Unas horas después, Alain la recogía en su coche y la llevaba a Bilbao. María le indicaba por dónde llegar al bufete de Schaffer. Había hablado por teléfono con él y le había contado lo del joven que fue a verla y le explicó que su abuelo, recientemente fallecido, conoció a su padre y al señor Alba. Los tres habían muerto en el lapso de pocos días, y sospechaban que los tres podían haber sido asesinados. David les había hecho un hueco en su agenda a primera hora de la tarde para hablar de aquel asunto en persona.

María estaba extrañamente relajada. Miró al hombre que tenía al lado. Alain llevaba, como siempre, una ramita con la que jugueteaban sus labios mientras conducía. Parecía también tranquilo. Su constitución y su mirada profunda inspiraban respeto y confianza. Lara irradiaba una absoluta sensación de seguridad.

—Déjame que diga en alto lo que estamos pensando —habló por fin ella.

Alain volvió su mirada hacia María con parsimonia. La dejó hablar.

—Tu abuelo y mi padre han sido asesinados. Y lo de nuestro director financiero, el señor Alba, dudo que fuera un accidente...

—Lo contrario sería demasiada casualidad —convino Lara—. Tres personas de una misma fotografía, muertos en la misma semana prácticamente...

—Yo ya lo sospechaba... Pero a ti esto te pilla por sorpresa. Siento que te hayas enterado así.

Alain asintió con la cabeza y frunció el ceño. Volvió a mirar hacia la carretera y comenzó a masticar la ramita con algo más de intensidad.

—Mi *aitite* no está. El hecho de que su muerte haya sido provocada, cosa que aún no tenemos clara, no cambia mi pena por haberlo perdido. Solo añade indignación y rabia. —Suspiró y volvió a mirar a María—. Lo que tengo claro es que quiero saber el porqué. Por qué aparecía en la foto con tu padre y por qué los han matado.

María se lo quedó mirando, inconsciente de lo descaradamente que lo hacía.

—En tu caso —prosiguió Alain—, los motivos para asesinar a tu padre, con todos mis respetos, eran muchos y más claros. Tú misma lo dijiste. Era candidato a la presidencia del Banco del Norte y un tío con muchos negocios. Hay que aclarar cuál, de todos los posibles, es el motivo que hizo que lo mataran. Pero ¿en el caso de mi abuelo? Fue futbolista y después trabajó en el sector del metal. Luego se fue a Valencia para trabajar en el mismo sector. ¿Quién narices querría matarlo?

María dio por bueno su razonamiento.

—Por tanto —continuó ahora ella—, lo importante es saber qué hay detrás de esa fotografía. Dónde la hicieron, qué hacían el señor Alba, mi padre y tu abuelo allí, quién es el niño y quién es el hombre que está de espaldas... Y qué demonios hace

ahí un maldito avión.

—Esa foto... Si no la hubiera encontrado, nunca habría reconocido a tu padre. Nunca habría venido aquí. Y, sobre todo, no habríamos sabido que lo más probable es que los hayan asesinado.

María suspiró y apoyó su espalda en el respaldo.

—Tienes razón —confirmó—. Y, exactamente, ¿cómo falleció...?

—El agua lo arrastró y sufrió varios golpes. Pero parece que murió ahogado.

—Lo siento.

—Y por eso no sé cómo se sostiene la teoría de que lo hayan asesinado...

—Quizá alguien lo matara y después... —María se interrumpió—. ¿Sabes qué? Da igual.

Lara asintió en silencio.

Ella volvió a pensar en lo extraño de aquella situación. Un jugador de fútbol y una abogada que se acababan de conocer hacía escasas horas compartiendo, en el mismo coche, sus impresiones sobre el posible asesinato de Rodrigo Lezo e Ignacio Aberasturi.

Ella ya había confirmado, precisamente con su querida Lourdes, que Alain era quien decía ser. Y lo cierto era que María agradecía su presencia. Aunque fuera una mujer fuerte y pudiera soportar aquella carga sola, sentir que su pena era compartida la hacía más llevadera. La persona que tenía al lado había perdido también a alguien que, posiblemente, había sido asesinado. El mismo contexto. La fotografía.

Los dos buscaban lo mismo y su camino hacia las respuestas era idéntico. Eso, fuera o no confesable, la consolaba.

La mujer tenía perdida la mirada en la ventana mientras dejaba volar todos esos pensamientos. Atravesaban la ciudad. Había pasado tanto tiempo intentando alejarse de ella que, ahora que sus murallas habían caído, era como si la redescubriera de nuevo.

Miraba de un lado a otro y veía una ciudad distinta. Igual de distinta que siempre. Una ciudad con alma. En cada cruce de calles podía adivinarse al final el verde de las montañas que rodeaban Bilbao. De ahí que la llamaran el Botxo, por estar en mitad del valle. Muchas calles se engalanaban con las columnas y balaustradas que recordaban a otra época. Al fondo de una de esas avenidas, coronando un promontorio fuera de la ciudad, María reparó en que se recortaban en el cielo despejado los pináculos de la basílica de Begoña. Estaba allí incólume y firme, como guardiana protectora de la urbe que tanto la amaba y, a veces, la desmerecía tanto.

Repentinamente, llegaron a su destino y Alain aparcó.

María chasqueó la lengua. Era como volver a la realidad. Alain bajó del vehículo y lo rodeó para abrir la puerta de María. Ella se subió a sus tacones rojos, que se había quitado previamente, y salió también.

Entraron en el flamante edificio. En la recepción, unas grandes letras metálicas dejaban leer el nombre de «Schaffer & Mulligan Lawyers».

—¿Quién es tu amigo? —preguntó el futbolista.

—Mi amigo... Trabajé con él unos años al principio de mi carrera, en el bufete de Lorca & Chapman. Puede que parezca un capullo, pero es solo fachada. En el fondo es una buena persona, solo que no le gusta demostrarlo.

—Supongo que es el abogado que os estaba ayudando con la operación de compra de la Siderurgia Korta.

—La estaba dirigiendo él, sí. Es el socio director de este bufete. Muchos dicen que... —María hizo una pequeña pausa y sonrió entre orgullosa y melancólica—. Muchos dicen que es el mejor abogado del mundo.

Me resulta tan sencillo aprovecharme de la situación... Me lo ponen tan fácil que casi me obligan a reivindicar lo que soy capaz de hacer. Me lo ponen tan fácil que a veces me entran ganas de culpar a los demás por mis actos.

El Extranjero

Berlín, finales de marzo de 1941

Karl Heinemann, en el asiento trasero del coche oficial que recorre las calles berlinesas, sigue lamentándose por ser él el elegido. Se ha enfrentado a otras situaciones en apariencia más duras pero esa va a ser diferente. No puede fallar. Nada puede ir mal.

Le han encargado que lleve a cabo la transacción con el Extranjero.

Él y sus hombres, diez compañeros de las SS a sus órdenes, deben llevar el dinero al lugar indicado en las instrucciones enviadas por aquel misterioso hombre y recoger las llaves y claves de un aparato del que no le han dado detalle alguno. Tiene suficiente experiencia como para saber que no debe preguntar sobre lo que no han querido informarlo.

Pero lo peor de todo es que, además, deben tender una trampa al Extranjero: capturarlo, encerrarlo y sacarle hasta la última palabra de la información que pueda tener sobre el Reich, aunque para ello hayan de extraerle hasta la última gota de su sucia sangre. Palabras textuales del Führer, según le han dicho. Y atrapar a ese hombre no va a ser sencillo. Karl Heinemann conocía a Jürgen desde hacía tiempo. Sabe que no era un hombre descuidado. Todo lo contrario. A Hans no lo conoció, pero tampoco puede dudar de su capacidad. Y ambos están muertos por culpa de aquel hombre. Desde que aquello ocurriera, nadie ha conseguido seguir la pista al Extranjero, que ya lleva casi un mes desaparecido. Como mínimo, es para estar alerta.

Además, no puede permitirse un error. No se puede disgustar más al Führer. Lo de Yugoslavia —un golpe de estado que ha abortado un acuerdo de colaboración con Alemania— ha supuesto un duro varapalo para el orgullo de Adolf Hitler, que ha estallado en cólera. Si no podía tener la certeza de que Yugoslavia no se entrometería en sus planes para invadir Grecia, se aseguraría de ello conquistándola. La Operación Marita se hará efectiva en tan solo unos días.

—Joder, no puede haber más gente... Mierda —se queja, cuando ve a multitudes de personas que han sido adoctrinadas para inundar las calles con miles y miles de banderas japonesas.

La razón es que Hitler quiere involucrar en sus intereses a Japón ni más ni menos. Ese mismo día precisamente, recibirá en Berlín al ministro de Asuntos Exteriores Yosuke Matsuoka. No es que quiera ayuda para la invasión de Rusia: lo que busca del Imperio del Sol Naciente es que ellos ataquen Singapur. Eso desviaría la atención de Gran Bretaña hacia sus posesiones en Oriente. Y haría que se debilitase su ánimo. Por

otro lado, también supondría un desasosiego para los rusos al ver movimiento bélico en un flanco que tienen desatendido.

Para ello tiene pensado agasajar de forma excesiva a Matsuoka. Y por eso hay un sinfín de preparativos que han sido dispuestos para abrumar al ministro a su llegada a la capital. Sabe que la estación de tren Anhalt ha sido decorada para la ocasión. Y por toda la ciudad se congregan miles de personas y banderas de Japón para acompañar al ministro por su recorrido que le llevará hasta la zona este del Tiergarten, entre Herman Goering Strasse y Wilhelmstrasse. Para acompañarlo... y para condicionar la inclinación de Matsuoka en la posterior reunión con el Führer.

Así que todo aquello le da muy mala espina. En las instrucciones que le han hecho llegar —escritas por el Extranjero de su puño y letra—, se especifica que el intercambio deberá tener lugar en un emplazamiento nada ortodoxo: en la recepción de un hospital.

Desde que recibieron la nota el día anterior, Karl Heinemann ha estado estudiando los planos del edificio y previendo las posibles vías de fuga del mismo. Hay demasiadas, como es lógico, en un hospital. La entrada principal, una lateral para urgencias, la del garaje para ambulancias... Supone que por eso habrá elegido el Extranjero ese lugar. Le da seguridad. Por ello, Heinemann ha decidido que toda precaución es poca. No será por falta de medios: diez hombres sin uniforme lo acompañarán. Ha optado por apostarlos en cada salida, en cada esquina de las calles convergentes al edificio del hospital, en la azotea, dentro del mismo inmueble e incluso en las zonas en las que las ventanas no están demasiado alejadas del suelo como para que el Extranjero intente una locura para escapar.

Sus hombres ya deben de llevar varias horas en las inmediaciones del edificio esperándolo. El coche empieza a frenar y saca a Karl de sus reflexiones. Suspira de nuevo. Ya vale de especulaciones. En breve va a comprobar si el Extranjero ha merecido tantas precauciones.

Abre la puerta y se baja del coche. A varios metros a su derecha, puede distinguir a uno de sus hombres. Ni siquiera le dirige la mirada. Entra en el hospital por la puerta principal con un maletín lleno de dinero. No sabe cuánto, pero intuye que es una cantidad insultante.

Observa que dentro hay bastante movimiento para el día que es. Mira a su alrededor. Conoce de sobra ese lugar. Al fondo ve, entre toda la gente que lo rodea, a otro de sus hombres.

¿Y ahora qué? Mira su reloj: es la hora. Supone que deberá esperar a que el Extranjero se le acerque, pero ninguna de las personas que pululan por la planta se amolda a la minuciosa descripción que tiene del mismo.

Suena uno de los teléfonos que se encuentran en las mesas detrás del largo mostrador de la recepción. Lo coge un empleado del hospital. El miembro de las SS fija en él la atención e intenta evadirse de la restante algarabía que reina en la planta. Ve que la persona que ha cogido el teléfono escucha lo que alguien le dice al otro

lado con cierto escepticismo y asombro. A continuación, el recepcionista comienza a pasear su mirada por toda la planta hasta que termina por detenerla en el oficial nazi como si acabase de encontrar a quien buscaba. «Oh, oh», piensa Heinemann. El empleado del hospital cruza unas breves palabras con su interlocutor al teléfono y cuelga. Vuelve a mirar a aquel hombre que espera de pie con un maletín en medio de la recepción y camina hacia él.

—Perdone —dice con todo el respeto posible cuando llega al lado de Karl.

—¿Qué ocurre? —responde con resignación el nazi.

—Acabo de recibir una llamada de lo más extraña.

—No me diga...

—Un hombre me ha pedido que me acercara a usted y le pidiera que, por favor, depositara su maletín «en el ascensor indicado».

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es *el ascensor indicado*? —pregunta marcando con retintín esta última parte.

En cuanto termina de formular la pregunta, como por arte de magia, uno de los ascensores abre sus puertas. No hay nadie en su interior.

—Supongo que se refiere a ese, señor —se aventura a apuntar el empleado del hospital, tan atónito como su interlocutor.

—Es usted muy observador.

—Dice que, una vez depositado el maletín, presione el botón de la planta tercera. Y también que, cuando el ascensor vuelva a esta planta, en él hallará lo que usted busca... ¿Puedo preguntarle qué es lo que ocurre, señor?

—No. No puede. Váyase.

—De acuerdo —apunta cabizbajo el empleado de la recepción mientras se da media vuelta y hace lo que le han indicado.

Karl Heinemann está terriblemente contrariado. ¿Qué se le ha pasado por la cabeza a ese hombre? Está loco si piensa que va a dejar el maletín, con la fortuna que contiene, en aquel ascensor. Pero, en realidad, ¿qué otra posibilidad tiene? ¿Informar a sus superiores de que la transacción no ha tenido lugar? Por otro lado, poner a sus hombres a buscarlo a la desesperada por la tercera planta no tiene mucho sentido. ¿Y si sube él mismo con el maletín en el ascensor? No. Supone que el Extranjero, o su enviado, en cuanto vea que el maletín sube *acompañado*, desaparecerá para siempre y no habrá transacción. Pero, en cambio, si manda a su hombre a la planta tercera para que siga sin ser visto el recorrido del maletín, podrían tener más opciones de llegar hasta el Extranjero. Es muy arriesgado pero no tiene otra salida.

Odiándose a sí mismo por asumir ese riesgo, se dirige hacia el ascensor con pasos decididos. Deja el maletín en su interior y presiona el botón tercero. Maldice por lo bajo. Lo hecho, hecho está. A continuación, se vuelve hacia uno de los hombres que tiene apostados en aquella planta y le indica con los dedos la planta hacia la cual se dirige el dinero. Sin esperar un segundo, su subordinado desaparece por la escalera a toda prisa.

De tres en tres, los peldaños van sucumbiendo ante las poderosas zancadas del nazi, que no quiere contrariar a su jefe. Primero, segundo... y ya está en el tercer piso. Conociendo la lentitud de los ascensores, intuye que habrá llegado antes que el elevador. Efectivamente, ya puede ver el ascensor, y sus puertas están todavía cerradas. Sus sienes palpitan aceleradamente, en parte por el esfuerzo que ha realizado y en parte por la tensión que le genera aquella misión.

Guarda una prudente distancia con los ascensores para que, si el Extranjero es el que acude a recoger el maletín, no pueda avistar que hay alguien hostil al acecho.

Nadie se acerca al ascensor y nadie, aparte de él mismo, parece estar mirándolo. Se abren las puertas. Ahí dentro no hay nada. Está totalmente vacío. «No, no, no», se dice incrédulo el hombre.

Cuando las puertas vuelven a cerrarse, se gira y regresa rápidamente a la recepción para comunicar las malas noticias a su jefe.

Mientras, en la planta baja, Heinemann continúa inmóvil como una estatua. «Por favor, un poco de suerte», implora por dentro. Espera frente al ascensor por si, como el empleado del hospital le ha indicado, este vuelve a abrirse con la mercancía que han venido a buscar: las llaves y las claves de ese extraño aparato sobre el que no quiere saber nada en absoluto.

De repente, ve cómo su hombre baja la escalera precipitadamente con gesto de disgusto. Mientras llega a su lado, va negando con la cabeza con cara de circunstancias. Al mismo tiempo, el ascensor ha vuelto a la planta. Se abren las puertas. De nuevo, nada.

—¡Voy a matar a ese cabrón! Lo juro —grita Heinemann sin poder reprimirse.

—Arriba no había nadie, señor —apunta su subordinado.

De pronto, el miembro de las SS al cargo de la misión ve cómo acude a su mente la clara imagen de uno de los planos del edificio que tanto ha estudiado durante las últimas horas. Y ve cruelmente dibujados en su cabeza los trazos que representan los huecos de los ascensores. «No me lo puedo creer», se dice a sí mismo.

Movido por la inquietud, entra aceleradamente en el ascensor y golpea el techo con brusquedad en distintos puntos hasta que descubre que una parte de la superficie se levanta. Ahí está.

—Ese hijo de puta estaba encima del ascensor cuando hemos metido el maletín dentro —dice furioso a su hombre.

—Pero ¡cómo es posible! —apunta su subordinado—. ¿Y cómo ha llegado ahí arriba?

—Los motores de los ascensores están abajo, en el sótano, junto al garaje por donde entran las ambulancias —comienza a explicar nerviosamente Heinemann—. El Extranjero debe de haber llamado por teléfono desde el sótano y después ha mandado el ascensor a esta planta para que se abriera mientras yo hablaba con el recepcionista. Para entonces, él ya había trepado al techo del ascensor. Y cuando la puerta se ha vuelto a cerrar en esta planta, él ha entrado por esa cubierta que estaba suelta, ha

pulsado el botón de parada, ha cogido el maletín y se ha escapado antes de volver a enviar el ascensor a la tercera planta, donde usted se encontraba.

—De hecho, me ha extrañado que tardara tanto en llegar. Habrá sido por eso...

—No me lo puedo creer. No podemos dejar que escape. Voy a ir a la parte de atrás, es el único lugar por donde puede salir desde el sótano.

—Allí tenemos otro hombre.

—Lo sé. Usted quédese aquí y cubra esta salida, por si acaso. No dude en disparar si se ve en la necesidad.

—Pero usted nos dijo que lo cogiéramos vivo.

—Puedo asumir entregarlo muerto, pero de ninguna manera que se escape vivo. Haga lo que le digo.

Y, sin esperar la réplica de su subordinado, sale por la puerta principal y se dirige corriendo hacia la parte trasera del edificio. Allí encuentra, efectivamente, a otro de sus hombres, apostado a una distancia considerable de las puertas de emergencias del hospital.

Se acerca a él y le informa de la situación. Pero antes de terminar la explicación, se ven sorprendidos por un estridente y continuo sonido emitido desde el hospital. Alguien ha activado la alarma de incendios.

Y Karl Heinemann tiene meridianamente claro quién ha sido.

Ambos hombres corren hacia la entrada de urgencias. Todavía no se ve ni un alma por los alrededores pero ya se intuye, por los ruidos que llegan desde las plantas superiores, el tremendo revuelo que se está formando en todo el edificio a causa de la inmediata evacuación.

El estruendo de la alarma les taladra los oídos. Eso contribuye a alimentar la tensión.

Escasos minutos más tarde, avalanchas humanas asoman por las escaleras y los ascensores. Los miembros del personal sanitario intentan a la desesperada sacar del edificio a los pacientes del hospital y salvarlos de ese modo de un peligro que ignoran que no existe.

A Karl y a su hombre, un sudor frío les recorre todo el cuerpo. Saben que no pueden detener a cada una de las personas de aquella marea humana que se dirige hacia ellos para abandonar el edificio por la gran entrada de urgencias. Y también saben que lo mismo les estará ocurriendo a cada uno de sus compañeros apostados en cada salida del edificio.

Con las pistolas en mano, intentando no mostrarlas demasiado, los miembros de la policía de seguridad del régimen nazi observan cómo pacientes, médicos y el resto de personas que había dentro se dirigen a la calle pasando por su lado y haciendo caso omiso de su presencia. Ellos intentan buscar en cada cara, en cada gesto, los rasgos que, según su información, identifican el rostro del Extranjero.

Pero hay demasiada gente. Karl Heinemann está a punto de tener un ataque. Sus ojos se mueven nerviosamente de persona en persona. Una silla de ruedas está a

punto de atropellarlo y pasa por encima de su pie. Esto es suficiente para sacarlo de sus casillas.

—¡Vaya con más cuidado, imbécil! —grita al hombre con bata blanca y pelo rapado que lleva en la silla a un enfermo.

El médico repara en que está ante un miembro de las SS y se detiene para disculparse atemorizado.

—Lo siento, señor. Esto es un caos, tenemos que evacuar y...

El enfermo que va en la silla de ruedas ve la pistola que el policía lleva en la mano y se pone a gritar inconscientemente.

—¡Tiene un arma! ¡Nos va a matar! ¡Nos va a matar! —Lo cual provoca un mayor revuelo entre todo el caos.

El miembro de las SS se vuelve hacia él, rabioso. Ve que es un enajenado mental que no deja de morderse la lengua y de guiñar los ojos desbocadamente. Desvía con repugnancia su mirada de aquel demente y empuja al médico que lleva la silla para que se largue de allí.

Después, con los labios temblorosos de rabia, grita dirigiéndose hacia la masa:

—¿Dónde estás, hijo de puta? ¡Juro que te mataré!, ¿me oyes?

Ante ese arrebatado de furia, la gente comienza a abandonar más desordenadamente el edificio, provocando que se forme una avalancha humana incontrolable. Los nazis empiezan a sentir impotencia ante un fracaso inevitable.

Los chillidos desesperados del oficial a cargo de la misión que tiene por objeto capturarlo le han llegado desde la lejanía al Extranjero. Percibe el eco del odio en esos gritos que retumban por toda la calle y sonrío. De nuevo, ha escapado triunfante.

El Extranjero está siendo cómodamente transportado en una silla de ruedas por un médico de pelo rapado al que ha sido muy fácil sobornar. En pocos segundos, se resguardan en uno de los callejones cercanos a la avenida del hospital. Allí les espera su fiel socio, que está sentado en el suelo lanzando una pelota a un niño.

El Extranjero los mira y sonrío al ver al muchacho: es el chico de los periódicos del vecindario, con el que han hecho buenas migas. Es como si permitirse esa inocente amistad los aislara de todo lo que tienen a su alrededor.

El Extranjero se levanta de la silla de ruedas y se despoja de la absurda bata blanca. Siempre recordará la mirada de desprecio de aquel nazi pensando que se hallaba ante un deficiente mental cuando, en realidad, se encontraba ante la persona que estaba buscando desesperadamente.

Debajo de las piernas, camuflado por el batín blanco, ha logrado sacar el maletín con el dinero, que ahora le pertenece. El médico que le ha hecho de cómplice permanece mudo, mirando con admiración y temor a aquel hombre que parece tener muy cabreadas a personas demasiado poderosas. El Extranjero, por el momento, no le presta atención. Tira el batín a un contenedor del callejón y se sacude el abundante polvo que ha acumulado su ropa mientras trepaba entre los huecos de los ascensores. Se peina y se alisa la camisa. Una vez queda satisfecho con su aspecto, dirige su

intensa mirada al joven médico.

—Gracias, doctor Berlin —dice condescendentemente al alemán—. Te has ganado tu recompensa.

El joven Fryderyck Berlin asiente. Cuando el socio del hombre que ahora tiene delante se le acercó con la propuesta, no lo dudó un instante. Desconoce qué es exactamente lo que se traen entre manos, pero para él conlleva dos cosas nada desdeñables. Una, ganarse un dinero extra. La otra, incordiar al régimen, tal y como había intuido que esos caballeros estaban haciendo.

—Gracias, señor —contesta Berlin con cierta reticencia.

Había llegado a pensar que el inoportuno descuido de atropellar al nazi con la silla de ruedas le iba a costar caro. Pero el Extranjero parece no haberle dado importancia. Parece, incluso, haberse divertido.

—Solo queda una cosa —apunta el Extranjero—. Recuerdas las instrucciones, ¿verdad?

—Sí, ya me lo explicó todo su socio —dice señalando al hombre que está con el niño, detrás de ellos.

Como si ese hombre se diera por aludido, camina hacia ellos y, sin decir nada, ofrece una pequeña bolsa de tela al Extranjero.

—Entonces, sabes que debes hacer llegar esto —dice mientras le da al médico la bolsa que acaban de pasarle— al hombre malo de la pistola que no hacía más que gritar. Dile que es de parte del Extranjero.

—De acuerdo.

El joven médico mira la bolsa pero no la abre. Contiene las llaves y las claves de la máquina de encriptado más cara del mundo. El socio del Extranjero las había guardado consigo como salvoconducto por si algo hubiera salido mal.

—Si necesita algo más, señor, puede contar conmigo —dice Fryderyck Berlin con respeto.

El Extranjero lo mira con una sonrisa.

—Hazme caso. Cuanto menos tengas que ver conmigo, mejor. Y cuanto menos sepas sobre lo que hay en esa bolsa, sobre las razones por las que me buscan y sobre todo esto, mejor también.

El joven doctor juguetea con la bolsa entre las manos. Echa una última mirada a aquel hombre y se va.

Karl Heinemann continúa a las puertas de urgencias del hospital examinando, impotente, la masa de gente que abandona el edificio para encontrar al Extranjero.

—¡Perdone! ¡Perdone! ¿Señor? —le grita un médico mientras intenta esquivar a la gente que le bloquea el paso.

El miembro de las SS se vuelve hacia él frunciendo el ceño, y ensombrece su expresión en cuanto reconoce al joven médico al que antes había visto llevando una silla de ruedas.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta Karl haciéndose oír por encima del barullo.

—Señor, me han pedido que le entregue esto. —Alarga su mano con la bolsa de tela hacia el nazi—. Es de parte de... bueno, me ha dicho que le diga que es de parte del Extranjero, señor.

Los ojos de Heinemann están a punto de abandonar sus órbitas. Abre la bolsa nerviosamente, con torpe impaciencia. Aunque ya sabe lo que va a ver. Efectivamente. Unas llaves, unas piezas de metal sueltas y unos legajos de papeles llenos de anotaciones.

El Extranjero ha realizado su intercambio.

Ahora el general lo entiende todo. En su memoria se perfila la nítida imagen de aquel deficiente mental que lo ha mirado burlonamente. Era el Extranjero. Lo había tenido ante sus narices. Muy cerca. Demasiado cerca como para no sentir el odio y la humillación bullendo en su interior.

Sus facciones tiemblan. Cuánto se habrá reído el Extranjero de él. Se muerde la lengua para contener la ira. Sus ojos vuelven a clavarse en los de aquel estúpido médico. Por lo que al nazi respecta, es tan responsable como el hombre que se le acaba de escapar de aquella ignominia.

Levanta la pistola y apunta su cañón hacia la cabeza del joven. Pero antes de que apriete el gatillo, uno de sus hombres corre a detenerlo.

—¡Señor! —le grita cogiéndolo del hombro—. ¿Qué hace?

—Es cómplice del Extranjero.

—Pero ¿no será mejor interrogarlo antes de...? Quiero decir que... quizá sepa dónde se encuentra nuestro objetivo.

El oficial baja la pistola, que aprieta con una fuerza antinatural. Está irritado. Es perfectamente consciente de que su subordinado tiene toda la razón del mundo. Suspira.

—¡Arrestadlo y reunid a todos los hombres! —grita Heinemann para zanjar el asunto.

El Extranjero, apostado en una lejana esquina desde la que ha estado observando el espectáculo, esconde sus facciones tras el humo que expulsa su pitillo encendido. Cierta sabor agridulce invade su general sentimiento de triunfo. De sobra conocía el destino de aquel doctor novato cuando lo ha mandado hasta aquel nazi.

Sabía que ocurriría lo que ha ocurrido, pero era un precio que había que pagar por el bien de su misión. Un precio que otra persona, el médico, ha pagado. Como ya ha hecho otras veces en su vida, ha involucrado a otros en sus asuntos sin pensar en el destino de esas personas. A la vista está qué consecuencias pueden acarrear esos actos egoístas. Pero no quiere torturarse ahora con eso. Lo importante son los frutos que ya va obteniendo. «Siempre ha sido así y así está bien», piensa.

Da la última calada al cigarrillo y lo arroja al suelo. En cualquier caso, pedirá a su contacto que haga las gestiones oportunas para intentar liberarlo. Aquel doctor Berlin le había caído bien.

Su socio y el niño se han marchado hace un rato. Él, por su parte, toma el maletín

del suelo y comienza a caminar. Sabe que comenzarán a buscarlo de un momento a otro.

Y así es. Karl Heinemann ha reunido a todo su equipo en escasos minutos y da orden de formar tres grupos de búsqueda. Ahora, por lo menos, saben que el Extranjero ha abandonado el hospital por las puertas traseras del edificio y pueden intuir la dirección que ha tomado.

Heinemann liderará la partida de cuatro personas que rastreará en dirección sur desde aquel punto. Y los otros dos equipos, de tres hombres, harán la cobertura por las calles paralelas a izquierda y derecha. Karl todavía tiene alguna esperanza de encontrar a aquel hombre.

Han sido muy diligentes en su reorganización, y rápidamente ganan terreno al Extranjero. Heinemann, que ha hecho correr a sus tres compañeros de las SS como pocas veces en su vida, distingue a un hombre con un maletín al final de la calle. El miembro de la policía de seguridad se para en seco. Se queda inmóvil ante la visión, a unos cincuenta metros, de aquel hombre del que depende su destino. Tiene que cogerlo como sea.

El Extranjero oye las zancadas de varios hombres a su espalda por la calle desierta. Se vuelve y ve a los nazis. Había pensado que les llevaba más ventaja. Le sorprende pero no le preocupa. El gesto de su cara sigue impassible. Se da media vuelta y comienza a correr ágilmente con el maletín en la mano.

Heinemann y sus subordinados hacen lo propio, instigados por el odio que ha despertado en ellos la insultante actitud altiva de aquel extranjero ante unos hombres que acostumbran a infundir temor. Ven que el Extranjero dobla una esquina e imprimen más velocidad a su carrera. Pero comienza a escucharse un lejano bullicio. Se escuchan vítores y aclamaciones; los nazis siguen corriendo sin prestar atención a aquella algarabía, que suena cada vez más cercana.

Y solo cuando giran la esquina para seguir en la dirección que ha tomado el Extranjero se dan cuenta de que será imposible darle alcance. Advierten, contrariados, que la pequeña calle que han recorrido acaba en una de las avenidas principales de Berlín, que está atestada de gente. Multitudes de personas expectantes se arremolinan a la espera de poder saludar a la importante visita que tanto la ciudad como el Führer reciben ese mismo día. El ministro de Asuntos Exteriores japonés, Yosuke Matsuoka, recorre las calles de Berlín en coche rodeado de miles de hombres y mujeres que han sido debidamente congregados allí para conmovier al visitante. Todos agitan alegremente las pequeñas banderas de Japón repartidas por el régimen.

Heinemann observa desesperado que justo en ese momento pasa el coche oficial. El diminuto ministro japonés, cuyas gafas y bigote no hacen sino empequeñecer su figura, no deja de saludar a todo el mundo agitando su bombín visiblemente impresionado.

Ese hombre se la ha vuelto a jugar. Karl comprende que todo estaba previsto desde el principio: la llamada de teléfono, el ascensor, la silla de ruedas y, por último,

aprovechar la circunstancia de aquella masiva congregación para escapar.

El Extranjero, satisfecho por el anonimato que la muchedumbre le proporciona, agita cómicamente una diminuta bandera japonesa que ya tenía de antemano preparada. Desaparece entre la multitud, ya a salvo de todo peligro. Sonríe mordazmente, como burlándose de la vida. Como burlándose de la muerte... a la que, de nuevo, acaba de esquivar.

Mi vida, 8

Conozco al futbolista y me enseñan la foto

La llamada de María me había dejado perplejo, la verdad. La recibí poco después de volver de mi reunión con Germán de la Serna en el club.

Como si ya uno no tuviera problemas, además tenía que ocuparme de posibles asesinatos de los padres de los demás. Inmediatamente deseché ese estúpido, aunque pragmático, pensamiento. Era María y debía ayudarla. Yo jamás fallo a mi gente.

Caminaba por mi despacho inquieto. Las sospechas que ella había compartido conmigo por teléfono —y que yo le había intentado quitar de la cabeza— ahora cobraban fuerza.

Y la operación empresarial más grande que hasta ahora hubiéramos cerrado, con unos honorarios de muchos millones de pesetas, podía irse al traste. Todo estaba ahora en manos del director ejecutivo del grupo adquirente, Germán de la Serna, y del presidente de la Siderurgia Korta. Dos pájaros de cuidado.

Mientras pensaba en todo aquello, miraba por el ventanal desde el que dominaba toda la plaza Moyúa, donde se encuentra nuestra sede de Bilbao. Desde que me habían nombrado socio director de Mulligan a nivel internacional, pude ocupar una nueva oficina en la última planta del edificio. Un despacho sencillo, de cincuenta y cuatro metros cuadrados, con una pequeña zona de reuniones para diez personas. También tenía una discreta terraza con espacio para dos butacas y una mesita. Pequeña, pero una terraza. Mi sueño hecho realidad. Otro sueño más, quiero decir.

En aquel lugar hacía más vida que en mi adosado de Zugazarte. Lo tenía todo: mi sala de reuniones, mi

pequeño minibar, una gran librería con toda la jurisprudencia y doctrina posible... incluso un sofá cama para aquellas noches en las que no tenía suerte con el trabajo atrasado o para las que tenía suerte con alguna conquista inesperada.

De pronto, sonó el interfono: «Está aquí María Aberasturi, señor Schaffer».

Me dirigí con nerviosismo hacia mi escritorio para contestar. En el camino, reparé en que había una balda llena de fotos mías posando o estrechando la mano de gente importante, a veces, más incluso que yo. Justo al lado de una de mis favoritas, en la que aparecía yo con Margaret Thatcher, que acababa de ganar las elecciones británicas, había otra algo más controvertida para la visita que esperaba: una en la que aparecía dándole la mano al presidente del Banco de Castilla, competidor del Banco del Norte. Tampoco tenía por qué levantar suspicacias pero, por si acaso, cogí el marco y lo guardé de mala manera en un cajón. Volvió a sonar el interfono: «¿Señor Schaffer?».

—Perdona, perdona —dije mientras apretaba el botón—. Hazles pasar.

Me senté. Recuerdo que me puse la chaqueta y busqué mi reflejo en un espejo para adecentarme con cierta urgencia. Era María, qué demonios. Hacía tiempo que no la veía.

La puerta se abrió.

Entró ella. Su melena oscura ondeaba al son de sus movimientos, como la armonía acompaña a la melodía celestial.

Detrás, entró un hombre joven que apoyaba su leve cojera en una muleta. Un tío que me creó recelos. Un juicio precipitado, como después comprobé, porque él me ha ayudado a esconderme en el escondrijo desde el que escribo estas páginas. He de reconocer que si de primeras lo miré con malos ojos fue porque era un tiarrón de los pies a la cabeza. Llevaba una ramita en la comisura de los labios. Y le quedaba hasta bien. Era un tío duro y frío de esos que salen en las películas. Alto e imponente, con una mirada glauca y profunda.

—Hola, guapa —saludé acercándome a María. Le planté un

beso en la mejilla. Solo uno. No un beso fugaz, sino uno suave y parsimonioso. Quería descolocarla—. Y tú debes de ser el famoso Alain Lara.

El joven se acercó y me dio la mano. Su mirada era incisiva y pacífica a la vez. Tenía presencia. Daba hasta miedo, el cabrón.

—Veo que por fin se ha hecho oficial el cambio de nombre del bufete. Tu nombre ya está en la puerta —me dijo María.

El anterior nombre de la firma no me terminaba de gustar. Ahora ya estaba mejor.

—Solo queda quitar el nombre de Mulligan y ya quedará perfecto —apunté yo.

—Es el fundador de todo esto, David..

—Pero está muerto. No creo que le importe —repuse antes de señalar los asientos a mis invitados—. Venid por aquí. Sentaos. ¿Queréis tomar algo?

Me acerqué al minibar y me puse un *whisky*. Después me encendí un cigarro y, ya con las dos manos ocupadas —como Dios manda—, acudí a sentarme ante ellos en mi asiento presidencial, el trono que dejaba a mis espaldas el ventanal y todo Bilbao.

—Y bien, ¿cómo es eso de ser deportista profesional? —pregunté con cierta mala leche a Alain. Aunque sabía que el motivo de su visita era importante, yo estaba demasiado acostumbrado a empezar las conversaciones sin ir al grano. Para calibrar lo que tenía delante, básicamente.

—No sé muy bien lo que quieres que te conteste —dijo él con esa maldita media sonrisa—. ¿Cómo es ser abogado y director de este bufete?

—Esa es fácil, amigo. No es más que trabajar muy duro en aquello en lo que me apasiona y ganar mucho dinero por ello.

Alain asintió ante mi comentario. Hizo girar la ramita en su boca antes de contestar con indiferencia.

—Supongo que mi respuesta puede ser exactamente la misma. Solo que yo trabajo menos horas.

Sonreí. Pero María soltó una pequeña carcajada ante la ocurrencia. Mis primeras sospechas se confirmaban. Aquel tío no solo era apuesto, joven y audaz, sino que, además,

a María también se lo parecía.

—Aquí el Athletic es como una religión. No podrás ni caminar tranquilo por la calle... —dije justo antes de maldecirme a mí mismo interiormente. ¿En qué estaba pensando? Aquella pregunta era otra oportunidad para que mi interlocutor se luciese. ¿Tan rápido me había subido el *whisky*? Solo llevaba tres aquella mañana. Y, creedme, estaba entrenado.

—Bueno, acabo de llegar a la ciudad. Sí, supongo que hay gente que me reconoce. Pero todavía soy joven.

Era insultantemente joven.

—Aunque la fama no es algo que me preocupe en absoluto, la verdad —terminó por decir con seriedad.

«A mí tampoco... no te jode».

—Lo único que me importa es jugar. Cosa que ahora no puedo hacer —apuntó señalándose la pierna.

Observé que María lo miraba de reojo con cierto orgullo. Pero si le sacaba cuatro o cinco años..., ¿en qué estaba pensando?

—Ya veo... —concluí antes de cambiar de tema—. Y tú, María, ¿qué tal estás?

—¿Yo? Fenomenal —respondió encogiéndose de hombros—. Estoy casi segura de que han matado a mi padre. Y ahora, también sospecho lo mismo de la muerte de nuestro director financiero. Y conocí ayer a Alain, cuyo abuelo, al parecer, fue amigo de mi padre y también puede que haya muerto asesinado. Ah, y la operación empresarial en la que llevamos trabajando meses está parada y la candidatura a la presidencia del Banco en la que ayudaba a mi padre... corrígeme si me equivoco, pero puede que haya dejado de tener sentido si no hay candidato.

María se incorporó para acercarse a mi mesa y coger mi cajetilla de tabaco. Tomó un cigarro y se lo encendió con su propio mechero. Dio una violenta calada.

—Pero vamos, por lo demás, estoy muy bien —concluyó mientras expulsaba el humo.

Después, se quitó los zapatos y los dejó a un lado. Ese gesto todavía me seguía pareciendo maravilloso. Sus perfectos pies descalzos en mi moqueta... Pero me fijé en que el supuestamente impasible deportista también hizo un amago de sonrisa al ver a María descalzarse. O sea, que

no era tan de hielo como aparentaba el vaquero.

—Y entonces —proseguí yo—, ¿estáis seguros de que esas sospechas tienen fundamento?

—Sí —contestó María—. Vamos a tener que parar la operación. Ya puedes hablar con Xabier Korta. Yo le diré a nuestro director ejecutivo que también frene la maquinaria. Sé que está deseando hacerlo.

—Eso no podemos hacerlo —solté sin poder ocultar lo contrariado que estaba. Si se pensaba que iba a renunciar a una operación ya cerrada a esas alturas y a perder millones de pesetas, estaba muy equivocada.

—¡David! —replicó indignada—. Hay que pararla.

—Pero ¿por qué?

María se turbó un poco. Como si no hubiera pensado realmente sus motivos. Como si hablasen sus miedos en lugar de su lógica. Pero pronto recobró la compostura.

—Hay razones económicas —explicó, ya más pausada—. Podemos sufrir una descapitalización monetaria, y ya sabes que la falta de confianza del mercado puede hacer que el precio de nuestras acciones caiga.

—María, sabes mejor que nadie que...

—Sé mejor que nadie, David, que la razón real es otra —me cortó con dureza, como si le fastidiara que yo la hubiese forzado a admitir que había otros motivos—. La razón real es que no me veo con fuerzas para seguir con la operación... Ahora, lo único que me importa es averiguar quién ha matado a mi padre.

—Mira, María... No voy a dejar que tu corazón ciegue tus decisiones.

María Aberasturi me clavó la mirada. Me arrepentí pronto de mi salida de tono.

—¿Y qué pretendes? ¿Continuar con la operación hasta pasarnos tu factura? ¿Es eso lo único que te preocupa? Siempre que llego a convencerme de que eres mejor persona de lo que pareces sueltas una de estas.

—Perdona, María —me disculpé sinceramente—. Solo digo que, de ser verdad que las muertes han sido provocadas...

—Lo es. Es verdad.

Suspiré exageradamente. María estaba cabreada. Yo la cagaba una y otra vez. Y Alain, impertérrito. Era imposible saber si estaba triste, enfadado, dolido o a

punto de sacar unas palomitas para presenciar la discusión.

—Vale, vale. Pero quiero decir que no sabemos los motivos. Y puede haber miles. Además, ¿y si todo esto ha sido para frenar lo de la presidencia del Banco? Esa no es razón para frenar una operación de este calibre. No tiene nada que ver con ella. Y, sinceramente, a quienes os va a hacer de oro realmente es a tu hermano, a ti y al vendedor, a Xabier Korta. Estaríais renunciando a la operación de vuestra vida, la operación que tu padre siempre quiso hacer... Y, además, María, todo está muy avanzado. No quiero aburrirlos con los procesos legales de la operación, pero esto ya no hay quien lo pare.

—David, no seas imbécil —espetó ella.

¿Imbécil? Era la única persona que se atrevía a llamarme eso y la única a la que yo no se lo tendría en cuenta.

—Recuerda que yo también soy abogada —dijo presuntuosa—. Tú mismo me enseñaste muchas cosas. Si se demuestra que las muertes han sido provocadas, seguro que podemos pararlo. La *due diligence* aún no se ha cerrado del todo.

—María, no te confundas. No puedes poner en duda mi conclusión, por muy abogada que seas. Es cierto que te he enseñado todo lo que sabes. Pero eso no significa que te haya enseñado todo lo que yo sé.

María y yo nos mirábamos con recelo.

—Lo cierto es que no creo que los motivos de las muertes se deban a la operación —interrumpió de pronto Alain.

Ahora resultaba que aquel tío hablaba.

—Es verdad que han muerto dos cargos de la Aberasturi, pero mi *aitite* no tenía nada que ver con la empresa. Creo que él tiene razón —dijo Lara con indiferencia mirando a María—. Creo que, si realmente tu padre y vosotros queríais esta operación, las muertes no deberían ser un obstáculo. O, al menos, no de momento...

María asintió. A él sí le hacía caso.

—Chico, para estar tan callado parece que tienes mucho que decir —lo alabé.

Él me echó una mirada torcida.

—Si tengo mucho que decir es porque suelo decir poco y

escuchar mucho.

Esa me la tenía que apuntar.

—Bien, puede ser —continuó María—. Lo más probable es que tu abuelo no tuviera nada que ver con la empresa pero tampoco lo descartemos del todo. Quién sabe si hace tiempo pudo haber tenido alguna relación con la Aberasturi. Tampoco sabíamos que tu abuelo y mi padre se conocieran y mira...

—Puede que tuviera relación... Pero ¿por qué iba a querer alguien matarlo para frenar esta operación? Es decir, ¿qué importaba que mi *aitite* estuviera vivo o muerto para un negocio como este?

María y yo nos quedamos en silencio. Alain volvió a ese estado de indiferencia o superioridad que yo no sabía muy bien cómo calibrar.

—Quizá tengamos que considerar que la muerte de tu abuelo haya sido una casualidad —dijo María—. Porque, tienes razón, no tiene nada que ver con esto.

—Por eso digo que lo importante es averiguar si hay alguien detrás de la muerte de tu padre. Cuando sepamos por qué lo mataron, sabremos también si la muerte de mi *aitite* está o no relacionada.

María se quedó pensando unos segundos. Entornó su mirada, como si, de pronto, le molestara la luz.

—De acuerdo —dijo ella por fin—. Pero no estoy tan segura de que las muertes no hayan sido para frenar la operación, hay muchos intereses detrás. Intereses laborales, intereses en la Bolsa, en nuestros competidores... De todas maneras, sea como sea, algo me ha hecho cambiar de opinión: no vamos a detenerla. No vamos a permitir a nadie que se salga con la suya. Era la operación que deseaba mi padre y respetaremos su voluntad.

Yo puse cara de circunstancias, pero me derretí de alivio al pensar que el presupuesto del año estaba salvado. Aun así, me preocupaba María. Me preocupaba sinceramente. Ahora no podía empezar a buscar pistas como si fuera una detective.

Me levanté a ponerme otra copa. Como yo no andaba muy lúcido aquel día, otro lingotazo no estropearía mucho más las cosas.

—Bien —prosiguió ella—. Y ahora, una vez decidido esto, queda por saber qué voy a hacer...

—Qué vamos a hacer —recalqué yo—. Sabes que puedes seguir contando conmigo. Puedes contar conmigo independientemente de la operación. Sabes perfectamente que... —Miré a Lara antes de interrumpir mi frase para darle a entender que lo que iba a decir era algo íntimo—. Sabes perfectamente que para mí tú estás por encima de cualquier operación y de cualquier circunstancia.

María me echó una de esas miradas en las que no sabías si había agradecimiento, rubor o reproche.

—Supongo que lo habréis sopesado ya —dijo Alain sacándose la ramita de la boca y señalándonos con ella—, pero ¿y si volvéis a la policía?

—Mira... —contesté con toda la condescendencia que pude —, no sé cómo afrontas tú los problemas, Alain...

—Bien —me cortó él mientras se incorporaba, sin levantarse, y se acercaba hacia mí. No subió el tono pero lo dijo con una firmeza desbordante y una expresión que, sinceramente, acojonaba un poco.

—¿Perdón?

—Bien. Procuro afrontar los problemas *bien*. Soy yo el que no sabe cómo los afrontas tú. Cuéntamelo, por favor.

—Perdona... Alain. Quería decir que estas sospechas que ahora parecen más evidentes ya las teníamos María y yo antes de que llegaras. A la policía ya la informó María. Y dieron carpetazo al asunto. No había indicio alguno de que el incendio hubiera sido provocado.

—¿Y lo de Javier Alba? —insistió.

—Igual —dije agitando la mano para desechar la idea—. Pedimos que lo miraran. No hay ninguna huella en toda la casa que no sea de aquel gordo.

—¡David! —me llamó la atención María.

—¿Qué pasa?

—Hablas de un muerto.

—¡Ah! ¿Y eso le hace menos gordo? ¿Lo convierte quizá en *corpulento*, tan solo? Por favor... —bufé indignado. Odiaba y odio la palabrería hipócrita. Odiaba y odio no llamar a las cosas por su nombre.

—No. Te convierte a ti en un desalmado. Y en un imbécil.

Lara volvió a interrumpir nuestro careo. Qué manía tenía aquel chaval...

—Por favor. Hay cosas importantes de las que hablar. No logro entender si vuestra relación es mala, buena... o va más allá de lo normal —dijo.

Tenía puntería el cabrón. Apuré la bebida de un trago y me levanté para dar por zanjado aquel encuentro. Me dirigí hacia la salida.

—Ahora, si me disculpáis, tengo que dejaros. No es por vosotros, es por mi intolerancia.

—¿Intolerancia? —preguntó María mientras se levantaba bastante contrariada.

—Sí. Tengo intolerancia al marisco y a la gente que me hace perder el tiempo. Ya lo siento. Tenéis que iros. Es por prescripción médica —dije con sorna mientras les abría la puerta de mi despacho.

María negó con la cabeza y recogió su bolso para salir de allí. Alain hizo lo propio y siguió a la mujer. Si le había sorprendido mi salida de tono, no lo percibí en absoluto. Me arrepentí e intenté suavizar la despedida. Al fin y al cabo, era María.

—Tengo un vuelo que coger —dije. Era verdad—. Me voy ahora a Barcelona. Pero voy a pensar en todo esto y mañana hablamos. A la policía no podemos volver, María, ya lo sabes. El hecho de que hayamos descubierto que tu padre conoció al abuelo del chico es circunstancial. Y reconozcamos que, si son asesinatos, son asesinatos perfectos: los tres parecen accidentes. Y si no hay pruebas o indicios, no hay caso. Además, el hecho de que se conocieran no es más que una mera casualidad que no podemos demostrar.

—Pero tenemos la fotografía... —apuntó Lara—. Aunque supongo que podría no ser una prueba válida.

—¿Qué fotografía?

—¿No te lo he comentado? La única razón por la que sabemos que los tres se conocían en su juventud es esta fotografía. Salen juntos los tres y un niño. Y un tío de espaldas.

Ella sacó una foto del bolso.

Me la tendió y yo puse cara de horror. Los miré con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre, David? —me preguntó María.

—Esa foto está hecha en Berlín. No sé en qué año sería, pero fue durante la guerra. No estoy seguro...

—¿Cómo lo sabes? Solo se ve un avión y una explanada.

—María, no me preguntes cómo ni por qué, porque no lo sé... pero ese niño de ahí... soy yo.

—Pero lo eres... El vanidoso eres tú, David. Ante sus ojos y ante los de cualquiera.
—Eso lo dices tan solo porque visto con un traje caro.
—Lo digo por todo. Aunque tu traje es bonito.
—Lo sé. Pero no te lo compres. No te iba a quedar igual.

ALAIN LARA y DAVID SCHAFFER

Bilbao, septiembre de 1983

María y Alain salieron del despacho de David Schaffer. El abogado se había quedado lívido, paralizado. Aquella imagen había impactado profundamente a María. Por primera vez en la historia, el mejor abogado del mundo se había quedado sin palabras.

Schaffer les había explicado que, efectivamente, su ascendencia era alemana. De ahí su apellido. Les contó que su padre los había abandonado poco tiempo después de llegar a Bilbao, y que su madre había muerto años más tarde. Tenía más familia, pero todos andaban desperdigados. En definitiva, siempre había estado solo.

Solo tenía vagos recuerdos de antes de que su familia emigrara desde Berlín a Bilbao. David recordaba, eso sí, que un día estuvo en el aeropuerto. Que vio aviones. Que le enseñaron los hangares. Recordaba que todo se lo mostró un extraño amigo del vecindario. Pero nada más. Tenía unos siete años por aquel entonces, dedujo. Aunque no pudo aclarar el año en concreto. No distinguía a nadie de la foto salvo, claro, al padre de María.

—¡Estuvo con mi padre! Lo conoció. Estuvieron juntos, aunque fuera solo una vez en sus vidas. Es increíble. —Iban de nuevo en el coche del futbolista y María, que llevaba un buen rato sin hablar, había estallado de nuevo. No era para menos.

Había comenzado a anochecer.

—Es increíble —añadió Alain.

—¿Te das cuenta? Parece que todo está organizado desde el principio. ¿Qué posibilidades había de que fuera David el abogado de la operación? No se conocían. Mejor dicho, no se recordaban. ¡Fui yo quien los presentó!

—Seguro que no se conocían, ¿verdad? —dijo Alain.

—Hazme caso. Sé que no se conocían. Alguien ha manipulado todo esto.

—Bien, y ¿quién eligió que fuera el despacho de David el que se hiciera cargo de lo de la compra?

—¡Buf! —María se echó hacia atrás derrumbándose sobre el asiento del coche—. La elección de bufete en una operación así es muy farragosa. Te puedo asegurar que los expedientes pasaron por mil mesas y comités. De hecho, como es lógico, y dada mi amistad con David, yo habría querido interceder por su despacho, pero me fue imposible.

—Entonces seguimos con la duda. Pero, desde luego, es una de las vías por donde

podemos intentar averiguar algo. Hay que repasar esos procesos de decisión de los que hablas. Ver quién ha podido meter mano. A no ser que estemos ante otra casualidad. Y ya van unas cuantas.

María Aberasturi cerró los ojos. Estaba cansada. Suspiró y volvió a mirar al futbolista.

—¡Aparece en la puñetera foto y no nos puede decir nada de ella!

—Es lógico —concluyó Lara con seguridad—. Él tendría unos siete u ocho años en esa foto. Los recuerdos de niñez son como fogonazos. Te quedas con sensaciones, vivencias. No con caras ni con contextos. Por eso recuerda haber estado allí... pero no con quién ni por qué.

—Al menos recuerda que les llevó un vecino para enseñarles todo aquello. Pero no identifica ninguna de esas caras con la de aquel vecino.

—Será el que está de espaldas, entonces.

—¿Por qué lo dices?

—Solo hay cinco personas. Una es el mismo David. Otras son mi *aitite* y tu padre, que no son de ascendencia alemana ni vivieron allí, ¿no? Y otro es el financiero que, llamándose Javier Alba, tampoco parece demasiado alemán. Solo nos queda el que está de espaldas, que además parece estar revisando el avión.

María asintió. Tenía sentido. Miró a su compañero con respeto. Volvió a agradecer su presencia en todo aquello.

—Puede que tengas razón —le dijo suspendiendo sus palabras—. La verdad... La verdad es que tienes una cabeza muy bien ordenada para... —María se interrumpió a sí misma cuando su propia voz le sonó demasiado ofensiva.

Pero Alain clavó su mirada en ella consciente de lo que había querido decirle.

—... ¿para ser jugador de fútbol? —preguntó con una ladeada sonrisa.

—No quería decir eso —dijo ella con dureza, como si se hiciera la ofendida—. Mira, ya llegamos a mi casa. Si subes hacia Atxekolandeta...

Aquella calle albergaba un elenco de mansiones erigidas en fila, que dominaban las vistas del Abra y del Cantábrico desde sus jardines elevados sobre la Campa del Loro. Eran casas de otra época, de familias con solera y buena posición. Eran casi castillos, pensó Alain.

En el siglo anterior, la alta sociedad vizcaína solía tener en Las Arenas su casa de asueto. Donde iban a pasar los domingos soleados. O incluso las temporadas de verano. Después, comenzó a convertirse en un lugar residencial y no solo veraniego. Para ello, los promotores de la población decidieron llamar Neguri al lugar. En un alarde de brillantez publicitaria, con ese nombre, derivado de la raíz *neguko hiria*, que significaba «ciudad de invierno», hacían que a la gente se le metiera en la cabeza que la costa no solo estaba para pasar el verano, y así se fomentó que muchos bilbaínos adinerados trasladaran su residencia habitual allí.

En cualquier caso, Alain jamás habría imaginado que los Aberasturi vivieran en una de aquellas mansiones pero, por discreción, no quiso apuntar nada.

—La casa de mi padre es una de las del final, detrás de aquella que parece un gran caserío.

La mansión a la que se refería María tenía mayor apariencia de palacio que las demás. Incluso más que la famosa mansión de los Lezama-Leguizamon. Con dos torres en cada extremo totalmente asimétricas, la fachada central estaba cargada de elegantes cornisas, escudos y columnas, y confería al edificio un aire palaciego del medioevo británico.

—Aparco aquí y te acompaño andando —dijo mientras dejaba el coche en un hueco—. Luego creo que me daré un paseo por el muelle. Después de todo, lo necesito. Además, hace una buena noche, ¿no crees?

Salió del vehículo con tranquilidad nada más preguntarlo. Después de coger su muleta, cerró la puerta.

María Aberasturi se quedó sola dentro unos instantes. Frunció el ceño. ¿La acababa de invitar a acompañarlo o, sencillamente, la había informado de sus planes? Miró el reloj. No era tarde. Ella tampoco quería volver a su casa ya. Echó una ojeada al exterior. Vio medio cuerpo de Alain, que le abría la puerta.

—No entiendo nada... —susurró la mujer.

Y salió del coche.

—Damos ese paseo juntos, si quieres —dijo ella con atropello, como para quitar importancia al asunto.

Él la miró. Se había hecho con una nueva ramita y la mascaba suavemente de aquella manera tan suya.

—Bien.

—Igual preferías ir solo. Si es así...

—Prefiero ir contigo —apuntó sin rastro de emociones en su rostro.

—Vale.

—Vamos, pues. ¿Tiramos hacia Churruca o hacia el puerto viejo?

—Donde quieras.

—Churruca —apuntó él comenzando a andar.

María, descolocada, se puso a caminar a su lado. Por primera vez, se fijó en Alain de verdad. Durante cinco años había estado metida en una burbuja, en la que su cabeza había denegado cualquier dominio a su corazón. Un corazón que había desactivado el modo búsqueda. Búsqueda de amistades, de cariño, de relaciones. Había sido una posición cómoda. Era como cuando no quieres ir a ningún sitio y te da igual que pasen delante de ti uno, dos o diez trenes, porque, sencillamente, estás bien donde estás. Pero ahora paseaba con alguien a solas. Sus sentidos volvían. Y Alain era un hombre atractivo. Y que parecía buena persona. Un hombre en paz que estaba bien como estaba y no buscaba nada más.

Esos pensamientos le trajeron a la cabeza aquel sentimiento no resuelto de juventud que había enterrado en Madrid. Aunque ya no era más que un rescoldo, algo que debería haber pasado y que nunca pasó porque David Schaffer no había sido lo

suficientemente osado.

Caminaron unos minutos en silencio. Iban por el muelle dejando el mar a su derecha. No había un alma en todo el paseo. Las olas no rompían en ese lado de la costa, pero los relajantes sonidos de la marea y de los cascos y mástiles de los barcos varados inundaban la escena.

Originariamente, había existido una playa allí, donde llegaban las acometidas del mar. Pero desde la construcción, en el siglo pasado, del puerto de Santurtzi, las mareas cambiaron y la playa, que se prolongaba desde Churruca hasta el final de Zugazarte, desapareció en muy pocos años.

—No puedo dejar de pensar en la foto —habló María interrumpiendo el silencio—. Es posible que David esté en peligro. Ya sé que es algo que no hemos querido hablar cuando estábamos en su despacho, pero es así. Han muerto tres personas de esa foto. Él podría ser el siguiente.

—Sentido, sí tiene. Pero David Schaffer no parece tener un pelo de tonto. Seguro que es lo primero en lo que ha pensado.

María asintió. Le tranquilizó saber que, efectivamente, David habría pensado en eso. Y él sabría lo que hacer. Como siempre.

La mujer quiso sacudirse de encima el ensombrecimiento que la atenazaba y prefirió llevar la conversación a asuntos más triviales.

—Bueno, entonces, ¿cómo es eso de ser futbolista profesional? —le preguntó.

—Me han hecho esa pregunta hace poco y estabas tú delante.

—Pero ahora te lo pregunto yo. Y te lo pregunto en serio.

Alain apretó la ramita con los labios. Antes había sido evasivo, pero ahora no lo sería.

—Mi *aitite* fue futbolista y yo he crecido con el balón. He mamado el fútbol. Siempre me ha gustado el deporte, pero el fútbol es algo más. Lo malo es que se está empezando a tratar como un producto. La gente va al estadio como quien iba al circo en Roma. Busca divertirse. Y a la gente solo le divierte ganar. Eso que se dice de que lo importante no es el resultado sino darlo todo en el campo... es la verdad, pero solo es lo que dicen los aficionados, no lo que piensan.

—Pero la afición al fútbol es lo que hace que puedas estar donde estás... —matizó María.

—Totalmente. Es así. Los sueldos que tenemos los jugadores profesionales dependen de eso. De lo que, justamente, está banalizando el fútbol.

—Entonces no muerdas la mano que os da de comer.

Él se detuvo y la miró.

—No estoy siendo hipócrita, María. Sé que no puedo renunciar a todo lo que rodea este circo pero... Todo esto tiene que tener un sentido más elevado. Mira, yo soy jugador profesional y es muy difícil llegar a serlo. Son muchísimos los que lo intentan, pero muy pocos los que llegamos. No solo hay que ser bueno jugando. Hay que saber manejar la presión. Saberse observado por miles de personas y lograr

evadirse para que no te tiemblen las piernas. No puedo renunciar a lo que conlleva hoy ser un futbolista famoso. Aunque no me importaría hacerlo. Pero sí lo puedo asumir como una responsabilidad. La gente se fija en mí. Por eso, tengo una mayor obligación de hacer las cosas bien dentro y fuera del campo. No siempre soy un ejemplo, la verdad, pero es lo que hay...

Alain suspiró. Había elevado demasiado el tono de su discurso. Siguió caminando.

—... El fútbol me encanta pero es algo más que ganar o perder. Solo digo eso.

—Sobre todo aquí, con el dichoso Athletic.

—Pues sí. Yo llevaba tiempo queriendo volver. Y parece que ellos también tenían ganas de que volviera.

—¿Tan bueno eres?

—Soy bastante bueno —dijo Alain serio, pero sin rastro de orgullo—. Pero no solo es eso. Como solo jugamos con gente de la región o de la cantera, hay que reconocer que yo era de los pocos fichajes que se podían hacer. Pero es nuestra filosofía...

—«Nuestra filosofía»... Hablas como mi padre. Qué bien me vino irme a Madrid un poco y airearme de todo esto... Alain, esa filosofía vuestra es un poco *boronada*, reconócelo —bufó ella.

—No. No lo es. Es, sencillamente, lo que hace grande al Athletic.

—Boronada.

—Lo que tú digas. Mira, es una tontería, pero reconoce que hay algo especial en que si Maradona o Pelé hubieran querido jugar en el Athletic, simplemente, no habrían podido.

—Pero ¿han querido jugar en el Athletic?

Alain soltó una carcajada sincera.

—La verdad es que no. Pero bueno, era por darle un aire más romántico. Si lo piensas es increíble. Un fútbol cada vez más internacional y profesionalizado... y el Athletic sigue con esa filosofía. No digo que seamos mejores o más puros. Pero sí somos distintos. Fue una decisión que, hecha desde el convencimiento, provoca una cohesión y un orgullo difícil de quebrar. Y eso la gente en España lo respeta mucho. No sé cuánto nos durará. Espero que para siempre.

El futbolista se sorprendió de haber hablado tanto. Por alguna razón, no le disgustaba compartir sus cosas con ella.

Llegaron a la esquina del muelle y torcieron hacia la izquierda para avistar el gran puente colgante. Decidieron dar la vuelta y deshacer el camino hasta la casa de María.

—En fin —dijo Alain al cabo de un rato—. Cuéntame ahora tú. ¿Cómo es ser la hija de Ignacio Aberasturi?

—Más fácil de lo que parece, pero más difícil de lo que yo pensaba.

—Buena conclusión.

—La tenía preparada. Digamos que no ha sido una pregunta original.

—Es que soy futbolista.

—No te hagas el ofendido. No te pega —concluyó impaciente—. Mi vida siempre ha sido sencilla en lo material. Pero siempre se me ha exigido lo máximo, precisamente por ser mi padre quien era. Terminé Derecho con buenas notas e ingresé en uno de los mejores bufetes de Bilbao. Tenía méritos para entrar por mí misma, pero ¿pesó mi apellido en mi contratación? Quizá... Y, una vez dentro, todos me respetaban. Y creo que también lo merecía. Era y soy una buena profesional. Pero ¿pesó entonces también mi apellido?

—¿Y con David Schaffer te pasó igual? Trabajaste con él allí, ¿no?

—Eso fue distinto. Él es distinto. David Schaffer solo hay uno. Digamos que me reverenciaba, pero no por mi apellido. Quizá por otras razones.

—Entiendo —apuntó Alain.

—¿Lo entiendes?

—Os he visto. No hablo mucho pero presto atención.

Ella suspiró y siguió mirando al frente.

—En cualquier caso, me enseñó muchas cosas. Es muy bueno. El mejor. Destacó desde el primer momento. Tenía desparpajo, y una seguridad en sí mismo que lo colocaba siempre en una posición de fuerza. Pero no abusaba de eso, ¿eh? Puede parecer un déspota, pero gran parte es fachada. En realidad, tiene un gran instinto protector hacia los suyos. Por eso, si alguien se excedía con alguno de los abogados jóvenes de su equipo, ya fuese un superior o un cliente, él se revolvía como un león defendiendo a su manada.

María se calló unos instantes.

—Nunca estuvimos... juntos. Estuvimos cerca, pero nunca permití que pasara nada. Bueno, qué narices, no voy a hacerme la interesante. Fue él quien pasó de mí como de la mierda... Mucha adoración, mucha alabanza pero él, en realidad, iba a lo suyo. Quería ser el mejor. Creo que si David hubiera dado el paso, podríamos haber estado juntos. No lo sé. Aunque, en realidad, bastante pesaba en mi carrera profesional mi apellido como para ser, encima, la novia del magnífico David Schaffer.

—¿Por qué dejaste el despacho y te fuiste a Madrid? ¿Fue por él?

—Estaba cansada de lo de David y del apellido de mi padre.

—Pero tenías buena relación con tu *aita*, ¿no?

—A mi padre le pasaba como a David. Era un hombre que no paraba de buscar más y más. Ojo, he sido su niña bonita y me he sentido muy querida. Pero siempre tenía nuevos retos. Primero, la empresa. Después, la caja de ahorros. Y, últimamente, lo de la presidencia del banco. Siempre había algo.

—Ya. No se lo tengas en cuenta. La ambición no es mala.

—Yo también soy ambiciosa. Y tengo mis metas. Pero hay límites. —María se interrumpió y miró al jugador—. ¿Y qué hay de ti?

—¿Qué pasa conmigo?

—Tus metas... ¿eres ambicioso o solo aspiras a meter la pelotita entre los dos postes?

Él se detuvo. La miró. Masticó la ramita. Sonrió ligeramente.

—No soy conformista. Quiero ser el mejor. Pero no me obsesiono en absoluto. — Hizo un silencio que precedió a una frase que tenía muy rumiada—. En la medida en que no solo depende de mí conseguir mis metas, digamos que me desprendo de ellas. Ya no me como la cabeza con conseguir esto o lo otro. Vivo al día. Pongo los medios, el trabajo. Y así siempre. Desde que me lo planteo así, vivo bastante más tranquilo.

—Sí, se te nota tranquilo.

—Se me nota porque lo estoy.

—Todo lo contrario que ellos. Que David y que mi padre. Los dos hombres de mi vida... —dijo con un mohín entre melancólico y sarcástico—. Ellos me han enseñado que, a veces, cumplir nuestros deseos se convierte en un castigo. Sus sueños eran sus únicos planes para ser felices. Pero, aparentemente, no han conseguido serlo a pesar de haberlos cumplido.

Alain no añadió nada. Dejó las quejas de María suspendidas en la conversación. Siguieron caminando un rato más. Ya habían dejado el muelle atrás y subían la cuesta hasta Atxekolandeta. Giraron a la izquierda. Alejados ya un poco del mar, el sonido de sus pisadas y el golpeteo de la muleta eran los únicos ruidos que acompañaban sus silencios. Poco después, llegaron al portal de la finca donde vivía María. Un gran arco de piedra resguardaba dos portones de madera por los que se accedía a la mansión.

—Hemos llegado. Gracias por el paseo. Me ha venido bien —admitió María—. No es habitual pasar un rato así con alguien que acabas de conocer.

—Tampoco son habituales las circunstancias.

María asintió mirando sus llaves. Tenía razón.

—Mañana te llamaré a tu casa, hacia el mediodía o así. Ya sabré algo de David y podremos intentar averiguar algo más.

—De acuerdo.

—Hasta mañana, entonces.

Él asintió con gesto serio, cogió la rama que aún tenía en la boca y la tiró al suelo. Apretó los labios y clavó sus ojos azules en los de ella. No dijo nada. No se le daban muy bien las palabras. Pero, si ella necesitaba algo, ahí lo tenía. Ya no estaba sola.

María lanzó una última sonrisa a Alain y este se dio media vuelta y se alejó cojeando.

Mientras subía por la escalinata hasta la casa, María comenzó a vislumbrar lo intenso que había sido el día. Como siempre le ocurría, cuando ya se sintió ajena al trajín de lo inmediato, empezó a reposar todo lo que había vivido: el reencuentro con su tierra, la foto, la confirmación de sus sospechas de asesinato, David... Poniéndolo en perspectiva, sentía más alivio que pesar.

Entró en la casa.

—Señorita, buenas noches —dijo una mujer que salía en batín de una puerta aneja a la cocina.

—Hola, Lourdes. ¿Os he despertado?

—Qué va. ¿Qué tal el día? ¿Ha cenado, por cierto?

Ella sonrió. Lourdes había sido como una madre para ellos. Para ella, sobre todo.

—El día, regular. Por eso no voy a cenar nada.

—Un caldito, al menos. Le vendrá bien.

María volvió a sonreír. Negó el ofrecimiento con la cabeza.

—Un vino, que me vendrá mejor.

—Igual que su padre. Así está de flaca. Bueno, pues vaya a descansar. Está teniendo unos días largos.

—Trato hecho, Lourdes —dijo mientras desaparecía por una de las escaleras que llevaban hacia los pisos superiores.

Entró en uno de los salones y abrió el armario de las bebidas. Descorchó una botella de vino. Se sirvió una copa, se quitó los zapatos y fue hasta el ventanal. Dejó ir la vista hacia el mar, que se veía detrás de los jardines de la finca, desde lo alto de la pendiente.

Hoy había vuelto a sentir esa punzada que siempre sentía cuando estaba con él, con «el mejor abogado del mundo». Aunque ya no era lo mismo que antes: se había cansado de esperar. Pero algo había. ¿Y él? David Schaffer no era el tipo de persona que encajaba bien que lo olvidaran. «Que le den», pensó antes de dar un largo trago.

El sonido del teléfono la sacó de su remolino de pensamientos.

Tardó unos segundos en volver en sí. Miró a su alrededor como si le costase identificar el sonido que llenaba el salón de la casa. Después, se movió con rapidez para impedir que fuera Lourdes quien tuviera que levantarse a coger la llamada.

—¿Sí, dígame?

No hubo respuesta. Se alejó el aparato de la oreja y lo agitó golpeándolo levemente con la mano.

—¿Hola? ¿Quién es? —Pero sus palabras se quedaron flotando de nuevo sin respuesta.

Había conexión porque se oía un ruido de fondo, aunque no podía distinguir a qué correspondía. Era sonido de la calle.

—¿Hola? —intentó por tercera vez.

—Hola. ¿María Aberasturi? —dijo un hombre por fin al otro lado.

—Sí, soy yo. Perdone. No le he oído hasta ahora.

—Es lógico —respondió el hombre.

—¿Perdón?

—Es lógico, porque no había hablado aún. Estaba obnubilado observándola, señorita Aberasturi. Me pregunto en qué piensa cuando gira su copa de vino y mira por esa ventana.

María se encogió como si las entrañas se le plegaran repentinamente y tiraran para adentro del resto de su cuerpo. Sintió miedo y rabia a la vez.

—¿Quién eres? ¿Y qué coño quieres?

—Una pena lo de su padre, señorita Aberasturi.

—Pero ¿quién?...

—Ahora tiene que demostrar que quiere llegar hasta el final. Puede que las respuestas que encuentre no le gusten. ¿Está dispuesta a buscarlas?

—Voy a buscarte a ti para partirte la cara, imbécil —dijo María con una valentía más pretendida que real—. ¿Me vas a decir quién eres?

No obtuvo respuesta. María intentó llegar al ventanal con el auricular aún en la oreja, pero tiró tanto del cable que el teléfono se cayó de la mesa.

—Mierda —maldijo. Se cambió el teléfono de oreja y retrocedió para coger con la otra mano el aparato del suelo y llevarlo consigo hasta la ventana.

Miró hacia el exterior.

En la acera de enfrente se divisaba, a lo lejos, una cabina de teléfono vacía. El auricular estaba descolgado y se balanceaba a medio metro del suelo de la cabina. Quien quiera que la hubiese llamado, lo había hecho desde allí.

María bajó al vestíbulo. No quería despertar a Lourdes. Sería preocuparla en balde. Fue hacia otra de las salitas de la planta baja para mirar por la ventana hacia la verja de la entrada principal. Estaba abierta.

De pronto, oyó un leve gruñido de goznes que giraban. Era la puerta de servicio, en la cocina. María se quedó paralizada y aguzó los sentidos. Oía movimientos al fondo de la casa. Alguien había entrado.

—Lourdes... —susurró, casi sin querer, preocupada por ella y su familia.

María, asustada, cogió a tientas una barra de hierro que había al lado de la chimenea y la empuñó a modo de espada. «A ver qué narices hago yo con esto», pensó. Se sintió estúpida y absolutamente expuesta. Pero la preocupación por Lourdes hizo que se decidiera y comenzó a caminar hacia la cocina. De pronto, se oyó un portazo. Y, luego, el silencio volvió a la casa.

María se dirigió con el arma improvisada a la entrada de servicio. Todo estaba en calma. Miró hacia la puerta de entrada y vio una nota enganchada en la mirilla. Caminó lentamente y con muchas precauciones. La tomó y la desdobló para leerla:

Manuscrito *La lágrima del Lobo*. Museo de Bellas Artes de Bilbao.
Busque las respuestas. No las busque con la policía, por su propio bien.
Busque usted. Sea valiente.

—Pero ¿qué demonios...?

Lourdes y su marido Antonio salieron de su apartamento.

—¿Qué ha pasado, señorita?

María sintió algo de alivio al ver que ellos estaban bien. Se dirigió hacia otra de

las ventanas, que también daba a la entrada principal. Comprobó que la puerta de madera de la verja volvía a estar cerrada.

—Nada, tranquilos, no ha pasado nada —dijo por fin, con la mirada aún fija en la intemperie.

Un hombre con grandes auriculares permanecía expectante y con las manos apretando los cascos, como si los quisiera pegar aún más a sus oídos. Intentaba escuchar algo. Estaba sentado ante una mesa con varios televisores muy aparatosos que emitían imágenes de baja calidad en blanco y negro. Eran imágenes de las distintas estancias de la mansión de los Aberasturi. Habían instalado cámaras y micrófonos por toda la casa y habían pinchado el teléfono.

El hombre no había podido sacar nada en claro de aquella extraña conversación telefónica. Tampoco podía distinguir lo que ponía en la nota que le habían dejado a la mujer en la puerta. Estaba viendo cómo María sujetaba el trozo de papel entre sus manos sin dejar de mirarlo. El aburrido trabajo de espiar a la familia Aberasturi nunca había tenido un episodio tan inquietante como aquel.

El hombre tragó saliva y llamó por teléfono. No es que tuviera respeto por la persona que lo contrataba, le tenía pavor. Y, según había oído, era un miedo totalmente justificado.

Alguien descolgó al otro lado pero no dijo nada. Tan solo esperó a que su espía le informara.

—Un hombre ha entrado en la casa de los Aberasturi. No he podido identificarlo, iba con la cara cubierta —informó por fin, sucintamente—. Y ha dejado una nota.

He renunciado a mi honor. He renunciado a mi pasado. He renunciado a mi futuro. Y he renunciado a mi cuerpo. Cuando sacrificas todo eso por alguien que amas, ¿en qué te conviertes? No sé si soy una amante sacrificada o una esclava que ha vendido su alma.

MARUSKA DVORÁK

Berlín, mediados de abril de 1941

Goebbels camina por la calle con las manos en los bolsillos.

Está preocupado. Es la primera vez en que no todo es vino y rosas para el inclemente avanzar del Reich en su camino hacia la conquista de Europa.

La Operación Marita, para la invasión de Yugoslavia y Grecia, reclama muchos esfuerzos. Por otro lado, la pompa y la minuciosa preparación que ha conllevado la visita del ministro japonés, Yosuke Matsuoka, no han servido para nada en absoluto. El astuto nipón ha acudido al continente para escuchar pero no para atender. Hitler, de buen grado, le habría hecho tragar al nipón cada una de las banderas de Japón que habían sido repartidas por todo Berlín para tenerlo contento.

Ha quedado claro que Japón solo se meterá en los líos en que quiera meterse.

Por si fuera poco, la capital alemana ha sufrido hace tan solo unos días, el pasado 9 de abril, el bombardeo más agresivo por parte de la aviación inglesa desde que comenzara la guerra. Al día siguiente del bombardeo, el Führer abandonó la ciudad para residir durante unas semanas en su tren *Amerika*, que se encuentra parado justo al lado de un túnel en las faldas de los Alpes, en las vías que unen Graz y Viena. Es el lugar más seguro porque, ante un eventual ataque aéreo, el tren solo tiene que avanzar unos metros para lograr la seguridad que proporciona el túnel excavado en las montañas.

Goebbels continúa caminando al encuentro de su cita. Chasquea la lengua al pensar que, adicionalmente, está lo del maldito Extranjero.

Se la había vuelto a jugar.

Goebbels había estado presente cuando se le comunicó a Hitler que el Extranjero había escapado con el dinero y que, además, las piezas de la máquina de encriptado no la hacían tan perfecta como se había pensado. Adolf Hitler había dejado ir la mirada en la lejanía que le mostraba la ventana más próxima. Y el ministro de Propaganda del Reich había visto algo que jamás habría pensado ver. Fue solo una sombra que atravesó fugazmente la mejilla del Führer. Una lágrima. *Solo una*. O, al menos, eso es lo que había creído ver Joseph Goebbels en el rostro de su adorado jefe de estado.

«En fin», suspira despejando la cabeza. Ahora él ha conseguido deshacerse temporalmente de las obligaciones de su Ministerio para estar en Berlín y sacar un hueco para su nuevo pasatiempo: Maruska Dvorák. El ángel de los bucles rubios. Con ella, por supuesto, deberá tener cuidado. Por nada del mundo le revelará ni un detalle

acerca de la breve y eventual fragilidad que creyó descubrir en el hombre más temido y odiado por Europa... Por nada del mundo.

—¿El Lobo? ¿Lloró? —pregunta incrédula la actriz checa.

Definitivamente, aquella mujer es muy convincente. Y él, cuando bebe, un poco indiscreto.

Se encuentran en otra de las recogidas tabernas donde Goebbels sabría que nadie haría preguntas ni curiosaría. Ha quedado allí con la checa por la que bebe los vientos. Y ella, como siempre últimamente, una vez llevan varias copas de vino encima, se interesa sobremanera por todo lo que esté relacionado con los avatares del trabajo de su amante.

—No lo sé, cariño. Solo me pareció verle los ojos llorosos. Pero te vuelvo a repetir que no lo sé.

—Joseph, ¿todo esto es por el Extranjero? —pregunta ella.

—Maruska —dice él con paciencia—, te dije que te olvidases de eso. No es nada importante. Sencillamente, es un hombre que quiere beneficiarse a costa del Reich. Nada más.

—Es por el Extranjero —concluye ella desviando la mirada de su compañero y poniendo gesto pensativo.

—Es por mil cosas. Pero no quiero hablar de eso, Maruska —dice él poniendo los ojos en blanco.

—Os ha vendido la máquina y no era lo que creíais. ¿No es así?

Maruska tiene razón. Ahora resultaba que, con la máquina completa, sus ingenieros habían llegado a la conclusión de que sí era superior a la Enigma actual, pero su cifrado no era infalible. Algunas de sus innovaciones se incorporarían como mejoras en Enigma. Pero solo eso. La máquina del Extranjero jamás se usaría, a pesar de la alta cifra que habían pagado por ella. Maruska insiste:

—¿Vais a perseguirlo? ¿Tenéis alguna pista?

—La verdad es que no, pero ¿puede saberse por qué te importa tanto esta historia?

—Me parece interesante —responde ella acercándose de nuevo a su amante con esa melosa actitud que hace que Goebbels recuerde por qué está tan loco por ella.

Una hora más tarde, Ernst Boelcke, el mismo hombre que los siguiera hace unos días, ve salir a la mujer de la taberna sola. Supone que, como en otras ocasiones, será una medida para evitar que los vean juntos. «Demasiado tarde para eso», piensa el nazi.

En su último informe, ha hecho constar que la chica sabe cosas que no debe saber. Pero Ernst también ha declarado su incertidumbre acerca de si realmente esa actriz es el contacto del hombre conocido como el Extranjero. De cualquier modo, el viceführer, Rudolf Hess, ha sido muy claro en sus indicaciones. Debe mantener un estrecho seguimiento de la mujer checa, la única pista que por ahora puede tener el

Reich acerca del Extranjero.

Pero ese indicio es demasiado frágil. El Extranjero ha entrado en contacto con los alemanes demasiadas veces como para no tener nada más que ese clavo ardiendo al que agarrarse. Aun así, Ernst sabe que seguir a aquella mujer es más importante de lo que parece. Muchas cosas dependen de ello.

El gracioso y distinguido caminar de la checa es como un péndulo hipnotizante que hace que al nazi no le sea difícil seguirla. Los golpes de los tacones contra el pavimento resuenan en las calles casi desiertas. Todo indica que, esa noche, Berlín gozará de la tranquilidad de no sufrir los bombardeos ingleses.

Maruska llega a su casa, como cada noche desde que Ernst Boelcke la sigue. Ni un encuentro con el Extranjero ni nada que remotamente se le parezca. De nuevo, allí acabará su espionaje por aquella noche. A no ser...

Según lo que ha podido comprobar el nazi, Dvorák casi siempre hace lo mismo cuando llega a casa. Ducharse y ponerse a escribir a máquina frenéticamente cerca de la ventana a través de la cual Ernst la observa. Siempre escribiendo, pero ¿el qué? ¿Qué palabras necesita expulsar aquella mujer de su interior? ¿Qué motiva ese urgente repiqueteo de sus dedos contra las teclas cada noche?

Suspira con fuerza y con una renovada determinación. Está decidido: si esa noche Maruska es fiel al patrón de su comportamiento habitual, el nazi entrará en la casa mientras ella se asea en el cuarto de baño.

Y ahí está de nuevo. La luz del baño se enciende. Es curioso, Maruska tiene siempre tanta prisa por ponerse bajo el agua de la ducha que casi parece que necesite purificarse. Es el momento. Cruza la calle decidido y entra en el inmueble. Franquea la puerta del portal sin dificultad alguna y sube los escalones hasta el piso de la vivienda de la checa. Aquella situación le recuerda demasiado a la historia de esos dos compañeros suyos que, al irrumpir en el escondrijo del Extranjero, habían caído de lleno en una trampa mortal. O, al menos, eso es lo que se cuenta. Poca gente conoce el caso del Extranjero, por lo que no se sabe qué es cierto sobre ese hombre o qué es pura leyenda.

En cualquier caso, Boelcke sabe que aquella incursión no entraña ni de lejos tanto peligro. Será una entrada limpia. Recogerá toda la información que pueda en los escasos segundos que pase en la vivienda de Maruska y desaparecerá.

Llega a la puerta. La fuerza sin dificultad alguna. Entra. Escucha el sonido del agua, que repiquetea contra el suelo de la bañera. Todo en orden. Mira a su alrededor y no encuentra nada extraño. Abre cajones, mueve libros, levanta los sofás... Nada.

Se vuelve. Ahí está, el más importante motivo de su fugaz visita. La máquina de escribir. Se acerca y busca sobre la mesa las hojas que la mujer ha escrito pero no las encuentra. Mira en los cajones de la mesa pero tampoco encuentra nada. Únicamente hay un folio en la máquina con unos párrafos escritos en inglés. Ernst los lee con avidez.

Sonríe satisfecho. Nunca en tan pocas líneas se habrán encontrado tantas pruebas.

De cinco palabras, tres son «Extranjero», «Enigma» o «Goebbels»; una ensalada de evidencias.

El agua deja de correr. El nazi abandona la habitación como alma que lleva el diablo; se dirige a la entrada y cruza la puerta con rapidez y sigilo. Cierra la puerta de entrada justo cuando se abre la del cuarto de baño. La checa sale ya vestida y con una toalla en la cabeza. En sus manos lleva un legajo de hojas que parece leer con cierta satisfacción. Son las páginas que hasta hace unos segundos ha estado buscando afanosamente Ernst Boelcke por el resto de la casa.

Desde uno de los balcones cercanos, iluminado tan solo por la lumbre de su sempiterno cigarrillo, el Extranjero, condescendiente y altivo, observa con todo detalle cómo Ernst Boelcke revuelve el piso de la checa.

Ya contaba con todo aquello. En cuanto tuvo la información de que la actriz estaba bajo sospecha, el Extranjero había decidido cambiar su escondrijo. Ella, a pesar de todo, no sabe que lo tiene por vecino. El Extranjero quiere estar cerca de ella y también cerca de su enemigo. Maruska tampoco sospecha que la están siguiendo. Es mejor así. Poco después, desde su pequeño balcón, ve al nazi abandonar el edificio de Dvorák. El espía va aparentemente satisfecho con la información obtenida aquella noche.

Pero eso no inquieta al Extranjero. No será un problema. Al menos no para él, aunque quizá sí para la señorita Dvorák. Ahora centra su atención en ella. La actriz, en ese momento, se está dedicando a escribir, como si le fuera la vida en ello, acerca de lo que Goebbels le cuenta en secreto.

—Escribe, guapa, necesito que escribas —murmura el Extranjero por lo bajo antes de dar una de las últimas caladas a su cigarro.

Pobre mujer. Él ya tiene pensada la manera de sacar provecho de aquella situación. Lo único malo es que será a costa de Maruska. Pero qué puede hacer. Además, en esta ocasión, es la checa la que se lo ha buscado por no tomar más precauciones. Ella ya debería haber sabido que todo aquello podía resultar peligroso.

El Extranjero sacude la cabeza intentando expulsar esos pensamientos de su interior. Es demasiado peligroso sentir cualquier tipo de remordimiento. No puede permitírselo. No mientras siga en Alemania. Ya tendrá tiempo para evaluar sus actos cuando esté de vuelta en su país y haya sacado todo el beneficio que quiere sacar. Aunque quizá entonces ya no le apetezca recordar lo que ha hecho. Quizá para entonces ya sea demasiado tarde.

Dirige su mirada de nuevo hacia Maruska, que sigue a lo suyo. Ya está demasiado avanzado el guion como para estropearlo con menudencias. «Siempre ha sido así y así está bien», piensa.

—Lo siento mucho, rubia —dice hipócritamente por lo bajo mientras lanza a la calle el cigarro.

Entra de nuevo en el piso para acostarse. Está inquieto. Aunque nunca lo

reconocerá, por la noche, en sus pesadillas, lo visitan los fantasmas de su conciencia.

Hace ya mucho tiempo que mi intuición mandó a paseo a mi inteligencia. Nunca he sido muy listo pero me he equivocado muy pocas veces. Para mí, una corazonada tiene más valor que un millón de pistas.

LUCAS BIEDA

Bilbao, septiembre de 1983

Bieda conducía prácticamente tumbado sobre su vieja Honda, zigzagueando y burlándose del tráfico bilbaíno. Su cabeza iba a más revoluciones que su motocicleta. Otra noche sin pegar ojo. Seguía pensando que todo aquello del posible asesinato de Ignacio Aberasturi lo sobrepasaba.

Los encuentros con los Bécker y con Xabier Korta habían resultado infructuosos. No solo no había conseguido nada de información, sino que, además, se había retratado totalmente: haciendo gala de la indiscreción que lo caracterizaba. Ya todo el mundo sabía que el veterano de Bieda estaba preguntando lo que no debía a quien no debía.

Xabier Korta, al menos, le había insinuado que había otras personas con intereses ocultos. Después de indagarlo, comprobó que en la agenda del señor Korta estaba previsto encontrarse con Germán de la Serna. A él se habían referido las sospechas del empresario.

Había hecho que lo siguiera uno de sus contactos en aquel club privado de golf. Y lo que había oído no le había gustado. Parecía que el señor De la Serna, director ejecutivo del Grupo Aberasturi, siempre había estado en contra de la operación de compra y defendía que el precio que la Aberasturi iba a pagar por la Korta era insultante.

Lucas Bieda no tenía mucha idea de economía ni de números, pero conocía a gente con la experiencia necesaria. Efectivamente, habían convenido que el precio que se rumoreaba era elevado, pero no era un precio imposible.

Con todo, las sospechas hacia Germán de la Serna estaban ahí. Estaban ahí, pero no tenía nada más. Por otra parte, la familia Bécker le seguía pareciendo poco de fiar, y pensaba que tenían motivos más que suficientes para desear la desaparición de Ignacio Aberasturi. Pero poco más podía hacer con ellos.

En los expedientes del caso, que había estudiado una y otra vez, no había podido encontrar ni un resquicio al que agarrarse. Nada. No había huellas en ninguno de los dos escenarios, ni en el incendio ni en el piso del financiero, Javier Alba. ¿Qué se podía hacer en un caso cuando solamente había conjeturas y posibles móviles, pero ningún indicio real?

El detective había decidido que aquella mañana iría a visitar a Germán de la Serna.

—¿Qué desea?

De la Serna iba en albornoz y parecía que no llevaba mucha más ropa por debajo. Bieda sacó un puro del bolsillo interior de su gabardina y se lo encendió. Desde luego, si el empresario se había sorprendido de ver en la puerta de su casa a un gigante con un puro entre los dientes y una horrible cicatriz en la cara, no dio señales de ello.

—Hola, señor De la Serna, soy Lucas Bieda, inspector de la Policía Nacional —anunció mientras le enseñaba la placa.

—Perdone, pero ahora no es buen momento...

Bieda no le permitió terminar la frase. Entró haciendo que De la Serna tuviera que echarse a un lado para no ser arrollado por aquella mole.

—No se preocupe, serán solo unos minutos —dijo el detective, ya dentro de la casa.

El máximo dirigente del Grupo Aberasturi no pudo oponerse. Negó con la cabeza e invitó con un gesto a Lucas a que lo acompañara adentro. Ya en el salón, se sentaron en unos sofás.

—Le voy a pedir que apague eso —dijo el empresario—. No quiero que ese olor se quede por toda la casa.

—No se preocupe. Este deja un olor a canela muy agradable —mintió Bieda mientras señalaba el puro—. Perdone que vaya al grano. Vengo a preguntarle por el incendio de la Kantauriko Kutxa y la muerte del señor Aberasturi.

Después de hacer la pregunta, Lucas cruzó los dedos.

—De acuerdo. ¿Qué quiere saber? —dijo con tranquilidad el señor De la Serna.

La cosa iba mejorando. No le había preguntado quién se creía que era o por qué investigaba un caso cerrado.

—Si estamos haciendo preguntas, es porque entendemos que el incendio pudo ser provocado.

—Ya me lo imagino —apuntó él acariciándose la perilla—. Supongo que estas sospechas vienen por parte de María, la hija de Ignacio.

—Ella nos dio su opinión, sí. Pero nada más.

—Es una locura. Aunque lo entiendo. Entiendo que cuando muere alguien como Ignacio Aberasturi en circunstancias así, como la del incendio, todo invita a pensar que es demasiada casualidad. Pero los millonarios, por muy reconocidos que sean, también pueden sufrir una desgracia. Siento sonar así de desalmado, pero Ignacio murió por mala suerte.

—¿Y el señor Alba? Falleció en la misma semana.

—Accidente doméstico, según ustedes mismos han certificado. Así que, también, pura mala suerte.

—Bueno, si no hay responsables, tampoco hará daño a nadie que investiguemos un poco.

—Solo tendrá un coste de oportunidad.

—¿Perdone?

—El coste de oportunidad... será el tiempo que la policía podría estar usando en otra cosa en lugar de perderlo en esta investigación.

Bieda asintió. Cogió el puro y lo hizo girar entre los dientes de un lado a otro. «Otro incrédulo», pensó. Parecía que, salvo la hija del fallecido y los autores de la nota del sobre rojo, nadie creía que el señor Aberasturi o el señor Alba pudieran haber sido asesinados.

—Señor De la Serna, ha llegado a mis oídos que usted siempre se opuso a la operación que estaban a punto de cerrar.

Germán de la Serna dejó de acariciarse la perilla y se puso en alerta.

—Así que es eso... Está usted aquí para intentar saber si yo tenía un móvil para matar al señor Aberasturi, ¿es eso?

—No me malinterprete, señor De la Serna. Solo digo lo que he oído. ¿Estaba usted en contra de la operación o no?

—Sí. Rotundamente.

—¿Le importaría decirme por qué?

—Supongo que no tengo alternativa.

Sí tenía alternativa. Podía no contestar. Pero Bieda prefirió no aclarárselo.

—El rango de precio por acción que barajábamos me parecía desorbitado — indicó el empresario—. Estaba fuera de mercado.

—Lo dice como si pensara que hay gato encerrado.

—Eso se lo tendrá que preguntar al señor Korta o al equipo de profesionales de la firma de David Schaffer. Yo no sé nada.

—Y siendo el director ejecutivo de la compañía, ¿no debería saberlo?

—Eso mismo opino yo. Pero todos me mantuvieron al margen —dijo De la Serna con resquemor—. Era absurdo. Yo podía haber cerrado un mejor rango de precio. Ignacio parecía estar olvidándose de la empresa que fundó y se preocupaba solo por la Kantauriko Kutxa y, por supuesto, por la presidencia del Banco del Norte.

Germán interrumpió su discurso y las palabras se quedaron flotando en el aire. Fue como si hubiera reparado en que había ido demasiado lejos al confesar su resentimiento.

Bieda lo percibió y decidió atacar. Dio una fuerte calada a su puro y expulsó el humo hacia donde se sentaba el señor De la Serna.

—Así que, después de todo, quizá sí tenía usted sus motivos para...

—No le permitiré ni una palabra más sobre eso —lo interrumpió indignado.

—¿Qué hacía usted la noche del incendio?

—Estaba aquí, en mi casa. Y ahora, si no le importa —dijo mientras se levantaba dando a entender que el interrogatorio había terminado.

Lucas se levantó y enganchó el puro entre sus dientes, mientras hacía la última pregunta.

—¿Vive usted con alguien, señor De la Serna, que pueda corroborar su coartada?

Germán pareció vacilar unos segundos antes de contestar. Finalmente, optó por la

táctica que ya había usado antes y volvió a hacerse el indignado.

—¿En qué momento hemos empezado a usar palabras como «móvil» o «coartada»? No lo entiendo, señor Bieda. Si quiere comentar cualquier cosa más, hágamelo saber para requerir la presencia de mi abogado.

Lucas sonrió. De nuevo, dejaba cabreado a alguien. Cada vez que hacía preguntas sobre el asunto, lo acababan echando. Pero esa había sido una tónica habitual en su vida profesional.

—Estaremos en contacto, señor De la Serna —concluyó.

Después, tomó su casco y se dirigió hacia la puerta de entrada. El empresario lo siguió pocos pasos por detrás y cerró de un portazo en cuanto el enorme detective salió de la casa.

Germán se quedó unos segundos frente a la puerta cabizbajo.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó una voz, a lo lejos, procedente del dormitorio.

De la Serna se ciñó bien el albornoz, como si de repente tuviera frío, y se dirigió hacia la habitación. Allí, cubierta por las sábanas de seda, estaba la espectacular belleza de una mujer de pelo rubio platino y ojos de color negro.

Isabella Bécker.

Él se tumbó sobre la cama y se quedó mirando fijamente el techo. Ella estaba recostada contra el cabecero y fumaba un cigarro. Sabía que a él no le gustaba, pero le daba igual.

—Malas noticias, Isabella. Era la poli haciendo preguntas sobre el incendio.

Ella asintió y dio una grácil calada a su pitillo.

—¿Un tío como un orangután?

—Bueno... —dijo él extrañado—. Sí, era enorme.

—¿Una cicatriz de lo más fea en su cara de mono?

—Sí. ¿Le conoces?

—No, he acertado de pura casualidad ¡Claro que lo conozco! El detective Bieda. No sabemos por qué investiga esto, pero también vino a interrogarnos a nosotros.

De la Serna se incorporó con nerviosismo.

—¿Y qué vamos a hacer? Creo que las sospechas vienen de María Aberasturi. Supongo que habrá ido a la policía.

—¿Seguro que ha sido ella?

—No, no es seguro. Ahora la llamaré. Tengo confianza con ella, se lo preguntaré directamente —dijo Germán—. Lo que más me llama la atención es que ese Bieda me ha preguntado varias veces por mis motivos para oponerme a la compraventa. Sabe algo... Y eso sí que no se lo ha podido decir María.

—Te preocupas demasiado, Germán —dijo ella agitando la mano en la que sujetaba el cigarrillo.

—Me preocupo lo justo. Lo preguntaba como si supiera cuáles son las verdaderas razones por las que intento vetar la compraventa.

—¿Y por qué sabe él que tú estabas en contra de la operación?

—A eso me refiero, Isabella. Si lo sabe es porque me habrá investigado. Me habrá seguido. Nos puede haber visto juntos. Así que... puede haber adivinado que, si he intentado abortar la operación, es por ti. Por lo nuestro.

De la Serna, el amante de Isabella Bécker, no podía permitir que cristalizase una operación empresarial que habría supuesto la práctica desaparición de Laminados y Estructuras Bécker.

Isabella esbozó media sonrisa y se acercó a darle un fugaz beso en los labios. No había besos más peligrosos que los suyos.

Su relación duraba ya un año y, durante todo ese tiempo, lo habían mantenido en secreto. De lo contrario, su noviazgo habría sido el chisme más sonado de los corrillos empresariales.

—Tranquilo. Recuerda que compartes cama con la futura presidenta del mayor banco del país. Este tipo de cosas no deberían preocuparte.

—Isabella...

—Vale, vale. De acuerdo. Hablaré con mi padre.

Ella apagó el pitillo en el cenicero de la mesilla y miró a Germán.

—Parece que ese Bieda intuye que hay algo detrás del incendio... pero está tocando de oído. Creo que no sabe por dónde le da el aire. Así que quizá debemos proporcionarle un nuevo objetivo.

—¿A qué te refieres?

—Tenemos que darle un nuevo hueso que roer. —Sonrió, y sus ojos negros parecieron brillar por un instante—. Tenemos que darle un sospechoso.

—Cuando consigues algo, la gente se empeña en, o bien justificar sus razones para no conseguir lo mismo que tú, o bien quitar mérito a lo que has logrado.

—Hay gente que pone excusas y otra gente que pone los medios.

—Me gusta la frase, muchacho. Esa me la voy a apuntar.

DAVID SCHAFFER y ALAIN LARA

Bilbao, septiembre de 1983

—El Museo de Bellas Artes... —repitió Alain por lo bajo.

María asintió y se acercó a sentarse en el mismo sofá que el futbolista. Estaban en el despacho del padre de María, en la sede central del Grupo Aberasturi en Bilbao. La mujer le había contado todo lo ocurrido la noche anterior con pelos y señales. Parecía tranquila.

—¿Crees que quien te ha dejado la nota es la misma gente que está detrás de los asesinatos? —preguntó él.

—Tú también piensas que no, ¿verdad? No lo sé. Puede que sí y que quieran que encontremos algo. No podemos saberlo.

Alain negó con la cabeza resignado.

—No entiendo que te quedaras a dormir en tu casa —dijo por fin.

—Me quedé en mi casa, pero no dormí —matizó María con serenidad—. Además, no estaba sola. Estaban Antonio y Lourdes.

—Han entrado en tu piso. Podrías haberme llamado.

Ella se llevó la mano a la frente. Estaba extremadamente cansada. Se dio la vuelta y se fue hacia el minibar. Allí se puso una copa. Se la bebió de un trago.

—Habría que ir al museo —propuso Alain—. Tenemos que buscar ese manuscrito.

—Iremos. Pero antes hay que ocuparse de David —dijo ella con el aplomo de quien está acostumbrada a dirigir—. Tenemos que protegerlo. Creo que debería pasar desapercibido un tiempo. Y conozco el lugar idóneo.

—¿Le vas a decir que han entrado en tu casa y lo de la nota?

—Si se lo digo, jamás accederá a esconderse, que es exactamente lo que debe hacer.

—¿Y a la policía?

—Ya has leído lo que me dicen, que no vaya a la policía. Por mi bien, según pone ahí. —Y señaló la nota.

—Pero no parece una amenaza. Quizá sea solo una advertencia...

—No lo sé. —Ella negó con la cabeza con gesto serio—. Y encima, me ha llamado a primera hora Germán de la Serna, nuestro director ejecutivo. Dice que un detective, un tal Lucas Bieda, le ha ido a hacer preguntas inoportunas sobre la posibilidad de que el incendio y lo del señor Alba no fueran accidentes.

—Pero esa posibilidad se la diste tú misma ya a la policía y acabaron

desechándola.

—Sí. Precisamente me ha llamado para pedirme que no siguiera dando vueltas al tema y que no hable con la policía. No le he dicho nada a Germán, pero el caso no se reabrió a pesar de mi insistencia. Así que ese tal Bieda es alguien nuevo.

—Pues podríamos llamarlo y contarle algo. Si está decidido a reabrir el caso, quizá esté de nuestro lado.

María asintió. Se llevó la mano a la nuca y se la frotó acompasadamente. Después, apuró su segunda copa, se encendió un pitillo y se dirigió a la mesa. Pulsó el botón del interfono para hablar con su secretaria.

—Ponme con Lucas Bieda de la Policía Nacional, por favor.

—De acuerdo. —Se oyó la voz distorsionada de la secretaria—. Un segundo.

María se sentó en el borde de la mesa, cruzando delicadamente las piernas y esperó mirando a Alain, que le sostuvo la mirada.

—¿Se lo vas a contar todo? —preguntó él.

—No. Creo que lo del Museo de Bellas Artes tenemos que investigarlo nosotros antes. No sé qué encontraremos pero, si la nota dice que es mejor no implicar a la policía, voy a darle un voto de confianza.

—¿Y si el detective pudiera encontrar huellas en la cabina o en tu casa?

—No creo que haya ninguna huella.

Sonó el teléfono.

María indicó a Alain que se acercara para escuchar. Él cogió su muleta y se aproximó cojeando.

—Buenos días —contestó María.

—Hola, señorita Aberasturi.

—Le llamo porque sé que está usted haciendo preguntas.

—Con lo discreto que yo soy... No sé cómo se ha enterado.

—Me lo ha dicho el señor De la Serna, al que creo que ha visitado.

—Así es —confesó él con su voz grave—. Pero, primero, déjeme que le dé el pésame. Siento lo de su padre.

—Gracias. Si está investigando es porque piensa que hay algo más detrás de aquel incendio.

—Por lo que sé, usted piensa lo mismo.

—Pero yo quiero saber sus razones.

—Yo soy muy de corazonadas... —apuntó Bieda, obviando hablar de notas anónimas y sobres rojos.

—¿Tengo que creerme eso?

—Qué remedio le queda. El asunto es que lo estoy investigando. Creo sinceramente que hay algo detrás, y con eso debería valerle. He leído los expedientes sobre las muertes de su padre y del señor Alba porque algo no me encajaba. Sé que estoy solo en esto y espero que no se entere mucha gente más de que lo estoy investigando. Lo cierto es que no estoy teniendo mucha suerte. De momento, no hay

indicios que confirmen mis sospechas —reconoció él apesadumbrado—. ¿Y cuáles son las tuyas?

—¿Las mías?

—Sus razones.

—Para eso le llamo, precisamente. Pero antes de contárselas he de saber si está usted en mi mismo barco —apuntó María mirando a Alain, que estaba junto a ella escuchando.

—Puede que sí, pero no tengo ni idea, señorita Aberasturi, porque no sé en qué barco estoy ahora mismo. Si usted, desde el suyo, vislumbra al fondo un precipicio, es bastante probable que sí, que vayamos juntos en este viaje. Así que cuidado, que vienen curvas.

—Hemos encontrado una foto —dijo María resuelta cerrando los ojos.

—¿Qué foto?

—Una muy extraña en la que aparecen cinco personas. Y tres de ellas están muertas. Una es mi padre y otra, el señor Alba. Una tercera persona es el abuelo de quien encontró la fotografía.

—Me gustaría verla.

—Todo a su tiempo. Pero la cuestión es que creemos que las personas que aparecen en esa foto y aún están vivas pueden correr peligro.

—Entiendo que conocen a alguno de los dos que quedan.

—Solo a uno. El abogado David Schaffer. Pero, por favor, no comparta esto con nadie.

—Lo conozco de oídas, claro. ¿Y qué van a hacer?

—Esconderlo. Si esto, por muy absurdo que parezca, es cierto, puede que él sea el siguiente.

—Puedo ayudarles.

—Lo siento pero prefiero ocultarlo yo. Recuerde, señor Bieda, que todavía no sé en qué barco vamos cada uno. Solo le pido que me tenga al tanto de lo que averigüe. Poco a poco, veremos si usted puede ganarse mi confianza y yo la suya. Pero tenga en cuenta que, si las personas que aparecen en esa foto están muriendo, quizá sea por algo que exceda el móvil económico. O quizá no. No lo sé. Seguiremos en contacto.

Y colgó.

Hubo unos instantes de silencio.

—Muy dramático todo —apuntó Alain.

—No es para menos. Creo que Bieda no nos cuenta todo lo que sabe. Tengo la sensación de que ya no me puedo fiar de nadie.

—Al menos ya hemos hablado con él, y puede que estemos buscando lo mismo. Después de lo del museo, si hemos podido sacar algo en claro, ya decidiremos qué hacer.

Lara volvió a coger su muleta y regresó al sofá.

—Supongo que la última pregunta que nos queda por hacer es quién está detrás

de la nota que te dejaron en tu casa.

María negó asqueada. Como si quisiera evitar el tema.

—Mira, es imposible saberlo. Ni idea. No tengo la cabeza para eso. Lo mejor es intentar saber qué hay en el museo y, a partir de ahí, ya seguimos con el puzle.

Volvió a sonar el teléfono. María chasqueó la lengua.

—Como sea Bieda no pienso ponerme —anunció al futbolista antes de coger el auricular—. ¿Sí?

—Señorita Aberasturi, es el señor Schaffer. Dice que es muy urgente.

Se oyó el chasquido por el cambio de línea.

—David, ¿qué ocurre? ¿No volvías más tarde de Barcelona?

Alain no pudo escuchar el resto de la conversación desde donde se encontraba. Oía que la voz al otro lado del auricular era nerviosa y entrecortada.

—Pero, David. ¿Estás bien? Escúchame: vete al despacho. Allí estarás seguro, al menos por ahora. Y nosotros vamos inmediatamente a recogerte. Llévate una maleta con lo imprescindible.

Se oyó de nuevo como David la interrumpía.

—No, David, tus trajes no serán necesarios, no seas imbécil. Haz lo que te digo. Ahora te vemos.

María colgó el teléfono. Miró a Alain, que supo que no era necesario preguntar nada.

—David volvió antes, ayer por la madrugada. Al poco de llegar, un encapuchado entró en su casa y lo tumbó de un golpe. Cuando se ha despertado, ha visto que alguien había dejado una fotografía a su lado.

—¿La *fotografía*? —recalcó Alain.

—Sí. La del avión. Y detrás había un mensaje escrito a máquina. Le amenazan con cargarse su bufete, su fama y su fortuna si no hace lo que le piden.

—Pero ¿qué le piden? —preguntó Lara incorporándose del respaldo.

—Le exigen que se suicide.

Sé que lo que quiero conseguir tiene un alto precio. Lo que nunca imaginé es que ese precio lo pagarían otros por mí.

El Extranjero

Berlín, últimos días de abril de 1941

Ernst Boelcke ha recibido ya órdenes expresas del viceführer para entrar en el piso de la chica, registrarlo todo y capturar a su inquilina para proceder a un duro interrogatorio.

Boelcke lleva consigo tres compañeros. Es noche cerrada. Saben que la mujer habrá llegado al piso hace escasos minutos. Comprueban que, como cada noche, la luz de la ventana de Maruska está encendida. Pero, en esta ocasión, las cortinas están corridas y dificultan la visión del interior.

Ernst Boelcke ordena a dos de sus hombres que acudan a las posibles salidas del edificio. Después se dirige a Erich, el jovencísimo y espigado tercer soldado, para que lo acompañe en la incursión.

Boelcke y Erich franquean las entradas y se deslizan con discreción hasta la puerta de la casa de Maruska Dvorák. Dentro, se oyen las teclas repiqueteando en la máquina de escribir. Boelcke mira a Erich y le hace una seña. Es el momento. Cargan contra la puerta, que cede fácilmente. Se astilla toda la madera que rodea la cerradura. En la habitación contigua oyen un grito ahogado de mujer. Boelcke indica a su soldado que reduzca a la chica mientras él comienza la inspección del inmueble en busca de pruebas. Erich se dirige a toda velocidad a la habitación donde se encuentra Maruska.

De improviso, Boelcke oye un disparo.

—¡Pero qué demonios...!

Erich aparece de nuevo en la puerta de la habitación donde se encuentra su superior. Llega cabizbajo, con su pistola desenfundada y el cañón aún humeante.

—¡Maldita sea! No habrás matado a la mujer, ¿verdad, muchacho? —pregunta Boelcke reprimiendo su rabia.

—No había otro remedio, señor —se excusa él, apesadumbrado—. Ella me ha apuntado con una pistola.

Ernst Boelcke, esquivando al soldado, se dirige con rápidos pasos hacia la otra habitación. Allí descubre a la mujer muerta con un orificio de bala aún sangrante en el pecho. Una pistola yace a escasos centímetros de su mano derecha. Quién iba a decirlo: la mujer estaba bien preparada. Aunque, bien pensado, es lógico. Si trabajaba para el Extranjero, debía tomar sus precauciones.

Lamenta no tener la posibilidad de sacarle información mediante un interrogatorio, pero ya no puede hacerse nada al respecto. El soldado se vuelve y mira a Erich. Tan joven, tan inexperto y ya ha matado. No se le ve demasiado intranquilo.

Será un buen soldado.

—Bueno, pongamos esto patas arriba —ordena Boelcke—. Llama a tus dos compañeros para que suban a ayudarnos. Ya no necesitamos que nadie cubra las salidas.

A la mañana siguiente, ya se le ha pasado la desazón por la pérdida de la mujer y presume henchido ante el mismísimo viceföhrer por la gran cantidad de pruebas encontradas en aquel piso.

—Notas que hacen referencia a la pared donde debería realizarse la marca de tiza, partes de los textos que el mismo Extranjero nos envió y que quizá fueran redactados por ella, planos del hospital donde se realizó el pago... Una gran variedad de pruebas, señor. El haber perdido a su contacto habrá supuesto un durísimo revés para nuestro hombre. Por fin hemos golpeado nosotros —se jacta Ernst Boelcke.

—Y todo gracias a usted —lo felicita Rudolf Hess.

—Era mi deber, señor. Ahora hay que ir a por el Extranjero.

—Sí. Pero de eso no nos encargaremos nosotros —aclarar Hess—. Nosotros solo debíamos ocuparnos de esta posible fuga de información. En lo que se refiere a encontrar al Extranjero, ya hay personas que se están dedicando a ello.

—¿Señor? No lo entiendo —titubea extrañado—. Tenemos mucha información. Sabemos cuál era su contacto.

—Lo sé, lo sé. Pero debe comprenderlo. Gracias a su perfecto seguimiento, hemos encontrado evidencias de la incauta actitud de alguien tan importante como el señor Goebbels. Enviaremos toda la información, pero nada acerca de las fuentes de la señorita Dvorák. Debemos apartar del caso del Extranjero todo lo relativo a esta misión para no implicar a alguien tan fiel al Reich.

—¡No hay nada que ocultar, señor! La actitud del ministro ha sido totalmente comprensible. No ha llegado nunca a revelar nada importante, pero esa chica sabía preguntar y tenía más datos que completaban su información. No hay razón para culpar al ministro.

—Y no lo haremos. Pero precisamente por eso es mejor que usted, que sabe del asunto, se aleje del caso. Y, por supuesto, a partir de ahora me encomiendo a la mayor de sus discreciones.

—De acuerdo —acepta Boelcke finalmente, en parte defraudado y en parte enorgullecido por las palabras halagadoras del viceföhrer—. Lo entiendo. Y, por supuesto, seré una tumba.

—Muchas gracias. Eso es todo. Daré cuenta de sus méritos, no se preocupe.

—Gracias, señor —apunta antes de saludar y retirarse de la estancia.

Hess lo mira marcharse. Ha hecho bien en retirarlo del caso. Ese pobre hombre no sabe nada, nada en absoluto. Piensa que la información que ha hallado en el piso de la actriz checa proviene de sus encuentros con Goebbels. Qué ingenuo.

El jefe del partido nazi sabe perfectamente que el ministro de Propaganda no ha dicho ni una palabra de más. Quizá haya incurrido en algunas pequeñas

indiscreciones con una mujer a la que había subestimado contándole retazos imprecisos de la existencia del Extranjero, de su máquina de encriptado y de la preocupación de Hitler al respecto. Pero nada más.

Puede que sea un mujeriego que se ciega cada vez que una belleza escultural relacionada con el mundo del espectáculo se interpone en su camino. Pero no es tan incauto como piensa Ernst Boelcke, el soldado que acaba de abandonar la estancia.

Definitivamente, ese hombre que recorre los pasillos lleno de orgullo piensa que sabe algo y no sabe nada en absoluto.

Si sigo haciendo lo que hago es porque creo que no hay muchos que puedan hacerlo. Además, no sé hacer otra cosa. En las calles, tengo un prestigio. Y soy temido porque no hay nadie tan peligroso como quien considera la muerte una mera parte de la vida. Puede que eso me convierta en un descerebrado. Puede que me convierta en un héroe. Me importa una mierda.

LUCAS BIEDA

Bilbao, septiembre de 1983

Bieda estaba en su despacho. Llevaba la camisa remangada por encima del codo. Masticaba un puro y se estiraba continuamente de los tirantes.

Sus entrevistas iniciales habían sido infructuosas. Y además, poco discretas. Con eso ya contaba. Y aquella llamada de la hija de Aberasturi solo había enredado un poco más las cosas. Ella defendía que había un nexo entre tres muertes ocurridas recientemente en Bilbao: la del dueño de la Aberasturi, la del director financiero y la de un tercero de quien él aún no sabía nada. También aseguraba que, posiblemente, el célebre abogado David Schaffer podía ser la cuarta víctima. Tenía que ahondar en eso, pero no sabía cómo hacerlo si la señorita Aberasturi no quería soltar más información.

Lo que le rondaba la cabeza en ese momento era el soborno a la policía. Ese soborno podía haber provocado que se hiciera la vista gorda en el caso. Desde luego, él no había podido sacar nada en claro de todos los documentos, imágenes e informes del expediente. Pero eso tampoco significaba nada. El detective al mando era Martín Sollube, del que nunca se había fiado. Pero eso tampoco significaba nada. Si averiguaba algo sobre el posible soborno, quizá pudiera obtener algún indicio sobre quién estaba detrás.

Se levantó de su escritorio resuelto y fue hacia la puerta. Había tenido una idea. Se dirigió hacia su ayudante, Imanol. Como siempre que iba a pedirle algo, aquel joven imberbe y todavía con acné estaba jugando a videojuegos con una de esas maquinitas plegables que ponían a Bieda de los nervios.

—Imanol, perdona que te interrumpa.

—No se preocupe. —Si su ayudante había captado el sarcasmo, no parecía haberle importado en absoluto.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Para eso estamos —dijo él cerrando la maquinita y dejándola en la mesa.

—Necesito que compruebes algo. Pero debes ser discreto. Quiero que saques la lista de las llamadas que haya hecho o recibido el detective Martín Sollube desde el día del incendio en el casco viejo hasta la semana pasada. Quiero que las revises una por una para ver si hay alguna que te resulte rara.

—¿Todas las llamadas de todos esos días? —preguntó Imanol consternado por la tarea.

—No, solo las de los días impares, mejor —ironizó Bieda negando con la cabeza.

—De acuerdo —asintió Imanol sin entender el retintín de su jefe.

—Hay que joderse... Imanol, de verdad, eres idiota. Haz el favor de mirarme todas las llamadas de Sollube de todos los días. Pares o impares. Y con discreción. Que nadie sepa lo que estás haciendo.

Volvió a su despacho y dio un portazo. Suspiró compadeciéndose de sí mismo por la inutilidad de la gente que lo rodeaba. De pronto, fue a sentarse a la mesa y vio algo que lo descolocó: un sobre rojo en mitad del escritorio.

—Joder —masculló.

Reparó en que la ventana de su despacho estaba abierta. Alguien se había colado allí. Corrió hacia ella y miró hacia la escalera de incendios. No vio a nadie, ni en la escalera ni en la calle. Y volvió a maldecir, esta vez para sus adentros. Regresó a su mesa y abrió el sobre. De nuevo, un texto breve y con letras de revista recortadas:

Hemos comprobado que ha hecho sus investigaciones. Por eso, seguimos dándole información. El abogado David Schaffer puede tener mucho que esconder. Si no es mucho pedir, sea discreto.

—¿Schaffer? —dijo en voz baja Bieda mientras lanzaba la nota sobre la mesa y volvía a coger su puro del cenicero.

Volvió a masticar el habano y a estirar y contraer sus tirantes. ¿No era exactamente la persona a la que se suponía que debían proteger? ¿No le había dicho María Aberasturi que él podía ser la siguiente víctima? Además, ¿qué motivo podría tener aquel abogado para cometer los crímenes?

Negó con la cabeza. Hasta entonces, había tenido claro que sus sospechas debían orientarse hacia la familia Bécker o hacia Germán de la Serna. Y ahora, ese maldito sobre rojo lo ponía en alerta sobre el famoso abogado. Después de darle varias vueltas más, concluyó que una pista era una pista y, por tanto, debía seguirla.

Supo desde el principio cuál debía ser su primer paso. Sacó de uno de los cajones una libreta de teléfonos para llamar a alguien que quizá pudiera ayudarlo, Joaquín Larrea. Marcó un número de teléfono y aguardó a que Joaquín descolgara. Esperó varios tonos hasta que tuvo que desistir. Unos minutos después, volvió a intentarlo, pero nadie cogía el teléfono.

—Tendré que ir a ver qué pasa con ese teléfono —se dijo Bieda.

Se levantó de la silla enérgicamente y se puso la gabardina. Salió del despacho con grandes zancadas. Cogería la moto para ir a la oficina de Larrea.

—Salgo un rato, Imanol. Atiende mis llamadas, por favor —pidió mientras desaparecía por el pasillo.

Condujo su Honda bajo una intensa lluvia. Después de las inundaciones del mes anterior, la lluvia seguía haciendo apariciones esporádicas pero eso no solía desanimarlo para coger la motocicleta.

Llegó en pocos minutos al barrio donde se encontraba la oficina de Larrea. Llevaba la gabardina completamente empapada. A través del cristal de su casco solo veía paraguas y paraguas. Aparcó en el lateral de una sucursal bancaria, en la calle Astarloa.

Entró en el edificio y se dirigió hacia los ascensores. El portero del edificio le llamó la atención. Quizá fuera porque iba totalmente empapado, quizá por su barba descuidada o, quizá, por aquella larga cicatriz que le atravesaba la cara.

—¡Epa, amigo!, ¿puedo ayudarle? —preguntó poniéndole la mano sobre el hombro.

El detective le lanzó una dura mirada.

—Quitarme la mano de encima sería un buen comienzo.

—Entiendo —contestó el portero que, por si acaso, le hizo caso a aquel tipo de casi dos metros—. Y... ¿a dónde va, si puede saberse?

—Vengo a ver a Joaquín Larrea —respondió con desidia mientras mostraba su identificación.

—¡Oh! De acuerdo, perdone —se disculpó el portero.

—No se preocupe —le dijo Bieda mientras se metía en el ascensor.

—Le avisaré de que sube, señor.

—No lo haga —ordenó el detective. Pulsó el botón de la planta cuarta.

—Pero...

—Si lo hace, para cuando llegue arriba, él ya habrá desaparecido —dijo mientras se encendía un puro y las puertas del ascensor se cerraban ante el atónito portero.

Joaquín Larrea era un asesor patrimonial que había encontrado en la jungla financiera nacional e internacional su hábitat natural. Vivía de conseguir dinero rápido, tanto para sus clientes como para él mismo. De hecho, aquella ambición era la que había provocado que él y Bieda se conocieran.

Cinco años atrás, el detective había estado al mando de una investigación por un pequeño escándalo financiero relacionado con el desvío de fondos a las Islas Caimán. Por entonces, Joaquín Larrea no era más que un empleado de aquella compañía, así que Lucas Bieda logró que declarase en el juicio contra sus jefes a cambio de reducir sus costes judiciales a unas imputaciones de cargos menores —evaporables con unas nimias fianzas— y, por supuesto, de la devolución del lucro que había obtenido en los fraudes.

Desde entonces, el detective solía aprovecharse de los conocimientos de Larrea acerca de la parte oscura del mundo empresarial del País Vasco cuando algún caso lo requería. Porque Joaquín Larrea, a pesar de afirmar que llevaba varios años *limpio*, estaba siempre al tanto de cualquier trama que se estuviera cocinando. Y Bieda lo sabía.

El ascensor se abrió en la planta cuarta, donde se hallaba la empresa de Larrea, una incipiente compañía de gestión de patrimonios de la que Joaquín era uno de los tres socios promotores.

—Hola, ¿el despacho del señor Larrea, por favor? —preguntó Bieda a la secretaria de la entrada.

—Tercera puerta a la izquierda, pero espere aquí, por favor. Debo avisarle de su visita.

—Es mejor no hacerlo, créame. —El detective ya caminaba por el pasillo desoyendo las advertencias que la secretaria le gritaba a su espalda.

Vio el nombre de Joaquín en una placa. Abrió enérgicamente la puerta sin llamar. Se quedó en el umbral, con el puro entre los dientes, y extendió los brazos como para celebrar el reencuentro.

—¡Joaquín! *Arratsaldeon!*

—¡Oh, mierda! —exclamó él dando un respingo en su silla.

Entró. Era un bonito despacho. No demasiado grande, pero sí muy ordenado. Su dueño lucía una larga melena y un bigote recortado. Llevaba unas gafas modernas y un traje algo hortera.

—¿Cómo te va? —preguntó el detective regocijándose en lo poco bienvenida que era su aparición—. Oye, veo que no te alegras de verme.

—¿Te sorprende?

—La verdad es que no. —Bieda rio mientras sacudía su gabardina a su estilo y se sentaba frente a Joaquín.

—Ese puro me va a dejar apestado el despacho.

—¿Esto? No te preocupes: este tiene un olor parecido al del incienso. Ya verás. Muy agradable. Bueno, ¿qué tal estás?

—Ahora mal. ¿Qué demonios quieres, Bieda? —preguntó mientras apartaba los papeles para atender a su inesperada visita.

—Iré al grano —dijo tras unos segundos—. ¿Recuerdas el incendio de hace unas semanas en la sede de la Kantauriko Kutxa?

—No, no tengo ni idea de lo que me hablas.

—Joaquín...

—¡Pues claro que me acuerdo!

—Tranquilo, Joaquín —dijo Bieda alargando las palabras como si hablara con un niño—. No uses ese tono conmigo.

—Que te jodan. ¿Qué quieres saber?

—Eso está mejor. Lo que me gustaría averiguar es si puede haber alguien detrás del incendio y del fallecimiento de Ignacio Aberasturi.

—No lo sé.

Se hizo el silencio. El detective miró inquisitivamente a su interrogado.

—¡Te lo juro, Bieda! ¡No lo sé! —volvió a afirmar Larrea.

—De acuerdo, de acuerdo. Por otro lado, tengo entendido que han sobornado a algún miembro de mi comisaría para hacer la vista gorda en el caso.

—Tampoco me suena —le advirtió Joaquín anticipándose a la posible pregunta.

—Ya me lo imagino. Pero quizá sí me puedas decir quién tiene contactos en las

comisarías como para intentar un soborno.

—Demasiada gente.

Un nuevo silencio. Una nueva mirada cargada de advertencia.

—Mira, Lucas... He oído algo, pero...

—¿Qué ocurre?

—Negaré haber dicho nada, pero se comenta que el abogado que iba a cerrar la operación podría tener intereses paralelos.

—¿David Schaffer? —preguntó el detective.

—Sí. Dicen que en la compraventa había pactado un sobreprecio sin fundamento. Y que Schaffer podría tener su propia agenda personal. Sus propios intereses financieros o, incluso, otros intereses profesionales.

—¿Profesionales? ¿Qué crees que pretende?

—Bueno. Digamos que hay un puesto muy apetecible cuya consecución se simplifica sin Ignacio Aberasturi...

—¿La presidencia del Banco del Norte?

—No. La presidencia de su comunidad de vecinos, no te jode...

—¿Insinúas que quiere presentarse como candidato? No me lo creo.

—Yo tampoco lo creo, la verdad. Es cierto que él es reconocido por su especialización en el sector financiero y podría ser buen candidato técnico, por decirlo así. Pero ya no sé por dónde coño van los tiros. Solo recuerda una cosa, Lucas. Estamos hablando de la persona más inteligente que he conocido.

—Joaquín... ¿de verdad crees que este tío puede estar detrás de un asesinato así? Es algo muy gordo.

—No lo sé, Lucas. Yo te digo lo que he oído.

—Dime quién te lo ha dicho.

—Nadie en particular y todos en general. Hay parte que es cosecha propia y parte que he contrastado por ahí.

—¿Contrastado?

—Bueno, contrastado a mi manera. Es todo lo que voy a decirte. No puedo hablar más porque tampoco sé más.

Bieda dio una serie de caladas al puro y se tiró de los tirantes. Aquello era demasiado. Tenía que seguir esa pista sobre el abogado, pero le parecía un móvil más endeble que el del resto de sospechosos.

—De acuerdo, Joaquín, de acuerdo —concluyó pensativo Bieda—. En fin, muchas gracias por la información.

—De nada. Ya sabes, para lo que quieras —apuntó falsamente Larrea a modo de despedida.

Bieda sonrió y apagó el puro contra la superficie de madera de la mesa de Joaquín. Este se quedó atónito pero no se atrevió a protestar. El detective se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Hasta la próxima, amigo mío —se despidió.

—¿Te refieres hasta la próxima vez que me necesites?

—Exacto.

—¡Ya podrías haberme metido en la cárcel en aquel caso! Me habría salido más rentable.

El policía soltó una carcajada y cerró la puerta. Realmente aquel tipo tenía su gracia.

Durante los minutos siguientes, Joaquín Larrea esperó un tiempo prudente para que el policía hubiera abandonado el edificio. Después, levantó el teléfono y marcó un número. Sabía que al otro lado esperaban su llamada.

Cuando oyó que contestaban, Larrea tan solo dijo:

—El poli ya ha estado aquí. Le he dicho lo que me pidió. Ya le he dado en bandeja a su sospechoso principal. Y creo que se lo ha tragado.

Es mentira que si haces las cosas bien, el destino te premia con cosas buenas. Es mentira. En la vida te tocan unas cartas. Pueden ser buenas o malas. Y no importa si ganas o no la partida, lo importante es el rendimiento que saques de ellas. Yo no sé cómo he jugado. Pero lo que sí sé es que me han tocado las peores cartas del mundo.

MARUSKA DVORÁK

Berlín, últimos días de abril de 1941. Una hora antes de que los nazis entren en casa de Maruska Dvorák

El Extranjero cubre su cigarrillo con el hueco de la mano para que la lumbre no lo delate y pueda seguir fundido entre las sombras de la noche de la capital alemana. Llega a su portal. Sube hasta su habitación y recoge varios documentos que introduce en una cartera. Después, sale y avanza por el descansillo hasta el apartamento de su vecina Maruska.

Allí no hay nadie. Desde la calle, ya había observado que todas las luces estaban apagadas, aunque no tenía necesidad de comprobarlo. Sabe que la mujer llegará en cincuenta minutos más o menos. Tiempo más que de sobra.

Fuerza la puerta con precisión. La cerradura cede al instante, rindiéndose ante la fina habilidad del intruso. El Extranjero ya está dentro. Se dirige a la habitación donde la señorita Dvorák suele escribir cada noche.

Ve sobre la mesa un marco descascarillado con una fotografía en blanco y negro bastante oscurecida. Seguramente son los familiares que la mujer ha dejado atrás en su país. Es probable que ellos sean la excusa de Maruska para hacer lo que hace. Cada uno se engaña como quiere.

El Extranjero sigue a lo suyo y se vuelve hacia la máquina de escribir, que también descansa en aquella mesa. Abre el primer cajón y encuentra un grueso legajo de hojas. Lo toma y comienza a echarle un vistazo. Sonríe. Vuelve a la primera hoja. Ve algo que le sorprende enormemente. Hay una frase en inglés. Es el título. La mujer incluso ha bautizado ya su obra: *La lágrima del Lobo*.

Pasa varios segundos inmóvil, contemplando aquel título, pensando en el documento y en la mujer que lo ha escrito. Sacude la cabeza y prosigue haciendo lo que lo ha llevado hasta allí. Abre la cartera que lleva consigo y guarda en ella todas las hojas.

En esa misma cartera tiene varios documentos. Documentos que va a esparcir en casa, en distintos cajones y armarios, para que no sean muy difíciles de encontrar en una eventual visita.

Ha escogido muy bien el momento. Sabe que entre la llegada de Maruska y el registro posterior por parte de los nazis no podrá pasar mucho. Así, a la señorita Dvorák no le dará tiempo a darse cuenta de los cambios que él ha llevado a cabo en su casa ni a comprobar si su obra sigue en el cajón de siempre. Y, por tanto, no podrá

reaccionar. Qué injusto es el destino de aquella mujer.

Pero él ya no puede hacer nada, no va a hacer nada, para frenar esa gran rueda que él mismo empujara hace unos meses desde su reunión con el general Marcks. No puede permitirse sentir compasión. Esa es una rueda que ya no puede controlar. Una rueda implacable que decide por sí misma por dónde avanzar y a quién sacrificar por el camino. Siempre que el Extranjero no sea la víctima.

«Siempre ha sido así y así está bien», piensa.

Mira a su alrededor. Todo está dispuesto. Todas las pruebas falsas que ha esparcido por el piso cumplirán perfectamente su misión. Eso calmará un poco a los nazis en su persecución. Camina hacia la salida. Abre la puerta y la cierra a sus espaldas, dejando atrás el escenario del inminente crimen. Suspira.

—Adiós, Maruska.

Maruska refleja la vigorosidad de su caminar decidido en el repiqueteo constante de sus tacones contra el pavimento. Como cada una de las noches en que comparte unas horas con el ministro de Propaganda nazi, vuelve con renovadas energías a su casa y dispuesta a transmitir su inspiración a las teclas de la máquina de escribir. Y, desde ellas, a las páginas más importantes que jamás haya escrito.

Es actriz, pero a Maruska siempre le ha atraído más contar historias que interpretarlas. Quiere escribir. Ser guionista. Ya ha escrito alguna pieza anteriormente, pero realmente nada bueno. Esto va a ser distinto. El guion que está escribiendo es mucho mejor. Habla de intrigas, de guerra, del poder... y lo mejor es que está basado en hechos reales. La historia de un hombre que pone en jaque a todo un gobierno. *La historia del Extranjero*.

Realmente Joseph no le da demasiados datos, pero tampoco importa: el resto de las historias se las inventa ella, que por eso es una artista. Idealiza los personajes, dramatiza los momentos, sublima las acciones. Y todas las noches intenta sonsacar alguna cosa a su querido acompañante, intercambiando cariño por ideas y tramas memorables para su guion. Un guion que habla del Extranjero, de su máquina de cifrado y de que nadie ha logrado atraparlo.

Maruska también sabe que es una historia arriesgada. Su guion, por ahora, no puede salir a la luz. Cuando acabe la guerra, volverá a su país con los suyos, y, pasado un tiempo, lo dará a conocer. Solo así podrá justificar que haya abandonado a su familia. Cada vez que piensa en ellos, las lágrimas acechan a sus bonitos ojos. Ella les manda dinero cada poco tiempo, aunque nunca sea demasiado. Maruska malcome, malvive y lleva ya varias semanas de retraso con el alquiler. Pero no puede quedarse nada para ella. Solo lo mínimo. Aun así, comienza a ser insuficiente. Su madre, según el último telegrama que ha recibido, ha enfermado. Y no puede hacerse cargo del resto de la familia. Maruska prefiere pensar en ellos y llorar que no hacerlo para evitarse sufrimientos. Es la única manera de purgar sus actos y de no odiarse a sí misma por hacer lo que está haciendo: vender su alma y su cuerpo. Ya ha llegado a

casa. Como siempre, se dará una ducha para relajarse, diluir sus lágrimas y dejar reposar las ideas que aquella noche quiere transmitir a su obra.

A un par de manzanas de allí, un grupo de cuatro personas se dirige a llevar a cabo su misión. Una de esas personas es el joven y barbilampiño Erich. Su superior, Ernst Boelcke, los lleva al piso de una mujer que parece ser el contacto de alguien que está intentando estafar al gobierno. Pero él tiene una misión especial dentro de esa misión general que ahora acomete. Alguien cercano a las más altas instancias le ha encomendado personalmente que se encargue de matar a la mujer. Debe parecer que actúa en defensa propia, así que lleva una pistola que pondrá en manos de la víctima cuando la haya matado. Y le han dicho que lo mejor es que nadie, ni siquiera su superior, sepa nada.

Erich está orgulloso de ser el elegido. Pero también está nervioso. Le sudan las manos y nota un vacío en el estómago. No por matar. La mujer merece morir. O, al menos, eso supone. Está preocupado por la responsabilidad que carga a sus espaldas. Todo tiene que salir bien.

Llegan al edificio. Ernst Boelcke da las órdenes y Erich sube con su superior por la escalera hasta la vivienda de Maruska. Una vez tiran abajo la puerta, él se dirige rápidamente a la habitación de la checa por indicación de Boelcke.

Todo ocurre muy rápido.

Entra y ve a su izquierda a la mujer sentada a la mesa, frente a una máquina de escribir. Tiene el rostro lívido. Erich, sin pensárselo, eleva el cañón de su arma hacia Maruska. Ella clava sus ojos en los de él. Parece confundida. No entiende lo que está a punto de ocurrirle. En sus ojos hay más incompreensión que miedo. Sabe que está a punto de morir y ni siquiera se siente con derecho a buscar explicaciones. Solo siente una fugaz desesperación porque sabe que su muerte provocará que su familia se quede sin apoyo. Qué vida. Maldita sea su vida. No llora porque no le da tiempo a hacerlo.

El joven nazi dispara. En la blusa blanca de la mujer se aprecia repentinamente un orificio enmarcado por un círculo oscuro de chamusquina. Un orificio que pronto es ocultado por la sangre que brota a borbotones de su cuerpo. La sorpresa en los ojos de la actriz aumenta desmesuradamente un segundo antes de desplomarse en el suelo. Erich reacciona instantáneamente y saca la pistola que tenía oculta en su uniforme y la coloca cerca de la mujer.

Maruska Dvorák, que sigue en el suelo, no ha gritado al ver a su verdugo. La incredulidad y la incompreensión se van borrando lentamente de unos ojos que, en escasos segundos, pierden todo rastro de vida. La actriz ha muerto sin saber que ha sido confundida con el contacto del Extranjero, a quien no ha visto en su vida.

La actriz ha muerto sin saber que ha representado el mejor papel de su vida.

Mi vida, 9

Sobre esta maldita máquina de escribir

Ese día, el día de la paliza, vinieron a verme María y el futbolista rubito al bufete. Yo andaba con un pómulo morado y me palpaba continuamente la contusión. Ese cabrón se había pasado. Mis visitantes miraban la foto y el mensaje del reverso. La giraban cada pocos segundos para examinar ambas caras una y otra vez.

—Me la vais a desgastar, y tenía pensado enmarcarla.

María bufó y me miró con seriedad.

—¿Ni en esta situación, David? —preguntó indignada—. ¿Ni siquiera ahora vas a dejar de hacer bromas?

Y qué iba a hacer. Me encogí de hombros.

—Te piden que te suicides, por el amor de Dios. Tenemos que esconderte cuanto antes —indicó ella más calmada.

Yo atribuía su desesperación al dolor que a ella misma le producía todo aquello. Tal vez siguiera sintiendo algo por mí.

Fui a sentarme con ellos a los sofás. Dejaron la fotografía sobre la mesa, al lado de la pistola. ¿Lo de la pistola no lo había mencionado? Transcribo el mensaje del reverso de la foto:

Señor Schaffer: le exigimos que se suicide. El modo en que ocurrirá es el siguiente: la policía irá a por usted. Cuando lo hagan, resístase y dispare primero. Con esta pistola. Ellos devolverán sus disparos. Cerciórese de que alguno lo alcance mortalmente.

Si no lo hace, o si deja algún rastro que indique que su muerte no ha sido lo que parece, acabaremos con su fama, con su fortuna y con su bufete. Acabaremos con usted.

De ahí, la pistola. Para que me maten y demás. No, bueno, para que cuando venga la poli me enzarce a tiros y me deje matar, según la nota. Y de ahí que comenzara contando que estoy confinado y a punto de morir. O quizá ya esté muerto. Dije que a todo llegaríamos. Pues ya hemos llegado.

—Desde luego, así es como se cometen los asesinatos perfectos —dijo María—. Todas las muertes han parecido accidentes. Esto tampoco parecería nunca un asesinato. Es imposible que haya caso. Son inteligentes.

—De todos modos, solo te amenazan con quitarte la fama y el bufete —dijo Alain—. Solo por eso no vas a dejar que te maten. Espera a ver qué ocurre y ya está.

Puse cara de circunstancias.

—Prefiero que me maten a perder mi fama, mi bufete y mi buen nombre. Eso lo es todo para mí. Todo.

Lo dije sinceramente. Y aun en esta situación, aquí encerrado, escribiendo sobre mi vida en esta máquina a la espera de que las autoridades tiren la puerta abajo y vengan a por mí, sigo pensando igual.

—Pero —continuó Alain— si mueres en un tiroteo con la policía que tú mismo provocas, ¿no te crearás con eso mala fama?

—No es lo mismo. Si los que me amenazan no están de farol, supongo que harían correr rumores falsos sobre mi bufete o sobre mi calidad como abogado. Mi firma puede sobrevivir a lo del tiroteo pero no a lo otro.

Me levanté de nuevo y fui al minibar. Me puse otra copa y me encendí un cigarro.

—No quiero que te caigas de borracho, David. Deja de beber ahora mismo —exigió María.

—Mira, cariño, después de esto, hoy no va a haber botellas suficientes en este armario para mí. Me lo voy a beber todo y me lo voy a fumar todo.

El futbolista se levantó y cogió su muleta. Se fue hasta la ventana y dejó ir la mirada fuera mientras movía en sus labios otra de sus malditas ramitas. Supongo que para interrumpir el enfrentamiento y calmar la tensión. He de admitir que no he conocido a nadie con un lenguaje corporal no explícito tan espectacular.

—Seguimos sin tener ni siquiera una sospecha sobre

quién puede estar detrás de todo esto, ¿verdad? —dijo sin mirarnos.

Ni María ni yo contestamos. Ella me miró buscando mi respuesta y yo no dije nada. Solo le guiñé el ojo apretando los labios y encogiéndome de hombros otra vez. Ella se ruborizó un poco, aunque conservó su cara de cabreo. Miró al suelo. Alain se dio cuenta de todo aunque no nos viera. Me sorprendía aquel tío.

—¿La foto sigue sin decirte nada? —me preguntó.

—Solo recuerdo fogonazos. Vivía en un vecindario del sur. Éramos pobres, y yo repartía la prensa por la calle. También recuerdo que un vecino tenía mano en un aeródromo y me llevó a ver un avión. Poco más. De esa foto, no recuerdo nada.

—Ninguna cara te suena, ¿verdad?

—¡Buf! —resoplé—. Ninguna. Ni de lejos.

—Quizá entonces sea el que está de espaldas el que te llevara allí —apuntó María.

—Y quizá sea el que está de espaldas el que se está cargando a todo el mundo —dijo Alain aún en la ventana.

—O quizá el que está detrás de la cámara haciendo la foto —prosiguió María.

Yo fumaba con ansiedad y bebía como un camello. Todavía me dura la resaca, y han pasado días. María reparó en ello.

—No puedes seguir así, David. Nos vamos —dijo.

Y nos fuimos.

Cogimos mi maleta y paramos un taxi en la calle. Alain iba delante y yo detrás con María. Dejé caer a propósito mi cabeza sobre su hombro. Ella se mostró incómoda, pero estando yo como estaba no rechazó mi gesto.

El coche nos condujo hasta aquí, hasta donde ahora me encuentro. Un piso en Olabeaga, propiedad de Ignacio Aberasturi, que nadie conocía y estaba siempre vacío.

Me di una pequeña vuelta por el apartamento y comprobé asqueado que no tenía nada. Ni televisión ni tocadiscos... ¡Ni espejos! María lo preparó todo. Puso sábanas en la cama, deshizo mi maleta, bajó a por comida para llenar un antiguo frigorífico... Adecentó la casa como pudo, con la escasa ayuda del deportista cojo y con nulo apoyo por mi parte. Yo estaba tumbado en el sofá absolutamente

derrotado, inquieto y angustiado. Y muy borracho, para qué vamos a engañarnos. Ya me vais conociendo. Estaba como una cuba y no podía ni moverme.

Los observé a los dos un largo rato mientras preparaban mi cárcel. Alain, con su corpulencia y su mirada gélida, ayudaba a María como si hubiera nacido para eso. Daba un poco de rabia, la verdad.

—Queréis encerrarme aquí para que no pueda interponerme entre vosotros —dije, mientras mi lengua patinaba un poco.

Ellos, que ya habían terminado de prepararlo todo, me miraron.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —pregunté haciéndome el tonto.

Alain siguió sin decir nada. Cogió una manta y me la puso por encima para que pudiera dormir. Un gesto que le hizo quedar de puta madre con María.

—Para ti esto tiene que ser divertido, ¿no? —le dije rechazando la manta—. Conoces a María, juegas a ser detective y ves cómo a los demás nos matan a quien más queremos o nos amenazan.

—Han matado a mi *aitite* —dijo con una frialdad infinita.

—¡No compares, por favor!

María se quedó pálida. No podía creerse lo que yo estaba diciendo. Todo era por la maldita bebida.

Alain se sentó al borde del sofá donde yo estaba tumbado y me miró con condescendencia.

—Después de la nota que has recibido —comenzó a decirme como quien cuenta un cuento a un niño—, he comprendido algo que me ha afectado. Si a ti te piden que te suicides, lo más probable es que hicieran lo mismo con mi *aitite*. —Hizo una pausa. El tío dominaba los tiempos—. Y si a ti te han amenazado con tu fama y tu fortuna, a él lo amenazarían conmigo, estoy seguro. Así que lo más probable es que mi *aitite* se quitase la vida para proteger la mía.

Y, después, silencio. Si no hubiera estado tan ebrio, me habría levantado y me habría puesto a aplaudir. Qué discurso, qué temple. Qué cabrón.

Pero estaba borracho, así que me puse a llorar. Y

María y Alain callaron.

—Joder —dije por fin entre sollozos—. ¿Qué voy a hacer aquí recluido?

María miró a su alrededor y vio la máquina de escribir. La que ahora tecleo y de la que salen las letras que vosotros leéis. Si es que esto llega a leerlo alguien algún día, cosa que está por ver.

—Tienes eso —dijo María señalándola.

—Y qué quieres que haga, ¿escribir mis memorias?

—Puede ser un buen momento.

—Si no he pasado a máquina un documento en mi puñetera vida.

—Alguno seguro que sí. Y si no, aprendes. Deja de quejarte.

Me callé. No era ninguna tontería, lo de escribir sobre mí y eso. Pero yo en ese momento seguía sin hacerme a la idea de mi confinamiento.

—De verdad, no lo entiendo —me quejé por enésima vez—. ¿Qué es lo que hizo la gente de esta foto para que el que está de espaldas o el que maneja la cámara quiera matarnos?

—Quizá ese no sea el enfoque —matizó Alain.

—¿A qué te refieres? —preguntó María.

—¿Y si lo importante no es qué hicieron los demás? Me refiero a mi *aitite*, tu padre, David... Quizá lo importante es lo que hiciera ese hombre que está de espaldas. Él o quien sacase la fotografía, no lo sé. Quizá el que está ahora detrás de los asesinatos hizo algo en Berlín, durante la guerra. Los demás lo presenciaron y, sencillamente, ahora quiere matarlos porque necesita que aquello quede enterrado para siempre.

Si el destino fuese un crupier y la vida, un tapete, creo que quien está repartiendo las cartas sería, cuando menos, mi amante. No dejan de entrarme cartas altas. Y no soy capaz de renunciar a usarlas de la manera más atractiva.

El Extranjero

Berlín, últimos días de abril de 1941. El primer error del Extranjero

Escena interior: el despacho del Lobo. Aparece Adolf Hitler frente a un ventanal y un soldado detrás. Este acaba de contarle la última hazaña del Extranjero.

SOLDADO.— Y finalmente logró escapar, mi Führer.

El Lobo no dice nada. Pero de sus ojos, a pesar del gesto impasible que parece tener impreso sempiternamente en ellos, se desprende una pequeña lágrima. Ese hombre, el Extranjero, en mitad del grandioso escenario en que Alemania se encuentra, ha logrado jugársela al Reich y al Führer. El Lobo, lleno de odio, llora.

—¡Oh, qué preciosidad! —apunta el Extranjero, ya en alemán, tras leer en inglés la última página escrita de la obra de Maruska.

—¿Un guion? ¿Esa fulana sacaba información a nuestro ministro de Propaganda solo para documentar un guion cinematográfico?

—A mí, sinceramente, me da pena que no le diera tiempo a escribir más a la pobre muchacha. Por lo menos, nos hemos enterado de la razón de tan sugerente título: no me niegue que tiene su fuerza.

—Deje de decir tonterías.

—Además —prosigue el Extranjero en tono sarcástico—, debería mostrar un poco más de respeto por quien ha supuesto finalmente un inesperado y muy útil salvoconducto para usted, que es el auténtico contacto del Extranjero, ni más ni menos.

El interlocutor no le ríe la gracia. Y es que el hombre con quien bromea el Extranjero acerca del libro no tiene ganas de tomarse nada a la ligera. Rudolf Hess, el viceführer, segundo al mando en el imperio alemán, suele estar muy tenso durante esos encuentros a escondidas con la persona más buscada en Berlín. No es para menos.

—Vamos —insiste el Extranjero—. Piense en la suerte que hemos tenido. Justo cuando ya comenzaba a estrecharse el cerco sobre mí aparece esta oportunidad. El general Jodl le comenta por casualidad que cree que la fuga de información puede provenir de la amante del señor Goebbels. Y resulta que esa mujer es guionista y quiere sonsacarle una historia a su pareja. —El Extranjero gesticula con la mano que sostiene el libro dando a entender lo rocambolesca que le parece la situación—. Ahora piensan que han acabado con mi contacto, ¡una mujer a la que ni siquiera he

llegado a conocer! Y eso nos dará una tregua durante un par de semanas, que es todo lo que necesitamos.

Rudolf Hess lo mira y asiente. Sabe que es cierto. Eso les da más tiempo. Gracias a esa coincidencia, la actriz checa ha sido un perfecto chivo expiatorio. En qué estaría pensando aquella mujer al escribir una historia acerca del Reich, se pregunta el viceführer. Pobre chica.

Hess quiere creer que tampoco ha tenido más opción, su sacrificio era necesario. Ya está harto de ser la *Fräulein* Anna, como sabe que algunos de su propio partido lo llaman. Ahora no lo comprenderán, pero más adelante tendrán que reconocer que lo que está a punto de ocurrir habrá sido de gran beneficio para Alemania.

—Y dígame, caballero... —A Hess todavía se le hace raro desconocer el nombre de su interlocutor y, por supuesto, se niega a llamarlo Extranjero.

—¿Sí? —responde él levantando la mirada, que todavía paseaba curiosa entre las páginas del libro.

—¿Cómo van los preparativos de mi viaje a Gran Bretaña?

—Los planes para su aventura aérea van sobre ruedas, señor —le indica el Extranjero.

—Eso espero. Le he pagado una fortuna. Y eso sin contar lo que le han pagado por el chisme ese. Espero que Alemania no lo esté haciendo de oro a cambio de nada —dice airado Rudolf Hess.

—Tranquilícese. Le sigue poniendo nervioso haberme ayudado. Pero, créame, la máquina merece la pena, y sus razones para hacerle esto al Reich, como ya hemos hablado, son justificadas.

—No es cierto. Estoy nervioso porque ya he intentado viajar a Escocia sin éxito en otras ocasiones.

—Pero no era yo el que lo ayudaba en esas otras ocasiones.

—Usted y su orgullo...

—Hasta ahora, es justificado.

—Lo que usted diga —suspira Hess resignado—. ¿Cómo va todo, entonces?

—Ya tenemos los mapas y los informes meteorológicos del mar del Norte. El Messerschmitt está a punto, como ya vio aquel día en el aeródromo. Y usted ya ha terminado las prácticas secretas de vuelo que le conseguí, ¿no? Admita que, hasta ahora, todo ha sido perfecto. Y así seguirá siéndolo.

—De acuerdo —responde más calmado el viceführer.

Hess, el segundo hombre más importante del partido nazi, está a punto de llevar a cabo una locura que quedará escrita en la historia... Pero él cree que está haciendo lo correcto. Quiere volar clandestinamente hasta Escocia para contactar con los altos cargos ingleses y convencerlos de que, en realidad, Alemania solo aspira a dominar la Europa continental. Las islas son secundarias. Quiere conseguir la calma en ese frente haciendo creer a los ingleses que, dado que saben que no van a ganar la guerra contra los nazis, la paz es su mejor opción. Sabe que, si se mantienen los enfrentamientos

con los británicos, el ataque a la URSS —la Operación Barbarroja— será un estrepitoso fracaso para Alemania. Cree sinceramente que Adolf Hitler nunca ha pretendido acometer la guerra contra los bolcheviques a espaldas de los ingleses, sino más bien contando con su apoyo.

Ya tiene pensado cómo proceder. Con la ayuda del Extranjero, que ha dispuesto los preparativos para el viaje, todo será muy sencillo. Aterrizará en Escocia y, desde allí, propiciará un contacto con el duque de Hamilton, teniente coronel de las fuerzas aéreas británicas, partidario de una colaboración pacífica entre alemanes e ingleses. Y, a partir de ahí, llegar a Churchill no resultará complicado.

El viceföhrer piensa que, si consigue lo que se propone, recuperará la confianza de su venerado Föhrer y, por tanto, del partido nazi y de toda Alemania. Su relación con el Föhrer no es la de antaño. Todos lo desmerecen, y es en realidad una persona que en teoría está a su mando, Bormann, quien lleva oficiosamente los galones ante Hitler. Por eso necesita dar un golpe en la mesa y llevar a cabo su misión. Pasará a la historia como el salvador de Europa frente al bolchevismo. Lejos está él de intuir el terrible enfado que la noticia de su absurda aventura supondrá para el Lobo.

El Extranjero sí intuye las repercusiones. Pero se cuida mucho de compartirlas con Hess. Si lo ha tenido de su lado, ha sido precisamente por esa estúpida idea del viceföhrer de volar a Escocia. Y tenerlo como contacto ha sido clave. Gracias a Hess, todo ha resultado más sencillo: las cartas que había «encontrado» en su despacho, el encuentro con Marcks, estar al tanto de las emboscadas que le han tendido los alemanes... Todo le ha salido perfectamente. Como si el destino se hubiera empeñado en que se saliese con la suya aunque, a cambio, haya pagado un precio en el que el Extranjero prefiere no pensar.

—Entonces ¿cuándo volaré? —La pregunta de Hess saca a ambos interlocutores de sus reflexiones.

—Pronto.

—El 4 de mayo tengo que asistir al discurso que va a dar el Föhrer ante los diputados del Reichstag.

—Podrá asistir, no se preocupe. El día de su aventura será el sábado 10 de mayo.

—Mi aventura... —repite él pensativo, como si realmente viera en ello algo heroico.

—Sí. —El Extranjero le da cuerda—. Será algo histórico. Una pena que la señorita Maruska Dvorák no haya vivido lo suficiente para contarlo en su novela —apunta irónico.

Ninguno de los dos hombres alcanza a entender en ese momento la trascendencia de ese comentario.

—¿Cuál es el plan? —pregunta el viceföhrer.

—La tarde del día 10 se despedirá de su encantadora esposa, Ilse, y del resto de su familia en Múnich. Asegúreles que estará fuera tan solo un par de días. Después, tomará su automóvil y conducirá hasta las cercanías de Augsburgo, que es donde se

encuentra la fábrica de Messerschmitt, donde su avión lo espera. Allí cambiará sus ropas por las de capitán de la Luftwaffe y despegará para volar hasta Escocia. Pero no se preocupe, señor, le daré todos los detalles con más detenimiento.

El Extranjero extrae un cigarrillo de su pitillera y lo enciende. Da la primera calada y, rebotando seguridad en sí mismo, sonríe a Hess. Aunque el viceführer no sea capaz de reconocerlo, la autosuficiencia del Extranjero le inspira la confianza que necesita.

—¿Y usted no me acompañará hasta Augsburgo? —pregunta Hess.

—Sabe perfectamente que no.

—Ya. Usted actúa desde la sombra y desaparece, ¿no es así? —apunta el viceführer con resentimiento. Intuye que nunca llegará a saber nada acerca de aquel hombre—. Así actuó en el hospital y así actuó en lo del piso de la señorita Dvorák.

El Extranjero oculta su rostro tras el humo de su cigarrillo. Sin abandonar la sonrisa, apunta:

—Siempre ha sido así y así está bien.

Horas más tarde, el Extranjero recoge su piso. Por fin se va. Ha dejado todo atado y, en poco tiempo, podrá regresar a casa. Hace la maleta consciente de que hay cosas que trajo a Berlín y que no podrá llevarse de vuelta. Allí, en aquella ciudad, en el corazón de la guerra, quedarán su conciencia y buena parte de su alma.

De pronto, de entre la ropa, se desliza una fotografía, que cae al suelo. Él deja lo que estaba haciendo y la recoge. Es la foto que tomaron en la visita al aeródromo. Ahí está el crío que repartía periódicos en el vecindario de su primera casa en Berlín. Sonríe al recordar cómo disfrutó el niño viendo los aviones. Le da la vuelta. En el reverso, reconoce la letra de trazos firmes y precisos de su amigo y socio matemático, que le había escrito una lacónica frase: «Gracias por todo, amigo».

La agita entre sus manos y piensa qué hacer con ella. No puede llevársela. Tampoco quiere tirarla. Mira a su alrededor y comprueba que todavía le queda trabajo por delante. De momento, decide dejar la fotografía sobre la mesilla. En cuanto termine de recoger todo, se la llevará para deshacerse de ella.

Pero el Extranjero comete así su primer error.

Bilbao, septiembre de 1983

María Aberasturi estaba en casa de Alain. Llevaba unos vaqueros y una camisa. Esperaba en el salón mientras Alain se cambiaba. Se acercó hacia una de las ventanas. Desde allí dominaba el monte Pagasarri y del comienzo de Bilbao a sus faldas. Una vista muy distinta a la que tenía desde la casa de su padre o, desde luego, de la que tenía desde su casa en Madrid.

Dirigió la atención hacia la bufanda roja y blanca que Alain le había dejado sobre la mesa. Suspiró y la cogió con reticencias. Se acercó al espejo y se la probó. Primero, dio una vuelta a la bufanda alrededor de su cuello y miró su reflejo para comprobar el resultado. «Ridícula», pensó, poniendo los ojos en blanco. Luego, optó por hacer un nudo con ella sobre el pecho. Otra vez, ridícula. Por último, se la puso a modo de pañuelo por dentro de la blusa. Pero tampoco. Se quitó la bufanda con fastidio y la tiró al suelo.

—¡Todavía no me creo que vayamos al puñetero fútbol! —exteriorizó en voz alta. Lara apareció con una leve cojera en el umbral.

—Pues no vengas —le dijo con desinterés mientras se apoyaba en la jamba de la puerta.

—¿Cómo me has convencido para ir a San Mamés a ver un maldito partido con todo el lío que tenemos a nuestro alrededor?

—No te he convencido. Te lo he ofrecido. Yo voy a ir. Tú haz lo que quieras. Hemos salido tarde del piso que le has dejado a David y el museo ya está cerrado. No hay nada mejor que hacer ahora. A no ser que quieras quedarte en casa a lamentarte de lo negro que está todo. Mañana por la mañana podemos ir al museo. Ahora, no.

Ella bufó y negó con la cabeza. Argumentos de peso. Pero maldita la gracia. Sacó del bolso un cigarrillo que encendió con fruición.

—Y esto... —dijo señalando la bufanda que seguía en el suelo—, ¿cómo se la pone uno? No pegan con nada, estos colores.

—Que no pegan con... —repitió Alain incrédulo—. Joder. Déjame, anda.

El futbolista recogió la bufanda del suelo y se acercó a María. La pasó por detrás de la nuca de esta y, sencillamente, la dejó caer sobre sus hombros. La cercanía con el cuerpo de Alain provocó cierta zozobra en María. Él pareció no reparar en ello, pero dio un par de pasos hacia atrás con parsimonia y señaló el espejo.

—Uno no se *pone* la bufanda de un equipo. La bufanda se *lleva*. Es un concepto distinto.

Ella se miró en el espejo y dio por bueno el planteamiento. Después, miró de reojo a su anfitrión y frunció el entrecejo.

—¿Dónde has dejado la muleta?

—Ha sido saber que vuelvo a San Mamés y curarme —dijo resuelto.

—No, en serio. Tienes que ir con muleta.

—Vamos a mi segunda casa. Allí me va a reconocer todo el mundo. No quiero aparecer como un lisiado. Además, me dijeron que estuviera con ella un mes y ya casi ha pasado. Y me duele menos.

—No te hacía tan presuntuoso.

—Yo a ti tampoco —contestó él señalando la bufanda.

Alain y María cogieron el coche. Era un trayecto corto, pero Alain no quería forzar la pierna. Pronto se fueron acercando a zonas más animadas, llenas de amistades, de palmadas en la espalda, de brindis y de convites. En Bilbao se mezclaban lo terrenal y lo eterno de un modo tan perfecto que hacía dudar de que ese no fuera el único modo en que debían ser las cosas.

Poco después, llegaron a las inmediaciones de San Mamés. La mujer miró a su alrededor expectante. Al fondo vio una imagen iluminada. Un escudo que supo reconocer como el del Athletic.

—Aquí sí solía venir...

—Licenciado Poza, claro.

Era la calle indisolublemente unida al Athletic. La liturgia del aficionado antes del partido comenzaba siempre ahí y seguía hasta el escudo impreso en la fachada del estadio.

Se adentraron en el fragor de la calle. María pronto detectó que muchas caras, muchas miradas y muchos murmullos se dirigían furtivamente hacia su acompañante.

—¡Lara! ¿Qué tal estás? Siento lo de tu abuelo —le dijo un hombre con una gran *txapela*.

—*Eskerrik asko*, poco a poco —contestó Alain, con su sempiterno gesto serio pero agradecido.

—¿Le conoces? —le susurró María.

Él negó con la cabeza. Un grupo de jóvenes veinteañeras se acercó en tropa hacia ellos.

—¡Alain! ¿Puedes firmarnos un autógrafo?

—Sí, claro —respondió con docilidad.

—¿Qué tal esa pierna, *mutiko*? —le espetó otro mientras firmaba.

—Bien, gracias.

—Te queremos pronto dando guerra, ¿oyes?

María Aberasturi no daba crédito. No sabía lo que suponía ser una celebridad. Ella era reconocida socialmente, sobre todo gracias a su padre. Pero no en esos términos. A su alrededor veía adoración, respeto, cariño. No hacia Alain Lara, sino hacia un jugador del Athletic. Porque el equipo era parte de la ciudad.

Alain reparó en que María se encontraba un poco desubicada. Todo el mundo le

hablaba a él. La gente se les acercaba por todos lados. La tomó de la mano e intentó escapar lanzando saludos, guiños y palmadas a diestro y siniestro. Ella, para su propio desconcierto, se dejó llevar.

Pronto llegaron a la Gran Vía, que en días de partido no estaba tan poblada de hinchas del Athletic. Allí pudieron avanzar sin que los detuvieran. La gente reconocía a Alain pero se contentaba con tímidos saludos y miradas a distancia.

María se dio cuenta de que aún seguía de la mano de Alain. Él avanzaba con rapidez, a pesar de su ya más leve cojera. Era como si no se percatase de que aún enlazaba su mano con la de ella. O como si lo supiera y no le importara.

A María, esa actitud la desconcertaba. Se conocían hacía poco, pero habían sido varias las ocasiones en las que ella había querido entrever un acercamiento. Cuando le ofreció el paseo nocturno; cuando le dijo, con esa mirada azul, que confiara en él; cuando le había cogido de la mano... Era absurdo, pensó mientras agitaba levemente la cabeza como para ahuyentar aquel pensamiento. No estaba para chorradas, además. Resolvió que todos esos gestos venían motivados sencillamente por la extraña conexión que se había creado entre ambos a causa del asesinato de su padre y del abuelo de Alain.

Además, si sus intuiciones sobre el carácter del futbolista eran correctas, Alain parecía ser demasiado frío como para haberse encaprichado con una mujer unos cuantos años mayor que él en tan solo dos días. Parecía más maduro que todo eso. Más reflexivo.

No podía, por tanto, dar ninguna oportunidad a algo que no era sino fruto de aquellas excepcionales circunstancias. Además, por mucho que lo negara, su corazón tenía un dueño celoso. Un dueño que no quería ese corazón, pero tampoco lo soltaba.

Se desprendió bruscamente de la mano de Alain. Él la miró. Primero, sorprendido. Luego, indiferente, como si nada hubiera pasado.

—Ya hemos llegado —informó poco después.

Se encontraban a los pies de un coloso de metal blanco y piedra grisácea. María vio en el rostro del futbolista un brillo que no conocía. Parecía estar más relajado. Estaba en casa. Estaba en San Mamés.

—Toma, para que vayas yendo a nuestro sitio —dijo Alain dándole una entrada para el partido—. Ahí te dice el número del asiento. Yo primero quiero hacer una visita a los míos. Tú no solías venir al estadio. ¿Sabrás dónde buscar la localidad? ¿Seguro que no prefieres esperarme?

—Soy abogada y responsable jurídica de una multinacional. Tú pegas patadas a un puñetero balón. Creo que si tú sabes hacerlo, yo me las apañaré.

—Vale. Si te pierdes, preguntas —resolvió él sin hacer caso al sarcasmo de María—. Eres una mujer guapa, y aquí la gente se muere por hablar con mujeres guapas. Si preguntas, se desvivirán por ayudarte.

María elevó una ceja con suspicacia. Un cumplido. Tócate las narices. Pero lo había dicho con ese gesto impasible.

—Bueno, yo bajo a los vestuarios. Nuestros sitios están en lo alto del estadio, no en la grada. He pedido esos sitios para saludar a un amigo y porque creo que estaremos más tranquilos. Yo llegaré enseguida.

—De acuerdo.

—¿Seguro que sabrás...?

Ella puso los ojos en blanco y se marchó con paso decidido. Y Alain, pocos segundos después, se sorprendió a sí mismo admirando cómo se alejaba María. El futbolista negó con la cabeza, esas cosas no eran propias de él. Sonrió mientras se dirigía hacia los vestuarios.

Mientras tanto, María andaba como una pueblerina recién llegada a una gran ciudad. Miles de personas se movían a su alrededor seguras, confiadas, con el rumbo claro. Y ella solo daba vueltas sobre sí misma agarrando la entrada como si fuera un clavo ardiendo.

No quería preguntar, evidentemente. Eso habría sido humillante. Miraba números de puertas y escaleras, miraba las entradas a los vomitorios y, después, miraba su entrada. Intentaba relacionar lo que veía con los números impresos en su billete para orientarse. Pero sin éxito.

Finalmente, escogió una opción práctica que le permitiera conservar su orgullo intacto: preguntar y no decirle a Alain que había tenido que hacerlo.

Tuvo que reconocer que el futbolista tenía razón. En cuanto abrió la boca para pedir ayuda, se vio rodeada de inmediato por varios galanes bilbaínos dispuestos a perderse el comienzo del partido para mostrarle su localidad. No pudo evitar sonreír.

Alain, que ya había saludado a sus compañeros, los acompañó por el túnel de vestuarios. Comenzó a escuchar los rugidos del graderío. El Athletic jugaba contra el Lech Poznan el partido de vuelta de la primera eliminatoria de la Copa de Europa, para la que el Athletic se había clasificado por ganar la Liga la temporada anterior. Habían jugado ya en Polonia y habían perdido por dos goles a cero. Tocaba remontar.

Sintió envidia por no estar vestido de corto y poder saltar al campo con el equipo. Se consoló pensando que, al menos, esos sentimientos le estaban sirviendo como vía de escape de todo lo que había vivido días atrás. Lo que le hizo recordar, también, que debía ir a buscar a María, que posiblemente ya estaría sentada esperándolo.

Vio de lejos cómo sus compañeros saltaban al verde y San Mamés comenzaba a vibrar con un gran estruendo.

María seguía caminando por aquella jungla de paredes grises, verjas rojas y escaleras de piedra. Le habían dicho que tenía que subir hasta la parte más alta del estadio, donde estaban los periodistas.

De pronto, se escuchó cómo el campo subía el tono de sus murmullos y jaleos. Los jugadores habían salido al campo. La mujer se dio prisa para llegar a su sitio. Se volvía a sentir algo perdida, pero ya le había cogido el truco a eso de preguntar. Se acercó a un hombre con bigote, gafas de pasta anchas y una camisa de cuadros de manga corta que la observaba a poca distancia. Parecía afable.

—Hola —saludó mientras señalaba su entrada—. ¿Sabe dónde...?

—Lleva tiempo sin estar aquí, ¿verdad? —le dijo él con media sonrisa.

—Sí, ¿cómo lo ha adivinado? —preguntó María sorprendida.

—No lo sé, intuición —contestó el hombre después de soltar una carcajada. Pero, de pronto, su semblante cambió y se volvió duro y hostil—. Dígame, señorita Aberasturi, ¿qué demonios ha venido a hacer a Bilbao?

La mujer se quedó helada.

Le asaltaron los fantasmas de los asesinatos, las tramas ocultas, el intruso que se había colado en su piso, la fotografía... No se dejó llevar por el miedo, pero no era estúpida. Sabía que no tenía ninguna oportunidad contra aquel tipo si le plantaba cara. Así que optó por un viejo truco. Lanzó un rodillazo a la entepierna del hombre, desprevenido, y salió corriendo como pocas veces lo había hecho.

Miró de reojo hacia atrás y comprobó que el hombre de bigote se había quedado encogido por el dolor aunque no dejaba de observarla. Pero ella no se detuvo. Bajó todas las escaleras que había subido, ansiosa por salir de un enorme estadio que, de pronto, se había convertido para ella en un cubículo minúsculo y asfixiante. Ir al encuentro de Alain era la única alternativa, y para eso necesitaba salir del estadio.

Por fin deshizo todo el camino que le había costado varios minutos hacer y salió a la calle. Buscó con la vista a Alain. Le había dicho que volvería pronto, y tenía que entrar por aquella misma puerta. Pero sería imposible verlo. Había demasiada gente.

Corrió alrededor del estadio intentando recordar por qué puerta había entrado Alain. Tenía que encontrarlo. No vio ninguna otra posibilidad. No podía alejarse del campo y adentrarse en el centro de la ciudad. Alain se preocuparía y no tendría ni cómo localizarla. Se detuvo un momento en una de las entradas intentando hacer memoria.

De pronto, oyó un susurro detrás de ella, cerca de su oído.

—Ya ha perdido a su padre, ¿de verdad quiere seguir ahondando en todo esto?

Ella se volvió horrorizada. Vio a otro hombre distinto, de barba abultada, ojos pequeños y con jersey de cuello vuelto. No entendía cómo la había seguido hasta allí. María decidió volver a echar a correr, pero esta vez se dirigió hacia el interior del estadio. No estaba para enfrentamientos ni para discusiones con asesinos.

La dejaron entrar con facilidad y, por pura inercia, subió todas las escaleras que pudo. Alain no estaría por allí porque había dicho que iba a los vestuarios y, si los jugadores estaban sobre el terreno de juego, su compañero ya estaría en su localidad. Y eso quedaba al otro lado del campo. Se acercó a uno de los vomitorios para ver el césped desde allí.

La espectacular vista del campo no produjo ningún efecto sobre ella, que lo único que buscaba era comprobar si podía coger un atajo hasta la otra punta del estadio. Estaba dispuesta a atravesar el césped si era necesario. Todo el campo estaba rodeado por unas vallas metálicas de unos dos metros de altura. Insalvable para ella. Y para cualquiera en su sano juicio. «Joder, estamos buenos».

Vio en ese instante cómo el juego estaba parado. Los jugadores del Athletic vestían su camiseta con tres gruesas rayas rojas sobre el fondo blanco y los contrarios una indumentaria completamente azul. Un jugador local dio un pase corto a un compañero. Este avanzó unos instantes con el balón y lo centró hacia el otro lado de la portería. Allí, un jugador remató de cabeza hacia el centro del área, donde otro cabeceó el balón hasta el fondo de la red. Gol de un tal Goikoetxea, según María pudo escuchar en uno de los miles de gritos que, desde San Mamés, inundaron Bilbao.

Todo retumbaba. Ella, ajena a la alegría que inundaba a los aficionados, no sabía qué hacer y eso la ponía de mal humor. Alain estaba al otro lado. Y ella estaba sola e incomunicada. «Joder, joder, joder».

Volvió a dirigirse hacia el interior del estadio para valorar sus opciones. Pero miró hacia el fondo y vio a los dos hombres que la habían importunado con sus preguntas incómodas. En cuanto ellos divisaron a la mujer, se pusieron a correr hacia ella.

María volvió a hacer lo que llevaba haciendo los últimos veinte minutos: huir sin rumbo. No tuvo tiempo de reparar en qué caminos tomaba, qué esquinas doblaba o qué escaleras subía. Pero finalmente acabó en un pasillo que no daba a las localidades del estadio. Intuyó que se hallaba en el techo de la grada de aquella tribuna.

Oyó al fondo que los hombres hablaban entre sí, animándose a encontrar a su perseguida. Ella resopló e intentó resolver por dónde huir esta vez. Vio unas escalerillas que iban a dar al mismo techo de la cubierta metálica. Acababan en una trampilla que quizá pudiera abrir. Se quitó los zapatos de tacón y fue hacia ella resuelta.

Alain llegó por fin a su localidad, en lo alto del estadio.

—No habrás visto a una chica morena de ojos verdes y con pinta de estar perdida, ¿verdad? —le preguntó a su amigo, el periodista Santiago Seguro. Desde su regreso a Bilbao, solo se habían visto en el funeral del abuelo de Alain.

Buscó a María con la mirada. Había quedado allí con ella, así que debía de estar cerca.

—No. Vuestros sitios, si son estos, han estado todo el rato vacíos.

Alain frunció el ceño. Quizá estuviera en el baño. Pero si Santi decía que no había aparecido por allí... Poco podía hacer, de todos modos. No podía llamarla a ningún sitio. Seguramente, estaría sentada por allí cerca. Resolvió esperar unos minutos y salir a buscarla antes de que pitaran el final del descanso y las galerías se llenasen de gente.

Se sentó junto a Seguro. El periodista estaba tomando notas en un cuaderno. Después iría, como siempre, a la cabina más cercana y dictaría su crónica del partido a la secretaria del periódico para que la pasara a máquina.

—¿Cómo nos ves? —preguntó el futbolista.

—Se echa de menos tu toque fino —dijo Seguro con ironía.

—Bueno, eso habría que verlo.

Lara asintió satisfecho mirando a su alrededor.

—No recordaba lo bonito que es este estadio —dijo al cabo de unos segundos.

—Bonito, no es —corrigió Segurola.

—Eso lo dirás tú.

—Eso lo digo yo, y lo dicen los cánones de belleza universal. No es un campo bonito. Es un campo con historia. Un campo con estratos. Con parches que han ido atendiendo las necesidades de cada época y que han tenido la capacidad de no desvirtuar la esencia del campo. Y cada parche nos recuerda a una época, a una generación con la que identificarnos. La general, que hermanamos con la etapa de Pichichi, la tribuna, de cuando vendimos a Garay, y el arco... que es una maravilla. Fue diseñado ya hace tiempo, en los años cincuenta, pero ahí lo tienes... sosteniendo una tribuna de veinte mil personas; y sin columnas.

—Fue una *bilbainada* —apuntó Alain.

—¡Una genialidad, fue! Y una *bilbainada*, te doy la razón. Pero es que este campo es bilbaíno. Recuerdo cuando venía de crío en autobús a Bilbao y divisaba el arco del estadio. Para mí era como el centro del universo.

De pronto, Alain vio algo que le hizo agarrar el brazo de Segurola y levantarse como un resorte.

—¡Joder! Hay alguien en el arco. ¿Lo ves?

—Ya se colgó un aficionado en un Athletic-Real Sociedad en el cincuenta y dos —apuntó mientras miraba hacia donde le indicaba Alain—. Oye, tienes razón. Parece una chica. Está caminando sobre la tejavana del estadio, debajo del arco...

—¡Es ella!

—¿Tu amiga?

—Sí, la que se suponía que iba a sentarse aquí.

—Si ha acabado allí, muy buena orientación no tiene, desde luego.

—Algo pasa, Santi.

Y, sin decir nada, le dio una palmada en el hombro a su amigo en señal de despedida y salió corriendo tan deprisa como su pie lesionado se lo permitía.

María Aberasturi no se creía que hubiera llegado hasta allí arriba. La brisa, que abajo no se notaba tanto, le estaba pareciendo un vendaval. ¿Cómo narices iba a salir de allí? El campo y la gente parecían demasiado lejanos. Y los gritos se habían intensificado por algún lance del juego. Allí abajo había un jugador del Athletic tendido en el suelo, cerca de una de las porterías, y sus compañeros rodeaban al árbitro.

El viento comenzó a arreciar de nuevo y ella sintió más miedo. Se maldijo a sí misma por dejarse llevar y procuró pensar con frialdad. El miedo no le iba a servir de nada, salvo para dar algún paso en falso o cometer alguna estupidez. Miró a su alrededor y pensó en alejarse lo máximo posible de la trampilla por donde había

trepado. Quizá pudiera encontrar algún otro camino allá arriba para seguir huyendo.

Comenzó a correr pero pronto comprobó que las ráfagas de viento la golpeaban con fuertes sacudidas, haciéndole perder el equilibrio. Así que disminuyó su velocidad y, con tiento, se dirigió hacia uno de los extremos del gran arco que dominaba el estadio sobre su cabeza y se sujetó a uno de los pilares. Desde allí miró a su alrededor y advirtió que no tenía muchas posibilidades de escapatoria. «Perfecto», musitó mientras cerraba los ojos y los apretaba contra el frío acero de la estructura.

Después, volvió su mirada hacia la trampilla por la que había escalado minutos antes y comprobó que se abría. Chasqueó la lengua y maldijo por lo bajo. Ya no podía escapar. No había más sitios a los que huir. Decidió esconderse tras el arco en el lado contrario al que podía verse desde el acceso por donde entraban sus perseguidores.

Tenía claro que, si la encontraban —y la encontrarían, seguro—, les plantaría cara. Quizá alguno, o ella misma, acabase aplastado infinitos metros más abajo.

Se ocultó y aguzó el oído. Pero de pronto, el estadio comenzó a soltar vítores y a celebrar por todo lo alto. Era el minuto treinta y tres de la primera parte y Sola había transformado un penalti que hacía que la eliminatoria se igualase. Nada podía importarle menos a María. Se agarró aún más fuerte al frío acero del arco. Negaba con la cabeza.

De improviso, notó una mano que la cogía con fuerza del hombro. La habían encontrado.

Alain dio toda la vuelta al estadio corriendo como podía. ¿Qué demonios hacía María allí arriba? No tenía tiempo para pensarlo. Se centraba en llegar cuanto antes. En su camino hacia ella topó con dos *txapelgorri*, que lo reconocieron al instante. Les pidió que avisaran a la Ertzaintza y al servicio médico para que subieran a la última planta del estadio por si María necesitaba atención. Los empleados del campo no hicieron preguntas y desaparecieron para llevar a cabo su encargo.

El dolor de tobillo aumentaba en cada peldaño que subía. Pero no le importaba. Pronto llegó al lugar por donde debía de haber subido María.

Allí vio a dos hombres extraños. Hablaban alrededor de una escalerilla, como si decidieran quién debía subir. Uno de ellos parecía llevar una pistola. El jugador comprendió que la mujer había huido de ellos subiendo al techo del estadio.

Alain no tenía tiempo de ser prudente. Decidió rápido y actuó rápido. Cogió un extintor de la pared y corrió como pudo hacia los matones, que se encontraban a unos quince metros.

Para cuando los hombres se dieron la vuelta y detectaron la amenaza que se les aproximaba, Alain ya había accionado el extintor, que arrojó una gran nube de polvo blanco sobre ellos. Eso provocó que el disparo del hombre de gafas de pasta no pudiera ser atinado. Había tenido que apuntar hacia la masa de polvo sin saber si acertaría. Y no acertó.

De pronto, un extintor emergió de la nube y golpeó con violencia al hombre en el

brazo.

—¡Coño! —gritó mientras su pistola salía despedida.

Antes de que pudieran darse cuenta, Alain apareció también de entre la blancura y lanzó un duro puñetazo al otro hombre. Sin tiempo para pensar, se volvió hacia el primero, aún desconcertado por el golpe del extintor, y le propinó una fuerte patada en el estómago.

El dolor que sintió en el tobillo fue inmenso, pero su cerebro solo pudo percibirlo como un eco ajeno y lejano en su subconsciente. Después, se acercó a la pistola, que aún seguía en el suelo varios metros más atrás, y la cogió.

En ese momento, dos ertzainas se acercaban corriendo para ayudarlo. Él se volvió para apuntar a los matones, pero ellos ya se largaban corriendo. Alain se puso a perseguirlos, consciente de que los policías estaban a un trecho insalvable. Si alguien podía atraparlos, era él.

Pronto acortó distancias. Su zancada era más larga, más potente y más rápida. Pero también mucho más dolorosa. Aún llevaba la pistola en la mano pero no quiso dispararles. Podría haberlo hecho sin remordimiento y casi se sintió mal por ello. No obstante, decidió no hacerlo.

Poco a poco, el dolor se intensificaba y se intensificaba. Hasta que su tobillo cedió y él cayó a tierra. Allí tirado, de rodillas y con las manos en el suelo, vio cómo los hombres escapaban. Maldijo con rabia. Se arrepintió de no haber disparado.

Minutos después, y tras haber hablado con la Ertzaintza, se dirigió hacia la escalerilla. Vio los zapatos de tacón de la mujer y los cogió. Subió hasta la trampilla y accedió al techo del estadio. La figura del gran Alain Lara coronando San Mamés regaló una imagen admirable para los pocos espectadores que repararon en su majestuosa presencia.

Él miró a su alrededor y caminó, con cojera cada vez más pronunciada, por la superficie. Vio una melena al viento escondida detrás del pilar del arco. Se acercó hacia la mujer y le puso la mano en el hombro. Ella dio un respingo.

—María, soy yo.

Ella miró hacia arriba y vio a Alain con un halo de luz en torno a su perfil. Podía ser el efecto de los focos de luz del estadio a su espalda o tan solo que su conciencia le estaba jugando una mala pasada. En cualquier caso, fue lo más parecido que había visto en su vida a un ángel de la guarda. Al futbolista lo acompañaban, unos metros por detrás, un par de ertzainas.

—Alain, me han seguido y yo no sabía... —comenzó a decir ella.

—Lo sé. Tranquila.

María se levantó y abrazó al futbolista. Él no dijo nada, pero se quedó inmóvil. No se le daban bien aquellos gestos.

—Creo que estos son tuyos —dijo separándose del incómodo abrazo mientras le tendía los zapatos de tacón.

—Cierto. Gracias —musitó ella.

Los policías los invitaron a acompañarlos hacia el interior del estadio. De nuevo, la identidad de Alain Lara les ahorraría trámites y preguntas incómodas. Mientras avanzaban de nuevo hacia la trampilla, Alain echó una última ojeada al estadio desde aquella inmejorable posición y se volvió a la mujer.

—¿Sabes qué? Todos recordamos la primera vez que entramos en el estadio — dijo mientras miraba a María sin sonreír, como si tan solo advirtiera un hecho curioso —. Y, como primera experiencia en San Mamés, la tuya no ha estado nada mal.

«Haz esto, di lo otro, con este atuendo vas a parecer vulgar...». Odio los formalismos. Odio que me pauten cómo agradar o cómo destacar. Muchos se pasan media vida buscando ser originales. En mi opinión, la originalidad pretendida, buscada o premeditada, deja de ser original. Lo original, hoy, es no serlo.

ISABELLA BÉCKER

Bilbao, septiembre de 1983

El taxi dejó a Xabier Korta en la calle Banderas de Vizcaya. Pagó la carrera con una generosa propina y salió del coche. Su gran corpulencia provocaba que, para él, abandonar un vehículo pareciera poco menos que una maniobra militar. Llevaba una *txapela* bien calada y una camisa a cuadros oscura. Comenzaba a refrescar porque ya había anochecido. Pero eso él no lo notaba. Se acarició su abultada barba rojiza y se encendió un cigarro. Hizo un gesto al portero del local y entró con seguridad en el Bluesville.

Dentro, el ambiente del garito ya estaba cargado de humo, risas y expectación. El techo bajo del local y la tenue iluminación ayudaban a alimentar esa atmósfera entre romántica y decadente. Xabier esquivó varias mesas hasta llegar a aquella donde le esperaba un hombre calvo y de perilla exquisitamente recortada, con facciones angulosas, y cuyo lenguaje corporal decía a gritos que no se sentía cómodo en aquel lugar.

—Aúpa, *txiki*, perdona el retraso —se disculpó, como si le importara, mientras se sentaba a la mesa.

Germán de la Serna le hizo hueco para que cupieran con holgura. Miró a su alrededor con cara de repugnancia pero no dijo nada. Lanzó una dura mirada a Xabier y esperó a que le dijera para qué lo había convocado allí.

—¿No estás a gusto, Germán? —preguntó antes de dar una calada a su cigarrillo.

—Por mucho que haya una decoración tan rococó, no estamos precisamente en el Ritz —contestó él echando una mirada a su alrededor.

—Y más te diré. La comida no es demasiado buena. Pero estamos aquí porque el Bluesville es un clásico. Y por el *jazz*. ¿Te gusta el *jazz*, Germán?

—Sé que estamos aquí por el *jazz*. Básicamente porque no se puede estar por ninguna otra razón. Y no, no me gusta demasiado. Y no entiendo que a la gente como tú os guste, la verdad.

Korta percibió que Germán había dejado de tratarlo de usted por primera vez. Iban al grano. Mejor.

—¿Gente como yo? —dijo Xabier expulsando el humo de una carcajada—. ¿Lo dices porque soy un pueblerino?, ¿demasiado vasquito para ti?

—Sí. Lo digo exactamente por eso.

—¿Significa eso que solo puede gustarme la puta *txalaparta*?

—Me importa una mierda lo que te guste, la verdad.

De la Serna se quedó quieto tras su propio comentario. Xabier seguía sonriente. Le gustaba que la gente no se anduviera con rodeos.

—El estilo de *jazz* que vamos a escuchar es muy sureño. ¿Sabes que a esta banda le gusta mucho el estilo tradicional del antiguo Luisiana?

—También me importa una mierda Luisiana, el *jazz* y este maldito antro. ¿Para qué me has citado aquí, Xabier?

De pronto, el Bluesville prorrumpió en aplausos. Varias personas entraron en el local con sus instrumentos.

—Repito, ¿por qué estamos aquí, Xabier? No me gusta el maldito *jazz*, no sé si te lo he dicho.

Korta hizo una seña a la camarera.

—Un coñac para mí, *mesedez*, y para él... —Korta se volvió hacia su acompañante con aire burlón—. ¿Agua?, ¿un caldito?

—Una coca-cola, por favor —dijo él mirando a la camarera.

—¿Seguro? Mira que luego no vas a dormir —le advirtió Xabier.

Germán hizo un gesto de desprecio y la empleada se marchó solícita.

Se quedaron unos segundos en silencio, escuchando la música, hasta que la mujer volvió con las bebidas. Xabier aprovechó para encenderse otro cigarro y dio por concluido aquel prelude que sabía que tanto había irritado a su contrincante.

—Tus razones, quiero.

—¿Perdón?

—Te digo que hemos quedado para que me cuentes cuáles son tus razones para querer joderme la operación, ya sabes —dijo con tranquilidad.

—¿De verdad sigues con eso? Tenía alguna esperanza de que nuestra cita se debiese a que hubieras entrado en razón.

—No vamos a parar la operación.

—Ni a bajar tu precio, claro que no. Ya lo imaginaba. ¿Cuántos más tienen que morir, Xabier? ¿Cuántos más, para que consideres temerario seguir adelante?

—No sé. Dímelo tú. Además, ¿ahora das por buenas las sospechas de tu directora jurídica? ¿Ahora piensas que fueron muertes provocadas?

—En absoluto. Las muertes fueron desafortunadas. Pero tuvieron consecuencias. Consecuencias funestas para la empresa y para esta operación en particular.

—No voy a volver a entrar en eso de la fuerza mayor. Responde a mi pregunta, ¿por qué no quieres que se produzca la compra?

—Ya te lo he dicho. Las circunstancias no son las óptimas. Estamos sin director financiero y sin nuestro máximo responsable.

Xabier Korta sonrió y dio un largo sorbo al coñac. Lo apuró y le pidió otro a la camarera. Esperó a que se lo trajeran mirando al escenario. Observaba la banda de *jazz* con gran deleite, moviendo la cabeza al son de la música.

—Creo que has estado manipulando información, Germán.

—¡Pero qué dices! ¿Hasta dónde llega vuestra locura?

—¿Nuestra?

De la Serna lamentó el desliz. Pero daba igual, no importaba que su contrincante se enterase.

—La policía ha venido a verme.

—¡Ah! ¿Bieda? —preguntó Xabier con media sonrisa—. Sí, por supuesto, prácticamente le di yo tu dirección.

—Eres un hijo de puta. No te mereces que salga esta operación.

—Dejémonos de tonterías, Germán. Creo que has torpedeado la *due diligence*. Creo que estás detrás de todo esto. Sé algunas de tus razones, pero no todas. Por eso te he citado aquí.

Xabier Korta se incorporó. Se acercó a su interlocutor. Enmarcó sus palabras con la mayor seriedad que le fue posible.

—Hace muchos años, en Alemania... en Berlín... pasó algo. No sé si tú sabes qué fue lo que ocurrió allí, en 1941. Solamente quería que supieras que yo sí lo sé.

De la Serna no dijo nada. Y Xabier continuó hablando en un tono confidencial y poco delicado.

—Intuyo que los motivos de las muertes tienen que ver con aquello. Aparte del señor Alba y de Ignacio Aberasturi, ha habido más. Y, por lo que me cuentan, el famoso abogado que contratasteis puede ser la próxima víctima. Eso ya sería el colmo. Solo quiero que sepas lo que sé y que voy a poner todos mis recursos en averiguar aún más. Si tú o algún familiar tuyo estuvo detrás de lo que pasó en la guerra y todo eso ahora está provocando estos asesinatos, quiero que sepas que lo descubriré.

—No sé qué sabes, Xabier. Pero sé que bebes demasiado —dijo Germán entre ofendido y asqueado—. Me gustaría saber de dónde te has sacado toda esta mierda.

—Yo, lo único que quiero es que todo esto no comprometa la operación de mi vida.

Xabier Korta volvió a apoyarse en el respaldo y a adoptar su pose relajada, como si lo dicho anteriormente no hubiera sido real. Volvía a mirar al escenario. Volvía a moverse al ritmo del *jazz*.

—¡Escucha! ¡Esta parte es buenísima! A ese tío, Quino, lo conozco desde crío. Toca como los ángeles, el cabrón —anunció mientras admiraba a uno de la banda hacer un solo con el saxofón. El joven, con los ojos cerrados, soplabla con fuerza el instrumento, hinchando las mejillas, azoradas por el esfuerzo.

La gente aplaudió con ganas.

Y Xabier se levantó, tomó su *txapela* y se la caló sin prisa. Demostró toda la seguridad y entereza de la que era capaz, pero, en su interior, Korta sabía que debía ser cauteloso. Aquella noche había apostado fuerte. Y, como sus sospechas fueran ciertas, era posible que él mismo se hubiera convertido en un objetivo. Y ya no solo peligraría la operación de venta, también lo haría su vida. Pero no podía dejar

traslucir ni un atisbo de miedo. Era demasiado orgulloso para eso.

—Bueno, Germán: ha sido un placer. Te seguiré la pista.

—Ten cuidado, Xabier. Te lo digo de corazón.

—Gracias por el consejo. De todos modos, tranquilo: tu secreto está a salvo conmigo. Lo que sí te exijo es que desbloquee la operación. Como te he dicho antes, hay razones que sé, de modo fehaciente, qué tienes en contra de la venta. El resto están por ver.

—No tienes nada.

Xabier sacó un billete, lo arrojó sobre la mesa y se dispuso a marcharse. Antes de hacerlo, dijo con una sonrisa:

—Sé que estás tirándote a Isabella Bécker, Germán. A mí, eso, me parece algo. Agur. Disfruta del jazz.

—¿Cómo puede saberlo? —espetó indignada Isabella.

—No lo sé. Pero, como se vaya de la lengua, estamos perdidos.

—Haz el favor de mostrar un poco de arrojo. No seas tan patético.

Estaban en casa de Isabella. Germán había ido hacia allí inmediatamente después de que Xabier Korta lo abandonase en aquel bar. Había irrumpido en el piso de su amante, que lo había recibido en camisón y un elegante batín de satén. Hermosa como siempre y peligrosa como nunca. Isabella estaba sentada en un sillón de cuero, con las piernas cruzadas y fumando su segundo cigarrillo desde que llegase Germán.

Él, por su parte, no dejaba de dar vueltas por el salón.

—¿Te das cuenta de lo que ese tío ha sido capaz de averiguar? —preguntó nervioso.

Isabella Bécker suspiró y se levantó con pereza. Se puso frente a un espejo y sacó una goma de su batín para recogerse el pelo en su perfecta y simétrica coleta, como siempre hacía para acometer las cosas importantes. Miró su reflejo durante unos instantes mientras se hacía leves retoques en el pelo. Una vez satisfecha, volvió a la conversación.

—Esto puede comprometer mi carrera en el banco.

—¿Perdón? ¿Xabier me ha acusado de cosas increíbles y tú solo te preocupas de...?

—¿De ser la presidenta de uno de los mayores bancos de Europa? —lo interrumpió altiva—. Sí, exactamente. Esa es ahora mi máxima preocupación. Esa debería ser ahora *nuestra* máxima preocupación.

Germán de la Serna negó con la cabeza en silencio. Fue hacia el sofá y se derrumbó en él. Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Hablaste con Diego?

—¿Sobre qué?

—Me refiero a si le comentaste a tu padre la posibilidad de darle un nuevo sospechoso a la policía. Al menos, hasta que se calmen los ánimos y pueda echar al

traste la operación.

Isabella sonrió. Germán de la Serna era reconocido como un auténtico tiburón en el mundo empresarial, pero actuaba siempre como un corderito en su presencia. Con Isabella se mostraba tal y como era en realidad. Voluble, manejable, perfecto para alguien como ella. Pero no quería ser tan dura con él. Intentó calmarse un poco y dar un poco de cariño a su amante. Se acercó hacia él en actitud melosa. Se subió al sofá y le cogió la mano.

—Germán, no tienes que preocuparte por nada.

—¿Hablaste con él o no? Si habla con algún contacto que tenga en la policía y les pide que aflojen conmigo, quizá Xabier también se dé por enterado y podemos quitárnoslo de encima durante un tiempo.

Ella le plantó un beso y le aflojó la corbata.

—Por supuesto que hablé con él —le susurró al oído—. Está en ello. Estás en buenas manos. En las de mi padre y en las mías.

Durante muchos años de mi vida, pude trabajar bajo las órdenes del mayor hijo que ha dado esta nación en sus mil años de historia. Incluso, si pudiera, no borraría este periodo de mi existencia. Estoy orgulloso porque sé que he cumplido con mi deber hacia mi pueblo, mi deber como alemán, mi deber como nacionalsocialista, como leal seguidor de mi Führer.

RUDOLF HESS

Escocia, 10 de mayo de 1941

Una figura oscura cae del cielo. La tierra se acerca peligrosamente. Hess intenta recordar lo que le han enseñado acerca del aterrizaje con paracaídas. Tira de las anillas con torpeza para intentar dirigir su vuelo. El suelo... Y, de pronto, dolor. Un dolor intenso en la pierna. Se ha estrellado contra las campas escocesas y yace en tierra retorciéndose de dolor. No sabe cuánto tiempo pasa hasta que alguien llega a su lado. Son las once de la noche del 10 de mayo.

—¿Quién demonios es usted? ¿Inglés, alemán, francés?

—Soy... —titubea Hess mientras intenta liberarse de su arnés—. Mi nombre es Hauptmann Alfred Horn —miente usando su alias para la misión.

—¿Y por qué demonios piensa usted que es una buena idea estrellar su maldito avión contra estas tierras, amigo? —pregunta el desconocido, más tranquilo al comprobar que aquel loco está totalmente desarmado. Él se llama Dave McLean y es un campesino de la zona.

—Exijo... necesito ver al duque de Hamilton —apunta Hess intentando adoptar una postura lo más elegante y autoritaria posible.

—Sí, sí. Venga conmigo, amigo. Él está en mi casa esperándolo. Venga y le daré una tacita de té, que le vendrá bien —dice condescendiente el campesino tomando a Hess por un enajenado mental.

En ese momento se acercan al lugar otros hombres que cruzan las campas en mitad de la noche. Hess observa que el hombre que ha estado hablando con él se dirige a otro, al que llama Craig, indicándole que vaya en busca de ayuda.

Después, Dave McLean lo acompaña a casa. No puede ni por asomo ser consciente aquel campesino de que inscribirá su nombre en la historia por el mero hecho de acoger en su hogar a quien toma por un demente alemán que ha estrellado su avioneta en aquellas tierras.

Llegan a la vivienda. Y allí, por supuesto, no está el duque. Hess sabe que lo toman por loco, pero él insiste en que necesita verlo y en que le debe entregar un mensaje de gran relevancia. La familia McLean obvia sus requerimientos, pero lo colma de atenciones ofreciéndole avituallamiento y calor de hogar.

Pocos minutos después, entran en la casa varios miembros de la Home Guard, que han sido informados del incidente. Han acudido allí para llevárselo como prisionero. Entre los empujones que recibe de los oficiales, Hess se despide atentamente de Dave

y de su familia, agradecido por su hospitalidad.

Ha pasado una hora. Ya es más de medianoche y Hess sigue en su celda. Está cansado. Mucha gente se ha acercado a visitarlo: policías, oficiales, militares... todos como locos por ver al extraño preso alemán que se ha estrellado en su país. La verdad es que no está saliendo todo a pedir de boca. Su importante misión corre un grave peligro.

—Buenas noches, caballero. —Un oficial irrumpe en la celda con un aire distinto al que hasta ahora ha mostrado el resto de la gente con que ha tratado. Parece serio y realmente interesado en el misterioso preso—. ¿Qué tal se encuentra?

—¿Cómo cree que me encuentro? ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Graham Donald y soy oficial del grupo auxiliar del Royal Observer Corps. He estado observando en los radares su vuelo. ¿Cómo se llama y por qué está aquí?

—Me llamo Hauptmann Alfred Horn y debo entregar una importantísima información al duque de Hamilton —repite con toda la firmeza de la que puede hacer gala en sus penosas condiciones.

La conversación se alarga unos minutos más, y Graham no logra sonsacarle absolutamente nada más a aquel hombre. Sale de la celda visiblemente consternado. Acude con premura al primer teléfono que encuentra en el edificio. Marca un número y espera a que le pongan en contacto con alguien.

—Sí, dígame —contesta el duque de Hamilton al otro lado.

—Señor, soy...

—Sé quién es, ya me lo han dicho —apunta visiblemente contrariado por las horas de la noche en que lo importunan.

—Lo llamo en relación con el prisionero alemán.

—¡Ya se lo he dicho a todos los que me han informado! No voy a molestarme en ver a un estúpido alemán por el mero hecho de que se le ocurra decir que quiere verme. Averigüen ustedes qué es lo que quiere.

—Pero, señor. Hay algo que no sabe.

—¿De qué se trata ahora? —pregunta con impaciencia.

—El hombre que ha aterrizado en nuestro suelo insiste en afirmar que se llama Hauptmann Alfred Horn, pero estoy casi seguro de que... bueno... de que es Rudolf Hess, el viceführer del partido nazi, señor.

Es la tarde del 11 de mayo. El duque de Hamilton vuela hacia el sur del país. No puede dejar de pensar en su conversación de aquella mañana con Rudolf Hess. Ahora ya está seguro de que ese hombre es el maldito viceführer. La verdad es que su historia es increíble. Asegura haber realizado aquel viaje sin el respaldo de su gobierno y sin conocimiento de Hitler. Y él lo cree porque conoce a los alemanes.

Es absurdo. Hess le ha explicado mil teorías acerca de las relaciones entre alemanes e ingleses. Le ha pedido que convenza a Winston Churchill de que los

ingleses firmen la paz y de que no se preocupen por los alemanes. Realmente, las primeras impresiones de los paisanos escoceses acerca del estado mental de aquel hombre no le parecen ahora tan desencaminadas.

El duque de Hamilton se presenta en Ditchley Park, en Oxfordshire, un palacio del siglo XVIII que Churchill suele ocupar los fines de semana. El personal de servicio lo dirige al comedor, donde se está sirviendo la cena.

Pero no podrá dar parte de lo ocurrido con Rudolf Hess hasta después de un rato. Aquella noche está programada la proyección de la película *Los hermanos Marx en el Oeste* y Churchill no tiene intención de retrasar su único momento de esparcimiento. Le pedirá que espere para dar el informe hasta después de la película.

Así, después de reírse con los hermanos Marx, Churchill y los integrantes de su gabinete se reirán de la absurda aventura de Hess y se frotarán las manos con aquella oportunidad que, literalmente, les ha caído del cielo.

—Hay quienes intentan ganar posiciones en el escalafón social con la única estrategia de rebajar a los demás en lugar de escalar por sus propios méritos. Es mucho más fácil desmerecer a los demás que merecer por uno mismo.
—En eso, David, estamos de acuerdo.
—¿Lo estás? Por fin coincidimos. Es un comienzo.

DAVID SCHAFFER y ALAIN LARA

Bilbao, septiembre de 1983

Lara volvía a llevar de la mano a María. No se habían quedado al final del partido. Tan pronto como habían bajado del arco de San Mamés, Alain había decidido salir de allí. Caminaban aceleradamente hacia el coche lanzando continuas miradas furtivas a sus espaldas. A veces, les parecía ver a alguien, pero finalmente no era nada.

—Si nos han seguido hasta aquí, seguro que saben dónde vivo yo también —aseguró él cuando llegaban a Indautxu.

María lo miró extrañada. Ya estaba más tranquila. Sencillamente, se dejaba guiar por Alain. Agradecía tener de su lado a alguien tan resuelto.

—¿Y qué propones que hagamos? —le preguntó al fin.

—Tenemos que ir a otro sitio. Mi familia tiene una pequeña casa en Sopelana, en la costa. Allí no podrán dar con nosotros.

Llegaron hasta el Ford Sierra. Alain introdujo la llave y lo abrió.

—¿En qué cuchitril piensas meterme? —preguntó María mientras se ataba el cinturón de seguridad.

Él no contestó. Estaba concentrado en lo que hacía. Encendió el motor y se incorporaron a la circulación. Con el silencio, sus pensamientos volvieron a las razones por las cuales estaban huyendo en ese momento.

—¿Quiénes serían? —preguntó retóricamente Alain.

—No lo sé, pero no parecían saber por qué he vuelto a Bilbao. Eso me lleva a pensar otra vez en que los que entraron en mi piso y los que están detrás de los asesinatos son personas distintas.

—No lo entiendo. Espero que nuestra visita de mañana al museo nos arroje algo de luz.

De pronto, escucharon por detrás el fuerte acelerón de un automóvil. Alain, a través del retrovisor, vio aumentar peligrosamente de tamaño un BMW de color gris. En su interior, pudo distinguir a dos personas. Los seguían. Notaron una sacudida cuando el auto de sus perseguidores rozó la parte trasera de su coche.

—Creo que son tus amigos —soltó Alain sin perder la calma—. No han debido de quedar satisfechos con lo de antes y vienen a por más.

María miró hacia atrás.

—Sí, son ellos —dijo con más hastío que inquietud, como si ya estuviera tan derrotada que nada pudiera sacarla de sus casillas.

Lara se metió la mano en el bolsillo, sacó de allí una pequeña ramita y se la colocó en los labios. Después, apretó las manos en torno al volante y entornó los ojos hasta dibujar una fina línea horizontal, como si estuviera buscando un estado de máxima concentración.

Y, de improviso, giró bruscamente el vehículo para incorporarse a la Gran Vía. Comenzaba la persecución.

El BMW, derrapando, logró girar también. Alain aceleró, agradeciendo que en la entrada desde Sabino Arana hasta donde se encontraban no hubiera muchos coches. Su perseguidor no le anduvo a la zaga y mantuvo la distancia. Ambos coches recorrieron a gran velocidad la calle principal de la ciudad sin respetar semáforos ni indicaciones. Como consecuencia de las pasadas inundaciones, el camino tenía varios socavones que hicieron temblar los bajos de ambos coches. El sonido de los motores era ensordecedor. Los pocos paseantes que caminaban a aquellas horas por la Gran Vía observaron atónitos el espectáculo. Llegaron a la rotonda de Federico Moyúa, y Lara intentó no levantar el pie del acelerador. Cargó peligrosamente todo el peso sobre las ruedas derechas del coche y cruzó los dedos para no volcar. Sabía que el BMW tendría menos problemas en aquellos giros continuados, así que tenía que sacarle chispas al Ford si no quería que lo alcanzaran.

Miró a María, que se había sujetado a la manilla que había sobre la ventana del copiloto. Después, miró hacia atrás para ver mejor a sus perseguidores.

—Tú a la carretera, Alain. Céntrate —le pidió ella.

Cuando se acercaron a la salida que buscaba, Lara cogió con determinación el freno de mano y lo apretó hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Unos instantes más tarde, tiró de él y giró el volante hacia la derecha. El coche derrapó haciendo el giro y, cuando su morro encaró ya la calle perpendicular, Alain metió la primera y pisó de nuevo el acelerador. Las ruedas giraron sobre sí mismas, soltando humo por la fricción, y después se agarraron al asfalto. Alain logró tomar la calle de la Iglesia de San José para enfilarse en la carretera hasta la ría.

El BMW quedó desconcertado por la maniobra y frenó casi en seco para poder hacer el giro en condiciones, perdiendo así unos metros con respecto al Ford.

Pasaron por delante del Museo de Bellas Artes, donde, si aún podían, tendrían que ir al día siguiente. Poco después, se dispusieron a atravesar el puente de Deusto.

—¡Mira eso! —Se sobresaltó ella mientras señalaba hacia el puente con cara de terror—. Pero qué está pasando, por favor.

Alain vio lo que había llamado la atención de María. El puente de Deusto estaba abriéndose. No podía creérselo. ¿A aquellas horas iba a pasar un barco? No le había parecido escuchar ningún aviso ni nada parecido, pero estando en la situación que estaban, todo podía ser. Se notaba cómo el mecanismo de la maquinaria para elevar el puente estaba funcionando.

Lara sabía que, si se detenían, allí acabaría todo. Aceleró al máximo y cruzó la primera mitad del puente a 120 kilómetros por hora. Notaron cómo las pesadas hojas

del puente comenzaban a separarse. El Ford Sierra voló escaso medio metro despegado del suelo y aterrizó en la otra parte del puente. El impacto contra el suelo fue menor de lo que podía esperarse pero, aun así, María casi se golpea la cabeza contra el salpicadero.

Sus perseguidores pronto fueron conscientes de lo que pasaba. El BMW tendría que dar un salto aún más arriesgado que el otro coche porque la separación entre ambas hojas comenzaba a ser notable. Pero Alain comprobó para su disgusto, a través del retrovisor, que también ellos aterrizaban con éxito en la parte deustarra del puente.

Sin tiempo para celebrar su salto ni para lamentar el de sus perseguidores, volvió a acelerar para tomar Lehendakari Aguirre y llegar cuanto antes hasta la ribera de la ría. El salto del puente les había hecho ganar algo de distancia.

—¿Estás bien? —preguntó a María.

—Sí, sí. Pensaba que esto solo pasaba en las películas —dijo con hastío.

De pronto, al fondo de la calle, frente a ellos, un hombre con gafas oscuras que llevaba un pastor alemán se disponía a cruzar un paso de cebra.

—Esto ya no me lo creo —se quejó María otra vez.

El hombre que cruzaba era ciego. Pero no sordo... y escuchó el fuerte frenazo que tuvo que dar Lara para evitar atropellarlo. Las ya maltratadas ruedas del Ford Sierra dejaron unas prolongadas huellas de caucho en el cemento.

—¡Alain, por favor! Casi atropellas al pobre hombre —lo acusó María.

El futbolista enarcó las cejas y, por toda respuesta, miró incrédulo a su copiloto.

El hombre, totalmente aterrado, intentaba colocar sus manos en postura de defensa. Lara y María no dejaban de mirar atrás para comprobar cómo el BMW se acercaba rápidamente. El pastor alemán, cumpliendo solícito su función de lazarillo, tiró de su amo para llevarlo a la acera y lograr que ambos estuvieran a buen recaudo.

—Vamos, vamos —pedía Lara por lo bajo mirando el retrovisor. Mordía la ramita de su boca con fuerza.

Justo cuando el BMW estaba a punto de aprovechar la inmovilidad de su presa, Alain tuvo el hueco suficiente para atravesar el paso de peatones y girar a su izquierda en el cruce rozando al pobre invidente con el retrovisor derecho.

Llegaron a la ribera de la ría, pero habían perdido toda la ventaja que llevaban. Allí había demasiados pasos de peatones, y la escasa visibilidad y las numerosas bocacalles podían hacer aún más peligrosa aquella carrera. Aunque quizá una de esas estrechas bocacalles pudiera servirles como vía de escape.

Llegaron a la zona de la ribera, donde todo eran fábricas y astilleros. Lara sabía que en alguna curva del curso de la ría podría lograr que sus perseguidores los perdieran de vista por unos segundos. Por eso, decidió acelerar al máximo. Tomó aire y suspiró con fuerza, consciente de que lo que iba a hacer podía resultar muy comprometido para su seguridad o, peor, para la de cualquiera que se cruzara en su camino. Se encomendó a la idea de que a esas horas no habría nadie por las calles y

pisó el acelerador con toda su alma.

Aquella carretera era estrecha, de doble sentido y con iluminación escasa, sobre todo después de los destrozos de las inundaciones. Lara supuso que el BMW, por tanto, se andaría con más tiento. Él conocía al dedillo la carretera y podía aprovechar esa ventaja.

Alain conducía con las manos aferradas al volante como si le fuera la vida en ello. A través de las ventanas del vehículo, se veía cómo los inertes edificios industriales de la ribera de Erandio se desplazaban con gran rapidez. Debía mantener los cinco sentidos pendientes de la carretera. Para garantizar el éxito de la arriesgada maniobra que iba a hacer.

Al cabo de pocos segundos, pasaron por delante de una fábrica con pabellones a ambos lados de la carretera. Alain comenzó a lanzar miradas alternas al frente y al retrovisor. Sabía que la estrechez de aquel paso y la curva que hacía la carretera podían provocar que el BMW no los viera durante unos segundos.

Y así fue. Perdieron brevemente de vista a su perseguidor, y fue entonces cuando Alain redujo la velocidad y volvió a tomar el freno de mano para hacer un giro imposible hacia una de las callejuelas que subían hasta Leioa. El coche giró menos bruscamente de lo que había esperado y entró en la bocacalle. El aire silbó por el hueco que separó el coche de las esquinas de la callejuela durante la maniobra.

Después, Alain apagó las luces del Ford y camufló el vehículo entre una hilera de coches aparcados en la acera y esperó.

—Ahora es cuando rezas para que no nos hayan visto girar —dijo sin mirar a María.

Ella asintió. Se quedó mirando al frente y no contestó nada.

Pocos segundos más tarde, escucharon cómo se alejaba el inconfundible rugido del motor del BMW hasta fundirse en el silencio. Suspiraron de alivio. Lo habían esquivado.

María miró a Alain. Su respiración era entrecortada y tenía algunas gotas de sudor en la frente. Sus manos permanecían aferradas con fuerza al volante como si no fueran a desprenderse de él. Ya no mordía el palillo, que descansaba entre sus labios como inerte.

Ella pensó que su compañero había demostrado estar a la altura. Y que quizá su profesión le había enseñado a dar lo mejor en situaciones de presión máxima. Porque lo cierto era que Alain no había dudado ni un segundo. En ninguna de sus decisiones, en ninguna de sus maniobras. Pero ahora notaba cómo la presión lo abandonaba y el futbolista se derrumbaba sobre el asiento.

—Bien hecho, Alain. Gracias —acertó a decir ella. No le pareció una frase muy alentadora, pero era lo único que le había venido a la boca en aquellas circunstancias.

Lara no dijo palabra alguna. Volvió a poner en marcha el coche y retomó el camino hacia su casa en la costa.

El mar rugía como si se jactara vanidoso de su bravura y hacía estallar violentamente las olas contra los riscos de los acantilados. Era aún más intimidante por la noche, cuando sus movimientos y mareas solo podían adivinarse después de haber ocurrido. La playa, escondida entre las montañas partidas, recibía los golpes de mar mansa y resignadamente, como si contener al poderoso mar Cantábrico fuese su irremisible destino. Y la superficie de la orilla brillaba al reflejar la luz de la luna de un modo tan sugerente como una mirada que comienza a empañarse por la tristeza.

María sujetaba una taza de café y se apoyaba en la barandilla de la terraza. Alain estaba a su lado y también miraba hacia el mar. Él no tomaba nada. Solo mordía otra ramita y fruncía el ceño.

La casa era pequeña. Un quinto piso de unos sesenta metros cuadrados en un viejo inmueble sin ascensor. Pero las vistas eran magníficas y estaba a pocos metros tanto de la playa Salvaje como de la de Sopelana.

El futbolista pensaba en su invitada. María se había duchado y ahora llevaba una vieja camisa de cuadros que habían encontrado en un armario y que usaría para dormir. Se la veía tranquila y resignada a seguir el guion que le había tocado. No había vuelto a mencionar las persecuciones que había sufrido en el estadio y en la carretera. Parecía que ambos hubieran llegado a un pacto implícito para no hablar sobre ello. En aquellos momentos, lo único que los reconfortaba era que el siguiente paso estaba claro. Ir al museo.

—¿Qué nos vamos a encontrar mañana? —preguntó ella tras incorporarse desde la barandilla y dar un sorbo al café.

—Con suerte, un libro.

—¿Ah, sí?

—Lo digo en serio —matizó Alain—. Puede que no encontremos nada. Eso sería lo peor. Necesitamos encontrar algo porque estamos a oscuras. Pero siempre cabe la posibilidad de que vayamos allí y no exista ningún libro ni ningún documento que se llame *La lágrima del Lobo*.

María asintió y volvió a mirar hacia la negrura del horizonte. La hierba, en la llanura del acantilado, se hacía eco de la fuerte brisa. Se inclinaba violentamente al son del viento y aparentaba formar oscuras olas en las explanadas a cada golpe de aire.

Alain, sin darse cuenta, se puso a mirar a María. Su pelo se movía tan desbocadamente como debían de hacerlo sus pensamientos. El futbolista veía en ella una extraña concreción de la belleza de aquel paisaje. Como un susurro dentro del viento del Norte, como una gota dentro del mar Cantábrico, María estaba perfectamente integrada en la escena. De pronto, la mujer se volvió hacia él y Lara retiró la mirada. No por vergüenza, sino para no incomodarla; era consciente de que no era un buen momento. Y, sobre todo, intuía que ella aún tenía muy presente la huella de su relación con David Schaffer. Así que, sencillamente, como para todo en

su vida, decidió ser práctico y disfrutar de su presencia.

Inspiró profundamente. El aire llegaba con aroma a sal. El Cantábrico seguía arrojando sus tercas y constantes acometidas de agua desde la oscura línea del horizonte que él mismo marcaba.

—Lástima no disfrutar de algo así en otras circunstancias —dijo ella para romper el silencio. Era muy consciente de que el futbolista la había estado mirando. Le sorprendía algo así en aquel tipo duro.

—Es justo en lo que estaba pensando —recalcó Alain sin abandonar su expresión grave.

Ella hizo un mohín de desconcierto. No sabía qué pensar de Alain. No sabía si realmente esa era su forma de intentar intimar con ella. Por otra parte, María no había desterrado de su vida a alguien que, además, estaba en peligro. No podía dejar de pensar en David. Por muy cómoda que se sintiera con Alain, y por muchas ganas que tuviera de liberarse del yugo de aquella relación anclada en el pasado, ella continuaba aferrada a aquel camino sin salida.

—He hablado con una de las recepcionistas de guardia de mi empresa, por si había tenido llamadas importantes —apuntó María, para cambiar de tercio. Había utilizado el teléfono de la casa poco después de ducharse. Miró a Alain como si le diera pereza retomar el tema. El único al que estaban condenados a volver una y otra vez—. Parece ser que me ha llamado Bieda. Ha debido decir que era muy urgente.

Lara se encogió de hombros dando a entender que no cabía otra cosa que seguir afrontando todo aquello con cierta deportividad.

—Llámallo. Es tarde pero puede ser importante.

—Lo haré ahora mismo.

—Y después, intentemos dormir. Mañana será un día intenso —resolvió el futbolista mientras entraba en la casa con su leve cojera.

—¿Más intenso que el de hoy?

—El de hoy no ha estado mal, efectivamente —confirmó él volviéndose hacia María.

Ella le lanzó media sonrisa.

—Por cierto, al final no sabemos qué habrá hecho tu equipo.

—Mientras te duchabas, yo también he cogido el teléfono. He llamado a casa de Santi, el amigo con el que íbamos a estar en el estadio. Hemos ganado cuatro a cero. Les has dado suerte, al fin y al cabo.

Antes, mi sentido común intentaba, casi siempre sin éxito, encomiarme a que pensase bien lo que iba a hacer o decir frente a los demás. Ahora, después de tantos fracasos, creo que ha renunciado a su función y se encoge de hombros cada vez que me observa actuar primero y arreglar el estropicio después.

LUCAS BIEDA

Bilbao, septiembre de 1983

Desde la calle, se oyeron los rugidos de la moto de Bieda. Imanol se puso en guardia. Plegó la maquinita del videojuego de comecocos con la que estaba perdiendo el tiempo y la guardó rápido en el cajón. Era ya tarde pero sabía que no podía largarse hasta que su jefe se lo dijera. Por eso lo esperaba con fastidio.

El chico cogió los papeles que había preparado y esperó con ellos en la mano a que subiera Bieda. La mole, con su cicatriz en la cara, apareció al fondo del pasillo. Caminaba mientras intentaba encenderse sin éxito un puro mojado. Volvía de su visita a Joaquín Larrea y venía cabreado.

—Las llamadas que me pidió —indicó Imanol dándole las hojas.

Él las cogió de camino a su despacho, dijo un minúsculo «gracias» que no habrían escuchado ni los perros y siguió caminando mientras echaba una ojeada a la información.

Hasta que se detuvo en seco.

—Chaval, ven aquí. ¿Qué es esto?

Imanol se acercó con recelo.

—Es el listado de llamadas que me pidió. Las llamadas que hizo el compañero Martín Sollube durante las semanas de la investigación.

—Hay muchas al mismo número. Me has apuntado aquí el nombre del bufete Schaffer & Mulligan. ¿Estás seguro?

—Es lo que he encontrado.

Lucas asintió. Masticaba el puro apagado y aún caían gotas de su ropa calada. Dio una fuerte palmada en la espalda a Imanol.

—¿Y dónde está el detective Sollube? Me gustaría hablar con él.

—No está. Se ha cogido unas vacaciones.

Bieda sonrió con sarcasmo.

—Qué oportuno. Buen trabajo, chaval —le felicitó antes de desaparecer por la puerta del despacho.

El ayudante se palpó la espalda. Creía que la carantoña de Bieda le había roto el omoplato, por lo menos. Chasqueó la lengua y volvió a la mesa. Se regocijó pensando en lo que tenía en su cajón. Volvió a abrirlo con discreción para asegurarse de que lo que había guardado dentro era de verdad.

Tomó el sobre que tenía escondido mirando de reojo por encima del hombro. Lo abrió unos pocos centímetros y comenzó a contar el dinero por enésima vez.

Era el dinero más fácil que había ganado en su vida. Solo le habían pedido que diera a su jefe esas hojas con las llamadas. Nada más. Y él no había hecho preguntas. Había ganado en un día lo mismo que le pagaban allí en todo un año. Precio suficiente para tragarse sus remordimientos.

—¿No está? Ya es tarde... Pero volverá mañana, ¿no? ¿Y no ha dejado ningún número de teléfono? Vale, gracias.

Bieda colgó con virulencia. Schaffer también se había largado. No había dejado ningún contacto. En su bufete estaban tan desconcertados como él mismo en aquel momento.

Ya no había duda. El abogado se había convertido en su principal sospechoso. No descartaría a Germán de la Serna ni a los Bécker, pero ahora tenía que seguir esa pista. Además, quizá algunos de los intereses de estos coincidieran con los de David Schaffer y, por tanto, fueran varios los cómplices detrás de los asesinatos.

Le vino una idea a la cabeza. Cogió el teléfono y llamó a las empresas Aberasturi a probar suerte a pesar de las horas. Preguntó por María. Esperó.

—Lo sentimos, pero la señorita Aberasturi ha dicho que no vendrá a trabajar durante unos días —le comunicó la recepcionista.

—Qué raro... ¿Se han ido todos de viaje y no me han avisado?

Su interlocutora dudó antes de responder.

—Lo siento, señor Bieda, pero no sé...

—No se preocupe. No ha dejado ningún otro número al que poder llamarla, ¿verdad?

—No, lo siento. Pero le puedo dejar algún recado.

—Se lo agradezco. Dígale que la he llamado. Dígale que es muy urgente. Que me llame cuanto antes.

—De acuerdo, así lo haré.

Colgaron.

Volvió a maldecir su suerte. Justo cuando parecía que había dado con la pista correcta... Tiró el puro y se encendió otro. Se recostó en su silla y la hizo crujir con su gesto. Se estiró de los tirantes durante un largo rato. Pensaba en Schaffer, en De la Serna y los Bécker, en el detective Sollube, en los sobres rojos...

Todo aquello se estaba enredando. Normalmente, su *modus operandi* era el mismo en todos los casos: intuía quién era el malo de la película, lo buscaba para hacerle unas cuantas preguntas inculminatorias y le partía la cara. No necesariamente en aquel orden. Él era un hombre de acción. Pero todo ese caso, con sus mil implicados y complicaciones, era más propio de un detective del estilo de Sherlock Holmes: inteligente, sagaz y todo eso. Y él no podía ser más distinto. No se consideraba demasiado listo, no fumaba en pipa, sino habanos, y el «querido Watson» de Holmes e Imanol se parecían lo mismo que un huevo a una castaña.

De pronto, sonó el teléfono.

Cogió el auricular. Le sorprendió que fuera María Aberasturi quien lo llamaba.

—Gracias por devolverme la llamada.

—Ha sido casualidad que justo llamase a la empresa y me dieran el recado. Dijo que era importante. Aquí me tiene.

—Señorita Aberasturi, creo que el señor Schaffer oculta algo.

—¿A qué se refiere, detective? —María hizo una pausa y reflexionó sobre los pasos que estaba dando Bieda—. Algo le hizo investigar este caso a pesar de no ser suyo. ¿Qué es lo que nos oculta?

Bieda masticó el puro. Dio un par de caladas nerviosas y se decidió a soltar lo que sabía.

—He estado recibiendo pistas anónimas sobre el caso —admitió con tono derrotista—. Eso hizo que me decidiera a investigarlo. Aunque siempre había intuido que había gato encerrado. En una de esas pistas se me apuntó la posibilidad de que investigara a David Schaffer. Y he contrastado alguna información que, cuando menos, indica que Schaffer tiene cosas que contarnos.

—No puede ser cierto. David está en peligro.

—¿Lo dice por esa foto de la que me habló? Quizá si pudiera verla... Aunque me parece que eso no puede ser tan determinante como la información que yo he encontrado.

María se revolvió por dentro. Vio claro lo que estaba ocurriendo. Decidió ser sincera ella también.

—Señor Bieda, David fue asaltado ayer de madrugada. Le dieron una paliza y le dejaron una nota amenazadora. Es la próxima víctima.

Lucas suspiró. Negó con la cabeza. Se levantó del asiento inquieto. Sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja y se estiraba los tirantes mientras masticaba su habano.

—¿Dónde está, señorita Aberasturi? Lo tienen escondido, tal y como me dijo, ¿verdad?

—Necesito saber que me ha creído antes de decirle nada. Agradeceríamos tenerlo de nuestro lado, pero debo asegurarme de que lo está.

—Y yo necesito aclarar algunas cosas con el señor Schaffer antes de todo eso. Puede que la nota sea un farol.

—¡Detective! ¿Sabe lo que decía esa nota? ¿Sabe por qué no hay indicios en el resto de asesinatos?, ¿lo sabe? —María escupía las preguntas airada. Tenía que hacerle comprender—. Le piden que se suicide, señor Bieda. Van a hacer que se suicide. Algo parecido debieron de hacer con mi padre y con los demás. Son los crímenes perfectos porque los cometen las propias víctimas.

—Eso explicaría algunas cosas. Pero si me deja llegar hasta él...

—¡Eso es precisamente lo que ellos quieren! ¡Así van a cometer su siguiente asesinato!

—¿A qué se refiere?

—¡Lo están utilizando a usted! En la nota que recibió David le dejaron una pistola. Le dijeron que las autoridades llegarían hasta él y que, cuando lo hicieran, él debería disparar primero para que luego algún policía respondiera a esos disparos. Y él debía dejarse alcanzar para provocar su propia muerte. Pues bien, señor Bieda, creo que ya sabemos quién es el policía que esos asesinos han escogido para llevar a cabo sus planes... Es usted.

—El fútbol aúna el sacrificio del deporte, la estrategia de una batalla y la nobleza de una...

—Alguien debería recordarte que solo eres un tío que se pone en calzoncillos para pegar patadas a un balón, muchacho.

ALAIN LARA y DAVID SCHAFFER

Bilbao, septiembre de 1983

Al día siguiente, todo parecía comenzar de nuevo. María había dormido bien y se mostraba algo más animosa. La conversación con Bieda la había alterado, pero al menos había podido advertir al detective de las posibles intenciones de quienes estuvieran detrás de todo aquello. Además, David seguía a buen recaudo. Y Alain, como siempre, estaba sereno. Hubiera dormido bien o hubiera dormido mal. María sabía lo que tenían que lograr aquel día. Sobre todo, después de aquella llamada de Bieda. Tenían que conseguir algo que pusiera al detective de su parte.

Desayunaron con calma y sin hablar demasiado. Después bajaron hasta el coche. Tras un viaje de media hora, volvieron a entrar en Bilbao, con la mañana ya muy avanzada. Llegaron a la plaza del Museo, que la noche anterior había sido uno de los escenarios de su persecución.

Condujeron hacia la elegante puerta principal. Ellos debían dirigirse hacia la entrada del edificio antiguo, precedida de varios escalones y enmarcada con unas vistosas jambas y dinteles tallados en la piedra. La hiedra engalanaba también aquella parte de la fachada. Aparcaron en la propia plazoleta y entraron en el edificio.

Alain observó que había unos pocos turistas en la entrada. Era una recepción muy distinguida, recubierta de mármol de tonos entre ocres y rosáceos. A la izquierda, había una mesa pequeña de madera oscura donde permanecía sentado un vigilante joven de porte elegante.

—Pensaba que estaría Felipe Martín.

—¿Quién? —preguntó María.

—El vigilante que siempre ha estado aquí dando los *tickets*. La entrada es gratuita, pero siempre te dan *tickets* —respondió Alain.

—¿Y sigue aún?

—Que yo sepa, sí. Es una institución. Antes era barbero, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea.

—Ahora hace de vigilante aquí, pero los empleados del museo se cortan el pelo con él y se ahorran ir a la peluquería. Nos habría venido bien que estuviese. Me conoce perfectamente y nos habría echado un cable.

—Bueno, ¿y qué hacemos? Tendremos que preguntar de todas formas, ¿no?

Alain asintió y se acercó a la mesa.

—Buenos días —saludó Lara al joven vigilante—. Estamos buscando un libro.

—¿Buscan ustedes un libro? —preguntó él, afable pero desconcertado—. Aquí no

solemos tener ese tipo de obras.

Era un muchacho de no más de veinte años y llevaba una plaquita a la altura del bolsillo de la camisa donde se leía «Iker S.». Era un joven bien parecido, de pelo negro, con ojos de color miel y una sonrisa que al futbolista le pareció sincera.

Alain intuyó que aquel chico no lo reconocía. Era difícil encontrar en Bilbao a alguien que permaneciera ajeno al Athletic, pero así parecía ser en ese caso.

—¿Eres de Bilbao? —le preguntó.

—Soy de Vitoria —le contestó el joven. Eso disipó las dudas de Alain.

—Me llamo Alain y ella es María —apuntó mientras la mujer sonreía de un modo encantador y él tendía la mano para estrecharla con la del joven. Tenía que ganarse la confianza de aquel vigilante—. ¿Llevas aquí mucho tiempo? ¿Qué haces lejos de tu tierra?

—Estoy aquí temporalmente —respondió—. Sustituyo a Felipe Martín, que estará fuera un tiempo. Yo estudio Derecho en Deusto. Trabajo aquí para sacarme un dinero. Y porque me gusta el empleo, claro —dijo con una sonrisa amplia y límpida.

—Ya veo —asintió Lara.

—¿Qué tipo de libro buscáis, entonces?

—Es un documento del que no sabemos mucho. Pero tiene una importancia especial.

—¿Cuál es la temática?

—Ese es el asunto, Iker. Puede que sea una novela o algo que se le parezca.

—¿O algo que se le parezca? —preguntó con media sonrisa—. Bueno, en ese caso debo advertiros que si es una novela aquí no vais a encontrarla. Sé que se baraja crear una biblioteca de consulta, pero hoy lo único que tenemos aquí son solo enciclopedias de arte, catálogos... y sé que también hay suscripciones a revistas y documentos especializados. Pero poco más.

—Soy consciente de eso —dijo Alain esta vez—. Aun así, pienso que puede estar aquí.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Una corazonada... —respondió él, consciente del escaso valor de su respuesta.

—Ah, eso lo cambia todo. Si es una corazonada... —suspiró Iker sonriente—. Decidme, por favor, cómo se llama el libro.

—Su título es *La lágrima del Lobo*, pero desconozco el autor. De hecho, puede que sea anónimo.

Iker frunció el ceño. Aun así, para grata sorpresa de Alain, hizo un alarde de discreción y no curioseó con preguntas incómodas.

—De acuerdo. Llamaré a alguien de la Junta de Patronato o al señor de Barandiarán, el director. Ellos podrán decirnos algo.

—No, no, espera... —lo frenó Alain—. ¿Por qué tienes que llamarlos?

—Si es un libro, ellos son los que mejor pueden saber dónde encontrarlo.

Alain apretó los labios y le pidió al vitoriano con la mirada que no llamara. No

tenía muy claro por qué, pero sabía que cuanto menos gente supiera que alguien estaba preguntando por aquel libro, mejor. Además de que su intención, en última instancia, podía ir más allá de echar una mera ojeada al manuscrito. Quizá tuviera que llevárselo para poder estudiarlo a fondo.

—¿No hay una manera más discreta de...?

Iker entendió a la primera.

—Puedo mirar yo mismo si entre las fichas de registro hay algo.

—Por favor.

El joven vigilante sonrió levemente, se levantó y se dirigió hacia el registro.

María y Alain se miraron y se desearon suerte sin palabras. Esperaron unos escasos pero largos minutos, tras los cuales vieron aparecer al joven con cara circunspecta.

—Nada, no lo tenemos —dijo al llegar hasta ellos.

—¿Estás seguro, Iker?

—Completamente. He mirado por título en cada uno de los temas. Lo siento.

—Pero tiene que estar aquí —insistió Alain.

—Voy a hacer una cosa —se ofreció de nuevo el joven—. Voy a llamar a un compañero de las oficinas para ver si está entre las nuevas adquisiciones que están pendientes de catalogar, ¿de acuerdo?

—Eso estaría bien, sí. Pero...

—Seré discreto —interrumpió Iker adivinando la intención de Alain—. Solo le pediré que me diga si hay algún libro sin catalogar que él controle. No le diré nada. Será él quien me diga los títulos.

—Gracias —dijo el futbolista.

—Aunque os aviso ya que es difícil que haya muchos libros nuevos sin registrar.

—Me hago cargo —dijo Lara—. Te agradezco el interés.

Iker hizo oídos sordos al agradecimiento y se dirigió hacia el teléfono para llamar a su compañero. Tenía una especie de armonía en sus movimientos y en su manera de hablar que hacía despertar una extraña sensación de paz a quien estaba con él. Se podía confiar en aquel chico. Alain no solía equivocarse en sus juicios.

Lara apenas pudo intuir la conversación aunque, por las muecas que ponía el joven vitoriano, adivinó que aquella llamada no iba a resultar fructífera.

—Lo siento —dijo Iker mientras se acercaba a ellos—. Lo siento de veras: mi colega no tiene ningún libro nuevo sin catalogar.

Lara se mordió el labio inferior visiblemente defraudado y se volvió hacia María.

—Sabíamos que era una posibilidad —afirmó María por lo bajo.

—No por eso deja de ser decepcionante.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a seguir buscando ese libro, aunque no sé cómo ni dónde —resolvió Lara con decisión—. No parece que podamos contar con Bieda por ahora. Así que tenemos que encontrar algo que pueda convencerle de que se equivoca sospechando

de David.

Sin esperar a ver la reacción de María, se volvió hacia el vigilante del Museo de Bellas Artes.

—Iker, muchas gracias de todos modos.

—Vaya, hombre —dijo él encogiéndose de hombros—. Ya me da pena no poder ayudaros más...

—No, no —lo tranquilizó el futbolista—. De verdad, no importa. Muchas gracias.

—Parece que es importante para vosotros encontrar ese libro —añadió Iker sin ningún atisbo de indiscreción.

—No te preocupes, de verdad. No tiene importancia —mintió Lara mientras que, poniéndole la mano en la espalda, invitaba a María a salir del museo. Ambos se alejaron del pequeño mostrador.

Apretaron el paso hacia la salida. Alain estaba enfadado. Él solía ser más frío y encajaba bien las contrariedades. Lamentarse le restaba tiempo para pensar con claridad. Pero esto lo había sobrepasado. Tenía las mandíbulas tan contraídas que comenzaba a dolerle la cabeza. ¿Era posible que aquella pista fuera, sencillamente, falsa? Quizá hubiera sido una maniobra para desconcertarlos.

Ambos agradecieron el frescor del viento en la cara cuando atravesaron las puertas del Museo de Bellas Artes. Pero esa corriente de aire no sería capaz por sí sola de disipar los fantasmas que de inmediato habían vuelto a llenar sus cabezas. Ya no tenían claro su siguiente movimiento y eso era desolador. Los dos lo sabían y ninguno encontraba las palabras adecuadas para romper el silencio. En cuanto lo hicieran, se caería la última barrera antes de afrontar la realidad.

—¡Eh! ¡Alain, titán! —lo llamó la ya familiar voz de Iker a su espalda.

El futbolista, que estaba ya a la altura de su vehículo, se dio la vuelta y vio cómo el joven vitoriano se acercaba corriendo con cortas zancadas.

—¿Titán? —repitió Lara extrañado.

El empleado del museo llegó hasta su vera.

—Muy rápido vas para seguir lesionado. A este paso, vuelves a jugar la próxima jornada.

Alain dio un respingo.

—¿Sabes quién soy?

—Estoy en Bilbao. Y no soy un extraterrestre. Sé quién eres.

—Ah, como no habías dicho nada...

—¿Tenía que decirte algo?

Alain sonrió.

—Olvídalo. ¿Por qué has salido a buscarme?

—He estado pensando. Y quizá, solo quizá, exista una posibilidad de que ese libro sí que pueda estar aquí, en el museo.

Alain no dijo nada. Entornó los ojos pidiendo una explicación.

—Los libros que se guardan en la sala donde se reúne la Junta de Patronato o en

el propio despacho del director del museo. Esos, a veces, no se registran —prosiguió el joven.

—¿En el despacho del director?

—Sí —contestó Iker impaciente—. No quiero que os hagáis ilusiones, pero puede que encontremos algo allí. Hay veces que recibimos artículos que, por su escaso valor o por su dudosa procedencia, no llegan nunca a registrarse. Supongo que es una posibilidad entre un millón pero... La cuestión es que deberías subir tú mismo a ver lo que hay. Tú vas a saber mejor que yo reconocer el libro que necesitas. A mí se me puede escapar porque ni sé, ni quiero saber lo que estáis buscando —dijo con sincera discreción—. Así que lo mejor es que tu amiga se quede por aquí y tú me acompañes.

—¿Pero yo puedo entrar en la zona de los despachos del museo? —preguntó el futbolista con calma.

—No —respondió el vitoriano rotundo.

—¿Entonces?

Iker sonrió.

—Seamos sinceros. Ese libro, *La lágrima del Lobo*... Si no has querido que lo comente con nadie es porque te lo quieres llevar del museo, ¿verdad?

—No, bueno, Iker... —se entrecortó Alain—. Sé que no puedes entenderlo, pero es algo de vital importancia.

—Ya lo sé, ya lo sé. Eres Alain Lara. Podrías permitirte el lujo de pedírselo tú mismo al director o a la Junta. Si estás procediendo así, tendrás tus razones. No sé por qué pero algo me dice que debo ayudarte.

—Entonces... yo no puedo entrar en esas zonas, ¿no?

—La verdad es que la seguridad en el museo es mínima. No hay cámaras, no hay alarmas y los vigilantes no tenemos ni *walkie-talkie*. Nos comunicamos con los cuatro teléfonos que hay en todo el museo. Así que, aunque no puedes entrar, creo que, si nadie nos ve, nadie nos pondrá pegas.

Alain frunció el ceño y afirmó con leves movimientos de cabeza. Sacó una ramita del bolsillo y se la llevó a la boca. Volvió a mirar a Iker.

—Vamos, entonces —dijo con aplomo.

Alain e Iker cruzaron la galería acristalada que unía los dos edificios del Museo de Bellas Artes. Desde allí pudieron ver la escultura exterior en la plaza del estanque, un homenaje a Arriaga de Francisco Durrio, que representaba una musa sujetando una lira con ambas manos. Estaba de nuevo en su versión «desnuda», que desde los años cincuenta hasta 1975 había sido relegada a los sótanos del museo y sustituida por razones de pudor por una versión semejante pero «vestida», obra del escultor Barros.

Poco después, llegaron a la luminosa sala del edificio contemporáneo, con su característico suelo de mármol negro. A la derecha, en el centro de la gran sala, estaba la escalera de peldaños suspendidos que los llevaría hasta el último piso, donde se hallaban los despachos.

Al fin, llegaron hasta una catenaria que impedía a los visitantes subir hasta la planta privada del personal del museo. Alain observó la barrera con cierto recelo, pero percibió que Iker estaba muy seguro de lo que hacía y eso le dio tranquilidad.

—A ver —soltó el joven vigilante—, si vamos a probar suerte con esto, es porque sé que el señor de Barandiarán ha salido. Tenemos vía libre. Pero arriba está su secretaria, y quizá algún restaurador, no lo sé. Lo malo de todo esto es que, como eres Alain Lara, si alguien te ve no podrás pasar desapercibido ni inventarte excusas.

—¿Y qué propones que haga?

—Que te quedes en esta planta un segundo y te pongas allí de espaldas, como si miraras la exposición de Miró. Yo intentaré llevarme a Elena a tomar algo para que puedas subir. Te doy quince minutos. El despacho del director y la sala están al frente según subes la escalera. A la derecha estaría la sala de restauración que debes evitar por si hay alguien.

Y sin esperar ninguna reacción por parte del futbolista, Iker esquivó la catenaria y subió de dos en dos los peldaños.

Alain escuchó cómo, con voz cordial, saludaba a la secretaria y la invitaba a acompañarlo a tomar un café.

Cuando los dos empleados se habían alejado lo suficiente, Alain se volvió y, al ver la vía libre, fue hacia la escalera. Sobrepasó la catenaria y ascendió a la zona de despachos. Antes de subir los últimos peldaños aguzó el oído para comprobar que no se oía a nadie en la planta. Después, cruzó los dedos y subió con determinación.

Entró en el despacho del director. Una gran mesa de madera maciza llena de papeles y un cuadro inmenso de la Virgen lo presidían. Buscó con la mirada en los armarios y las baldas. Buscó y rebuscó pero no halló ningún libro con el título que anhelaba.

Vio una puerta que, desde el propio despacho, daba acceso directo a la sala de juntas. Fue hasta ella y se sorprendió de las espectaculares vistas que había desde el ventanal que daba al parque de Doña Casilda. Una de las paredes estaba recubierta de armarios acristalados llenos de libros. Probó suerte allí. Se concentró todo lo que pudo para ir repasando uno a uno los volúmenes. Pero Iker tenía razón, todo eran enciclopedias o catálogos de arte.

Después de diez tensos minutos tuvo que abandonar. Sabía que le quedaba poco tiempo y oía algunos ruidos en la sala contigua de restauración. De pronto, oyó que alguien tocaba a la puerta del despacho del director. Alain se quedó paralizado. Volvieron a golpear con los nudillos en la entrada y abrieron la puerta.

—¿Jorge? —dijo la voz de un empleado, preguntando por el director—. Jorge, ¿estás por aquí?

Seguidamente, el futbolista oyó unos pasos que cruzaban el despacho anexo y se acercaban hacia la sala de juntas. Alain miró a su alrededor y solo se le ocurrió meterse debajo de la mesa. Como descubrieran allí debajo a un futbolista del Athletic, los titulares de los periódicos serían espectaculares.

—¿Jorge? —se oyó de nuevo la voz, ya dentro de la sala de juntas.

«Que no está, joder, ¿no lo ves?», pensó Alain, agazapado sobre la moqueta.

—¡No lo busques ahí dentro porque no lo vas a encontrar! Ha tenido que salir — informó una voz desde fuera del despacho. Una voz que a Alain le sonó providencial.

El empleado soltó un suspiro de resignación y abandonó de mala gana el despacho. El futbolista oyó la puerta al cerrarse.

Tenía que salir de allí.

Se dirigió hacia la salida y escuchó lo que ocurría en el exterior. Esperó a que la sala estuviera vacía y abandonó el despacho. Corrió hasta la escalera y bajó los escalones de tres en tres; su maltrecha pierna le recordaba la lesión con dolor en cada brinco.

Después, esquivó la catenaria de nuevo y esperó de espaldas.

Minutos más tarde, Iker dejaba a Elena de vuelta en su puesto de trabajo.

—Nada, ¿verdad? —le dijo cuando llegó hasta él.

—Nada —respondió Alain, taciturno.

—Bueno, pues hagamos una última intentona... —ofreció el vitoriano con tranquilidad.

—¿Existe una última intentona?

—Siempre la hay —respondió con su sonrisa—. Los sótanos...

Si el libro que buscaban hubiera sido descartado por los miembros de la Junta por su baja relevancia artística, bien podría estar allí olvidado. Era un brindis al sol, pero era lo último que les quedaba.

Al cabo de unos minutos, tras bajar escaleras y cruzar corredores, llegaron a un estrecho pasillo. Al final, se adivinaban unos portones. En la pared derecha había unos interruptores que controlaban las luces del sótano. Iker los activó cuidadosamente.

—Ese es el almacén —anunció señalando al final del pasillo—. Probemos suerte.

El futbolista se quedó callado unos instantes mientras miraba a su peculiar acompañante.

—Dime una cosa, Iker —preguntó por fin con curiosidad—. ¿Por qué estás haciendo todo esto?

—¿El qué?

—Ayudarnos.

—Bueno, eres Alain Lara.

—¿Eres del Athletic?

—No fastidies. Un respeto. Del Alavés, a muerte. Incluso jugué en categorías inferiores.

—¿Entonces?

—Eres Alain Lara. Es curioso que alguien tan conocido esté buscando como loco un libro. Te viene alguien famoso, te pide un favor... Y, qué narices, estaba muy aburrido allí sentado todo el día.

—¿Aburrido?

—Como una ostra. Hoy está siendo el mejor día de todos los que llevo aquí.

—Vale —zanjó Lara renunciando a seguir preguntando. Mordió con fuerza su ramita como cada vez que estaba inquieto—. Entremos ya, si te parece.

Iker comenzó a andar hacia el almacén del sótano y Alain lo siguió de cerca. Tras recorrer un largo pasillo, Iker abrió una de las puertas, que descubrió tras de sí un espacio lleno de trastos amontonados sin orden.

—Joder —espetó Alain sorprendido.

—Impresionante, sí —corroboró Iker.

La estancia estaba tenuemente iluminada por algunas dispersas bombillas. De techos bajos, la sala tenía varias hileras de estanterías y muebles con cajoneras alargadas. Lara atisbó distintas piezas extrañas, pequeñas esculturas, varios lienzos... pero ningún manuscrito.

—Tendríamos que buscar en algunas de las cajas del fondo para ver si hay allí algún libro —apuntó Iker, que parecía haber leído el pensamiento de Alain.

Comenzaron a caminar en la dirección que el joven había indicado. La estancia no era demasiado grande. Lara paseaba su curiosa mirada de un lado a otro mientras seguía sumisamente a Iker.

De pronto, toparon con la estatua vestida del homenaje a Arriaga. Aquella que había relegado durante muchos años a su versión desnuda a ese sótano y que ahora había tomado su lugar y aguardaba allí olvidada y acumulando polvo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Alain.

—Aquí abajo hay de todo. Pero lo que ahora nos interesa son las piezas que se han desechado y que, sencillamente, se almacenan aquí. En todos los museos existen este tipo de depósitos, trasteros, almacenes o como quieras llamarlos —explicó Iker—. ¿No has oído decir a los franceses que la verdadera belleza del museo del Louvre se encuentra en sus sótanos? Pues esto igual es como el Louvre.

—¿Como el Louvre? No me malinterpretes, me encanta nuestro museo. Mi *aitite* me traía a menudo antes de irnos a Valencia. Pero si me lo vas a comparar con el Louvre, creo que te has hecho muy rápido de Bilbao...

—Quizá sí.

Iker ya no atendía a la conversación. Entrecerraba los ojos oteando el final de la estancia. El joven vitoriano parecía concentrado en la tarea. Alain decidió reservar su curiosidad y dejar todo en manos de aquel muchacho que el destino había puesto en su camino.

Allí abajo hacía frío. Con todas aquellas obras allí abandonadas, Alain pensó que estaban en un cementerio de arte.

Llevaban ya varios minutos buscando en silencio. Iker seguía mirando un lugar donde pudiera haber libros. Abría algunas puertas. Abría algunos cajones. Pero intentaba no tocar ninguna de las piezas que encontraba. Sabía que las obras solo podían ser manipuladas con guantes especiales y siguiendo ciertos protocolos. Se

movía con agilidad, desechando resuelto los lugares donde creía que no tendrían suerte. Y, de pronto, al doblar la esquina de una de las estanterías, se detuvo en seco. Lara casi tropezó con él.

Iker se volvió hacia el futbolista con una sonrisa triunfal.

—Aquí sí puede estar —dijo.

Alain desvió la mirada buscando ávidamente lo que Iker le había llevado a ver. En efecto, allí estaban. Varias decenas de libros viejos, arrugados y sabios, amontonados en unas pocas cajas y en perfecta armonía. Silenciosos, como si recriminasen a sus testigos el hecho de haberse visto abocados a aquella triste situación.

De repente, se oyó un sonoro chasquido y las luces del almacén se apagaron. Un escalofrío recorrió la espalda de Alain. ¿De verdad iba a tener que esconderse de nuevo? No podía ver absolutamente nada. Permaneció inmóvil.

Iker le puso la mano en el hombro y le susurró tranquilizador:

—No te preocupes: tú no hagas ruido. Será algún compañero del museo que viene a recoger algo de aquí abajo.

—¡Epa! ¡Ahí va, la leche! ¿Se ha ido la luz o qué? —gritó la voz de un hombre que acababa de cruzar las puertas del almacén.

—No —respondió otra persona que entraba en ese momento—. Supongo que estarían encendidas y, al dar a los interruptores, en realidad, las hemos apagado.

—¿Encendidas? Pues yo no he sido y nadie entra aquí sin que yo le dé permiso —apuntó indignado el primer hombre mientras encendía una linterna y su compañero hacía lo propio—. Raro me parece...

Con las luces que ahora les llegaban desde la entrada, Iker y Alain pudieron comprobar que uno de los hombres era un empleado del museo y el otro, el que se había extrañado por el asunto de las luces, un vigilante de seguridad.

—¿Es cierto eso? —preguntó Lara en un susurro.

—¿El qué?

—Que nadie puede entrar aquí sin el permiso de tu colega.

—Sí, puede ser.

—Joder, Iker —bufó el futbolista—. O sea, que no solo soy yo el polizón aquí en este sótano.

—Eso parece.

—Pues no me viene demasiado bien que nos detengan y nos lleven a la comisaría. Sería un poco escandaloso: «Jugador del Athletic robando en el museo» y todo eso. Me explico, ¿no?

—Te explicas —contestó Iker con calma y sin desviar la mirada de los hombres de la puerta.

Alain esperó a que su compañero de aventura propusiera algo. Pero esperó en balde.

—¿Y bien, Iker? —dijo Alain a punto de perder la paciencia.

—Y bien, ¿qué?

—Que digo yo que serás tú quien deba buscarnos algún escondite. Tú eres el que conoce este sótano.

—En realidad, es la primera vez que bajo aquí.

—¿La primera?

—Eso es. Sabía que había trastos, objetos perdidos y demás, pero todo de oídas —repuso con una sonrisa inocente.

Alain suspiró. Ese muchacho tenía horchata en las venas. Pero al menos transmitía una paz que era de agradecer. El futbolista decidió tomar las riendas. Llevó la ramita de sus labios de una comisura a otra hasta que resolvió cómo proceder.

Cogió del brazo a Iker y lo obligó a desplazarse encogido y pegado a la pared del fondo, opuesta a aquella por la que los nuevos visitantes del sótano acababan de entrar.

—¿Por qué no vas tú a comprobar las luces? —preguntó el miembro de seguridad mientras desenfundaba su pistola—. Activa de nuevo los interruptores. Yo voy a echar un vistazo.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero no seas exagerado. ¿Quién te crees, John Wayne? Desde que te dieron el arma estás intratable. Anda, guarda esa pistola que esto no es nada.

—Nunca es nada hasta que lo es.

—Lo que tú digas, vaquero —resolvió el empleado del museo.

Una de las luces se alejó y la otra comenzó a moverse nerviosamente en todas direcciones en busca de cualquier indicio de que algo no fuera como debiera ir.

Lara pensó que si las luces se encendían cuando pulsara los interruptores, aquel vigilante sabría que alguien había entrado en el sótano sin su permiso y se meterían en un problema.

Miró hacia arriba en busca de alguna de las bombillas del techo. Consiguió vislumbrar una a pesar de la oscuridad, que solo se veía amenazada por alguno de los fugaces destellos que provocaba la linterna del vigilante al pasearse inquietamente por aquellos pasillos. Logró ver que, como sospechaba, algunos de los cables no estaban escondidos en el techo sino que lo recorrían y bajaban por la pared hasta una caja de fusibles.

Hizo unas señas a Iker para moverse.

Caminaron agachados y cerca de la pared. En ningún momento dejaron de centrar su atención en el punto de luz que delataba la posición del vigilante. Eran conscientes de que el otro empleado llegaría en escasos segundos a los interruptores y que, al activarlos, se encenderían las luces.

Lara, con su cojera, e Iker, justo detrás, llegaron hasta la caja de los fusibles. Pero dada su posición, si se acercaban a manipularla, serían avistados irremisiblemente. Lara miró a Iker. Demasiado arriesgado, parecía decirle él con la mirada adivinando las intenciones de su compañero.

Pero Alain sabía que no había otra opción y volvió a girarse con la espalda

apoyada en el final de la estantería. Miraba alternativamente de reojo hacia atrás — por donde se acercaba el miembro de seguridad con la pistola desenfundada— y hacia la caja de los fusibles.

De repente, se oyó un leve ruido de algo que caía a unos metros del guardia.

—¡Epa! —gritó nervioso el vigilante dándose la vuelta para buscar la procedencia del ruido—. ¿Quién anda ahí?

Lara se volvió extrañado y vio que Iker se había separado unos metros de él. Comprendió inmediatamente que había sido él quien había arrojado algún objeto, seguramente de alguna de las estanterías, para despistar al guardia.

—¡Eh! ¡Joseba! ¿Le das a las luces o no? ¡Aquí hay alguien! —gritó el guardia alterado.

—¡No! ¡Ya voy! —contestó su compañero desde la lejanía—. Me he entretenido. ¡Dame un segundo!

Lara escuchó con inquietud las voces. Miró con ansiedad la caja de los fusibles.

Las luces del sótano comenzaron a iluminarse tenuemente. El hombre de fuera había activado los interruptores. Y el futbolista, casi sin preocuparse ya del ruido que pudiera hacer, abrió la caja y comenzó a manipular los cables y los fusibles sin saber muy bien lo que estaba haciendo. Solo se empeñó en soltar y deshacer todo lo que pudo.

—¡Ya las he encendido! —gritó el empleado, que ya volvía hacia el interior del almacén—. ¿Funcionan o qué?

—Parece que sí. No, espera. Siguen apagadas.

—O sea, que realmente están fundidas. ¿Lo ves? Nadie ha entrado aquí. Simplemente están estropeadas. Venga, volvamos y llamemos a los electricistas. Ya vendremos cuando esté todo arreglado.

—Vale, vale. De todos modos, no me quedo muy tranquilo. A mí me parece haber oído algo.

—Y a mí me parece que deberías dejar el pacharán en horas de trabajo, vaquero.

—Lo digo en serio.

—Yo también —apuntaba la voz de su compañero, irónica, mientras ambos se alejaban—. Yo también.

Los intrusos oyeron cerrarse la puerta del sótano. Alain respiraba pesadamente pero estaba satisfecho de que la suerte se hubiera aliado con ellos en el último segundo. Estaban sin iluminación, pero sus ojos ya se habían acostumbrado y pudo adivinar a Iker a su lado. Se le notaba tranquilo.

—Nos hemos librado —apuntó el futbolista por fin—. Aunque hemos de reconocer que estar a oscuras quizá no sea lo mejor para buscar un libro en un sitio como este.

Iker no añadió nada. Por toda contestación se llevó la mano al bolsillo y sacó una linterna que encendió en el acto. La luz permitió ver a Lara cómo la cara del joven vitoriano volvía a inundarse con una sonrisa de triunfo.

—¿Qué te parece, titán?

Alain asintió con la cabeza y se mordió el labio inferior en señal de aprobación.

—¿Hacemos de una vez lo que hemos venido a hacer? —prosiguió Iker—. Busquemos tu libro.

—Encontrémoslo —corrigió Alain.

Quince minutos después habían revisado casi todos los documentos que habían encontrado. Eran, efectivamente, manuscritos de nulo valor: panfletos, algún libro propagandístico, revistas viejas... Si estaban apartadas en aquel sótano, era por algo. «Lo tenemos muy difícil», se concienció Alain. Si no habían tenido suerte en las salas donde realmente se guardaban los libros, allí no encontrarían nada.

Pero Iker parecía no compartir aquel pesimismo. Examinaba cada libro en absoluto silencio y muy concentrado, desechándolo y pasando al siguiente con renovadas fuerzas.

—La lágrima del Lobo... —murmuró de repente.

—¿Cómo dices?

—¡Aquí está, titán! —dijo Iker sosteniendo un legajo de hojas viejas desastrosamente unidas con unas tapas que parecían de cartón—. Está escrito en inglés, pero es este, seguro.

—No me lo creo. Déjame ver —rogó Alain mientras le arrebatava el documento de entre las manos a su compañero.

Así era. El manuscrito de *La lágrima del Lobo*.

Alain Lara no podía saberlo, pero sostenía entre sus manos las mismas páginas que Maruska Dvorák escribiera apasionadamente en los primeros meses del año 1941. Las mismas páginas que un desconocido, perseguido por la más alta cúpula del Reich, conocido con el sobrenombre del Extranjero, arrebatara de la vivienda de aquella actriz checa que quiso ser guionista. Las mismas páginas que habían estado durmiendo el sueño de los justos en las entrañas de aquel museo durante muchos años, hasta aquel día.

Unas palabras de Iker sacaron a Alain de su atención al pliego de folios.

—Aquí hay una ficha.

—¿Cómo? —preguntó desconcertado el futbolista.

—Una ficha. Estaba entre las páginas del libro. Está escrita a mano y en castellano —dijo tendiéndosela para que Alain pudiera leerla.

Iker enfocó la luz de la linterna hacia la pequeña tarjeta.

Objeto donado al museo. Donante: Clara Lezo. Procedencia: Colección privada familia Korta. *La lágrima del Lobo*. Alemania, 1941. Anónimo.

Aquella breve nota, manuscrita hacía años por cualquier empleado del museo, destrozó a Alain.

Clara Lezo era el nombre de su madre.

Iker no dijo nada pero, a pesar de la escasa luz que reinaba en el sótano, distinguió que Alain se había quedado blanco e incapaz de articular palabra.

El futbolista soltó la nota y se centró en el manuscrito aferrándolo con fuerza. Tenía que abrirlo. Ya tendría tiempo para leerlo con calma pero tenía que hacerse una idea sobre su contenido. Con un leve gesto de la cabeza, indicó a Iker que iluminara el documento. Que estuviera redactado en inglés no era demasiado problema para él.

Allí, a varios metros bajo tierra, debajo del Museo de Bellas Artes de Bilbao, Alain tomó aire y abrió el manuscrito por una página cualquiera, poniendo todas las esperanzas del mundo en que aquellas letras arrojaran algo de luz a su situación:

Exterior. Noche. Calle desierta. Noche luminosa e inundada por la niebla. La figura del Extranjero avanza por el pavimento sin violentar el silencio reinante. Llega a la vera de un general nazi. El Extranjero lleva un maletín en la mano.

GENERAL ALEMÁN.— Así que esta es la famosa máquina de cifrado que quiere usted vendernos...

Mi vida, 10

El amor

Aburrida. Así está siendo mi estancia en este piso. Estoy muerto de aburrimiento. Y no tengo muy claro si prefiero estar muerto de aburrimiento que muerto de verdad. Si no fuese por esta máquina de escribir en la que ahora bailan mis dedos, no me habría costado demasiado cumplir con la petición de suicidio de la nota.

Ya nos vamos acercando al día de hoy. Lo que cuento en este capítulo tuvo lugar hace nada. Poco más me queda por escribir. Y eso me aterra. Me aterra por lo que significa. No solo porque no tendré otra cosa que hacer entre estas cuatro paredes que cada vez se estrechan más, sino también porque, cuando acabe esta historia sobre mi pasado, estaré inexorablemente obligado a afrontar mi futuro.

Al menos podré ir relatando los avances de María y el futbolista, que andaban por ahí intentando hacer de detectives para desentrañar el embrollo que podía acabar con mi vida. Soy consciente de que estas páginas a veces tienen poco de autobiografía y se parecen más a una novela policíaca pero hoy no estoy como para escoger género.

Sonó el teléfono.

Ojo con la frase «sonó el teléfono». Parece algo trivial, pero para mí era como ir a Disneyworld. El suceso más emocionante en días.

Cogí el auricular intentando saborear el momento.

—¿Hola? —dije.

—¿No te dijimos que no cogieras el teléfono bajo ningún concepto?

Era ella, María.

No iba a malgastar saliva explicándole que, en un

contexto tan aburrido, pensaba coger el teléfono o abrir la puerta aunque fuera la propia Muerte personificada quien estuviese llamando.

—Solo tú sabes este número, ¿quién iba a ser, si no?

—Te están buscando, David. No sabemos hasta dónde puede llegar esa gente. Hemos puesto todas las cautelas, pero hasta ahora han demostrado llevarnos ventaja.

—Pero si no quieres que lo coja, ¿para qué has llamado?

—Para comprobar si ibas a hacernos caso. Te he puesto a prueba y me has fallado.

Yo suspiré confuso.

—De acuerdo —me disculpé sin arrepentimiento—. Entonces te cuelgo, ¿no?

—No seas imbécil.

—De acuerdo, de acuerdo. Prometo que no volveré a salir de la casa ni a coger el teléfono.

—Pero ¿has salido de la casa? ¿Estás loco?

Me recompuse como pude del desliz.

—Fue algo rápido. A comprar un pequeño televisor y un espejo.

—Pero ¿quién demonios puede pensar en comprar un espejo en tu situación, David?

—¿Y quién medianamente decente puede tener una casa sin un maldito espejo?

María suspiró con impotencia. Sabía que era inútil hacerme entrar en razón a veces.

—¿Qué tal estás? —me preguntó por fin.

—Bien.

—No, David, no estás bien.

—No sé para qué preguntas, entonces. —Me encantaba ese juego en el que yo, el todopoderoso David Schaffer, me hacía el indefenso y me dejaba cuidar por ella—. Estoy aburrido, nada más. ¿Dónde estás tú?

—Estoy por Bilbao.

—Eso ya me lo imagino. Pero ¿dónde?

—Es igual. No tengo mucho tiempo para hablar, estoy en una cabina y tengo que esperar a Alain en otro sitio.

—¡No cuelgues, por el amor de Dios! —le imploré.

—No, tranquilo... —dijo ella. Lo dijo dulcificando su tono. Ya estábamos otra vez con nuestro flirteo. Como el

ratón y el gato. Un juego que nunca llegaría a nada.

—Entonces ¿andas con Alain?

—Sí.

—Ah —dije todo lo falsamente desinteresado que pude.

—No tengo otra opción, David. Teníamos que seguir una pista. Sabes que preferiría estar allí con... —Dejó suspendida la frase. Se había precipitado al hablar y había bajado la guardia.

—¿Conmigo? —pregunté yo. En mi situación, me parecía absurdo seguir con caretas. Quería llamar a las cosas por su nombre—. ¿Preferirías estar aquí conmigo, en lugar de estar allí con Alain?

Se produjo un silencio, solo salpicado por las interferencias de una mala conexión telefónica.

—¿Qué hacéis? —pregunté obviando las preguntas anteriores. Yo estaba dispuesto a quitarme la careta. Ella, no. Tenía que respetarlo. Me fastidiaba, pero tenía que respetarlo.

—No me preguntes el porqué... pero creemos que existe un libro en el Museo de Bellas Artes que podría darnos algunas respuestas. Puede que nos aclare qué demonios significa esa foto del avión.

—¿Y por qué creéis que existe ese libro y que nos dará respuestas?

—Te he dicho que no me lo preguntes.

—Ya, pero te lo pregunto. Estoy aquí solo. Encerrado. Amenazado. Y vosotros estáis buscando respuestas a un asunto que me puede llevar a la tumba a mí. Así que, aunque me pidas que no te lo pregunte, te lo pregunto. ¿Por qué puede dar respuestas ese libro, María?

Ella titubeó.

—Recibí una nota anónima pidiéndome que buscara un libro. *La lágrima del Lobo*, se llama. Y que lo buscara aquí, en el museo. Ahora mismo, mientras hablo contigo, Alain ha ido con uno de los empleados a buscar ese manuscrito.

Yo me quedé callado. Aquello era demasiado. ¿La lágrima del Lobo?

—No tengo ni idea de cómo va a acabar todo esto... —susurré inconscientemente. María me oyó.

—No voy a permitir que te pase nada, David —me dijo

preocupada.

—Mi heroína.

—Eres imbécil.

—Sí. Ya me lo has dicho. Perdona, te lo decía en serio. Soy consciente de todo lo que estás haciendo por mí —le dije con suavidad—. Sé lo que te preocupas por mí. Creo que... que eres la única persona que ha conseguido ver a través de la fachada que he levantado a mi alrededor. Apostaste mucho por mí, desde el principio, María, lo sé.

—No aposté mucho por ti, David. Lo aposté todo.

Y se quedó en silencio. No hizo falta que terminara. Lo apostó todo por mí y perdió. Lo peor es que yo no podía rebatirle eso. Así que, otra vez, y como solo me podía pasar con ella, me quedé sin argumentos.

—Yo... te quería, María —balbuceé torpemente—. Estaba loco por ti. Pero no pude superar que te marchases. Y ese idiota de Roberto Panera siempre se interponía entre nosotros.

—Me marché porque estaba hasta las narices de esperar, joder. De esperaros a ti y a mi padre.

—¿Pero qué pinta tu padre en...?

—¡Cállate! —me interrumpió ella—. Esperé, David, te juro que lo hice. Cuando trabajábamos juntos, te esperé. Pero ya te dije que me cansé de hacerlo.

—María, las circunstancias...

—¡No culpes a Roberto y no culpes a las circunstancias! Cúlpate a ti, David. Te diste cuenta de que el amor suponía una variable incontrolable en tu ecuación, en tu cálculo perfecto para conseguir el mayor éxito posible. Te viste indefenso por primera vez en tu vida, porque de eso van las relaciones, David, de entregarse, de no pertenecerse. Eso no te gustó. No podías controlarlo. Era un lastre para tu carrera. Y renunciaste al amor. Renunciaste a mí porque tenías tu sueño para ser feliz y ese sueño no era yo. Y conseguiste tus sueños, por supuesto. Cada uno de ellos. Pero no conseguiste ser feliz. Lo malo es que nunca me dijiste que lo nuestro no tenía futuro. Y aún espero a que me lo digas. Suéltame ya, David.

—Pero yo no quiero soltarte...

—¡Que te den por saco, David, no me fastidies! Ahora

dices que no quieres soltarme porque ha aparecido Alain. Pasa como con Roberto Panera. Cuando ves que peligra tu trofeo, peleas por él. Eso no es cariño, eso es tu puñetero ego. ¡Haber peleado antes! Conmigo no se juega, ¿me oyes? Suéltame o no lo hagas, a mí ya me da igual. Mi período de hibernación en Madrid se ha acabado. He vuelto a mi tierra y aquí me he dado cuenta de una cosa: quiero seguir con mi vida.

María dejó de hablar. Yo no dije nada, pero lloré, lo reconozco. Lloré como un niño.

—Ya sale Alain —dijo ella al cabo de unos instantes. Su voz era dura—. Tengo que dejarte.

—Ya sale Alain... —repetí yo inconsciente intentando recomponerme—. ¿Tiene cara de haber resuelto alguna cosa?

—No lo sé... pero lleva algo debajo del brazo.

Pero no es que no tenga miedo a la muerte. Sencillamente, la tomo como algo natural. Algo que evitar, sí, pero natural. He convivido con la muerte a mi alrededor lo suficiente como para tenerlo claro. La vida es corta. Pero es muy ancha. No pueden hacerse muchísimas cosas, pero las que se hacen, pueden hacerse bien. Creo que eso es suficiente para tener una vida plena.

LUCAS BIEDA

Bilbao, septiembre de 1983

—Solo digo que últimamente estás trabajando demasiado, Lucas —dijo Paz al otro lado del teléfono—. Y que cuando estás aquí no parece que estés. Y tienes cinco hijos.

—Te dije que eran muchos —señaló el detective intentando quitar hierro al asunto.

—Deja de decir tonterías. Anita es muy pequeña aún y pregunta mucho por ti. Y yo esta noche tengo que ir a casa de Cristina, ya te lo dije.

—¿Qué Cristina?

—No lo sé. ¿Mi hermana?

Lucas agarró el teléfono con fuerza y lamentó el comentario. Estaba en otra cosa. Intentaba seguir la conversación pero no podía dejar de mirar a su alrededor.

Se había colado en casa de María. Quería inspeccionarla antes de ir a la comisaría por si encontraba alguna pista sobre el paradero de David Schaffer. Por ello, había vuelto a salir de casa antes de que nadie se levantase. Y de ahí la llamada a su mujer para disculparse.

Había pensado que, después de un allanamiento de morada en la casa de la señorita Aberasturi, poco importaba ya tomarse la licencia de usar el teléfono para llamar a casa. Después de todo, la discreción no era lo suyo.

—Ah, sí, perdona, me lo dijiste. Tienes razón.

—¿Dónde estás, Lucas, que no me estás haciendo ni caso?

—Estoy fuera de la comisaría. Siguiendo una pista.

—Bueno. Entonces cuento contigo esta noche. Anita está como loca porque le he dicho que hoy la bañarías tú.

Bieda sonrió.

—Allí estaré. Lo prometo.

Y colgó.

Miró a su alrededor. Los Aberasturi tenían una casa impresionante. Llevaba allí varios minutos registrando todo con cuidado para que nadie percibiera su visita pero no había encontrado nada.

Suspiró y se quitó la gabardina. Era primera hora de la mañana y el sol entraba por el ventanal que daba al mar. Hacía un día luminoso y frío. A él tanto le daba que lloviera o no, que hiciera fresco o, incluso, que nevara. Siempre llevaba su vieja

gabardina. Era un hombre de costumbres.

Se estiró los tirantes. No fumaba porque por mucho que mintiera a la gente sabía que sus puros no dejaban un olor agradable. Y no quería que ese olor impregnara la casa y María o la gente del servicio sospechasen nada.

Movió su mole a través de la sala, contrariado por el escaso éxito de su incursión. La luz bañaba toda la habitación. Y, de pronto, el detective percibió un destello en un lugar del techo. Un brillo en un lugar extraño. Miró con curiosidad y se acercó al punto donde había creído ver el reflejo. Después, tomó una silla del salón y se subió a ella para aproximarse más al techo. El asiento crujió, como pidiendo ayuda para soportar aquel peso descomunal. El detective entornó los ojos y torció levemente la cabeza. La experta mirada de Bieda le hizo llegar a una conclusión de la que no cabía duda. Aquello era una cámara oculta. Y parecía activada, con lo que no solo la habrían usado para observar a Ignacio Aberasturi. María también habría sido vigilada. Y ahora él.

Media hora más tarde, volaba en su Honda hacia la comisaría. Volvería a intentar localizar a María Aberasturi. No sabía muy bien qué significaba lo que acababa de descubrir.

Cuando llegó a la oficina, subió los peldaños de tres en tres y fue directo a su despacho. Cerró la puerta y se encendió un puro.

Allí estuvo toda la mañana y no hizo pausa ni para comer. Hizo mil llamadas al Grupo Aberasturi y le dejó varios mensajes a María. También llamó de nuevo al bufete de David Schaffer e intentó averiguar en qué comercios o almacenes se vendía en Vizcaya la marca de la cámara oculta que había encontrado en la mansión de la familia Aberasturi.

Todas las gestiones y las iniciativas fueron infructuosas. Por mucho que se estirara de los tirantes y masticase su puro, su cabeza ya no podía generar ideas nuevas. Así que decidió atender a su estómago y salió del despacho para coger un par de pinchos y comerlos después sobre los papeles.

Solo tardó unos minutos en volver pero, cuando lo hizo, la ventana volvía a estar abierta y, sobre la mesa, había un nuevo sobre rojo.

Se apresuró a mirar hacia la calle y comprobó que un hombre joven, con una chaqueta corta marrón, bajaba atropelladamente por la escalera de incendios.

Bieda se llevó la mano al cinturón y sacó su pistola.

—¡Quieto ahí! —dijo mientras lo apuntaba.

Pero el hombre hizo oídos sordos y llegó hasta la calle. Subió en un Citroën CX de color beis y se largó de allí. Lucas se dio la vuelta, se metió el sobre rojo en el bolsillo sin mirarlo y corrió hacia la calle. Ya abajo, cogió su moto y se dirigió hacia donde había ido el coche.

Zigzagueó entre el tráfico bilbaíno, con fuertes acelerones y frenazos, levantando la cabeza para buscar el vehículo de color beis. Pronto avistó su objetivo. El conductor del Citroën reparó en que lo seguían y aceleró. Bieda sabía que era

imposible que se le escapase un coche. El perseguido pareció intuir lo mismo y giró bruscamente para adentrarse entre las callejuelas del marginal barrio de San Francisco y las Cortes.

Bieda tuvo que mantener el equilibrio para cambiar la dirección de su motocicleta e hizo el giro apoyando los pies en el suelo. Vio a lo lejos cómo el hombre, de rasgos orientales, abandonaba el vehículo y se metía en uno de los portales.

Lucas aparcó la moto y tiró el casco al suelo. Corrió haciendo que su gabardina ondease a modo de capa. Entró por una pequeña puerta entre dos establecimientos comerciales de mala pinta. Subió la escalera, se detuvo un instante y oyó de fondo las zancadas del hombre que huía.

Reanudó la carrera. En el alargado rellano de la tercera planta divisó al fondo al hombre de chamarra marrón. Avanzó por aquel estrecho pasillo, salpicado a los lados de puertas que daban acceso a las viviendas. El hombre miró hacia atrás y vio al enorme policía, con el rostro partido por una grotesca cicatriz. Aporreó una de las puertas pero siguió huyendo por el pasillo. De aquella vivienda salió otro hombre de ojos rasgados con una pistola en la mano.

Bieda ni siquiera sacó la suya de la funda. Avanzó con urgencia hacia quien se interponía en su camino. Sus hombros casi rozaban ambos lados del pasillo. Aceleró en los últimos pasos que los separaban y lanzó una patada a la puerta recién abierta. La hoja de madera impactó de lleno en la cara del oriental y Lucas aprovechó la circunstancia para arrebatarse el arma de la mano. Después, le asestó un golpe con ella en la cabeza y su contrincante se desplomó inconsciente.

—No te importa que requise esto, ¿verdad? —dijo por lo bajo y sin mirarlo mientras se metía la pistola de aquel hombre en el bolsillo de la gabardina.

Finalmente, Bieda llegó hasta la última puerta del pasillo. Y allí, dentro de la vivienda, lo aguardaba el oriental. Se había despojado de la chaqueta marrón y lo esperaba desafiante en medio de un salón de escasa decoración y de unos veinte metros cuadrados.

—Por fin te encuentro, hijo —dijo Bieda en tono condescendiente—. Quédate quieto de una vez, que yo ya estoy mayor para esta mierda. De verdad que solo quiero hablar.

El detective intuyó que aquel hombre no había entendido ni una palabra de lo que decía. Y, de repente, con una agilidad pasmosa, el joven lo atacó elevándose en el aire y propinándole una patada brutal en la cara.

Bieda, propulsado por el golpe karateca, cayó hacia atrás y destrozó una pequeña mesa llena de jarroncitos de porcelana que saltaron por los aires. Lucas comprendió que había subestimado a su oponente. Aún en el suelo, se tocó la boca y comprobó que sangraba. Escupió con rabia mientras se incorporaba. «Un maldito Bruce Lee. ¡Perfecto!», pensó.

Se levantó y observó que el joven oriental ya lo esperaba de nuevo en posición de ataque. Bieda se colocó de nuevo ante él y volvió a escupir sangre hacia los pies del

joven. Con actitud altiva y media sonrisa, elevó su mentón hacia su contrincante.

—Ven aquí, muchacho, vamos a arreglar las cosas hablando —le espetó entre dientes.

El oriental volvió a atacar con rabia, lanzándole una nueva patada con la pierna derecha. Pero ahora Bieda sabía a qué se enfrentaba. El detective no intentó esquivar el golpe. Sabía que no era lo suficientemente rápido como para lograrlo. Por el contrario, puso su gran hombro izquierdo para absorber el impacto. Recibió el golpe y, sin pensar en el dolor, consiguió sujetar después la pierna de su atacante en el aire con el mismo brazo. Y, en ese mismo instante, lanzó con violencia su puño derecho hacia la cabeza del joven.

Solo golpeó una vez. Normalmente, no necesitaba golpear más veces.

El karateca cayó al suelo con la nariz rota y la mandíbula algo desencajada.

—Joder, siempre termino igual —susurró Bieda mientras volvía a escupir la sangre que brotaba de su labio partido.

Se palpó el hombro. Había sido una fuerte contusión pero estaba entero.

Se colocó bien la gabardina y se alisó los pliegues para adecentar su aspecto. Después se agachó y cogió de las solapas a aquel hombre. Lo llevó en volandas hacia la pared y lo aplastó contra ella.

—¿Quién te ha dado ese sobre?

El oriental solo lo miraba a través de unos diminutos ojos que delataban su incompreensión.

—¿Quién te ha dicho que me entregases la nota? —insistió Bieda. Pero ya intuía que iba a ser imposible comunicarse con aquel hombre. Supuso que hablarle en euskera tampoco serviría de nada.

Le registró los bolsillos para buscar la cartera o cualquier cosa que pudiera ayudarlo. Pero solo encontró un fajo de billetes sujetos por una goma. Ahí estaba la contraprestación obtenida a cambio de hacer el recado. Como recadista en sí, era una buena elección, pensó Bieda. Un joven experto en artes marciales que fácilmente podría colarse por una ventana y escapar en caso de ser descubierto. Además, al no entender una palabra de castellano, era imposible interrogarlo.

Bieda negó con la cabeza, se guardó el fajo de dinero y soltó al joven, que no hizo amago de querer continuar la pelea. El detective recordó el puro que había dejado a medias cuando había comenzado la persecución y se lo encendió con parsimonia. El oriental tan solo lo observaba tembloroso.

Lucas echó el humo de la primera calada. Miró al joven y le indicó con la mirada que podía largarse. Y el chico lo hizo lo más rápido que pudo y desapareció de allí.

El detective, muy malhumorado, también deshizo el camino que lo había llevado hasta aquel apartamento. Esquivó con cuidado el cuerpo del hombre al que antes había dejado inconsciente, que aún seguía tumbado en el pasillo. Vio cómo varias familias habían abierto las puertas para ver lo que ocurría en el descansillo. Una de las vecinas, que sostenía en sus brazos a un bebé, apareció escoltada por otros tres

niños con ropas bastante harapientas.

Lucas la miró con compasión y, cuando pasó a su lado, le tendió el fajo de billetes que había requisado antes de desaparecer por la escalera sin esperar ningún agradecimiento.

El detective, ya en la calle, se acercó a su Honda y, ajeno a las miradas de los vecinos, comprobó que su casco seguía sobre el asfalto. Lo recogió y lo puso sobre el asiento de la motocicleta mientras sacaba el sobre rojo.

Lo sostuvo entre las manos un buen rato mientras se llevaba el puro de un lado a otro de la boca. Sentía una mezcla de inquietud y pereza ante lo que podría leer.

Lo abrió y se encontró de nuevo con las consabidas letras de revista pegadas en la nota. Decían:

David Schaffer está detrás de todo esto. Desconfíe de quien le diga lo contrario. Su escondite está aquí.

Lucas miró y remiró la nota y no vio ninguna dirección apuntada. Giró la tarjetilla y descubrió que había un mapa, burdamente dibujado, de un vecindario cercano a Olabeaga, según rezaba en el borde inferior. Había un punto señalado con una equis. Allí debía de ser el lugar donde se escondía el abogado.

El policía suspiró por enésima vez aquel día. Seguía sin saber qué pensar. Por un lado, había un cúmulo de indicios que, aunque no incriminaban a Schaffer, desde luego parecían darle un rol importante en aquel caso. La nota le decía que desconfiara de quien le dijera que el abogado no tenía nada que ver en todo aquello. María Aberasturi era quien le había asegurado que David sería la próxima víctima, pero él no quería desconfiar de María. Aquella mujer le parecía sincera. Además, Schaffer, como ella le había dicho, aparecía en aquella maldita foto con el resto de víctimas. Y también le habían dado una paliza. Todo eso le hacía poner en entredicho las informaciones que aquellos sobres rojos le estaban proporcionando.

El detective intuía que había dos bandos. Por un lado, unas víctimas que aparecían en una foto y, por el otro, los que querían eliminar a esas personas. Quizá ninguno de los bandos estuviera exento de culpa. Unos por asesinar y otros por haber hecho algo que clamase venganza. Tenía más o menos claro desde qué bando le estaban llegando a él aquellas notas anónimas. Pero, por mucho que no quisiera prejuzgar ni ser parcial, sí sabía una cosa: tenía que hablar con Schaffer.

Echó un vistazo a su alrededor. Atardecía. Miró su reloj. Decidió que dejaría la búsqueda del abogado para el día siguiente. Al fin y al cabo... tenía que bañar a la pequeña Anita.

Durante todo ese tiempo, hice mis mayores esfuerzos para no pensar. Pero siempre me prometí que, cuando todo acabase, volvería a reflexionar, volvería a mirar cara a cara a mi pasado. Sin embargo, ahora no soy capaz de hacerlo. No puedo pensar en mis fantasmas; son demasiado grandes como para convivir con ellos. Cuando pude, no quise. Y ahora que quiero, no puedo.

El Extranjero

Bilbao, últimos días de junio de 1941. El segundo error del Extranjero

Le encanta desayunar mientras lee el periódico. Pero esos días el diario le recuerda lo que quiere olvidar. Solo se habla de la guerra. Y más ahora que Alemania ha invadido Rusia. De esa noticia están llenos los diarios, como el que el Extranjero tiene abierto ante sí. Pero él no necesita de los periódicos para saber nada. Tiene suficientes datos para hacerse una idea muy atinada de lo que ha ocurrido durante esa madrugada del 22 de junio en la frontera rusa.

El Extranjero puede imaginarse el miedo de los rusos. Y, por qué no, el miedo de muchos de los soldados alemanes que solo están allí representando el papel que les ha tocado en gracia. Todos atisban el comienzo de la mayor invasión de la historia. Es una gran casualidad, piensa el Extranjero, pues es la misma fecha en que, casi ciento treinta años atrás, Napoleón invadiera al gigante ruso con su ejército. Mientras tanto, el Führer habrá abandonado Berlín para vivir la guerra desde su cuartel general de campaña: un refugio cerca de Rastenburg, en Prusia oriental. Allí habrá de vivir su mayor declive: en aquel enclave que sería conocido por todo el mundo como la Wolfsschanze.

La Guarida del Lobo.

El Extranjero suspira y cierra el periódico. Piensa en Hess. ¿Qué será de él? No lo sabe, pero se lo puede imaginar. Toma la taza de porcelana que descansa sobre la mesa. Con una mano sujeta el pequeño plato y, con dos dedos de la otra, coge la taza llena de té para llevársela a los labios en un gesto elegante.

¿Algún día dejará de tener esas pesadillas con Maruska, los nazis y el resto de gente que ha sufrido por su culpa? Había deseado tanto conseguir lo que ha conseguido que esos escollos en el camino se le habían antojado tan solo meros sacrificios. Pero ahora no puede dejar de pensar que esos *sacrificios* tienen nombre, tienen rostros.

Bebe un nuevo sorbo y deja la taza en la mesa. Se lleva las manos a la nuca y vuelve a perder la mirada. Es extraño sentirse así. Lleva media vida planeando hacer lo que ha hecho y ahora se siente vacío. Todo le ha salido bien. Absolutamente todo. Casi de un modo rocambolesco, porque debe reconocer que la suerte lo ha acompañado en numerosos lances de su aventura berlinesa. Pero piensa en lo que ha dejado en el camino y no es feliz. No puede imaginar un éxito terrenal más grande

que el que él ha obtenido y, aun así, no está satisfecho.

Sacude la cabeza. Sabe que, si quiere sobrevivir, debe dejar de pensar en ello. Caminar hacia delante sin mirar atrás, como es su costumbre. La conciencia puede ser un lastre con el que no está dispuesto a cargar. «Siempre ha sido así y así está bien», piensa.

Sus sentidos vuelven a la realidad y recobra la mirada. Fija la atención en un objeto que reposa sobre la mesa, a la derecha del periódico que ha dejado ahí hace tan solo unos minutos. Es el manuscrito de *La lágrima del Lobo*. Lo ha encuadernado con unas burdas tapas de cartón para que tenga un aspecto más presentable. Sigue pareciéndole increíble. Su historia, sin contar con el asunto de la escapada de Hess, está relatada ahí. De un modo muy novelesco y con muchas tramas imaginadas, es cierto; pero, al fin y al cabo, esa es su historia.

No está dispuesto a deshacerse de él. Gracias a su autora pudo despistar a los nazis cuando lo buscaban, y eso le concedió unos días valiosísimos para terminar de planificar su negocio con Hess y escapar él mismo del país.

Se levanta de la mesa perezosamente. Toma el libro y sale de aquella sala. Sube al segundo piso y llega a su despacho. Abre la caja fuerte para depositar allí el manuscrito. No quiere deshacerse de la obra, pero tiene claro que nadie deberá saber jamás de su existencia. Cierra la portezuela, introduce la combinación y apoya la mano sobre el frío metal de la caja fuerte como si le doliera separarse de aquel legajo de hojas. Después, suspira y se marcha del despacho para volver a la realidad de su vida.

El Extranjero acaba de cometer su segundo error.

—El verdaderamente seguro de sí mismo, Alain, no es quien está acostumbrado al éxito, sino quien no teme al fracaso.

DAVID SCHAFFER

Bilbao, septiembre de 1983

María y Alain estaban en el Iruña tomando un café antes de subir a la sede del Grupo Aberasturi. A esas horas, y a plena luz del día, no sentían la necesidad de ocultarse. Era sábado y aunque había gente de guardia en la oficina, María sabía que allí estarían tranquilos.

Después de salir del museo el día anterior por la tarde, habían resuelto volver a cobijarse en el piso de Sopelana, donde nadie pudiera encontrarlos, para leer allí el manuscrito. Necesitaban refugiarse unas horas para estudiarlo con calma, desgranarlo y buscar respuestas. Pero solo habían encontrado más preguntas.

Tenían claro cuál era su siguiente paso: hablar con Bieda, contárselo todo y que él los acompañara a ver a Xabier Korta para comprobar qué tenía que decirles sobre un libro que, según la ficha del museo, procedía de la colección privada de su familia.

En mitad de la pequeña mesa a la que estaban sentados, reposaba el manuscrito de *La lágrima del Lobo*. Ninguno de los dos podía evitar que su mirada se posara una y otra vez en el legajo de hojas.

La lágrima del Lobo era una especie de guion cinematográfico, que llevaba escondido en el museo bilbaíno desde hacía décadas. Por lo que habían podido observar, era una obra inacabada, pero contaba la historia de un misterioso personaje apodado el Extranjero. Ese hombre, con la ayuda de algunos cómplices, había urdido un plan para vender a los nazis, por una gran suma de dinero, una máquina de encriptado cuyo diseño había robado a los ingleses. Y todo eso durante 1941 —en plena segunda guerra mundial— y en el mismo Berlín. Tras varias tramas, persecuciones y otras vicisitudes que añadían una fuerte carga de intriga al guion, el Extranjero conseguía evadirse de las garras nazis con todo el dinero y habiendo dado a cambio una máquina que no era tan perfecta como había hecho creer al Tercer Reich. El mismísimo Führer, herido profundamente en su orgullo, había explotado de ira. Durante aquel ataque de histeria, al hombre más temido de Europa se le escapó esa famosa lágrima que daba lugar al título de la obra.

La mujer removía el café con desgana mientras miraba a su alrededor. La cafetería, decorada con coloridas cerámicas y madera oscura, tenía cierto aire árabe y aportaba calidez al ambiente.

Ambos habían dormido mal. María había visto muy preocupado a Alain desde que salió del museo. Intuía que no se lo había contado todo.

—Entonces, si la ficha del museo está en lo cierto, ese libro estuvo en poder de Jon Korta —lanzó ella para contrastar las conclusiones a las que habían llegado cada

uno por separado.

Alain asintió mientras daba un sorbo a su café.

—En 1941, cuando parece que se escribió el libro, Xabier no habría nacido o sería un bebé aún —apuntaló él.

—Estamos de acuerdo en ir a ver a Xabier, pero ¿sabemos qué significa que el antiguo socio de mi padre tuviera el libro?

—¿Tú qué piensas? —preguntó Alain tranquilo.

—Esa historia del Extranjero... y la foto... Son las dos únicas cosas que tenemos. Si hay que relacionarlas, las posibilidades son infinitas.

—Y aun así, tienes una teoría... ¿Cuál es?

—El libro habla del Extranjero. Un hombre que robó unos diseños a las potencias aliadas y se los vendió a los alemanes. Defraudó a los nazis y se enriqueció injustamente. Es una historia que, de ser real, su protagonista querría ocultar.

Alain asentía con gesto de cansancio. Después, se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó aquella maldita fotografía. La puso sobre la mesa, al lado del manuscrito.

—Y quizá, alguien de la foto sea el Extranjero, ya que sabemos que se tomó en Berlín y durante la guerra —dijo Lara.

—Así que puede que la gente que aparece en la foto conociera al Extranjero y supieran de sus negocios. Y ahora los esté callando para siempre.

—Eso, si partimos de que alguien de esa foto es el Extranjero.

—Solo nos quedan el que está de espaldas o el que hizo la fotografía. Mi padre, tu abuelo y Javier Alba ya han sido asesinados. David era un niño y ahora es la siguiente víctima.

—O puede que ninguno de ellos sea el Extranjero —propuso Alain.

—Puede, pero es lo que tenemos. Aunque no nos vale de mucho, porque no podemos identificar a alguien que está de espaldas y, menos aún, a alguien que no sale en la fotografía.

—Y eso es lo que nos lleva a la procedencia del libro: la colección de Jon Korta.

—Es una acusación muy dura... —dijo María mirando su café.

—Pero es la que estamos haciendo, ¿no?

—Dicen que Jon siempre fue... —Ella se interrumpió, como si el hecho de poner por fin un nombre al responsable le costase demasiado—. Creo que mi padre se separó de él por alguno de sus negocios turbios. Y lo que sí sé es que la segunda guerra mundial fue una época de increíble expansión económica en el negocio. Un negocio que trajo Jon a la empresa. Puede que gran parte de ese dinero viniera de Alemania.

—Puede ser —admitió Alain—. Pero Jon está muerto.

—Y Xabier Korta puede estar queriendo preservar el nombre de su padre. Evitar que su historia salga a la luz eliminando a quienes pudieran hacerla pública.

—Pero ¿por qué ahora?

—Quizá sí que estamos ante un motivo empresarial, después de todo. Después de ver la foto, descartamos la operación de adquisición o la carrera a la presidencia del banco como móvil. Parecía que si todos los que aparecían en la foto estaban siendo asesinados, esos motivos dejaban de tener sentido. Pero ahora quizá debamos rescatar el primero de ellos. Si sale a la luz la historia de Jon Korta, el emporio de Xabier se va al garete. Perdería crédito social, perdería clientes, se desplomaría su valor y la empresa ya no valdría nada más que su valor venal. La operación de compra por parte de mi empresa, que iba a ser muy lucrativa para Xabier, no tendría lugar jamás. Quizá se enteró tarde de la historia de su propio padre... o siempre la supo y encontró la foto. Vio en ella que más gente podía saber de los negocios del Extranjero y ahí empezó todo.

—¿Y quién dice que solo quienes aparecen en la foto estuvieran implicados o enterados de lo del Extranjero? —preguntó Alain entornando los ojos.

—¿Y quién dice que solo estén muriendo los que aparecen en la foto? —respondió María con otra pregunta.

Lara asintió satisfecho, como si estuviera evaluando a María. Apuró el café de un sorbo y se frotó los ojos con las manos. No había pegado ojo.

—Así es... De hecho, quizá sea uno de los que están amenazados quien te dejó la nota sobre la ubicación del libro.

—¿Alguien que quiere que se descubra todo?

—Quizá su silencio esté comprometido, tal y como parece que lo estuvo el de mi *aitite* y el de tu padre, y quiere que sea otro quien revele el secreto y detenga todo esto.

—Puede, pero no podemos saberlo —concluyó María tras unos instantes.

—Solo nos queda una cuestión por resolver —afirmó Alain recostándose sobre el respaldo y pegando golpecitos con el dedo sobre la foto—. Qué hacían mi *aitite* y tu padre allí.

María tuvo la sensación de que Alain ya tenía hechos todos sus razonamientos desde antes y tan solo la había acompañado en sus reflexiones para no condicionarla y averiguar si ella también pensaba lo mismo que él. Y seguía pensando que su compañero tenía una preocupación oculta.

—Alain, vas a tener que decirme algo tú también. Creo que tienes tus propias conclusiones. No has estado bien desde que saliste del museo.

El futbolista dibujó una sonrisa triste.

—Tienes razón —dijo mientras inspiraba con fuerza—. En la misma ficha en que se decía que el libro provenía de la colección de Jon Korta se decía también que la persona que había dejado la obra allí fue Clara Lezo, mi madre.

María solo se permitió un instante de asombro. Quiso reaccionar rápido para quitarle de la cabeza a Alain que su familia tuviera nada que ver con aquello.

—Igual lo descubrieron y quisieron dejarlo allí para protegerlo. O quizá no supieron nunca si lo que se contaba en el libro era real.

—Mi *aitite* y tu padre estaban en la foto, María. Por lo menos, algo tendrían que ver con el Extranjero —dijo Alain, que volvió a posar su dedo sobre la fotografía—. Esto es Berlín. Y es 1941. ¿Qué hacían allí?

—Negocios. Irían con Jon.

—Tu padre y Javier Alba, sí, puede ser. ¿Pero David Schaffer cuando era un crío? ¿Y mi *aitite*? Era futbolista y, después, se supone que fue un simple operario.

—David vivía allí. Pensarán que si aparece en la foto quizá pueda recordar algo y hablar más de la cuenta. Y en cuanto a tu abuelo, tú mismo me dijiste que dejó el fútbol pronto. Coincidiría por cualquier razón con Jon y mi padre. Quizá trabajó para ellos en sus empresas y acabó conociéndolos. Eso explicaría que aparezcan juntos en la foto. Quizá tu abuelo encontró el libro y le pidió a tu madre que lo enterrara y ella lo dejó en el Museo de Bellas Artes. Puede que se lo robaran a Jon para tener una prueba contra él o, sencillamente, que ella lo cogiera por error y... ¡Yo qué sé! No podemos saber si conocían el contenido del libro y querían esconderlo o si ignoraban absolutamente su historia.

Lara se encogió de hombros. Miró a su alrededor y buscó al camarero. Le hizo una seña para pagar la cuenta. Después, volvió a mirar a su acompañante.

—Creo sinceramente, María, que deberíamos considerar que nuestra familia ayudase a Jon. No sé hasta qué punto serían conscientes de lo que hacían o qué grado de implicación tendrían, pero están ahí, en la foto. Está claro que han muerto por lo que sabían. Pero no sabemos si fueron parte del asunto.

María negó con la cabeza. No admitía esa posibilidad. Se encendió un cigarrillo y dio varias caladas con fruición.

—No. Quiero decir, no lo sé. Pero lo más probable es que lo acompañaran y que, cuando se enteraron de lo que hacía Jon allí, se enfrentasen a él.

—Si vamos a ir a ver a Xabier Korta y creemos que él puede estar detrás de todo esto, efectivamente, lo mejor es que llamemos al detective Bieda.

Ella asintió. Llegó el camarero con la cuenta y ellos dejaron cien pesetas por los cafés. Guardaron el libro y la foto y buscaron la cabina más próxima.

Minutos después, esperaban a que los pusieran con Lucas Bieda.

—Hola, el señor Bieda no está aquí —les dijo una secretaria—. No sé si vendrá antes del lunes. ¿Quiere que le deje algún recado?

María se mostró visiblemente decepcionada.

—Soy María Aberasturi, dígame que he llamado, por si acaso pasa por ahí. Podrá localizarme en mi empresa. Gracias.

Y colgó dando un gran suspiro.

—Sin el poli no podemos ir a ver a alguien y acusarlo de asesinato —pensó ella en voz alta—. Si creemos que ha sido capaz de matar a tantas personas para que no saliera a la luz esta historia, ir a acusarlo abiertamente nosotros dos solos no sería lo más inteligente.

Alain, por toda respuesta, se encogió de hombros.

Decidieron ir directamente a la sede de la Aberasturi por si Bieda les devolvía la llamada. Si podían hablar con él, le contarían todo para que pudiese ir a interrogar a Xabier Korta.

Un rato después, entraban en la recepción del edificio y subían en ascensor hasta la antigua oficina de Ignacio Aberasturi. María, mientras mantenía su mirada en los pisos que se iban iluminando en el panel superior, pensaba.

—Si Bieda saca en claro algo sobre Xabier, quizá David pueda estar a salvo pronto.

—No adelantemos acontecimientos, María. Estamos inculcando a Xabier Korta sin tener todas las piezas aún.

Se abrieron las puertas del ascensor.

María y Alain salieron circunspectos. Estaban abatidos, agotados.

Pero en cuanto María levantó la vista hacia el recibidor del despacho de su difunto padre, su cansancio desapareció. La adrenalina hizo acto de presencia en su organismo y todos sus sentidos se pusieron alerta. Un hombre fornido, con camisa a cuadros y chaqueta de punto esperaba sentado en los sillones de la antesala, acariciándose su abultada barba pelirroja. Tenía un periódico financiero sobre el regazo. Cuando vio a los recién llegados, dibujó una gran sonrisa. Tan grande como peligrosa.

—María, *txiki*, qué tal estás. Suerte veros tan pronto. No sabía si vendríaís o no —dijo Xabier Korta mientras se levantaba de su asiento para saludarlos.

Ella le estrechó la mano dubitativa. Miró a la secretaria de guardia, que solo se encogió de hombros y procedió a abrirles las puertas del despacho.

Entraron. La mujer susurró a la secretaria que intentase localizar a Lucas Bieda a toda costa y que le pidiera que se presentase allí lo antes posible.

—Póngase cómodo, señor Korta —dijo María, más compuesta, señalando los sofás—. Este es Alain Lara, un amigo.

—Sé quién es —admitió él sonriente estrechando también la mano del deportista—. *Zelan, mutiko*, ¿cómo va ese tobillo?

—Se ve que yo era la única bilbaína que no lo conocía —dijo María mientras se sentaba en el sofá.

—Hombre, este chaval es el futuro del Athletic. Además —añadió mirando en ese momento a Alain—, no sé si te lo contaron alguna vez, pero tu abuelo estuvo trabajando en casa de mi padre varios años. Ya por entonces estaba con tu abuela de noviete. Después, se casaron y tuvieron a Clara, a tu madre. De hecho, a ella la recuerdo. Éramos unos críos pero apareció alguna vez por casa con Rodrigo, que llevaba la intendencia del patrimonio de mi padre.

Alain le lanzó una intensa mirada. Había asombro y advertencia en ella.

Lara había comenzado todo aquello en busca de respuestas. Por eso había acudido a María, la hija de Ignacio Aberasturi. Pero solo había obtenido más preguntas, más dudas, más sospechas. Y ahora resultaba que era el socio de Aberasturi el que había

contratado a Rodrigo Lezo. Después de haber dejado el fútbol, había buscado trabajo y lo había encontrado con Jon Korta. Eso explicaba que Ignacio y Rodrigo se conocieran. Eso explicaba que su abuelo, como empleado, y el padre de María, como socio, acompañaran a Jon a Alemania. Y eso explicaba que salieran en la fotografía.

No obstante, el hecho de evocar a su abuelo y a su madre, a Alain le resultó desgarrador. Quería saber más. Quería saber cómo vivieron. A qué se dedicaron. Pero no estaba seguro de querer hacer esas preguntas.

Xabier Korta disfrutaba del desconcierto que generaba su visita y de la confusión que había creado en aquel joven. Y eso que todavía tenía cartas para jugar alguna otra mano.

—¿Qué tal la visita al museo? —preguntó a bocajarro.

María se quedó paralizada. Alain reparó en ello y, sobreponiéndose a sus propios pensamientos, le puso la mano en el hombro para tranquilizarla.

—Bueno, señor Korta —dijo el futbolista apretando las mandíbulas—. Que sea usted tan franco nos ayuda a ir directos al grano.

—Siempre he odiado los preámbulos.

—De acuerdo. —Alain se sentó en el borde del sillón para acercarse más a su interlocutor. Parecía tranquilo a pesar de no estarlo—. Creemos que usted puede arrojar algo de luz sobre la muerte del padre de María y de mi *aitite*. Creemos que los han asesinado. Si sabe que hemos estado en el museo, quizá sepa que hemos encontrado allí un extraño manuscrito.

—*La lágrima del Lobo*, sí.

Alain notó cómo el cuerpo de María, a su lado, se ponía aún más tenso.

—Así es. ¿Conoce la historia que cuenta?

—No.

Alain frunció el ceño. Parecía que hasta entonces Xabier estaba siendo brutalmente sincero. Si ahora decía que no conocía el contenido del libro, quizá dijera la verdad.

Xabier Korta suspiró tranquilo y se levantó de su asiento. Fue hasta el mueble-bar y miró a María buscando su permiso. Ella asintió levemente con la cabeza y Xabier se sirvió un coñac. Después, encendió un cigarro y se acercó de nuevo hacia donde estaban sus anfitriones. Tendió la cajetilla a María.

—Creo que lo necesitas, *txiki*. Fúmate uno.

Ella no tuvo más remedio que aceptar, y Xabier se acercó para encendérselo. Después, volvió a sentarse.

—Tengo una idea sobre lo que trata el libro, pero esperaba que vosotros pudierais contármelo con detalle.

Alain miró a María. Ella puso cara dubitativa pero finalmente accedió a lo que tácitamente le pedía su compañero. Sacó del bolso el ejemplar del manuscrito y se lo tendió a Xabier Korta.

Él no dijo nada. Tan solo sonrió y lo cogió con gusto. Después, estuvo los

siguientes minutos hojeando, bebiendo y fumando en medio de un sepulcral silencio.

Al fin, lo cerró violentamente y lo arrojó sobre la mesa.

—Es lo que esperaba. No aporta mucho más de lo que ya sabía. Pero a vosotros os habrá resultado interesante.

—¿Es cierta la historia que se cuenta ahí? —se atrevió a preguntar María.

—Sí, claro. Una versión más o menos parecida —apuntó Xabier desafiante, como si disfrutara revelándolo.

Esta vez, quien se levantó fue Alain. Como un pavo real al desplegar su cola, él se alzó en toda su altura tensando cada músculo. Necesitaba sacudirse el dominio que Xabier estaba ejerciendo sobre ellos. Se acercó con forzada seguridad hacia el empresario, sacó una ramita de su bolsillo y la mordió con fuerza.

Se colocó a escasos centímetros de él. Xabier mantuvo el tipo a duras penas, pero resultó evidente que había perdido parte de su confianza al ver a alguien así haciéndole sombra.

—Señor Korta, sea claro de una puta vez. La historia que se cuenta ahí, la de ese Extranjero que tuvo negocios con los nazis, ¿es la de su padre, Jon Korta?

Xabier recobró la compostura al escuchar aquello. Puso cara de asombro. Y se levantó también él y cogió el manuscrito de *La lágrima del Lobo*. Lo agitó en el aire con virulencia.

—Esto... lo tenéis porque yo he querido que lo tengáis, ¿entendéis?

María frunció el ceño.

—¿Fue... fue usted quien entró en mi casa?

Él sonrió, ya con menos sarcasmo, consciente de la amenazadora presencia de Alain a su lado. Paseó las manos por su cuerpo como resaltando su diámetro.

—¿Ve a alguien de mi tamaño colándose en una casa? No fui yo, pero sí fui yo quien hizo que dejaran allí la nota.

—No entiendo nada.

—El Extranjero no fue mi padre, *txiki*. Y si quise que encontrases esto no fue para que vivieses la misma vergüenza que yo viví con él. No fue por eso, pero no es un efecto colateral que menosprecie, la verdad.

María negaba con la cabeza. Estaba confusa. Sabía que le estaban diciendo algo importante, pero el sueño, el cansancio y el miedo bloqueaban su cerebro. Se negaba a comprender.

—No sé... —balbuceaba—. No sé qué narices significa todo esto.

Alain se acercó hacia ella con delicada firmeza.

—Creo que quiere decir que ese hombre, el Extranjero, fue en realidad... tu padre, María.

No me preguntes por qué lo hice, hija mía. No me lo preguntes. El porqué que tú buscas no existe. Tú quieres un porqué que te haga, si no compartir mis razones, al menos sí comprenderlas. Quieres un porqué con el que puedas excusarme. Y ese porqué no existe.

IGNACIO ABERASTURI *el Extranjero*

Bilbao, diciembre de 1948. El tercer error del Extranjero

Desde el paseo marítimo de la Campa del Loro se puede observar que en la mansión de los Aberasturi, iluminada y con gran algarabía en su interior, se celebra una gran fiesta.

—Bueno —dice Ignacio Aberasturi señalando con un gesto a toda la gente que tiene congregada en su salón celebrando la Navidad—, supongo que estarás contento. De nuevo has conseguido embaucarme para organizar la fiesta en mi casa.

—No te quejes, hombre —le reprocha Jon Korta, con el champán en una mano y el cigarrillo en otra—. Como empresa, es bueno que organicemos este convite navideño por todo lo alto.

—Sobre todo si lo montamos en mi casa.

—Tú disfruta por una vez en tu vida como hace el resto.

—Disfrutaría si conociese a toda esta gente. ¿Por qué invitas a todas estas personas? No conozco ni una maldita cara.

—Ya sabes, Ignacio. Conocidos de aquí y de allá. Posibles clientes. Quién sabe.

Aberasturi suspira. Jon le pone la mano en el hombro y le da unas palmaditas condescendientes.

—No te quejes. Lo hago por ti. Estás soltero y sin hijos. No podía permitir que no disfrutases estas fechas sin compañía.

Ignacio se encoge de hombros. No quiere decirle que ha conocido a alguien con quien cree que podría tener algo serio. No quiere decírselo porque sabe que a Jon no le interesan nada más que sus cosas.

—Por cierto —dice Ignacio cambiando de tema—, creo que tengo la solución a lo de tu empleado.

Jon Korta se vuelve hacia su socio con el pitillo sujeto entre los labios y entrecerrando los ojos por el humo.

—Soy todo oídos. Ya sabes lo que me urge.

—Llévate a Rodrigo —le propone Ignacio, categórico.

—¿A Rodrigo? ¿Lezo?

—¿Conoces a otro?

—Es tu hombre de confianza, lleva contigo años. No lo comprendo.

—Y yo no le puedo ofrecer lo que se merece. Solo hace de chófer y de ayudante doméstico. Yo tengo a Azpiazu como administrador y no le puedo relevar solo por mi amistad con Rodrigo. Además, precisamente por esa amistad, creo que me siento más

tranquilo si dejamos de tener una relación laboral. A veces me resulta incómodo tener a un buen amigo trabajando para mí. Si se fuese contigo, seguiría teniéndolo cerca, él tendría unas funciones más acordes con sus capacidades y todos quedaríamos más contentos.

Jon asiente y eleva sus cejas sorprendido. Da un sorbo al champán y mira a su socio.

—Qué te voy a decir, Ignacio. Para mí sería la solución ideal. Para llevar la administración de mi patrimonio inmobiliario, es justo lo que necesito. No necesito un erudito, basta con alguien que tenga dos dedos de frente y, sobre todo, que sea de total confianza. Es el candidato perfecto. Pero dudo de que quiera venirse... Por mucho ascenso que suponga este trabajo, no creo que quiera dejarte.

—Llevo un tiempo pensándolo. Voy a hablarlo con él. Ahora mismo, si te parece —dice Ignacio disponiéndose a levantarse.

—De acuerdo —Jon se muestra satisfecho. Sería un buen regalo de Navidad—. Por cierto, cambiando de tema, necesito los contratos de los que te hablé. Hoy mismo haré que los firme el señor Larrazábal.

—¿Ahora? ¿En pleno cóctel navideño?

—Precisamente. Necesitaré la ayuda de las burbujas del champán para que ese viejo zorro se decida a firmarlos. Los redactaste, ¿no?

—Por supuesto que los redacté —afirma Ignacio indignado.

—Bien, ¿y dónde están?

—En la caja fuerte. Después de hablar con Rodrigo, puedo bajártelos.

—Puedo ir yo ahora, ¿cuál es la contraseña?

—Hombre, Jon...

—¿Ahora vas a andar con escrúpulos? Dime la maldita contraseña.

—Está bien. —Ignacio cede con gesto cansado—. La contraseña es treinta, cero, uno, ochenta.

Dar esa combinación ha sido el tercer error del Extranjero.

Minutos más tarde, Aberasturi se reúne con Rodrigo Lezo. El antiguo futbolista, apuesto y aún de aspecto juvenil a pesar de haber rebasado hace tiempo los cuarenta años, lo espera en uno de los patios de la mansión. Fuma y se refugia del frío bajo su gorra de lana y con los cuellos de su chaqueta de *tweed* subidos. De espaldas al edificio, deja ir la mirada hacia los jardines de la casa y hacia el mar, que marca el horizonte. Él no lleva esmoquin. Su amigo Ignacio lo ha invitado a la fiesta, como siempre. Pero él, como siempre, ha declinado la invitación.

—¿Qué te ha dicho el señor Korta? —le suelta antes de que su amigo llegue junto a él.

—Feliz Navidad para ti también, Rodrigo.

Lezo le sonrío y le ofrece un pitillo.

Desde aquel patio, pueden avistar uno de los ventanales del salón donde se celebra la fiesta. Es un halo de luz amarilla que destaca en la negrura azulada de la

noche que ahora envuelve a los dos hombres.

—Ha dicho que sí —contesta Ignacio al fin, después de encenderse el cigarrillo.

—No me gusta.

—Ya lo sé. Pero te necesito allí.

Rodrigo asiente y mira al suelo de gravilla. Mientras reflexiona, mueve el pie arrastrando las piedrillas de un lado a otro.

—Cuando pienso que fui a Estados Unidos para jugar a fútbol y que ahora estoy contigo y... Si no me hubiera lesionado, joder.

El joven futbolista había tenido que dejar el deporte poco después de que su equipo, que había abandonado un país en guerra civil, iniciara su gira en América. Resistiéndose a volver, intentó conseguir varios trabajos. Hasta que conoció a Ignacio Aberasturi, que había ido allí a hacer una prospección de los mercados americanos para extender la empresa que tenía montada con Jon Korta. Como los dos eran bilbaínos, se hicieron amigos. E Ignacio decidió darle un trabajo como ayudante. De recadero. De chófer. De todo. Pronto entablaron una relación de confianza. Y después, Ignacio le pidió que lo acompañase a Berlín a desarrollar unos negocios secretos. Le aseguró que le pagaría bien y él no pudo negarse.

Nunca supo con exactitud lo que Ignacio hizo en Alemania, pero intuía que no estaba del todo bien. Básicamente, porque le había implorado que no dijese a nadie que habían estado allí. Sencillamente, Aberasturi le dijo a su socio y al resto de su gente que su viaje por Estados Unidos se había alargado un poco. A Rodrigo no le gustó mentir. Desde entonces, después de volver a Bilbao, su relación no fue la misma.

—Si no te hubieras lesionado, no nos habríamos conocido en América. Allí nos hicimos amigos.

—Creo que la lesión me confundió. Fui allí para vivir una aventura y, como no pude jugar, creo que no quise largarme hasta haberla vivido. Por eso me embaucaste con tus historias. Ojalá hubiera podido seguir jugando.

—¿Echas de menos a tu Athletic?

—No es eso, Ignacio —contesta sin mirarlo.

Ignacio sonrío e intenta llevar a su amigo a ese terreno. Sabe que la morriña hacia sus tiempos de gloria deportivos lo suele sacar de sus enfados.

—¿No fue el año pasado por estas fechas cuando se jugó ese partido amistoso tan importante? ¿Este año jugáis alguno parecido? Siendo un amistoso, podríamos gestionar que jugases un rato al menos. Ya sabes que Jon tiene mano con el club.

—No, este año no hay nada —repone él cortante—. Además, yo ya estoy mayor. Aquello fue una vez en la vida. Jugamos contra el mejor equipo del mundo, los Cuervos de San Lorenzo de Almagro, el campeón argentino.

—Ah, cierto —responde Ignacio intentando aparentar interés—. Estuvo a punto de suspenderse, lo recuerdo. Hubo mal tiempo y se fastidió el césped, ¿no?

—No, qué va —niega Rodrigo—. Fue por una protesta contra el pacto que se

firmaba entre Franco y Perón. Hubo gente que fue al campo a destrozar la hierba. Pero las autoridades cubrieron de arena todo el campo y así se jugó. Pero todo eso te da igual, Ignacio, no empieces a engatusarme.

—No me da igual. Si te importa a ti, me importa a mí.

Rodrigo suspira y mira fijamente a su amigo. Sabe que eso no es cierto. Son amigos, sí. Sabe que Ignacio lo aprecia. Pero no es sincero con él. Ignacio siempre tiene sus planes. Los demás, sus allegados, su familia... jamás podrán entrometerse en ellos. Tan sencillo como eso.

—¿En qué me he convertido, Ignacio? ¿En tu sicario?

—Sabes que no, Rodrigo —dice el empresario mirando duramente a su amigo—. Que me acompañaras a Berlín nos unió mucho —continúa Aberasturi—. Sabes que siempre te estaré agradecido. Ahora, solo te pido un último esfuerzo. Jon es muy inteligente. Es un vago, pero es muy inteligente. Quiere saber qué hice durante aquellos meses en que se supone que estaba en América. Últimamente, me lo pregunta más a menudo. Intuye que algo ocurrió en el cuarenta y uno porque tuvimos una inyección económica importante. Si te tengo a ti allí dentro, podré saber qué se trae entre manos, si busca saber más de la cuenta...

—¿Y qué fue lo que ocurrió exactamente, Ignacio?

Aberasturi agita su dedo en señal negativa y pone cara de disculpa.

—Sabes que es mejor que no lo hablemos.

Rodrigo Lezo suspira con impaciencia. Tira el pitillo a la gravilla y observa con aire desinteresado cómo va palideciendo la lumbre hasta desaparecer.

—Mi hija Clara es una prioridad, Ignacio. Con el tiempo, dejará de ser una niña. Virginia y yo habíamos hablado de buscar un trabajo más normal. Si hace falta, lo buscaré fuera de Bilbao.

Ignacio chasquea la lengua. Se lleva la mano a la frente. Todo aquello lo está machacando. Sabe que la única razón por la que su amigo puede querer dejar el trabajo es alejarse de su lado y de lo que ahora representa para él. Aberasturi sabe que Berlín no los unió. Para Rodrigo supuso una barrera entre ellos. Ahora le tiene más respeto que cariño, más miedo. Y no lo culpa por ello.

Todo eso hace aún más palpable el gran sacrificio que ha supuesto lo que ocurrió en 1941 en la vida de Aberasturi. Ha querido esconderlo. Ha querido olvidarlo. Pero el cambio de su relación con Rodrigo es otro de los numerosos recordatorios que le hacen presente a Ignacio que jamás podrá olvidar lo inolvidable. Tiene que cargar con ello. Tiene que seguir. Por su futura familia. Por su empresa. Por él. «Siempre ha sido así y así está bien», piensa.

Mientras tanto, en otro lugar de la mansión, Jon Korta llega hasta la habitación de la caja fuerte. Sabe de sobra que su amigo y socio la esconde detrás de la réplica de la Gioconda. Jon odia ese cuadro. Nunca ha sabido si la mujer de aquel retrato sonrío o únicamente tiene en su rostro una mueca burlona. Desplaza el óleo y allí encuentra la caja de seguridad. Introduce la contraseña y escucha el chasquido de la pequeña

puerta. Jon observa el interior. Saca el legajo de papeles de los contratos. Pero ve que, además, ha cogido por equivocación unas cuantas páginas unidas con portadas de cartón. Las examina curioso.

Parece una especie de libro. *La lágrima del Lobo*, reza su título en inglés. Una nota al pie de una de las portadas sitúa su escritura en Alemania y en el año 1941. Eso le llama enormemente la atención. Sabe que su socio Ignacio tuvo algo entre manos precisamente durante esas fechas. Algo grande. Desapareció del mapa durante bastantes meses y cuando volvió estaba distinto. Según Ignacio, su viaje americano se había demorado más de la cuenta, pero eso Jon no se lo traga. A partir de aquel viaje, la empresa había recibido un impulso relevante. ¿Tendría algo que ver con todo aquello ese libro que sostenía entre las manos? ¿Habría estado su socio Ignacio en Alemania durante la primera mitad de 1941?

Por si acaso, decide guardarse el libro y opta por examinarlo más tarde y con más calma; en concreto, en su casa y al día siguiente, cuando se le haya pasado la escandalosa borrachera que ahora lleva encima. Abandona la habitación con sigilo y se lleva consigo *La lágrima del Lobo* y los famosos contratos que lo han llevado hasta allí. Baja la escalera hasta el primer piso y se zambulle en el jolgorio de la fiesta en busca del señor Larrazábal para que estampe de una maldita vez su firma en aquellos papeles.

Horas más tarde, el coche lo deja en su casa. Jon baja como puede del vehículo y a duras penas consigue pasar por la puerta de entrada. Como siempre, lo recibe su fiel mayordomo, Fernando.

—Buenas noches, señor —apunta solícito—. ¿Qué tal ha ido la velada?

—Fernando, necesito que guardes algo por mí —le ordena obviando la pregunta de su empleado—. Hazlo tú ahora, porque yo estoy demasiado cansado.

«Y demasiado borracho», piensa Fernando.

—Por supuesto, señor. ¿De qué se trata?

—De este libro —dice mientras le tiende el legajo de hojas—. Guárdalo en la biblioteca del despacho.

—Como usted mande. Buenas noches, señor.

Y, sin esperar una contestación que sabe que no obtendrá por parte de su jefe, se dirige escaleras arriba hacia el despacho de la primera planta. Camina cansado y sin prestar la más mínima atención a ese libro que lleva en las manos. No sabe cuánta importancia tendrá aquel volumen para el señor de la casa, que estudiará sus páginas día y noche durante varias semanas. No sabe todavía que, años más tarde, en 1953, otro empleado de la casa, llamado Rodrigo Lezo, lo robará de la biblioteca para ocultarlo para siempre. Ni puede saber que Clara, la hija de Rodrigo, instigada por su padre, se lo dará a una profesora que trabaja en el Museo de Bellas Artes de Bilbao. Y menos aún que allí, en las entrañas del museo, dormirá el sueño de los justos durante treinta años.

Sobre todo y más que nada... lo que estoy es cansado. Muy cansado.

IGNACIO ABERASTURI *el Extranjero*

Bilbao, 11 de noviembre de 1970

—¿Vas a seguir amenazándome con esas sandeces? —pregunta Ignacio al otro lado del teléfono.

—No, tranquilo —responde Jon Korta altivo—. A partir de ahora ya no será una amenaza. Será la realidad pura y dura. Voy a publicar mis memorias y a descubrir todo el pastel. Nunca debiste darme la patada.

—¡Por el amor de Dios, Jon! Eso fue hace diez mil años... Y separé las empresas porque no había otra salida. Debes reconocer que te echaste a perder... y sigues haciéndolo.

—Puede ser —admite él—. Pero, en realidad, llevaste a cabo la escisión porque te enteraste de que yo tenía *La lágrima del Lobo* y de que lo sabía todo. Fue un castigo.

—Tal vez si hubieses dejado las cosas estar...

—Fuiste un idiota, Ignacio. Cuando hiciste que Rodrigo Lezo me lo robase, me confirmaste que la historia era real. Si no, no te habrías tomado tantas molestias. Primero provocaste que se viniera a trabajar conmigo y después hiciste que me quitase el libro.

—Bebes demasiado, Jon. Te inventas historias. Como esas memorias tuyas. Claro que me cansé de ti. No dejaste ni un maldito día de sospechar, de registrar, de... — Ignacio hace una pausa y rebaja su tono—. No sé cómo puedes creer que diseñé una máquina de encriptado y se la vendí a los nazis. Ese libro es ficción, Jon. Lo tenía y no recuerdo ni dónde lo conseguí. Lo cogiste de mi propia casa y lo extraviaste. Y te has montado la historia de que fui yo quien te lo robó.

—No intentes seguir negándolo. En el libro se mencionaba casi todo lo que hiciste. Y luego encontré las pruebas de tus viajes, los movimientos bancarios... todo encaja. ¡Cómo pudiste robar los diseños para dárselos a los alemanes!

—Sigues inventándote historias. De todos modos, ¿ahora resulta que tú me vas a dar clases de moralidad?

—Quizá. La cuestión está en que toda esta historia quedará genial en mis memorias.

—Basta —zanja Ignacio—. ¿Y por qué pretendes herirme con tus estúpidas memorias ahora, después de tanto tiempo?

—¿Venganza? Dicen que se sirve en plato frío.

—No lo creo, estás demasiado hundido para reclamar venganza. Quieres algo...

—Veo que empiezas a reconocer lo que hiciste. ¿Qué me ofreces?

—¿A cambio de qué?

—De que no saque a la luz esta historia.

—¿Por qué no dejas de decir tonterías y te dedicas a estar con tu hijo Xabier y a dirigir tu empresa, para variar?

—¡Ignacio! ¡Esto va en serio!

—Está bien, está bien —dice Ignacio con tono tranquilizador—. Mira, hablemos de todo esto en persona. Trae tus malditas memorias o lo que tengas escrito de ellas y comentamos el asunto.

—Ahora vas entendiendo.

—Quedemos dentro de una hora en el puente del Arenal, en la margen izquierda. Lo cruzamos hacia el casco viejo caminando y charlando tranquilamente. Como hacíamos antes.

—Cuando éramos amigos.

—Sí, Jon. Como cuando éramos amigos. Después cenaremos en algún restaurante de por allí, por el Casco. ¿Qué te parece?

—¿A estas horas? No vamos a poder cenar en ningún sitio.

—Pues damos tan solo el paseo y si hay algún sitio abierto para tomar unos vinos, mejor. Me parece inútil hablar de esto por teléfono.

—De acuerdo —apunta Jon tras unos instantes de reflexión.

—De acuerdo —repite Ignacio. Y cuelga.

Jon espera en el puente. Hace una noche de perros. Se ha puesto a llover intensamente, un tiempo ideal para pasear. Se relaja escuchando el continuo repiqueteo de la lluvia sobre la tela impermeable de su paraguas. Su antiguo socio es idiota si cree que va a llevar las páginas mecanografiadas de sus memorias allí. Las tiene a buen recaudo en un caserío a las afueras de la ciudad.

Negociará con Ignacio. Había sido un buen negociante, e Ignacio siempre había sentido lástima por él. Así que todo irá bien, supone. Ahí está. Ignacio se acerca hacia él sigiloso y discreto como siempre. Viene envuelto en su larga gabardina y empapado. Resulta difícil de creer pero no lleva paraguas. «Cada vez creo que le conozco menos», piensa Jon.

—¡Una noche inmejorable! —exclama Ignacio.

—¡Supongo que la lluvia te habrá pillado en la calle! —exclama Jon haciéndose escuchar por encima del sonido del temporal.

—No —niega él con la cabeza—. Me encanta la lluvia. Me parece purgante. Me parece... limpia. ¿No opinas lo mismo?

—Es evidente que no —apunta Jon echando un revelador vistazo a su propio paraguas.

—¿Caminamos?

—A eso hemos venido.

Comienzan a andar, e Ignacio rechaza el refugio del paraguas que le ofrece su antiguo socio. Llevan unos segundos en silencio. Jon comienza a impacientarse al ver a su compañero tan tranquilo. ¿Es que no entiende que, si él se va de la lengua, puede hundir el imperio Aberasturi?

—No has traído tus memorias, ¿verdad? —pregunta Ignacio repentinamente deteniéndose en seco.

—No —responde él, parándose también.

—Todo este cuento chino... mi historia, el libro... no se lo has comentado a nadie, ¿no es cierto?

Jon no responde. Solo le mantiene la mirada a su acompañante, que sigue empapándose bajo el diluvio. Se le nota abatido. Como si detestase estar allí. Como si detestase hacer lo que hace o ser quien es. Se percibe un regusto amargo en lo más profundo de sus palabras. Jon jamás ha visto así a su antiguo compañero.

—Vamos, vamos... —dice Ignacio con una mirada vacía y peligrosa—. Ambos sabemos que no tienes a nadie. ¿A quién se lo ibas a contar? ¿A tu hijo? Pero si no le prestas la menor atención... Por mucho que tengas tus memorias a buen recaudo, nadie te hará caso. Nadie creerá lo que tú cuentes.

—¿Por qué quieres saber si alguien más lo sabe? —pregunta nervioso Jon—. ¿Acaso te importa?

Ignacio niega con la cabeza. Levanta su rostro hacia el cielo y cierra los ojos, como si de verdad pensase que la lluvia pudiera limpiarlo. Como si pudiera redimirlo.

Después vuelve a mirar a Jon y rompe a llorar. Las lágrimas de Ignacio Aberasturi se confunden con las gotas del aguacero incesante. Son lágrimas de odio hacia sí mismo.

Con parsimonia, después de mirar a su alrededor, introduce su mano en el interior de la gabardina. Saca de ella una pistola con cuyo cañón apunta hacia su acompañante.

—Ya no me importa —dice Ignacio ante un Jon enmudecido—. Sinceramente, ya no me importa nada en absoluto.

Segundos más tarde, nadie ve precipitarse al vacío el cuerpo inerte de uno de los empresarios más relevantes de la ciudad.

Es de noche. Una figura, difuminada por una cortina de lluvia, avanza. Camina lentamente, ajena al temporal del que el resto del mundo ha huido. Gabardina larga, traje oscuro, sombrero negro y zapatos italianos. Empapado, el hombre parece disfrutar del paseo a pesar de todo. Su paso es pausado pero constante. Solemne pero decidido. No puede volver la vista porque eso supondría introducir una duda en lo que ha dejado atrás. El pasado no cuenta... no debería contar. Solo puede seguir avanzando.

Siempre ha sido así y así está bien.

Pero no puede evitar que su pasado lo persiga atormentándolo cada día. Esa oscuridad, a pesar suyo, vive en su interior. Tanto es así que, para él, su pasado es presente.

No hay duda de que la suya es una historia de éxito. Aunque una historia en la que ha perdido más de lo que ha ganado. La suya es una historia perfectamente planificada en la que solo ha cometido tres errores. Pero tres errores son demasiados.

Un punto de luz se ilumina cerca de su cara en la oscuridad. Es la última calada al cigarrillo, que deja resbalar de entre sus dedos y cae al suelo mojado. Exhala el humo como quien exhala el alma.

Hay que hacer lo que sea necesario. Y ya está hecho.

—La gente se estanca en la comodidad y ha olvidado el esfuerzo, la lucha, la ambición. ¿Qué opinas, futbolista?

—Sí, creo que la gente se estanca en la comodidad. Pero lo que ha olvidado es ser feliz. Solo esperan que les toquen buenas cartas. Pero la felicidad está en el camino, en el durante, en el juego. No se puede estar esperando toda la vida. O encontramos nuestra felicidad en lo cotidiano o no la encontraremos nunca.

DAVID SCHAFFER y ALAIN LARA

Bilbao, septiembre de 1983

—Yo descubrí unas memorias de mi padre en un viejo caserío que tenemos por Llodio —dijo Xabier Korta continuando el relato con el que llevaba ya varios minutos—. Las hallé de casualidad enterradas en un arcón. Eran unas pocas páginas mal escritas. Pero ahí hablaba de cómo había tenido este libro en nuestra casa y de que tu abuelo se lo había robado, como antes os decía. Lo cierto es que comprobé lo que mi padre parecía dar a entender sobre los viajes de Ignacio, la inyección económica y el pasado de Javier Alba.

—¿El financiero de la Aberasturi? —preguntó Alain retóricamente.

—Resulta que no era de aquí. Era valenciano y había sido matemático antes de ser financiero. Estuvo en Polonia. Y en este manuscrito —dijo Xabier, señalando el libro sobre la mesa— se habla de que la máquina de encriptado que vendieron a los nazis fue diseñada con la ayuda de un matemático que trabajó con los polacos.

María estaba abatida. No lloraba —no era su estilo—, pero casi podía escucharse su tormenta interior. Era como si, de pronto, le hubieran arrebatado sus recuerdos de infancia junto a su padre. Su madre había muerto muy pronto y solo había tenido a su padre. ¿Tenía que dejar de quererlo y admirarlo ahora que sabía lo que hizo? Podía intentar buscar excusas para que no le doliera tanto. O intentar convencerse de que quizá acabó arrepintiéndose de todo, ya lo decidiría. Pero ahora no podía dedicar ni un segundo a pensarlo. Tenía que ser práctica y sabía que la única manera de no derrumbarse era no pensar. Al menos, no en esa situación de alerta y urgencia. Era consciente de que aquella pesadilla la perseguiría siempre, pero tenía claro que, de momento, tenía que darle la espalda y seguir remando hacia delante.

Alain había vuelto al sofá para estar con ella. Lo agradeció interiormente.

—¿Ignacio supo que usted había averiguado lo de su historia? —le preguntó el futbolista.

—¿Por qué crees que estaban comprando mis participaciones? —sonrió Xabier mientras acudía a servirse otra copa. Esta vez no buscó la aquiescencia de María. No la habría encontrado—. A mí no me importa lo que hiciera en Alemania. Fui sincero con él. Creo, francamente, que fue él quien mató a mi padre. Así se lo dije. Le conté lo que había averiguado. Como supongo que un día hizo mi padre. Solo que yo soy

más práctico, más frío, menos inestable. Y más fiable, por tanto. Ignacio lo entendió así también, y por eso creo que no perdió el tiempo. Tan solo me preguntó qué era lo que quería.

—Y usted quería esta operación —dijo Alain—. ¿Le bastaba con el dinero? ¿A pesar de creer que Aberasturi pudo ser el asesino de su padre?

—*Mutiko!* Quitarme de en medio al cabrón de mi padre le habría supuesto, en todo caso, una rebaja en el precio —dijo Xabier con una mueca burlona—. Me quitaron un peso de encima. A mí, a la empresa y a nuestros accionistas, esa es la verdad.

—Ahora entiendo el sobreprecio —intervino por fin María levantando la cabeza.

—Así es. No lo suficientemente desorbitado como para que el mercado recelara de la operación, pero sí, de ahí el sobreprecio.

Alain inspiró con fuerza. Echaba furtivas miradas hacia la puerta del despacho y hacia el teléfono; esperaba que la secretaria hubiera dado con Bieda y que este estuviera de camino.

—Si ya tenía lo que quería... —continuó el futbolista, consciente de que lo que iba a decir marcaría un punto de inflexión en aquel encuentro—. Si ya iba a recibir el precio por su silencio, ¿por qué los ha matado?

El empresario, de pronto, perdió la compostura. Con las cejas arqueadas miró asombrado a sus anfitriones.

—¡Pero qué cojones...! ¡Yo no he matado a nadie!

—Pero... la historia que nos ha contado —balbuceó María—. Si cree que mi padre... ¿Esto no ha sido una venganza por todo aquello?

—A ver... Me escucháis bien, ¿eh? ¡Yo no he matado a nadie! ¿De verdad creéis...? —Xabier dejó la copa sobre la mesa y apagó su cigarrillo en el cenicero. Se llevó la mano a la frente antes de clavar la mirada en María—. Es cierto que yo tendría mis motivos para cargarme a Ignacio, pero no tenía nada en contra de Rodrigo Lezo y Javier Alba y también están muertos, que yo sepa.

Alain se sintió aliviado por el hecho de que ni su abuelo ni su madre hubieran tenido nada que ver en toda aquella historia.

—Pensad que esta operación era para mí un premio caído del cielo. Gracias a esta historia pude hacer aquello con lo que muchos empresarios solo alcanzan a soñar: poner yo mismo el precio a mis acciones. Pero todas estas muertes han complicado la operación hasta límites insospechados. Por eso te mandé también esta nota a tu casa, joder. Quería que descubrieras la historia por ti misma. Al fin y al cabo, ese pacto de confidencialidad lo hice con alguien que ya está muerto. Seguiré guardando silencio, pero he de reconocer que quería que supierais la historia porque quiero que la compra se siga llevando a cabo y esta historia es una posición de fuerza para mí.

—Me está sobornando como hizo con mi padre.

—No me pongas a tu *aita* ahora en el papel de víctima, *txiki* —pidió Xabier—. Además, más allá de todo eso, quería compartir lo que sabía porque siempre he

intuido que, de un modo u otro, el relato de *La lágrima del Lobo* está relacionado con estas muertes.

—Sí, pero usted mismo ha dicho que ni el abuelo de Alain ni Javier Alba fueron responsables directos de lo que pasó —intervino María—. Y ahora sabemos que el siguiente amenazado es el abogado de la operación, David Schaffer, que era un niño en aquella época. Si ellos no tuvieron nada que ver, no tiene sentido que las muertes estén relacionadas con la historia de mi padre.

—Sí, algo había oído mi gente sobre ese abogado —afirmó Xabier—. Ha desaparecido, ¿no es cierto? Supongo que sois vosotros quienes lo habéis escondido.

—Quizá no participaran activamente en lo de Alemania —apuntó Alain dejando adrede sin respuesta la pregunta del señor Korta—, pero estuvieron allí, estuvieron en Berlín. Y aparecen en la fotografía.

—¿Qué fotografía ni qué...?

Alain miró a María y ella asintió. Ambos parecieron pensar lo mismo. No tenían claro que pudieran confiar en Xabier pero, desde luego, lo que decía tenía sentido.

El futbolista sacó la imagen del bolsillo interior de su chaqueta. La dejó en la mesa frente a Xabier y puso el dedo índice sobre ella.

—Este es mi *aitite*.

—Y este, Ignacio. Y aquí, Alba —continuó Xabier sorprendido—. Y entiendo que este niño es David Schaffer. ¿Qué es esto? Un aeropuerto en Alemania, ¿no?

—Eso parece. David es el único de los que están ahí que aún está vivo pero, lógicamente, no recuerda nada.

—Cómo va a recordarlo, es solo un crío. ¿Y el que está de espaldas?

—No lo sabemos. De hecho, pensábamos que... —Alain se detuvo pero decidió terminar la frase—, creíamos que era Jon, su padre, porque pensábamos que él era el Extranjero.

Xabier no se inmutó. Tan solo asintió y se acarició la barba. Y volvió a fruncir el ceño.

—¿Por qué tenéis esta foto?

—Creemos que todas las víctimas la recibieron. Al menos, mi *aitite* y David, sí. Todos la recibían con instrucciones para matarse haciendo que su desaparición pareciera accidental. El señor Alba murió en un accidente doméstico, Ignacio en un incendio, mi *aitite* en las inundaciones... y ahora, con David Schaffer, quieren que muera abatido en un tiroteo con la policía. David ha recibido esta foto con una nota en que le exigen que se deje alcanzar en un cruce de disparos que él mismo debe provocar.

—Los asesinos están intentando que la policía lo encuentre —apuntó María.

—¿Y lo van a conseguir? —preguntó Xabier.

—No creo. No pueden saber dónde está escondido. Si nos hubieran seguido cuando lo llevamos allí, David ya estaría muerto.

Xabier Korta se levantó y se paseó por el despacho.

—Así que todos los que salen en esta foto están palmando. Así de sencillo.

—Quizá no solo ellos —matizó María—. Quizá haya más víctimas, pero solo sabemos de estas muertes.

—Eso excluye como motivo lo del banco. Al principio pensé que la razón de todo esto era que Ignacio se presentaba a la presidencia del Banco del Norte. Aunque ahora tampoco tengo claro que esto tenga que ver con la operación de compra.

—¿Llegó a tener sospechosos, señor Korta? —espetó Alain.

—¿Perdón?

—Vemos que usted ha estado intentando hacer sus averiguaciones durante más tiempo aún que nosotros. ¿Ha llegado a tener algún sospechoso? ¿Alguien que crea que pueda estar detrás de todo esto?

Xabier se encogió de hombros. Volvió a sentarse.

—El chorra de Germán de la Serna —dijo sin más.

—¿Germán? —preguntó María mientras negaba con la cabeza.

—¿Por qué no? Motivos tiene. Siempre ha querido el puesto de tu padre, *txiki*. Desde el principio sospechó sobre el precio que se me ofrecía. Me consta que odiaba a vuestro financiero, el señor Alba. Y además, ni fuma ni bebe. Yo nunca me fío de esa gente salvo que sean deportistas profesionales —dijo mirando a Alain.

—No puede ser. Él creció a la sombra de mi padre. Está equivocado, señor Korta.

Xabier sonrió. Se volvió a encender otro cigarro. Parecía que toda aquella situación lo sobrecogía y divertía al mismo tiempo.

—¿Seguro? Ah, perdón, lo que no he mencionado es que la preciosa Isabella Bécker es su amante, ¿verdad?

Se hizo el silencio durante unos instantes.

—Esa imbécil —musitó María al fin.

—Para mí, en Germán de la Serna se unen los motivos relacionados con la presidencia del banco y los motivos económicos en perfecta conjunción —continuó Xabier—. Se hace con el poder de la Aberasturi, se une a Laminados y Estructuras Bécker y deja vía libre a la carrera de su novia. Pero ahora ya no sé qué pensar... Solo se me ocurre un último motivo que no hemos tenido en cuenta. Esta historia del Extranjero puede seguir levantando ampollas entre cierta gente con determinada ideología.

—Ideología nazi... —apuntó Alain en voz baja mientras hacía girar la ramita en sus labios.

—Exacto. ¿Y si alguien con un pasado nazi está intentando saldar antiguas cuentas pendientes? ¿Y por qué no va a ser ese alguien el señor De la Serna que, por cierto, tiene una pinta de ario de la leche?

—Buf, creo que es mejor dejarlo en que seguimos a ciegas. Eso ya es elucubrar demasiado —concluyó María.

De pronto, sonó el teléfono. Todos se sintieron aliviados al tener una excusa para interrumpir aquel torbellino de ideas cada vez más oscuras y resbaladizas.

—Es el detective Bieda —informó la secretaria a María.

La mujer aceptó la llamada y oyó el sonido del cambio de línea.

—Ha tardado mucho en devolver nuestras llamadas...

—Perdone, señorita Aberasturi, he estado ocupado.

—Oigo ruido. ¿Está en la calle?

—Así es. Me han dicho en la comisaría que era urgente y por eso la llamo.

—Tenemos que contarle lo que hemos descubierto. Los móviles para los asesinatos pueden estar relacionados con algo que ocurrió hace muchos años en Berlín. Tenemos que verlo cuanto antes.

—Ahora estoy un poco ocupado, señorita Aberasturi. Estamos a punto de irrumpir en un inmueble para hacer una detención.

María detectó el sugerente tono del policía y se quedó pensando unos segundos.

—¿Va a coger a David? —preguntó en voz baja. Pero realmente no era una pregunta porque sabía la respuesta.

—Así es. Si le llamo desde aquí mismo es para que no tenga tiempo de escaparse cuando usted le avise. Estamos al lado del inmueble, en Olabeaga. Lo tenemos rodeado. No hay escapatoria.

—No lo entiende. Eso es lo que quieren.

—No crea que no me fío de usted. Sigo sopesando lo que me dijo, señorita Aberasturi. Pero tengo que hablar con él. Llámeme y dígame que no dispararemos.

—¡Será tarde! Por favor, señor Bieda... Si no me coge el teléfono, comenzará un tiroteo y alguno de sus hombres acabará con él. ¡David está obligado a provocar que ocurra así!

—Me encargaré de que no sea así. Créame, aunque las pruebas que me están mandando apuntan al señor Schaffer, sigo pensando que él no es el responsable. No puede serlo. Pero compréndalo, tengo que entender por qué alguien lo está intentando incriminar. Así podré llegar al asesino de su padre también. Necesito datos. No puedo fiarme de una foto que puede ser falsa o...

—¡No es falsa! Precisamente hemos contrastado una historia que le da mayor fiabilidad. La fotografía se hizo en 1941. Aparecen cinco personas frente a un avión en un aeródromo alemán. Y tenemos un documento que atestigua que la foto puede ser auténtica.

—¿Un aeródromo? Eso no me lo habían dicho hasta ahora —dijo Bieda consternado—. ¿Qué es exactamente lo que aparece?

María dio un respingo. Había captado la atención del detective.

—Lo que le digo: un avión, mi padre, Rodrigo Lezo y Javier Alba mirando al objetivo. También hay un hombre de espalda y David Schaffer, de niño, entre los adultos.

—¿Un avión de hélices, alargado y con una cabina de cristal en lo alto? —preguntó en voz baja. Pero tampoco era una pregunta. Sabía perfectamente la respuesta.

—Exactamente.

—¿Y el niño?

—Es David de pequeño. Es solo un niño, con ropas algo harapientas y una gorra de cuadros. —María tragó saliva. No comprendía lo que estaba ocurriendo.

El detective, en la cabina de teléfono, cerraba los ojos y se palpaba la larga cicatriz que recorría su rostro. Jamás habría imaginado que la fotografía de la que hablaban fuera esa. Era algo que había borrado completamente de su cabeza. De hecho, ni siquiera recordaba que se hubieran hecho una foto. Tampoco recordaba con qué personas estuvo. Pero sí recordaba el momento, el día, las sensaciones.

—¿Señor Bieda? ¿Qué es lo que ocurre?

Se cortó la comunicación. Lucas tenía la mano aún apoyada en el auricular que acababa de colgar.

David Schaffer les había mentido y tenía que averiguar por qué. Bieda sabía a ciencia cierta que el niño de la foto era él mismo.

—Sé que te estoy perdiendo, Rodrigo. Eres mi amigo y te he fallado.

—Me has fallado, pero no por hacer lo que haces. Las cosas que más valoro en una amistad son la sinceridad y la fidelidad. Si no te sinceras del todo y no cuentas conmigo, no puedo considerarme tu amigo. Puedo perdonarte todas las caídas pero no perdonaré que nunca me tiendas la mano para que te levante.

IGNACIO ABERASTURI y RODRIGO LEZO

Berlín, finales de abril de 1941

Una extraña comparsa camina por la llana superficie del aeródromo. La niebla hace de epílogo nocturno y de preludeo a la madrugada y envuelve las figuras de dos adultos y un niño que pasean en un cómodo anonimato.

El Extranjero encabeza la comitiva. Pocos pasos detrás, lo sigue su fiel socio, Rodrigo Lezo, que lleva de la mano al niño que han conocido en el vecindario. Avanzan entre la quietud del entorno, escuchando sus propias pisadas, y se dirigen hacia otra figura inmóvil, que los aguarda. Una figura envuelta en un chaquetón militar, un gorro y una bufanda que lleva por debajo de la nariz. Un atuendo más dirigido a ocultar su identidad que a guarecerse de un clima que es más que agradable, piensa el Extranjero.

—Pensaba que vendría solo —dice el hombre que los espera. Se trata de Rudolf Hess, el viceführer del partido nazi.

—Y vengo solo —contesta el Extranjero, que es el único que se acerca hasta él. Su socio y el niño se quedan a unos metros de distancia—. Ellos no saben de qué va todo esto.

—Ya me imagino que ese crío no es el cerebro de la operación.

Ignacio Aberasturi sonrío mientras se enciende un cigarro. Mira hacia atrás y le lanza un efusivo saludo al chico, que no para de mirar de un lado a otro emocionado.

—Es gente del vecindario —le explica mientras echa el humo de la primera calada—. Les hacía ilusión ver aviones.

—Y a quién no —confirma Hess—. ¿Podemos ir ya?

—Podemos ir ya.

El Extranjero prosigue su camino hacia uno de los hangares. Todos lo siguen. Rodrigo y el niño lo hacen a una distancia prudente. Saben que allí no pintan nada y les han pedido que sean discretos.

Hay varios aviones durmiendo en las pistas, pero la mayoría está a buen recaudo. El aparato que van a ver está en uno de los hangares. El Extranjero ha recibido noticias, hace pocos días, de su socio el matemático. Ha hecho las gestiones correspondientes y ha podido entrar en Alemania. Ahora se dirigen a su encuentro, para regocijo de Ignacio Aberasturi, que desea poder volver a saludar a su compañero de fatigas. Se deben mucho el uno al otro.

Llegan hasta la nave convenida y se detienen.

El Extranjero echa una ojeada hacia su séquito y les indica con un gesto que lo esperen fuera. Rudolf Hess, ocultando su identidad bajo ese atuendo demasiado invernal, se separa también unos metros. Ignacio entra por la puerta.

Ve a dos personas merodeando alrededor de un avión de guerra. La nave tiene una forma alargada y una cabina de cristal que sobresale del casco. La esvástica reluce en el alerón trasero.

Uno de los hombres va enfundado en un buzo de aviador. El otro sostiene una cámara fotográfica y va tomando imágenes de los distintos puntos del avión. Es su amigo, el matemático.

—¡Javier! —grita.

El matemático retira su ojo del visor de la cámara y busca la procedencia de esa voz.

—¡Amigo! —responde mientras deja la máquina sobre unas cajas y se aproxima a grandes zancadas.

Ambos se funden en un abrazo.

—¿No has tenido problemas para entrar?

—Sabes que no. Me contrataste por esto —dice Javier Alba mientras se da golpecitos en la sien con el dedo índice.

—Así es. Ahora solo te falta aprender a usarlo.

Ambos se ríen. El Extranjero da una fuerte palmada a Javier en el hombro y mira el avión.

—¿Este es?

—Así es.

—¿Y habrá problema en llevarlo hasta el otro aeropuerto?

—Ninguno.

—Perfecto. ¿Lo sacamos para que lo vea?

—De acuerdo —acepta el matemático, que mira al mozo del aeropuerto y le hace una señal con el mentón. El muchacho procede a subirse a la cabina.

Javier toma del brazo a Ignacio para que lo ayude a abrir las puertas del hangar. Mientras estas se abren, Alba atisba a dos personas con las que no contaba. Mira a su amigo.

—Uno es amigo mío. Ya te hablé de él. Le conocí en Estados Unidos. En esto me ayuda a medias, pero me viene bien su presencia. Y el otro... —dice mientras sonrío — es un crío del vecindario. Le compraba la prensa cada día y... supuse que le haría ilusión venir a ver un avión.

—Después de todo, tienes un corazoncito. ¿Cómo se llama? —pregunta Javier.

—No nos lo ha dicho. No quiere que lo sepamos.

—Y eso es lo que te ha llamado la atención, claro.

Ignacio sonrío de nuevo y se enciende otro cigarrillo cuando las puertas están abiertas del todo. Sus acompañantes se apartan mientras el avión sale majestuoso del

hangar, con las hélices activadas, avanzando sobre sus enormes ruedas. La cara del niño al ver salir la nave irradia felicidad.

Minutos después, el muchacho del buzo se baja del avión ya parado y todos admiran el aparato yendo de un lado a otro y observando sus detalles. Rudolf Hess comienza a hablar de las especificidades técnicas del aparato con el joven piloto del hangar, que lo escucha con atención y responde sus preguntas.

El Extranjero asiente y fuma pero no escucha. Todo aquello le da igual. Lo que tenía que hacer allí, ya lo ha hecho. Solo le queda disfrutar de la compañía y de la cara del crío al ver todo aquello.

Pensar esto último le hace buscar con su mirada al niño. Pero no lo ve. Se vuelve y lo descubre dentro del hangar. Su atención infantil, voluble y fugaz, ha cambiado su objetivo: ahora se deleita con la cámara fotográfica, que manipula con sus pequeñas manos.

—¡Muchacho! Ten cuidado con eso —le grita con una sonrisa.

El joven interpelado alza su mirada sorprendida. Y, sin mediar palabra, vuelve a centrarse en el aparato que sujeta. El Extranjero suelta una carcajada sincera. La primera desde que comenzara su pesadilla berlinesa. Apura su pitillo y lo tira al suelo antes de dirigirse hacia el chico.

—¿Ya no te interesa el avión que te he traído a ver?

El crío se encoge de hombros.

—Hagamos una cosa. ¿Por qué no nos sacamos una foto con el avión?

Ha vuelto a captar la atención del niño, que dibuja una gran sonrisa en su rostro. Al Extranjero le alivia encontrar esos restos de inocencia en un alma infantil inmersa en los horrores de la guerra.

En el cielo ya alborea. Comienzan a revelarse los incipientes rayos de un sol que hoy dará tregua al firmamento alemán. Las sombras comienzan a proyectarse, delgadas e infinitas.

La luminosidad despierta un poco el ánimo del Extranjero.

—¡Vamos, vamos! —dice dando unas palmadas e indicando a sus colegas que lo acompañen a él y al muchacho para posar ante la placa.

Pide al mozo del hangar que coja la cámara.

—Toma, sácanos una fotografía —pide mientras señala con la mano lo que quiere que aparezca en la imagen—. Con el avión de fondo, pero que no salga la esvástica, si es posible.

El viceführer es el único que rehúsa acudir a posar y sigue absorto observando el avión.

El crío se coloca bien la gorra y acude a ponerse entre los tres hombres. El Extranjero, Rodrigo y el matemático Alba. Sonríen con el avión y el aeródromo de fondo. Con la guerra y el terror de fondo.

Y se toma la fotografía.

—Perfecto —dice Ignacio.

El niño corre de nuevo hacia el hangar. Una pequeña grúa ha llamado ahora su atención. Pero, en su carrera nerviosa, no repara en unos gruesos cables que hay en el suelo. Y se cae y se golpea la cara con una de las puertas metálicas del garaje.

Ignacio y Rodrigo corren hacia él. El niño sangra y se agarra la cara con las manos. La sangre se escurre entre sus pequeños dedos. Rodrigo consigue agarrarlo de los brazos y ver la herida. Una raja terrible recorre su cara de arriba abajo. Lo limpian con un pañuelo. El chico se queja y pide que lo dejen en paz. Pero no llora.

—Hay que llevarlo a un hospital —señala Ignacio mirando a sus compañeros.

—¡No! —grita el muchacho—. ¡No puedo ir al hospital!

Rodrigo e Ignacio se miran extrañados.

—¿Por qué no, hijo? —pregunta el Extranjero.

—No... no puedo decir mi nombre. Mi familia me lo ha prohibido. Me registrarán y me pedirán papeles.

Javier Alba se acerca también. Ignacio niega con la cabeza. No comprende.

—Siempre podemos llamar a Fryderyck Berlin. Ya lo han liberado y él no hará preguntas.

Javier, con aire paternalista, rodea con su brazo al chico. Está agachado a su lado y toma el pañuelo, ya empapado de sangre, para sujetarlo en su cara. Le susurra al oído. Habla en voz baja con el niño. Rodrigo e Ignacio Aberasturi esperan de pie a poca distancia.

Poco después, Javier se levanta y llega hasta Ignacio.

—Avisad al doctor Berlin. No podemos llevarlo a un hospital.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho su nombre. Se llama Lukasz Bieda.

Rodrigo y Javier reparan en que el nombre no parece alemán. No lo es. De hecho, quizá por caprichos del destino o por pura casualidad, el significado del apellido del niño significa «pobreza» en polaco. Y, precisamente, la pobreza absoluta es todo lo que ese niño ha conocido desde que nació.

—El zagal es polaco —resuelve Javier—. Por eso no puede dar su nombre. Si lo averiguan, se lo llevarían a él y a toda su familia.

Mi vida, 11

Mi infancia

No quería escribir este capítulo, porque aún me duele demasiado. Pero supongo que, si me he propuesto hablar de mi vida, estoy obligado a hacerlo, así que lo escribo ahora. Ahí va.

Nací en Praga. Soy checo, por tanto. Bueno, ahora soy de Bilbao.

Mi madre se llamaba Maruska Dvorák.

Nunca supe quién fue mi padre. De él solo heredé un apellido alemán, aunque nunca supe si fue oriundo de aquel país. Y tampoco me importa. Dejó embarazada a mi madre y desapareció.

Mi madre se marchó a Berlín porque era actriz y guionista. Quería intentar una carrera en la industria cinematográfica alemana, que por entonces estaba pegando fuerte. Necesitaba sacarnos adelante a mí y al resto de la familia y fue así como lo intentó.

Yo solo tengo fugaces recuerdos de ella. Sobre todo, recuerdo su olor. No sabría decir a qué olía. Creo que nunca he vuelto a sentir su aroma. Pero es el recuerdo que tengo: su olor. Un olor que me envolvía cuando me cogía entre sus brazos.

Como digo, ella tuvo que marcharse a conseguir dinero a Alemania. Allí andaban revueltos. La guerra y todo eso. De hecho, decir que se marchó a Alemania es incorrecto porque Checoslovaquia ya era alemana por aquel entonces. Hitler tenía claro, allá por el treinta y ocho, que después de Austria veníamos nosotros. Y, con la excusa de las necesidades de los Sudetes, se nos anexionaron.

Se suponía que mi madre intentaría volver cuanto antes, en el momento en que ya hubiera hecho un capital suficiente y pudiera hacerse cargo de mí. Pero no volvió,

así que mi abuela me crio en un país que vivió durante muchos años a la sombra de una esvástica. Nunca supimos qué había pasado con mi madre. Sus cartas dejaron de llegar cuando yo aún era un bebé y mi abuela dejó de preguntarse demasiado pronto si llegaría alguna más.

Y, después de los nazis, vinieron los comunistas. No nos arrimábamos a uno bueno. Pero, por entonces, los comunistas supusieron una liberación del yugo alemán que muchos celebraron. El partido comunista checoslovaco ganó las elecciones, después vino el golpe de Praga y todo eso... Pero eso ya está en las enciclopedias.

Yo crecí y pronto rebelé una inteligencia superior a la normal. No lo decía solo yo, también me lo decía mi abuela... A finales de los años cincuenta yo ya había terminado mis estudios básicos. Y con unos dieciocho años, más o menos, decidí ir a averiguar qué había sido de mi madre. Durante más de quince años, la guerra, la ocupación rusa y de las potencias occidentales, mis propios estudios y la maltrecha salud de mi abuela me habían impedido ir a Berlín. Eso sin contar con el hecho de que mi madre jamás volvió con el dinero que había ido a buscar y mi abuela no trabajaba. Yo iba a clase por las mañanas, por las tardes trabajaba en mil cosas distintas para pagarnos la vida y estudiaba por la noche.

Pero por fin me decidí. Dejé a mi abuela, enferma y encamada, bajo la atención de una cuidadora que estaba con ella día y noche —llevaba así varios años, la pobre— y me fui a Berlín. Busqué a mi madre. Primero lo hice en el mundo del cine. Aunque poco quedaba ya de aquel séptimo arte en una ciudad rota y dividida en dos, logré dar con alguna producción en la que mi madre había participado. De ese modo fue como conseguí una dirección.

Y así, al cabo de tres días de mi llegada a Berlín, en la parte de la República Federal de Alemania, aún no separada por un muro que llegaría pocos años más tarde, encontré la casa de mi madre.

—¿Maruska? ¡Claro que la conocí! —La expresión de aquella mujer oronda, embutida en un vestido raído, se iluminó al oír su nombre—. Le alquilé un piso durante un tiempo, durante la guerra.

Yo no podía creerme que, por fin, tras tantos años,

hubiera podido reencontrarme con la historia de mi madre. Repentinamente, el rostro de la anciana cambió. Se ensombreció como solo el recuerdo de la muerte puede hacerlo.

—Pero ya no está aquí. Ella... —dijo entrecortadamente.

—Murió, lo sé. Siempre lo supe. Si no, habría vuelto a por mí.

—No es solo eso... Tu madre fue asesinada, chico.

Mi corazón se desgarró cruelmente al escuchar aquella frase. A mi corta edad, yo ya había experimentado lo dura que puede ser la vida: la guerra, la falta de padres, las carencias económicas, la enfermedad de mi abuela... Pero aquello... Tengo impreso en mis sentidos cada uno de los detalles de aquel encuentro en Berlín. Aquella anciana, su vestido asqueroso, el rellano de un viejo inmueble, el olor a puchero que alguien estaría cocinando cerca y el sonido exacto de cada una de aquellas dolorosas palabras: «Tu madre fue asesinada».

Cambié para siempre. Toda mi historia comienza y termina en esa frase: «Tu madre fue asesinada».

—Pero ¿cómo fue? ¿Está segura?

—Vinieron los nazis, inspeccionaron el piso y le pegaron un tiro. Yo no tuve el valor de asomarme hasta que oí el disparo. Salí al pasillo. Vi a los soldados bajando la escalera y les pedí explicaciones. Me dijeron que era una traidora al Régimen. ¡Tu madre no era una traidora! ¡Era una artista! Que yo sepa, estaba dedicándose en cuerpo y alma a escribir un guion. Decía que iba a triunfar.

—Y ¿por qué la mataron entonces? —Las palabras salían de mi boca pero me sonaban extrañas y ajenas.

Todo el mundo tiene un sueño. Una quimera. Algo idealizado e inalcanzable. Para mí, siempre había sido el pensamiento de mi madre. Tenía fotografías suyas. Tenía historias suyas que había oído contar a mi familia. Pero a mí, concretamente, solo me había dejado su olor.

Aquel momento fue como si me arrebataran el motivo de mi existencia. Siempre supuse que mi madre había muerto por la guerra, pero no de una manera tan directamente relacionada con ella como un disparo a sangre fría de los nazis.

—Creo que alguien le tendió una trampa. Quizá ese guion del que hablaba... me dijo que se basaba en una historia relacionada con alguien que había estafado a los nazis y que tenía que ser cautelosa hasta sacarlo a la luz. Sinceramente, creo que la usaron como chivo expiatorio.

Yo no pregunté nada. Pero mi expresión lo hizo por mí.

—Lo digo porque hubo un hombre... extraño que vivió aquí solo unas semanas. Pidió una habitación cercana al apartamento de tu madre. En un primer momento, pensé con alegría que era solo un pretendiente. Tenía buena planta, era elegante y parecía educado. Pensé que quizá tu madre podría encontrar a alguien. Pero ese hombre jamás se acercó a ella. Solo la observaba en la distancia. Y yo lo observaba a él. Sabía que había gato encerrado. Hasta que un día me pareció que él salía furtivamente del piso de tu madre. Al principio pensé que se había decidido a ver a su amada. Hasta sonreí con picardía. Pero después comprobé que Maruska no estaba en casa en ese momento. Así que irrumpió en la vivienda de tu madre a escondidas y no sé para qué...

—Pero ¿cuándo fue eso? —pregunté confundido.

—La misma noche del asesinato —dijo ella con un tono de voz ínfimo—. Al cabo de unos minutos llegó tu madre a casa. Y poco después lo hizo la Policía de Seguridad. Oí el disparo. Después, cuando se fueron, entré y... la vi.

Y yo también la vi. Era una imagen casi tan real como esta máquina de escribir que ahora utilizo. Casi pude tocar su cadáver. Notar su frialdad. Ahogarme en la sorprendida expresión de sus ojos inertes. Llorar en el suelo junto a ella.

La conversación con aquella buena mujer se prolongó unos minutos más. Me contó cosas sobre ella. Lo guapa que era. Lo sonriente que era. La buena madre que hubiera sido.

Quise ir a su apartamento. La señora me advirtió que había cambiado mucho y que ahora estaba desocupado. Estuve varios minutos recorriendo aquel minúsculo apartamento. La dueña me ofreció ocuparlo gratuitamente durante los días que estuviese en Berlín pero yo no tuve valor.

—Ahora quiero ver la habitación de ese hombre —dije con voz firme y autoritaria.

La anciana me llevó hasta la estancia, a pocos metros del apartamento de mi madre. Allí estuve aún más tiempo. No sé qué esperaba encontrar. Habían pasado muchos años.

—Como se marchó inesperadamente, guardé algunas de las cosas que se quedaron en el piso —anunció de pronto mi anfitriona.

Yo me volví con ansiedad hacia ella.

—Y del piso de mi madre, ¿se quedó con algo?

—No. No dejaron nada. Pero de aquí recogí algunos papeles sin sentido. No, no sé si los tiré. Y también había una foto. Recuerdo que había una fotografía, y estoy segura de que la guardé.

Poco después, me encontraba sentado en el piso de la casera con un té en una mano y una fotografía en la otra. Caras desconocidas posando en un aeródromo desconocido. Y eso era lo único que yo tenía sobre el cabrón que pudo estar detrás del asesinato de mi madre. Me juré a mí mismo que le haría lamentar lo que le hizo a mi madre.

—El hombre que te digo es este —me dijo señalando a un caballero bien parecido—. El resto no me suena de nada.

Asentí inconscientemente. Di un último sorbo a mi té y me levanté como un resorte. Ya había obtenido toda la información posible de aquella señora.

—¿Te vas? —me preguntó—. Pero ¿qué harás, muchacho?

—Primero, voy a ver a mi madre. El cementerio donde dices que se encuentra no está muy lejos de aquí. Después, iré a todos los aeropuertos posibles. Buscaré allí si alguien reconoce alguna cara de esta fotografía.

Le di un sentido abrazo y me acompañó hasta la puerta de la calle. Yo ya no hablaba. Le eché una última mirada cargada de agradecimiento y me fui.

—¡La lágrima del Lobo! —gritó de pronto.

—¿Perdón? —Me volví hacia ella confuso.

—Así se llamaba el guion. Su obra maestra, según decía. Lo acabo de recordar. *La lágrima del Lobo*.

Yo asentí apretando los labios y me largué.

Mi abuela murió al día siguiente. Me llamaron por teléfono a la fonda donde yo residía pero no regresé a Praga. Ni siquiera para su funeral. Quería a mi abuela,

pero ella ya no estaba. Que yo fuera o no a su entierro no cambiaba nada. Tenía cosas que hacer en Berlín. Por mí, por mi madre y por mi abuela.

Los meses siguientes los pasé haciendo averiguaciones. Supe que a aquel hombre lo llamaban el Extranjero. No pude averiguar su nombre real, pero sí pude dar, después de varias intentonas, con el aeródromo donde fue tomada la foto. Y así llegué hasta el empleado del aeropuerto que por aquel entonces trabajaba allí y estuvo presente el día de la fotografía, ya que fue él mismo quien la sacó. No me costó mucho dinero que me dijera el único nombre que sabía, el de un matemático que se fue a Polonia en mal momento a trabajar y que había entrado furtivamente en Berlín, Javier Alba. Seguí el rastro de ese nombre. Supe que había acabado trabajando en Bilbao y que había llegado allí de la mano de un reconocido empresario vasco para ser el financiero de su grupo de empresas.

En cuanto vi la imagen de Ignacio Aberasturi, el dueño y fundador del Grupo Aberasturi, lo reconocí: era el hombre que posaba en la fotografía. Era el Extranjero.

Había localizado al que parecía haber orquestado la muerte de mi madre y a uno de sus cómplices, Javier Alba.

Poco a poco me fui enterando de lo que debieron de hacer allí, en Alemania. Negocios fraudulentos por los que los nazis quisieron cargárselos. Y usaron como cebo a mi madre, Maruska Dvorák, para quitárselos de encima.

Siempre tuve claro que para llegar hasta un pez gordo había que convertirse en otro pez igual de gordo. Y mi ambición y mi inteligencia me permitirían conseguirlo. Me fui al País Vasco. Conseguí la nacionalidad española. Me deshice de mi pasado y me convertí al *bilbainismo*. Dada mi chulería innata, no me resultó difícil hacerlo.

Estudié Derecho. Destaqué desde el principio. Los grandes despachos vinieron a por mí en cuanto salí de la carrera, pero yo preferí trabajar en bufetes más pequeños para poder dedicar más tiempo a mis objetivos: quería estar atento a cualquier cosa que pudiera provocar un acercamiento al Extranjero. Porque, además de querer convertirme en el mejor abogado del mundo, siempre tuve mi agenda personal. La venganza se sirve en plato frío y

todo eso.

Hasta que averigüé que una hija de Ignacio Aberasturi iba a entrar en un gran bufete. Entonces decidí que ya era hora de dar el salto a un gran despacho. Eso me acercaría a mi objetivo.

Mi vida, 12

Ahora se comprenderá todo

La lágrima del Lobo. Las páginas que yo había estado buscando toda mi vida. La que mi madre siempre pensó que sería su obra maestra y que tan solo fue su obra póstuma. Un relato que la llevaría a la tumba y provocaría también todas estas muertes. La obra que hizo que ahora esté escribiendo estas memorias.

Estos días aquí, recluido por voluntad propia, he tenido muy presente el espíritu de mi madre. Al teclear en esta máquina de escribir, he tenido la sensación de crear una historia como las que ella debió de crear en aquel Berlín de 1941. En ese libro, mi madre tuvo que contar algo que provocó su muerte. Siempre supuse que relataba la historia del Extranjero. La casera de mi madre en Berlín me dijo que Maruska le había confesado que su guion se basaba en hechos reales.

Las cámaras de vigilancia que hice instalar en su momento en casa de los Aberasturi no pudieron revelar qué decía la nota que le hicieron llegar a la mansión. Pero, desde luego, cuando mandé a mi gente al estadio para acosar a María y averiguar sobre qué pista andaba, no me imaginaba lo del libro y el museo. Tuve claro, eso sí, que si alguien andaba revolviendo detrás de todo esto, no podía ser otro que Xabier Korta. Él debía de saber lo de Ignacio; siempre intuí que por eso le compraban la compañía por un precio increíble.

Ahora, María y Alain parecen haber hallado *La lágrima del Lobo* y me vuelve loco no tenerlo. Ese libro es mío. Me corresponde como herencia. Pero ya me haré con él. De todos modos, hoy terminará todo.

El teléfono de la casa está sonando una y otra vez. No voy a cogerlo. Sé quién es: María. Debe de estar llamando

para advertirme que Bieda está de camino. Pero eso ya lo sé. En fin, siento lo deslavazado de estas memorias. Lo cierto es que han sido meros fogonazos de hitos importantes de mi vida profesional. Ha habido mucho más, pero no tenía demasiado tiempo para escribir. Además, he consumido casi todos los folios y la tinta de que disponía. También he consumido todas mis fuerzas.

A estas alturas, cualquiera que llegara a leer estas páginas pensaría que soy un hijo de puta. Puede que así sea, nunca lo he negado. Y nunca he faltado a la verdad en estas memorias. Es cierto todo lo que he contado sobre mi ambición. Siempre quise ser abogado, ser socio en una gran firma y ser rico. Es cierto que siempre he querido ser el mejor abogado del mundo. Y es cierto que he conseguido serlo.

He mentido a mis amigos, he mentido a mis compañeros de trabajo y he mentido a la mujer de mi vida pero no voy a mentir a quienes lean estas páginas.

Y precisamente por eso hablo de «la mujer de mi vida». Sí, María Aberasturi. Lo que empezó como una relación para acercarme a Ignacio, acabó convirtiéndose en una pesadilla. Me enamoré perdidamente de la hija del asesino de mi madre. Típico de mí. Pero es la verdad. La intenté arrancar de mi lado, y eso abrió una herida que jamás he podido cerrar.

Así es y así lo he escrito en estas páginas.

Alguien podría preguntarse: ¿es la mujer de tu vida y eres capaz de instalar cámaras en su casa, hacer que la persigan y matar a su padre? Así ha sido y así lo he escrito aquí. Pero todo esto ha sido por mi madre.

Mi madre dejó una muesca demasiado profunda en mí. Cada día, al despertar, puedo sentir su olor. Un olor a... no lo sé. Olor a protección, a cariño, a «todo saldrá bien»; olor a madre. Y en cada despertar me asalta. Creo que es algo casi patológico. Viví de su recuerdo durante muchos años. Y cuando me lo arrebataron en Berlín al decirme que había sido asesinada injustamente... Reconozco que es algo que nunca pude superar. Todas las decisiones de mi vida profesional se han basado en una profunda y fría reflexión pero esto, todo lo relacionado con la venganza de mi madre, siempre ha sido pasional. Siempre

ha sido incontrolable.

Por eso he querido dejar para el final el relato de cómo lo maquiné todo.

Desde que salí de Berlín, tras haber averiguado que el Extranjero y sus cómplices habían hecho negocios con los nazis y que habían usado a mi madre como cebo, siempre tuve claro que quería muertos a todos los que aparecían en la fotografía maldita. Primero fue Javier. Y luego, Rodrigo e Ignacio.

Los quería muertos pero no quería matarlos. Por eso les pedí que se suicidaran. Desde luego, es la mejor vía para no dejar rastro alguno. Si convences a alguien de que se quite la vida, no has de temer por que nadie descubra tu autoría en el asesinato porque no ha habido asesinato.

Con Javier Alba fue la provocación inducida del cortocircuito en la bañera de su propia casa. A Rodrigo le di más tiempo porque le enviamos la amenaza antes. También le di la posibilidad de que eligiera él cómo quitarse la vida. Lo de las inundaciones fue original por su parte. Y eso me dio la idea para Ignacio. Así que con el Extranjero aproveché la circunstancia de la gota fría que asoló Bilbao. Hice que le dijeran que a una determinada hora de un determinado día se produciría una explosión por un cortocircuito en la sede de su caja de ahorros. Nadie sospecharía: las inundaciones provocaron muchos daños y consecuencias colaterales. Si quería conservar a su familia, debería estar allí presente y morir. Podría no haber acudido. Pero acudió. Se ve que la culpa por lo que hizo en Berlín lo acosaba porque no dudó al hacerlo.

Pero no solo ideé lo de los suicidios para evitar que se buscara un responsable. Fue también porque me costaba cruzar la última línea: ordenar efectivamente la muerte de alguien. Les amenacé con lo que más amaban, les perseguí, les intimidé, pero nunca estuve dispuesto a quitarles la vida. Que, finalmente, ellos mismos se la quitaran me facilitó las cosas, lo reconozco. Aunque quizá lo que he hecho ya supone haber cruzado la línea de la que hablo. Es probable. Pero al final cada uno engaña su conciencia como quiere, y yo lo hice así.

La cuestión es que, después de esas tres muertes, resulta que María sospechó. Por algo me enamoré de ella: María, además de ser la mujer más bella del mundo —del mío al menos—, es tremendamente perspicaz. Y por eso sospechó. Intentó relacionar la muerte de Ignacio con la del señor Alba. Ella fue la única que, no habiendo ningún indicio en absoluto, perseveró en la creencia de que había gato encerrado.

Y ya cuando vino el matón del futbolista, se armó el lío. No podía haberse quedado el tío en Lezama pegando patadas al maldito balón, no. Tenía que ir a Madrid a preguntar a María qué narices había hecho su abuelo con Ignacio Aberasturi hacía un millón de años.

Y claro, que me vinieran con la foto complicó un poco las cosas.

Mi objetivo siempre fue que la foto nunca apareciese, claro, para que nadie pudiera relacionar esas muertes. Con el señor Alba fue fácil porque hice que la destruyeran cuando fueron a su casa. Con Ignacio, sabía que la tenía en su despacho y que ardería con él. Pero de Rodrigo nunca me preocupé. Era la víctima más alejada del contexto. Pero se ve que me equivoqué.

La cuestión es que Alain y María tenían una imagen en la que aparecían cinco personas y tres de ellas estaban muertas. Y ya, para sospechar, no hacía falta ser perspicaz como María. Bastaba con tener dos dedos de frente, como el futbolista. Por cierto, que la persona de la foto que sale de espaldas nunca supe quién era. Pero quizá algún día lo sepa.

El asunto es que, como siempre he dicho, no hay que tener miedo al error. No hay que tener miedo a lo inesperado. Solo hay que mantener la cabeza fría e improvisar. Así que cuando preguntaron por el niño, por el único que debía de quedar vivo de los que aparecían en la foto, dije que era yo. Y luego tuve que mandarme a mí mismo la nota amenazadora con la foto. Tan solo tuve que pedir a un mendigo callejero que me dejara un pómulo morado, cosa que hizo gustoso a cambio de doscientas pesetas. Si yo me convertía en el amenazado, jamás sospecharían de mí.

Pero claro, el niño era Lukasz Bieda, como yo ya había

averiguado hacía mucho tiempo. Si se piensa bien, es mucha casualidad que el niño acabara viviendo en Bilbao también. Porque, al fin y al cabo, los otros tres habían ido de la mano. Rodrigo e Ignacio eran de aquí, y Javier Alba, sencillamente, había sido contratado por su amigo Ignacio, que necesitaba a alguien de confianza en el negocio.

Pero que el detective acabase aquí me daba que pensar. Y pronto averigüé que Ignacio, encariñado con el crío que había conocido en Berlín, le gestionó anónimamente una beca de estudios en Vizcaya. Y Lukasz, cuya vida había sido desgracia y sacrificio, aprovechó la única buena ocasión que se le había presentado hasta entonces sin preguntarse cómo le había llegado.

Todo esto fue conveniente para mis intereses porque así pude implicarle en la investigación de unos posibles asesinatos producidos en su jurisdicción. Por eso le mandé los sobres rojos. Por eso hice que le pasasen una lista de llamadas falsa. Por eso hice que el tal Joaquín Larrea le mintiese. Al principio, para tenerlo controlado. Y después, porque, si yo había de estar recluido, tenía que conseguir que sospechase de mí para que fuera él quien me buscara desesperadamente. Lo de la montaña y Mahoma.

Todo ha ocurrido según lo tenía previsto. Todo me ha salido a la perfección. Pero acaba aquí. Sé que dentro de poco estaré hablando con un tío enorme con una cicatriz en la cara. Ya llegan. Adiós. Ha sido un placer. Gracias por leerme.

—Viene aquí con pistolas, con amenazas y dispuesto a darme una paliza. Veo que usted es de los que arregla las cosas hablando, detective.
—Yo soy de los que arreglan las cosas. Punto.

DAVID SCHAFFER y LUCAS BIEDA

Bilbao, septiembre de 1983

Lucas Bieda podía recordar esa imagen a pesar de su corta edad cuando ocurrió. Su caída en el aeródromo se encargó de grabar aquel día en su recuerdo con la misma fuerza con que la cicatriz quedaría grabada en su cara. Pero no recordaba a sus acompañantes en la foto. Según decía María, en aquella imagen aparecían Ignacio Aberasturi y Javier Alba. Y eso jamás podría haberlo imaginado.

Se sentía muy confuso. Descolocado. Esa imagen de Berlín le había abierto la puerta a unos sentimientos cargados de melancolía. Salió obnubilado de la cabina y miró hacia el edificio que tenía delante. Allí se escondía el hombre que podía tener todas las respuestas.

Miró a los tres policías que lo acompañaban. Habían observado que cada una de las viviendas solo tenía dos ventanas que dieran al exterior. Y solo una de ellas daba a la escalera de incendios. Bieda hizo que dos de sus compañeros se quedaran fuera y otro lo escoltase en el interior del inmueble.

Miró los buzones hasta que tuvo claro en qué piso debía de encontrarse David Schaffer. Subió la escalera de dos en dos y pidió a su compañero que lo esperara en el descansillo. Quería entrar solo. Tenía nítido el recuerdo de la advertencia de María Aberasturi. Se suponía que alguien le había exigido a David que abriera fuego contra quienes irrumpieran en su escondite, así que tenía que ser cuidadoso. Llegó hasta la puerta del piso. Pensó en qué medidas adoptar para ser extremadamente precavido en su irrupción. Pero reparó en que no tenía mucha idea de cómo hacerlo. Así que optó por lo de siempre. Tomó una mínima carrerilla y cargó su hombro contra la hoja de madera. La puerta estalló en varias partes y Bieda entró con su pistola en alto.

—¡Policía! ¡No dispare! —gritó mientras repasaba con la mirada y el cañón de su arma toda la estancia.

Detectó con incredulidad cómo un hombre bien parecido estaba ante una máquina de escribir con un pitillo humeante en los labios. Llevaba una camisa blanca que le quedaba a la perfección, unos pantalones grises de traje y unos mocasines. Martilleaba en las teclas y ni siquiera levantó la mirada ante el recién llegado.

—Se ha tomado su tiempo, señor Bieda —dijo David Schaffer con tranquilidad mientras escribía.

—Lo siento, no había ascensor y uno ya se hace viejo —contestó Bieda sin dejar de apuntar con la pistola a David. Aprovechó lo aparentemente distendido de la situación para encenderse el puro apagado que sujetaban sus dientes.

—Deme un momento, ahora mismo estoy con usted —indicó David, mientras daba una última calada al cigarrillo—. «Adiós. Ha sido un placer. Gracias por leerme» —añadió despacio mientras tecleaba las letras que pronunciaba en voz alta—. ¡Listo!

Y se levantó con energía mientras aplastaba la colilla en el cenicero. Después, sacó la hoja de la máquina de escribir y la depositó con pulcritud sobre la pila de folios que descansaba en el borde de la mesa. David suspiró con fuerza. Se lo veía agotado. Se dirigió después hacia el detective, que seguía apuntándolo con la pistola.

—¿Voy a necesitar esto, señor Schaffer? —preguntó Lucas refiriéndose a su arma.

David negó con la cabeza abatido y el policía la guardó.

—Y si no es mucho pedir, le rogaría también que apagase el puro. A María no le gustará que quede ese olor impregnado aquí, se lo aseguro —añadió mientras caminaba hacia el detective.

—¡Oh! ¿Esto? No se preocupe. Este tiene extractos de violeta, no deja mal olor.

David esbozó media sonrisa. Y, sin decir nada, cuando llegó a la altura del enorme policía, cogió con delicadeza el puro de la boca de Bieda. Lucas se quedó atónito. Nadie solía tener pelotas suficientes para hacerle algo así.

El abogado acudió a un cenicero a aplastar el puro y después se derrumbó en uno de los sillones. Cruzó las piernas y, con un gesto, invitó al detective a sentarse frente a él. Bieda así lo hizo.

—¿Sabe por qué está usted aquí hoy, detective?

—Sé datos inconexos. Uno, que se han cometido unos asesinatos. Unas muertes que no fueron accidentes, a pesar de lo que mis compañeros dijeren basándose en la ausencia total de indicios. Dos, que he recibido determinadas indicaciones en sobres en mi despacho que me han apuntado directamente a usted como sospechoso. O implicado, al menos. Y tres, que las tres víctimas aparecían en una fotografía tomada hace muchos años. Fotografía en la que se supone que sale un niño cuya identidad se ha arrogado usted cuando, según creo, ese crío soy yo. ¿Voy bien?

Lucas despegó su espalda del asiento. Con parsimonia, sacó su pistola para dejarla en el apoyabrazos del sillón e introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sacó otro puro y un mechero y se lo encendió con altivez como si retara a David mientras expulsaba el humo con el mayor aspaviento posible.

—Así que —prosiguió el detective— alguien se está cargando a las personas que aparecen en esa foto. Señor Schaffer, tiene engañados a sus amigos, a los que ha hecho creer que es usted la próxima víctima. Pero soy yo quien aparece en esa foto. Y he recibido pistas anónimas para venir hasta aquí. Creo que usted me las ha mandado y que quiere quitarme de en medio solo porque aparezco en una foto de la que no recuerdo absolutamente nada. Así que, antes de que intente algo, le invito a que me explique de qué va esto.

David sonrió. Le gustaba aquel detective. Le gustaban sus formas.

—El hecho de que encontraran la foto hizo que todo se torciera, pero en fin... Confiaba en que todo hubiera terminado antes de que usted se diese cuenta de que sale en ella.

Schaffer sacó la fotografía del bolsillo y la dejó en mitad de la mesa. Lucas la tomó con urgencia. Fue como si alguien abriera de pronto una ventana por la que se colase una ráfaga de recuerdos y lamentaciones. Se quedó observándola largo rato.

—¿Ha hablado con alguien sobre su sospecha de que usted era este niño? —preguntó el abogado.

—No... Me acabo de dar cuenta y...

—No recuerda nada de la foto, ¿verdad? —inquirió Schaffer interrumpiéndolo.

—No —admitió Lucas visiblemente afectado—. Ahora reconozco los rasgos del señor Aberasturi y del señor Alba. Me parece increíble que haya compartido con ellos un momento de mi vida anterior y que jamás lo haya sabido. A este no lo reconozco, supongo que es el abuelo del futbolista.

—Es Rodrigo Lezo, sí, el abuelo de Alain Lara. Lara fue precisamente quien descubrió la fotografía y no tuvo otra cosa que hacer que buscar a la hija de Aberasturi y preguntarle por ella.

—¿Qué hacían ellos allí, en Berlín? —preguntó extrañado el detective.

—¿Qué hacía usted allí, señor Bieda?

Lucas levantó la mirada de la foto. Detectó un cambio en el tono del abogado que no le gustó en absoluto. Acercó su mano a la pistola. No obstante, mantuvo la calma.

—Éramos polacos. Habíamos acabado en Berlín porque mi padre decía que era lo mejor: cuanto más cerca del enemigo, menos sospechas. Pero teníamos que ser discretos. Yo trabajaba en la calle, como mis hermanos. No recuerdo demasiado. Tendría ocho años, poco más o menos. Pero recuerdo que había unos hombres en el vecindario que me compraban comida y me daban dinero de vez en cuando por hacerles algún recado. Y un día me llevaron a ver aviones. No me suena de nada que nos tomaran una foto. Pero lo que recuerdo con nitidez de aquella experiencia es que fue allí donde me caí y me hice esto —dijo señalando la gran cicatriz de su cara.

David negó con la cabeza y se levantó con pereza. Deambuló por la habitación con la mano sobre los ojos. Suspiraba de vez en cuando.

—Lo creo, señor Bieda. Lo he estado observando y lo creo. Lamentablemente, lo creo.

—¿Lamentablemente?

—Sí. El hecho de que lo crea pone en entredicho su muerte, señor Bieda. Eso, y que sé que es usted padre de unos niños pequeños. Anita es una niña adorable. Seguro que el baño de ayer con su padre será un recuerdo bonito para ella.

Bieda se infló lleno de ira. Cogió su arma y volvió a apuntar a David.

—Como se atreva a volver a mencionar a alguien de mi familia no esperaré a saber qué tiene usted que contarme, se lo juro.

—Ya, ya —asintió David sin mirar a su interlocutor, como si pensara en alto y ni

siquiera hubiese escuchado la amenaza.

Lucas estaba absolutamente descolocado. Tenía delante a alguien estrambótico. Alguien inteligente que parecía desdeñar la vida y la muerte.

—¿Me va a explicar de qué va todo esto? —preguntó por fin.

Schaffer se volvió hacia él con las cejas enarcadas. Como si le hubieran sacado de sus reflexiones demasiado violentamente.

—Sí, sí, claro, cómo no —respondió entrecortadamente—. Se lo explico.

Y le contó la historia de su madre, Maruska, y de Ignacio Aberasturi, Javier Alba y Rodrigo Lezo. Y le contó que él era un bebé cuando pasó todo eso. Y que, cuando se hizo mayor, fue a Berlín a buscar a su madre. A buscar su cuerpo. Pero descubrió que la habían matado. Y también descubrió la fotografía.

También le contó que, de su madre, solo le había quedado el olor, y que nunca había podido pensar en otra cosa desde entonces. Jamás pudo desprenderse de su aroma ni olvidar los rostros de la fotografía. Y, por último, le explicó que había pasado toda la vida viviendo para aquella venganza.

—De todos modos, está casi todo ahí —concluyó David señalando las hojas mecanografiadas de sus memorias.

Lucas había masticado tanto su puro mientras escuchaba la historia que comenzaba a dolerle la mandíbula.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Con usted tenía que ser algo más directo. Lo que ponía en la nota de amenaza que me mandé a mí mismo habría servido. Disparos cruzados. Todo habría ocurrido más rápido.

—Pero le habría resultado imposible salir indemne de esta, ¿no cree?

—No me subestime, señor Bieda. Por supuesto que iba a salir indemne.

Lucas sonrió y se deleitó con el sabor del puro.

—He oído que no debo subestimarle, efectivamente —admitió—. Con lo que, si no he entendido mal, esto puede acabar de dos maneras. O muero y se sale con la suya, o no muero y va usted a la cárcel de por vida.

David dio una fuerte calada a su cigarrillo y puso cara de desinterés.

—Bueno, eso es reducirlo mucho, señor Bieda. Pero le invito a leer lo que he redactado sobre esas dos posibles alternativas que contempla. He dudado tanto sobre cuál de los caminos escoger que me he sentado a escribirlos tal y como creo que se desarrollarían. Ahí los tiene —dijo señalando un montoncito de hojas que descansaba al lado de otro más grande.

—¿Me está diciendo que ha escrito lo que cree que va a pasar? ¿Está usted loco?

—Eso dicen muchos. Otros dicen que soy un genio. Por razones narcisistas, tiendo a inclinarme más hacia la segunda corriente de opinión. —David volvió a iniciar un paseo sin rumbo por el pequeño salón. Bieda siguió apuntándolo con su arma—. Piénselo, detective. A veces, poner por escrito las cosas ayuda a colocarlas en su sitio. Me he estado debatiendo con absurda obcecación entre las dos

alternativas. Y, al final, haberlo escrito me hace visualizar mejor las consecuencias que tendría cada decisión. Está todo ahí, aunque supongo que no tiene intención alguna de leerlo. Algunos de los escenarios y de las acciones son inventados, como es lógico, porque no soy capaz de predecir el futuro. Pero, al fin y al cabo... soy hijo de una artista. Eso lo llevo en la sangre.

—Creo que ya es oficial, señor Schaffer. Es usted el tío más raro que he conocido en mi vida. Escribe usted sobre el futuro no solo como si lo conociese, sino como si le perteneciera.

Schaffer sonrió y dio la última calada a su pitillo.

—Le he pedido que no me subestimase, señor Bieda. Está claro que esas conjeturas que he escrito son solo eso, conjeturas. Pero créame, mi experiencia personal me ha hecho comprender que las cosas suelen suceder exactamente tal y como las he planeado.

Mi vida, final

Versión 1: Mi corazón

No sé si he de matarlo. No sé si he de eliminar a la última persona que aparece en la fotografía y que, de algún modo, estuvo detrás de la muerte de mi madre. Lo malo es que, además, de esa decisión depende que yo asuma o no la culpa por estos crímenes.

Si mato a Bieda, puedo librarme de la responsabilidad penal. Si no lo mato, aunque yo no le revele nada, él acabará sabiendo que aparece en la fotografía y que yo estoy detrás de todo esto. Es decir, si no me lo quito de en medio, cargaré con la culpa. Por mucho que las muertes hayan sido suicidios, es fácil inculparme cuando se conoce mi historia; y este tío la sabe ya. Le resultará difícil obtener pruebas para imputarme pero hay que recordar que, como mínimo, tiene su testimonio sobre las cosas que ha visto y hemos hablado. Y el testimonio de un funcionario público es un testimonio cualificado y tiene más valor que el mío. Está jodido el tema.

Creí que estos días aquí recluido me harían llegar a una conclusión. Pero creo que, tras mucho tiempo dándole vueltas, mi solución es que no hay solución. Al menos, no hay solución a la que llegar por una vía intelectual o meramente reflexiva. Aquí no hay pros ni contras. Bueno, en realidad, sí los hay, pero la solución final la tomarán mi conciencia o mi corazón.

Puedo entender que aquel crío de 1941 no tuviera una participación activa en la muerte de mi madre. Pero ayudó al Extranjero, eso lo sé de buena tinta. Sé que estuvo allí y lo ayudó. ¿Y si no solo le echó un cable con tonterías sino que, por ejemplo, lo ayudó a esconderse cuando mataron a mi madre? ¿Y si lo ayudó haciendo guardia mientras entraba en su piso para dejar las pistas

falsas que la sentenciaron? Le he dado demasiadas vueltas.

Además, recordemos que mi decisión no es el resultado de la razón o el sentido común. Yo siempre asocié esa fotografía y a sus integrantes con la muerte de Maruska, sea o no atinado hacerlo. Pero no nos engañemos: lo que más pesaría a favor de cargarme al poli sería que me juego mi pescuezo, mi fama y mi fortuna. Si no lo mato, voy a la trena. Y además, también arruinaría mis ambiciosos planes de futuro: la ascensión al que creo que será el último de los escalones de mi ambición.

Bieda no estará muy lejos para cuando el final llegue. Me habrá encontrado gracias a la última pista que le envié. Entiendo que a estas alturas ya sabrá que hay gato encerrado. Pero para que esto salga adelante, si sabe de la existencia de la fotografía, es vital que no haya dicho a nadie que él sale en ella. El detective subirá al piso donde estoy recluido.

—Se ha tomado su tiempo, señor Bieda —le diré mientras tecleo en esta máquina. Ni siquiera lo miraré. Tengo que aparentar estar tranquilo. Sé que el detective es peligroso y poco estable.

Él podría incluso encenderse un puro.

—Deme un momento —le diré mientras termino de mecanografiar mis memorias fingiendo serenidad.

—Tómese todo el tiempo que quiera, señor Schaffer —me dirá. O algo parecido. Él también tendrá un tono tranquilo. La diferencia es que él estará tranquilo y no tendrá que aparentar nada.

Después, nos sentaremos y le contaré por qué está aquí. Por qué ha venido hasta mí.

—Esta es la fotografía que inició todo esto, señor Bieda —le diré, una vez me haya encendido un cigarrillo—. Y este de aquí es usted hace cuarenta años.

Él se quedará extrañado. Será algo que le impacte, sea o no consciente ya de la existencia de la fotografía. Sé que su familia vivía en Berlín y que eran de procedencia polaca. Ver una imagen de aquella época le devolverá a la mente ciertos fantasmas. Lo sé porque ese tipo de fantasmas los conozco muy bien.

Después hablaremos. Me preguntará y le contestaré.

Quiero que conozca a Maruska Dvorák, la persona y la artista que arrebataron al mundo y, sobre todo, la madre que me arrebataron a mí.

Después de que hayamos hablado, el detective ya intuirá que poca solución tiene todo esto. Quizá haya perdido esa calma que tenía al llegar. Quizá ya no fume su puro con tanta confianza. Y lo mataré.

Habrán disparos. Yo tendré que pegarme un tiro en un brazo, supongo que en el izquierdo. No tengo muy claro en qué lugar me haría menos daño, pero es lo de menos. Recordemos que yo actuaré a golpe de corazón, y el corazón no decide bien pero decide rápido.

Entrarán sus compañeros. Verán nuestros cuerpos tendidos. El suyo, muerto. El mío, herido. Yo ya me habré deshecho de estas memorias. Me llevarán a la comisaría.

Y ahora viene lo mejor: describir cómo saldré de esta.

—Dígame qué es lo que ha pasado, señor Schaffer —me preguntará un poli en la sala de interrogatorios. Será uno con cierto rango, pues la muerte de un compañero del cuerpo es algo importante. Así que el tío será arisco conmigo. Y, seguramente, será bastante feo. Así me lo imagino, al menos.

Espero haber sido tratado de mi herida de bala para entonces. Dentro de mi agenda personal entra asistir en breve a determinados actos públicos en los que tengo que aparecer presentable.

—Ya se lo he dicho —responderé—. Yo estaba escondido en aquel piso y apareció el detective. Me acusó de ser el responsable de varios asesinatos y me amenazó con pegarme un tiro. Yo me puse nervioso y también le apunté con una pistola. Él me disparó primero y yo disparé de vuelta. Pero parece que él salió peor parado.

El policía se llevará las manos a la frente. Sudará. Aquello no le gustará nada de nada. Tiene a un poli muerto y a uno de los abogados más reconocidos del país en su sala de interrogatorios. Le habrá tocado bailar con la más fea.

—¿Por qué? —preguntará desesperado—. ¿Por qué fue Bieda allí? ¿Qué es lo que buscaba?

En todas las indicaciones que le remití en aquellos sobres rojos al detective, le exigí que no hablara de sus

indagaciones. Sé que no habrá sido demasiado discreto pero, al menos, sus compañeros en el cuerpo desconocerán sus sospechas. Por eso no sabrán qué es lo que hacía Lucas Bieda buscándome.

—Creo que lo han utilizado. Creo que tenían que hacerle llegar hasta mí para matarme.

—¿Perdón?

—Creo que los asesinos de Ignacio Aberasturi y de Javier Alba andaban también detrás de mí.

Aquí me regocijaré al ver el color que se le pone a la piel del poli. Eso si no me parte la cara, claro.

—Señor Schaffer, por muy famoso que usted sea, le advierto que es peligroso que juegue con nosotros —dirá.

—Lo digo en serio. Hable si quiere con la hija del señor Aberasturi. Sé que ella también trasladó sus sospechas a la policía y..

—¡No puede ser! Esos casos están cerrados. Nuestro compañero Martín Sollube los llevó y mucha gente de esta comisaría colaboró con él. No había indicios, no había nada. Fueron muertes fortuitas.

Pero yo sabré que no las tiene todas consigo. Ha oído rumores. Diego e Isabella Bécker, en cuanto hayan visto que peligraba —injustamente— su culo, habrán usado sus contactos en la poli para intentar que se abra un abanico de sospechosos. Supongo que sus esfuerzos han sido inútiles. Sus intentos no son tan válidos como los míos.

—Yo solo sé lo que le digo. Hay una fotografía... —diré con cierta inseguridad—. En ella aparecemos varias personas. Fue tomada hace muchos años. Yo era solo un niño. Y todos, salvo yo, han sido asesinados. A mí me amenazaron de muerte. Por eso estaba en aquel piso recluido. Sé que el detective Bieda intuyó que había alguien detrás de las muertes y creo que lo usaron para llegar hasta mí.

El feo detective que me esté interrogando ya no sabrá qué pensar. Seguirá sudando. Fumará con ansiedad. Y tendrá unas ganas enormes de largarse de allí y colocar el marrón a otro. Será entonces cuando yo suelte:

—¿Por qué no le dice a Martín Sollube que venga y le preguntamos si Bieda le dijo algo? Él llevó los casos en primera instancia. Quizá sepa algo.

Le faltará tiempo al detective para salir de allí e intentar implicar a otro en este lío.

—De acuerdo, señor Schaffer. Pero como todo esto sea un truco suyo... —dirá intentando aparentar que domina la situación. Eso o alguna fanfarronería policial del estilo.

Después esperaré unos minutos en la sala de interrogatorios. Entrarán los dos detectives, Sollube y el feo del principio. Le contaré a Sollube lo mismo que al otro y mostraré un gran desconcierto.

—Lo cierto es que hemos tenido alguna pista sobre un grupo de delincuentes. Parece que pueden haber estado implicados en algo importante. Algún pez gordo ha debido de mandarles varios encarguitos. Podría tratarse de esto.

Pondré cara de inmensa sorpresa. Qué coincidencia que hayan encontrado estas pistas ahora. ¿Quizá sea porque he sido yo mismo quien he hecho que se las pongan en bandeja?

Mi intención es provocar que lleguen anónimamente a la policía todos los datos del equipo de profesionales que me ayudó a llevar a cabo todo esto. Ese equipo recibió instrucciones para encargarse de Javier Alba y de Rodrigo Lezo. Para el incendio de la sede de la Kantauriko Kutxa y el seguimiento de María y Alain en el estadio utilicé un equipo distinto. Ninguno de los profesionales con los que trabajé supo jamás que lo hacía para mí. Y me preocupé con diligencia de que todas las pistas relacionadas con el encargo a ese primer equipo que ahora entregaría a la policía apuntasen a Ignacio Aberasturi como si hubiera sido él quien hubiera ordenado todos los asesinatos.

A mí, por tanto, solo me quedará esperar que el detective Sollube haga su trabajo y, después, me liberen para que yo pueda atender a mis admiradores. Me tendrán que soltar. Quedará demostrado que yo fui una víctima y que lo de Bieda fue en defensa propia. Soy David Schaffer y tengo mis contactos. Nadie presentará cargos ni hará más preguntas.

Calculo que, cuatro o cinco días después, tendrá lugar una conversación muy parecida a la siguiente en el despacho de María en la sede del Grupo Aberasturi.

Seguramente andará por ahí el futbolista.

—Lamento decirle que todo apunta a que su padre, señorita Aberasturi, fue quien estuvo detrás de los asesinatos —dirá el detective Sollube mientras aprieta los labios—. No alcanzamos a saber qué ocurrió exactamente en Berlín en el cuarenta y uno ni qué negocios se trajeron entre manos. Pero lo que parece probable es que su padre, ahora que accedía a la presidencia del Banco del Norte, quería silenciar un escándalo que podía arruinar su carrera quitándose de en medio a la gente que participó en aquellos negocios.

—Pero el propio Ignacio fue asesinado —dirá el futbolista. Lo apuntará él porque supongo que mi dulce María estará deshecha en el sillón.

Me duele que María vaya a tener que sufrir esto pero no tengo otra alternativa. No puedo escapar de otra manera. Hay que buscar otro culpable porque la policía no se quedará tranquila de otro modo. Y nadie habría tenido un motivo más importante que Ignacio Aberasturi para querer eliminar a todos los que supieron de su pasado.

—Lo del señor Aberasturi —continuará explicando Martín Sollube—, realmente, y por muy casual que parezca, fue un accidente. El señor Aberasturi murió en un incendio. Todos los indicios que sacamos de ese edificio apuntan a que el fuego no pudo ser provocado. Hemos capturado a los profesionales con los que debió de trabajar. Todas las comunicaciones y los pagos que recibieron parecen apuntar al señor Aberasturi como el ordenante de los asesinatos.

—Pero... No lo entiendo. —Esto no sé si lo dirá también Alain. Quizá María haya recuperado la compostura—. Las amenazas que recibió David y nuestra persecución fueron posteriores a su muerte.

—Lo sé —contestará comprensivo el señor Sollube—. Pero hemos comprobado que todas las instrucciones se dejaron por escrito previamente. Se fijó de antemano cómo debían ser las amenazas, las notas y los asesinatos. Suponemos que también tendrían detallado a quiénes debían seguir y qué cabos sueltos tenían que evitar.

Se hará un silencio para las cavilaciones. Y, de pronto, irrumpirá en el despacho la secretaria del difunto Ignacio, por ejemplo.

Se disculpará mientras enciende el televisor que hay sobre las estanterías del fondo de aquel despacho y les dirá algo como:

—Tiene que ver esto, señorita Aberasturi. No habría entrado así si no fuera por...

Y entonces lo verán por televisión. En vivo. Me verán a mí, en todo mi esplendor, anunciando mi candidatura a la presidencia del Banco del Norte.

Al menos, así me gusta imaginármelo. En mitad de todo aquel drama, yo seré la guinda del pastel. Es algo que he ido rumiando durante este último año. En un principio, me pareció demasiada rizadura del rizo. Pero si, eliminando al principal candidato, puedo yo ver despejado mi camino.. Es conocida en el mercado mi especialización en el asesoramiento a entidades financieras. Muchos de los bancos, cajas y montes de piedad más importantes de España son clientes míos. Y conozco también al presidente saliente, que podría ver en mi candidatura una solución a su problema. Por otra parte, ¿no sería este un nuevo e ilusionante peldaño en mi infinita escalera de ambición? Quizá fuera el peldaño definitivo, el último piso. ¿Por qué no?

Al fin y al cabo, el Consejo de Administración podría apoyarme. Soy reconocido, soy inteligente y soy David Schaffer.

El mejor abogado del mundo.

Mi vida, final

Versión 2: Mi conciencia

No sé si he de matarlo. Lukasz Bieda. Polaco. Vivió las penurias de la guerra. Un niño que solo repartía periódicos en Berlín y al que convencieron para hacer unos recados, seguramente a cambio tan solo de un mendrugo de pan duro. Y que es probable que jamás escuchase el nombre de mi madre. Como he dicho en mi primera versión, la decisión final la tomarán mi conciencia o mi corazón.

Es cierto lo que decía: si Bieda no muere, yo no podré eludir la culpa. No existirá amenaza en el mundo capaz de comprar su silencio. Este detective tiene un gran sentido de la justicia y muy poca prudencia. Una combinación peligrosa. Y eso es lo me gusta de él, ese sentido de la justicia.

Aun así, quiero convencerme de que la venganza de mi madre no implica matar a alguien que, por otro lado, no tuvo demasiado que ver en todo aquello. Era un niño, no dejo de repetírmelo. Mi conciencia no deja de taladrarme con esa cantinela: «David, entonces era solo un niño. Y tiene familia, críos pequeños». No puedo hacerlo.

Toda mi vida he hecho creer a los demás que era un desalmado, un calculador hijo de puta. Pero varias personas, las que más cerca he tenido, se han empeñado en verme como alguien con buen corazón. Por ejemplo, María, cuyo padre ha muerto por orden mía. En fin, las cosas se complican.

Ahora repetiré, de un modo algo más ágil, los mismos pasos iniciales que en mi otro final.

Bieda subirá al piso donde estoy recluido.

—Se ha tomado su tiempo, señor Bieda —le diré mientras tecleo en esta máquina. Ni siquiera lo miraré. Tengo que

aparentar estar tranquilo. Sé que el detective es peligroso y poco estable.

Él podría incluso encenderse un puro.

—Deme un momento —le diré mientras termino de mecanografiar mis memorias fingiendo serenidad.

—Tómese todo el tiempo que quiera, señor Schaffer —me dirá. O algo parecido. Él también tendrá un tono tranquilo. La diferencia es que él estará tranquilo y no tendrá que aparentar nada.

Después, nos sentaremos y le contaré por qué está aquí. Por qué ha llegado hasta mí.

—Esta es la fotografía que inició todo esto, señor Bieda —le diré una vez me haya encendido un cigarrillo—. Y este de aquí es usted hace cuarenta años.

Ver una imagen de aquella época le devolverá a la mente ciertos fantasmas. Lo sé porque ese tipo de fantasmas los conozco muy bien.

Después hablaremos. Me preguntará. Le contestaré. Él pondrá gesto serio y me lanzará una dura mirada antes de seguir hablando.

—Esto solo puede acabar de dos maneras —intuyo que dirá. Bieda es un imprudente y un tozudo, pero de tonto no tiene un pelo—. O me mata o le mando a la cárcel.

Yo le diré que todo ha terminado y que no voy a matarlo. Que mi venganza ha llegado a su fin y me entrego a la policía. Haré una última intentona para convencerlo de que calle la verdad. Así, mi bufete podría seguir adelante, aunque fuera sin mí. Y mi buen nombre se salvaría.

—Sabe que la discreción no es mi fuerte, señor Schaffer —dirá. O algo parecido.

Yo me mostraré resignado e, instigado por el detective, comenzaré a recoger las cosas que traje a este piso, una cárcel irreal que ha sido preludio de aquella otra a la que estoy abocado. Iré al dormitorio y el detective me seguirá receloso.

—No soy un delincuente al uso, señor Bieda. No puedo escapar así porque así. Y no soy tan hortera como para intentar salir por la ventana y sufrir una persecución mientras corro con esta indumentaria —diré señalando mi ropa y mis zapatos con cara de circunstancias—. Además,

sé que tiene el edificio rodeado.

—No se preocupe, señor Schaffer. Estoy tranquilo. Usted solo tiene dos formas de salir de esta casa —observará amenazador mientras mastica su maldito puro—: o esposado o con los pies por delante con una bala en el cuerpo.

Yo me encogeré de hombros, seguiré recogiendo y me encenderé mi último pitillo como hombre libre.

Después, iré al cuarto de baño y me acicalaré. Último vistazo a mi imagen en ese espejo que yo mismo he tenido que comprar. Increíble.

—¿De verdad me va a seguir también al cuarto de baño? No hay ni una jodida ventana, señor Bieda. ¿Me limpiará el culo, también?

Bieda se reirá con esa risa socarrona suya. Echará un vistazo al cuarto de baño y me dejará en paz. Saldrá para hablar con sus compañeros por el *walkie* e informar de la situación. Quizá aproveche para llamar a María y contárselo todo. Al menos, por encima. Ella no dará crédito. Quizá se mantenga aún reticente y siga defendiendo mi inocencia. No será por mucho tiempo.

—Ahora mismo está en el cuarto de baño, pero dentro de unos minutos lo tendrá en comisaría para preguntárselo todo en persona, señorita Aberasturi.

—¿Dice que es el responsable de todos los asesinatos y le deja campar por la casa a sus anchas?

—Está en el aseo. Como no se meta en el váter y tire de la cadena, no veo cómo va a poder escaparse.

—¿Y la ventana?

—No hay ventana, acabo de estar ahí dentro y...

—¿Cómo que no hay ventana, señor Bieda? Es muy pequeña pero hay ventana, créame —gritará María.

Y Bieda soltará el teléfono y entrará partiendo la puerta de una patada. Pero yo ya no estaré.

Me gusta imaginarme que pasará así.

Aunque también puede que el detective, finalmente, se decida por leer mis dos finales mientras estoy en el baño y se dé cuenta de que algo pasa cuando vea que esta alternativa queda cortada, pues estas hojas finales las he apartado y las llevo en el bolsillo. Soy arrogante y atrevido hasta el extremo, pero no soy gilipollas. Mejor

asegurarse.

Así que, como decía, efectivamente, yo me habré escapado. Como bien sabe María, en el baño de este piso hay una ventana. Da al patio interior y Bieda no puede haber reparado en ella desde la calle. Y la ventana está cubierta por un plástico opaco que no deja pasar la luz. Ah, y por un espejo que me ocupé de comprar hace poco.

En cuanto esté solo en el aseo, retiraré el espejo, quitaré el plástico y me largaré descendiendo por una tubería y unos apliques de metal que me he encargado de preparar durante estas semanas. A través del patio interior, llegaré a los sótanos del edificio. Allí abajo me esperarán cuatro indigentes a los que les he comprado una camisa blanca, unos pantalones grises y unos zapatos como los que yo llevo. No llevarán exactamente mi ropa, pero sí una muy parecida. Tampoco tendrán mi constitución física, pero sí una muy parecida.

Les daré instrucciones y les pagaré lo que les había prometido. Entonces, ellos se dirigirán hacia diversas puertas y ventanas del inmueble y saldrán corriendo en distintas direcciones cerciorándose de que los policías que rodean el edificio los vean.

—¡Ha escapado! ¡Schaffer ha escapado! Estad atentos a las salidas y a las ventanas exteriores —gritará Bieda a través del *walkie*—. Lleva camisa blanca y pantalón gris, pero estad atentos por si ha cambiado de indumentaria.

—¡Señor, lo he visto! Voy tras él, escapa hacia la ría —dirá uno de los hombres.

—¡Yo también estoy persiguiéndolo, pero va hacia el sur! —exclamará otro de los polis.

Y la confusión y el caos se apoderarán de ellos. Un efecto que suelo provocar de vez en cuando entre los que me rodean.

Bieda saldrá desesperado a la ventana para intentar ver qué ocurre en la calle y verá algo que terminará de sacarlo de sus casillas. Verá a un hombre de camisa blanca y pantalón gris sobre su propia motocicleta y con su casco puesto que lo saluda desde abajo burlonamente. Y, después de dar un par de fuertes acelerones para añadir dramatismo a la escena, la moto arrancará para desaparecer de allí.

Bieda bajará corriendo hacia la calle y cogerá uno de los coches de policía para seguirme, darme caza y recuperar su moto.

Pero tampoco seré yo quien se haya largado en la motocicleta. Yo esperaré tranquilamente en el sótano del edificio y me cambiaré de ropa, aunque no creo que me haga falta hacerlo siquiera. Subiré tranquilamente hasta uno de los apartamentos del mismo edificio donde está el de la familia Aberasturi. Ese apartamento lo he comprado al contado y sin preguntas hace pocos días.

Y allí me pegaré una ducha, me cambiaré y esperaré un rato hasta que pase la tormenta. Después, ya preparado, bajaré, con toda la tranquilidad del mundo, a la calle, donde un coche me recogerá para llevarme hasta el puerto. Allí tomaré un barco de mercancías y saldré del estado.

Y así ocurrirá. Tendré que esconderme en otro país. Dicen que ahora, con la cirugía estética, hacen maravillas. Tendré que cambiar de nombre y ocultar mi pasado, pero no pasa nada. Aún soy joven y no será la primera ocasión en que lo he hecho. Cuando vine a Bilbao ya tuve que empezar de cero. Esta vez será parecido pero con una diferencia: ahora tengo dinero.

Vaya donde vaya, tendré que volver a forjarme un nuevo prestigio, levantar un nuevo bufete. Ya estoy viendo un rótulo con mi nuevo nombre en la Quinta Avenida de Manhattan. La de nuevas aventuras y emociones que podré vivir allí, en el centro económico mundial...

Alguien tendrá que ocupar el puesto de mejor abogado del mundo que ha dejado vacante el famoso David Schaffer. Y ese alguien seré yo.

—La gente necesita respuestas. Ella necesita respuestas y yo pude dárselas.
¿Podrás tú, Alain?
—Creo que la gente no siempre necesita respuestas. Necesita preguntas.
Necesita que la escuchen.

DAVID SCHAFFER y ALAIN LARA

Madrid, 5 de mayo de 1984. Siete meses después

María ya sabía cómo debía llevar la bufanda. Estaba en el Santiago Bernabéu, en la final de la Copa del Rey a la que habían llegado el F. C. Barcelona de Maradona, Schuster y compañía y el Athletic de Alain Lara, que ya se había proclamado campeón de Liga.

No perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor. Estaba en un estadio con cien mil personas. Se decía que había unos cuarenta mil seguidores del Athletic y unos treinta y cinco mil del Barcelona. El resto eran espectadores neutrales. No muy lejos de ella, a su izquierda, se encontraba el palco de honor, donde estaban el presidente González, con una camisa de cuadros, y la Familia Real. El rey tenía a su vera a un jovencísimo príncipe Felipe, ambos con chaqueta cruzada con botones dorados.

María estaba allí para jalearse al hombre que la había acompañado en su duelo. Alain y ella habían tenido que sobrevivir a lo que durante aquel funesto septiembre habían averiguado sobre sus propias familias. Él lo había hecho con estoicidad y ella con la entereza que la caracterizaba. Ambos habían mantenido una relación estrecha. Una relación especial... pero nada más.

Gran parte de lo que había sucedido en aquel mes de septiembre se había hecho público. La prensa no había reparado en detalles. Páginas y páginas que María había intentado en vano evitar leer o que la afectasen. La historia de lo que había sucedido en Berlín en 1941 se había destapado parcialmente. Pero ya solo con lo que había trascendido a la opinión pública, unido a los retrasos de la operación de compra de la Korta, las acciones del Grupo Aberasturi habían bajado bruscamente en la Bolsa, tal como el sagaz empresario Xabier Korta había predicho que sucedería. Y como también este había anticipado, fue la Siderurgia Korta la que finalmente adquirió el Grupo Aberasturi.

Eso provocó que Laminados y Estructuras, la empresa de la familia Bécker, se hundiera en el mercado. El director ejecutivo de la Aberasturi, Germán de la Serna, fue despedido por el nuevo presidente. A su vez, eso hizo que María Aberasturi fuera promocionada por el propio señor Korta y pasase a ser la responsable jurídica de todo el nuevo grupo formado por la fusión de su antigua empresa y de la Siderurgia Korta. Aunque ese ascenso había sido lo de menos para María.

De pronto, la gente comenzó a aplaudir a rabiar. Salían los jugadores. Allí estaba la figura elegante, de cabello rubio y mirada limpia de Alain Lara. Ella lo miró con orgullo. Nadie como él tenía la habilidad de elevar el ánimo de María.

Alain la había ayudado a desintoxicar su pensamiento. Él le transmitía esa paz suya. Detrás de esa fachada fría había una personalidad protectora y ella se había sentido protegida. María, una mujer dura y autosuficiente que jamás había sentido esa necesidad, se había sentido protegida por primera vez.

Ahora que había retomado su vida, María se sentía ella misma. Ya no tenía la necesidad de intentar ponerse a la altura de nadie. No necesitaba demostrar nada a Alain. Él solo la veía tal cual era; la acompañaba y la comprendía.

María intuía que Alain la estaba esperando. No lo explicitaba porque era demasiado adusto, demasiado vasco, para eso. Hasta entonces habían dado pasos lentos pero firmes. Y ella hacía altos en su viaje. Nunca había disfrutado del camino y ahora estaba decidida a hacerlo. David siempre había sido un remolino, un huracán, una fuerza de la naturaleza, como lo demostraba lo que había ocurrido hacía unos meses. Ahora ella disfrutaba de tener a alguien que la esperaba. Pero no por narcisismo ni porque le gustase ser adorada como una estatua. No le iban esas tonterías. Sencillamente, le gustaba tener a alguien a su lado que no buscara siempre *más*, sino que tuviera suficiente con ella.

Sabía que mucha gente la envidiaba: María era la conocida musa del gran Alain Lara. Pero eso no les importaba a ninguno de los dos. Ellos tenían su camino.

Alain estaba en el terreno de juego. Se sentía a gusto. En lo estrictamente deportivo, había sido un gran año. Tras su lesión, de la que se había recuperado perfectamente, había demostrado lo que se esperaba de él. Con su llegada al equipo, el Athletic se había reforzado y, tras haber conquistado la Liga, era un serio aspirante para conseguir el doblete si ganaban la Copa. Aquel día solo pensaba en ganar. Personalmente, estaba llevando los halagos y la admiración de la prensa con tranquilidad. Sin jactancias. Sabía que llegarían momentos malos. Pero él no quería ser el mejor jugador del mundo, solo quería ser el mejor jugador que, gracias al trabajo, la disciplina y el sacrificio, pudiera llegar a ser.

El árbitro, Franco Martínez, decretó el comienzo del minuto de silencio en memoria de los fallecidos en el trágico accidente que había sufrido el autocar de la peña barcelonista Ramon Llorens cuando viajaban a presenciar la final.

El estadio enmudeció. Alain susurró una oración. Y, como casi siempre, su pensamiento voló hacia Rodrigo, su abuelo, y hacia sus padres. Recordó su funesta experiencia de hacía meses. Había salido airoso de ella gracias a María. Juntos habían recorrido un largo camino. Ahora tan solo esperaba poder seguir caminando con ella. No habían hablado de lo que pasaba entre ellos. No sabía si hacía falta. Él no era bueno en esas lides y prefería no hablar. Él se expresaba en el campo.

Fin del minuto de silencio. Regresó al estadio el ruido ensordecedor. Alain dirigió su dura mirada hacia el equipo contrario. Carrasco, Alexanco, Víctor, Marcos, Schuster... y Maradona. No se sintió amedrentado. Ellos también sabían jugar a fútbol.

El árbitro pitó el inicio del partido.

Los primeros lances fueron de observación mutua. La ocasión más clara de los primeros compases fue un pase de Dani a Endika que, creyendo que estaba en fuera de juego, dudó antes de tirar una vaselina por encima de portero barcelonista, que estaba adelantado. Pero ya fue tarde y Urruti pudo tocar el balón lo justo para frenar su trayectoria y que no entrase.

Alain, por su parte, estaba algo perdido. Llevaban solo diez minutos de juego pero, hasta entonces, no estaba siendo el partido adecuado para él. Había muchas interrupciones y demasiado respeto por parte de ambos equipos. No obstante, él hacía lo que debía hacer. Daba órdenes, ponía sentido en el juego y un punto de calma que siempre era necesario en una final. Clemente sabía que tenía en él un altavoz de sus instrucciones en el campo. A pesar de su juventud, su actitud fría y autoritaria generaba respeto entre sus compañeros.

Llegó el segundo córner del partido a favor del Athletic. Como siempre, las referencias como cabeceadores serían las de Liceranzu y Goikoetxea. Argote lo tiró, pero el balón fue a baja altura y Schuster pudo sacarlo con facilidad.

El balón volvió a Argote, que tuvo que retrasarse varios metros para cogerlo. Alain, que esperaba fuera del área, vio claro que el balón le venía bien a su compañero para centrarlo con el interior.

—¡Dale a la primera! —le ordenó con fuerza mientras se ponía a correr en la dirección contraria al resto.

Hacia la portería.

Mientras los barcelonistas se dirigían a cubrir a Argote, este hizo caso a su compañero y le pegó a la primera y de nuevo hacia el área. Alain corrió mientras miraba la trayectoria del balón y saltó para hacer un control orientado con el pecho. Ese toque hizo que el esférico botase medio metro por delante de él. Y no esperó a que botase por segunda vez. Con la pierna izquierda, viendo que el portero del Barcelona cubría más el centro y el palo largo, empalmó de primeras y el balón entró por el poste que tenía enfrente.

Gol del Athletic en el minuto trece. El estadio se caía.

Alain corrió hacia el banderín de córner tranquilo, sin perder los estribos. Señalaba al cielo. Por sus padres, por su abuelo.

Y después, antes de que sus compañeros se abalanzaran sobre él para celebrar el gol, miró fijamente hacia un punto de la grada como si pudiera verla. María le devolvió una mirada llena de orgullo.

Un hombre, unas quince filas más atrás que María Aberasturi, también se puso de pie para aplaudir el gol. Al fin y al cabo, él conocía a la estrella que había marcado. Nunca le había tenido demasiado cariño a causa de los celos —ahora le parecía obvio—, pero habían hecho buenas migas. David Schaffer iba envuelto en una bufanda rojiblanca, una gorra negra y unas gafas de pasta oscuras. Ahora era más famoso que nunca y no quería que lo reconocieran.

Mientras todo el mundo miraba a Alain, él prefirió dirigir su atención hacia

María. Ella también miraba al jugador. Lo miraba como en su día había mirado a David. El abogado reconoció esa mirada a la primera. Una mirada que él no supo o no pudo nunca aprovechar.

Por honrar la memoria de la mujer que lo trajo al mundo hubo de renunciar a la verdadera mujer de su vida.

Desde que se enamoró de María, supo que llegaría el momento de elegir entre su madre y ella. Entre su venganza, urdida desde hacía años, o un estúpido, absurdo y eterno amor verdadero. Pero la venganza había sido siempre el *leitmotiv* de su vida. Dado que nunca se había planteado la verdadera bondad de su fin, nunca había dudado de la bondad de sus medios para lograrlo. Y, cuando se quiso dar cuenta, cuando María apareció en su vida y se planteó si efectivamente debía rectificar, ya era tarde. Se había obcecado en cumplir su sueño y se había olvidado de ser feliz.

Pero prefería no pensarlo. Prefería seguir adelante.

«Al fin y al cabo, siempre ha sido así y así está bien», se dijo antes de abandonar el estadio, apropiándose inconscientemente de las palabras del Extranjero. Antes de abandonar a María. Para siempre.

Notas del autor

Los ochenta fueron una época oscura en la que en Bilbao llovía más que ahora... en todos los sentidos. Para reflejarlo usé mucha documentación pero resalto los escritos de Montero, P. Ugarte y Beascochea. Además, me he tomado licencias artísticas. Por algo soy escritor de ficción.

Los futbolistas que aparecen son reales. Pero no lo es el protagonista: Alain. Tampoco el lateral yugoslavo del Real Madrid, Vidic, que aparece en un lance.

Por otro lado, el gol de Alain Lara en el Teresa Herrera fue marcado por Manuel Sarabia. Y en la final de la Copa, el gol fue en realidad de Endika, también en ese minuto y con la misma jugada descrita. Fue el único gol del encuentro, que le valdría el título al Athletic... y tenía que dárselo al protagonista. Lo siento.

Además, Santi Segurola es descrito en la novela más o menos con su edad y su reconocimiento actual, y no con la edad que tendría en 1983. Lo describí así por exigencias del argumento, nada más.

También sale un antiguo compañero y gran amigo, Iker Salazar, que nos dejó muy pronto. Espero que desde el Cielo se sonría al ver que le he dado un pequeño «papel» en la novela.

Por otro lado, sale también en el libro la institución del Museo de Bellas Artes. Todas las estancias que salen son reales, salvo los sótanos. Sí había sótanos pero no eran tan grandes, lúgubres y ricos en arte escondido como en la novela se describe. Me he permitido darles un tono más literario.

Por último, quería que apareciera en la novela Iñaki Azkuna. Fue director del Hospital de Cruces y Consejero de Sanidad. Desde 1999 hasta su fallecimiento, en 2014, fue alcalde de Bilbao. Fue nombrado mejor alcalde del mundo en 2012. Cada mañana, paso con mi moto por delante de la escultura que hay con su rostro delante de la clínica. Cada mañana le dedico un memento y le agradezco lo que hizo por la ciudad. Por Bilbao. Por la ciudad de la lluvia.

Agradecimientos

Lo primero, gracias a Maya Granero, mi madrina literaria.

Gracias también a Ander Herrera, jugador del United. Al conocerle vi a un chico cabal y cercano. Vi un protagonista. No me basé en él para crear a Alain, pero aunque él no lo supo, por él surgió la idea.

Gracias a Vicente del Bosque. Cuánto pude aprender de él. Cuánto disfruté oyéndole hablar sobre aquel fútbol del 83. Él me presentó a Santi Segurola. Una cosa es saber de fútbol y otra es contarlo como él lo hace. Gracias.

Ángel Durández, que fue socio director de Arthur Andersen y mil cosas más, me contó cómo eran los bufetes de entonces. Gracias por tu ayuda y, sobre todo, por tu amistad.

Para el mundo bancario de los años ochenta conté con la inestimable ayuda de Pedro Luis Uriarte, antiguo consejero delegado de aquel BBV y miembro del primer gobierno vasco. Gracias por aquella conversación, y perdón porque finalmente me he tomado algunas licencias...

Agradezco también a Javier Novo, Mikel Urizar y María Metola del Museo de Bellas Artes de Bilbao aquella visita privada y aquel completo *dossier*.

Gracias mis compañeros de trabajo. Por supuesto que me refiero a Pablo y Jon... pero en este agradecimiento estáis todos. Esta afición, por suerte o por desgracia tiene una repercusión pública que mis compañeros y superiores, también a nivel nacional, siempre han enfocado positivamente. También mis clientes, en los que he visto muchas veces a mis más acérrimos lectores. Y gracias a los que trabajáis más conmigo en el día a día (Leti, también va por ti). Es un honor trabajar juntos.

Y por último, gracias a Silvia Bastos y a su equipo. Y por supuesto, gracias a Destino. Cuando propusimos el libro a distintas editoriales, nunca pensamos que fuera a tener tanto reclamo, y desde luego, agradezco mucho que vuestra apuesta por mí hiciera más fáciles las cosas.

Gracias a todos (también los que no estáis en estas líneas pero habéis estado en el camino). Vuestro ejemplo conmigo me ha servido en el terreno personal. Me ha ayudado a concluir que lo que recibí con gratuidad, puedo darlo con gratuidad. Por ello, y por mero amor al arte, gran parte de los beneficios de este libro irán para la ayuda social de Cáritas y para otros proyectos solidarios que vosotros mismos me habéis propuesto. Esperemos que sirva.



ALFONSO DEL RÍO (Bilbao, 1980). Cursó estudios de Derecho en la Universidad de Deusto, donde se especializó en Económicas. En la actualidad, del Río trabaja en un importante bufete de nivel internacional, además de ejercer la docencia tanto en la Universidad del País Vasco como en la de Deusto.

Del Río es colaborador habitual de varios medios de comunicación en los que presta su visión profesional sobre la actualidad económica, tanto nacional como internacional.

En lo literario, del Río publicó en 2013 su primera novela, *Ioannes*, en la que mezcla varios mitos de la Iglesia Católica con una intriga basada en un terrible asesinato. Situada en Venecia, *Ioannes* aprovecha el entorno de los canales y la historia de la ciudad para terminar de conformar un interesante *thriller* histórico.